

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
Departamento de Psicología Experimental



TESIS DOCTORAL

Persona y sociedad en la obra de Carlos castilla del Pino

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Enrique Echeburúa

Madrid, 2015

Enrique Echeburúa Odriozola

TP
1982
MB



X-53-103692-2

PERSONA Y SOCIEDAD EN LA OBRA DE CARLOS CASTILLA DEL PINO

Departamento de Psicología Experimental
Facultad de Psicología
Universidad Complutense de Madrid
1982



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 113/82

© Enrique Echeburúa Odriozola
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1982
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-33917-1982

FACULTAD DE FILOSOFIA Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

(PSICOLOGIA)

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

TESIS DOCTORAL

Persona y sociedad en la obra de Carlos Castilla del Pino

Autor: Enrique Echeburúa Odriozola

Director: Dr. Luis Cencillo Ramírez,
catedrático de Antropolo-
gía de la Universidad de
Salamanca.

Madrid, 11 de septiembre de 1978

"

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCION	1
1ª PARTE: EL METODO EN CASTILLA DEL PINO	10
Capítulo 1º: Concepto de ciencia.	11
Capítulo 2º: Concepto de psicoanálisis.	46
Capítulo 3º: Ciencia y psicoanálisis.	70
2ª PARTE: DESARROLLO DE LA PERSONA	135
Capítulo 1º: Génesis de la socialización:	
ética y conducta.	136
Capítulo 2º: El proyecto existencial.	218
Capítulo 3º: La teoría de la comunicación.	266
3ª PARTE: SOCIEDAD DE CONSUMO Y DESHUMANIZACION	333
Capítulo 1º: La competitividad en la sociedad	
neocapitalista.	334
Capítulo 2º: Sociedad de consumo y pseudo-	
liberación sexual.	358
Capítulo 3º: La patología social en una	
sociedad anómica.	387
CONCLUSIONES	421
BIBLIOGRAFIA	434
- Trabajos de C. Castilla del Pino.	435
- Entrevistas a C. Castilla del Pino.	439
- Obras de consulta.	440

-1-

INTRODUCCION

Castilla del Pino es una de las figuras más destacadas del país en el campo de la psiquiatría y de la investigación filosófica, además de autor de un gran número de ensayos: unos 130 trabajos publicados -y 12 volúmenes de inéditos- desde 1.946 hasta hoy. Profundamente consciente de su papel de intelectual y de ciudadano, en conferencias, coloquios, incluso ante un tribunal de oposiciones, ha denunciado explícitamente las lacras que padece nuestra sociedad y ha sugerido caminos nuevos capaces de abrir unos horizontes más amplios, dentro de los cuales la persona, como ser social e individual, pueda alcanzar una realización humana más plena.

La obra de Castilla del Pino representa una contestación a la concepción de la psiquiatría como una profesión que actúa únicamente sobre una parcela de la realidad, sin interferirse en las restantes. Es esta psiquiatría crítica la que se limita a un planteamiento puramente descriptivo, a una mera constatación del conflicto como síntoma, de forma que el tratamiento se reduce a lo periférico, es decir, a las consecuencias del conflicto, sin plantearse explícita ni implícitamente la dilucidación del conflicto mismo. La psiquiatría necesariamente depende de una ideología (en el sentido amplio del término) en una gran medida y, se quiera o no, precisa y remite a unos presupuestos filosóficos, estén o no explícitos. La necesidad de situar al paciente psiquiátrico en un contexto más amplio ha incitado progresivamente a Castilla del Pino a sobrepasar el estricto círculo profesional para moverse, a instancias de un exigente criterio ético derivado

de su praxis profesional, entre las estructuras sociopolíticas de nuestra sociedad.

La producción científica de Castilla del Pino está diferenciada, cuando menos, en dos grandes etapas. La primera comprende desde 1946 hasta, aproximadamente, 1956 ó 1959, etapa en que el autor realiza una psiquiatría organicista y está bajo la influencia del método fenomenológico. A esta época pertenecen, entre otros, los siguientes trabajos: Fisiología y patología de la percepción óptica del movimiento (tesis doctoral, 1946), Sistematización clínica de los síndromes obsesivos (1952), Para la estructura de la idea delirante primaria (1954), Para la psicopatología de la remisión esquizofrénica (1957), Sobre el proceso de degradación de las estructuras delirantes en el curso de la terapéutica narcobiótica (1957)... Toda esta obra se enmarca en el ámbito de la psiquiatría institucionalizada, única posible por aquellas fechas en el país y coherente con los principios autoritarios del sistema sociopolítico vigente.

El comienzo de la segunda etapa se sitúa explícitamente en el año 1959, con la redacción de Vieja y nueva psiquiatría (la publicación es posterior, de 1963), que supone una crisis de identidad del quehacer psiquiátrico de Castilla del Pino y una modificación de su visión previa acerca de la problemática psiquiátrica en general. El punto de arranque de este cambio radica en su asunción del pensamiento marxista (concretamente, en estos momentos iniciales, de los Manuscritos económico-filosóficos) y en el estudio de la obra de

los sociólogos norteamericanos (Mc Dougall, Merton y G.H. Mead, especialmente). Fruto de estas influencias y de la re_lectura de Freud -leído por el autor en su adolescencia, pe_ro no suficientemente asumido-, Castilla del Pino comienza a abogar por una psiquiatría dinámica, atenta a una conside_ración situacional del paciente en el seno de la enfermedad mental, y que se le le presenta como una alternativa válida a una psiquiatría meramente descriptiva y que ya había demos_trado suficientemente el "impasse" operativo de sus plantea_mientos.

A partir de este momento, Castilla del Pino intenta, al hilo de su obra estrictamente psiquiátrica, tomar el pulso profundo de la realidad por donde discurren los problemas claves del hombre contemporáneo. Late en toda su obra una perspectiva freudomarxista aplicada a la comprensión de la dinámica personal, en una línea de planteamiento continuadora de los trabajos de Reich o de Marcuse. Su creación cientifi_ca de esta segunda etapa está comprometida críticamente con la realidad de la que forma parte, de modo que muchos secto_res contestatarios, sobre todo juveniles, comienzan a intere_sarse, independientemente de sus intereses profesionales, por su obra, a base de acudir multitudinariamente a sus con_ferencias y de agotar reiteradamente las ediciones de sus obras, publicadas todas ellas en ediciones de bolsillo.

El primer trabajo importante de esta segunda etapa es Un estudio sobre la depresión, publicado en 1966, en donde Castilla del Pino adscribe una dimensión específicamente

social, como pone de relieve Jiménez Burillo (1), a la etio_
logía de las alteraciones psíquicas. En esta obra, de la que
se hace eco y que resume Abellán (2) por su significación en
el contexto cultural de la época, dedica varios capítulos a
la parte doctrinal ("Fundamentos de antropología dialéctica"),
que, si bien es el esquema de los postulados y premisas que
constituyen el análisis de los estados depresivos, tiene en_
tidad en sí misma como para servir de base de comprensión,
en una síntesis del pensamiento psicoanalítico con la dialéc_
tica marxista, a todos los procesos psico(pato)lógicos. Cas_
tilla del Pino publica en 1968 Dialéctica de la persona, dia_
léctica de la situación, una heterogénea colección de ensa_
yos, de la que son especialmente interesantes "Psiquiatría
y sociedad" y "Dinámica psicosocial del conflicto paterno-
filial", y que muestran la aplicación del planteamiento freu_
domarxista, ya puesto de relieve en su obra anterior, a pro_
blemas diversas. También de este mismo año procede una
monografía dedicada a La culpa, en donde, tras rechazar los
planteamientos fenomenológicos, jurídicos y teológicos de la
culpabilidad, plantea la sociogénesis del síntoma en base a

(1) Jiménez Burillo, F.: "Psicología social en España", en
Rev. Psicol. Gral. y Aplic., 1976, 139, p. 254.

(2) Abellán, J.L.: La cultura en España, Madrid: Edicusa,
1971, pp. 143-152.

las premisas metodológicas establecidas en los "Fundamentos de antropología dialéctica". Psicoanálisis y marxismo, publicado en 1969, es una aportación sistemática, de síntesis, del autor a un tema hasta entonces escasamente tratado. En La incomunicación, publicado en 1970, las causas sociológicas de los procesos psicológicos, dependientes de una cultura de dominación y de una estructura institucional anómico-competitiva, son puestas de relieve de una forma esclarecedora. En el ensayo "Lenguaje y depresión", incluido en su libro Vieja y nueva psiquiatría, publicado en 1971, se abre Castilla del Pino al campo específico de la lingüística. Fruto de la profundización en esta área, es su obra de 1972 Introducción a la hermenéutica del lenguaje, en donde establece las bases metodológicas que utiliza en la monografía que, bajo el título de Patografías, había publicado ese mismo año. Castilla del Pino aborda la problemática de las relaciones interpersonales, especialmente de la pareja, en dos trabajos -Sexualidad y represión (1970) y Cuatro ensayos sobre la mujer (1971)-, en donde analiza las interferencias socioeconómicas y políticas a que está sometida una persona en la esfera afectivo-erótica, que aparentemente parece pertenecer al ámbito de la intimidad y ser hermética a los condicionamientos del sistema, y la función que tales interferencias desempeñan en la perpetuación del "statu quo" del sistema.

Las investigaciones de Castilla del Pino se centran actualmente en una antropología del lenguaje. Dado el carácter preeminente de la hermenéutica del lenguaje en el proyecto

de antropología dialéctica que el autor tiene en curso desde 1968, este capítulo se ha desgajado del proyecto total y ha adquirido autonomía en sí mismo en la obra actual de Castilla del Pino, que, a propósito de este tema, tiene hechas hasta el momento las siguientes publicaciones: "Lenguaje y depresión" (1970), Introducción a la hermenéutica del lenguaje (1972), "La insuficiencia funcional del lenguaje" (1973) y "Modelo judicativo de la conducta" (1978).

Al margen de los doce libros que ha publicado hasta la fecha y de los trabajos que ha editado en libros colectivos o encabezados por otros autores, hay una obra, por así decirlo, menor de Castilla del Pino, coherente con el resto de su producción científica, que aparece dispersa en revistas diferentes y que está compuesta por infinidad de artículos sobre diversos temas. De hecho, varios de sus libros (Vieja y nueva psiquiatría, Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación, Cuatro ensayos sobre la mujer, Sexualidad, represión y lenguaje, El humanismo "imposible"-Naturaleza del saber) son una recolección de ensayos inéditos o publicados en otro lugar y/o el texto de varias conferencias dictadas con anterioridad, frecuentemente en ambientes universitarios.

Dadas la dimensión política marxista de Castilla del Pino y la estructura dictatorial existente en España en los años de su mayor producción científica publicada (entre 1966 y 1973), muchos de sus ensayos, especialmente los procedentes de artículos de revistas no especializadas y de los textos de conferencias, tienen una función, por decirlo así, de tipo

pedagógico, denunciadora de la opresión que conlleva, a todos los niveles, un sistema dictatorial capitalista.

El objetivo que me he propuesto con este tesis doctoral, que se refiere fundamentalmente a la segunda etapa de Castilla del Pino (la inaugurada en 1966 con Un estudio sobre la depresión), es sistematizar y ordenar, así como valorar críticamente, los principales conceptos expuestos por Castilla del Pino sobre las relaciones dialécticas entre la persona y la sociedad, tarea que considero importante por la envergadura de la obra del autor y por ser ésta asistemática y estar sumamente dispersa.

He articulado mi trabajo en torno a tres ejes. Me refiero, en el primero de ellos, a la metodología utilizada por Castilla del Pino y reviso, desde un punto de vista epistemológico, sus conceptos sobre ciencia, sobre psicoanálisis y sobre el tipo de psicoanálisis científico que propugna, basado en una antropología dialéctica. La segunda parte gira en torno al desarrollo y evolución de la persona, con una especial referencia a la articulación del proceso socializador, al proyecto existencial, como quehacer específico que configura el sentido de la existencia humana, y a la comunicación interpersonal, posibilitada y frustrada en función de condicionamientos extrapersonales. Por último, me refiero, en la tercera parte, a la deshumanización que genera la sociedad de consumo, en su triple vertiente del carácter aniquilador de la competitividad para una realización integral de la

persona, de la erotización -que no liberación- producida por la sociedad capitalista con fines consumistas y de docilidad al sistema, y de la patología social específica de un sistema competitivo en que la anomia es un rasgo generalizado, responsable, fundamentalmente, del incremento de la violencia, de los suicidios y de las toxicomanías (el alcoholismo, especialmente).

-10-

1ª PARTE: EL MÉTODO EN CASTILLA DEL PINO

-11-

Capítulo 1º: Concepto de ciencia

La aparición del pensamiento científico moderno tiene lugar en el Renacimiento y se caracteriza por la importancia que concede a la mensurabilidad y, sobre todo, a la predictibilidad de los fenómenos observables. Toda teoría debe explicar coherentemente los datos obtenidos y, al mismo tiempo, predecir, al compás del desarrollo de la propia teoría, nuevos fenómenos. De hecho, la aparición del humanismo contemporáneo está, en buena parte, en función del surgimiento de la ciencia moderna: "cuando el hombre hace ciencia, o, mejor dicho, cuando comienza a hacer ciencia, se hace dueño virtual del fenómeno que comprende y analiza. Frente al sentimiento de criaturidad se alza, con la posibilidad de hacer ciencia, es decir, de modificar la naturaleza, la conciencia del hombre como poder sobre la naturaleza y sobre sí mismo..." (3).

Como señalan McCarthy y Ballestrin (4), la tradición de los positivistas lógicos ha acentuado el carácter inductivo de cualquier método científico y ha postulado la reducción de todos los conceptos teóricos a los datos de la observación, de los cuales aquéllos se han logrado inductivamente. Todo

(3) Castilla, C.: El humanismo "imposible", Madrid: Taurus, 5ª edic., 1975, pp. 18-19.

(4) McCarthy, T.A. y Ballestrin, K.G.: "Ciencia", en Kernig, C.D.: Marxismo y democracia, Madrid: Rioduero, 1975, Serie de Filosofía, tomo 1ª, p. 76.

saber se basa, originariamente, en la percepción sensorial, por lo que la tarea especial de la ciencia consiste en la generalización de lo particular mediante la inducción. La estructura científica no es una conexión de causas misteriosas que existe detrás de los hechos, sino una relación funcional existente entre ellos, expresable con frecuencia en una terminología matemática. La ciencia es una generalización de la experiencia; sin embargo, ésta no tiene el poder de posibilitar el acceso a las profundidades insondables de la naturaleza, inalcanzables para los sentidos, sino que sólo puede dar un orden significativo a lo que nos muestra la experiencia. Si las experiencias son siempre experiencias de los sentidos, la tarea de la ciencia será descubrir las relaciones matemáticamente expresables entre los datos sensoriales. Las teorías y las entidades teóricas tienen valor sólo en cuanto contribuyen al orden significativo de las relaciones descubiertas. De este modo, "los modelos, usados en la formulación y en la aplicación de las teorías, pueden ser calificados como meramente heurísticos; auxilios psicológicos que, sin embargo, ni son lógicamente necesarios ni descubren una realidad detrás de los fenómenos" (5).

No cabe hoy en día establecer una distinción rígida, como, por ejemplo, hace Merani (6), entre ciencias positivas y

- - - - -

(5) Ibid., p. 76.

(6) Merani, A.: Diccionario de psicología, Barcelona: Grijalbo, 1976, artículo "ciencia", p. 25.

ciencias humanas. Las ciencias humanas están vinculadas al humanismo o a la filosofía social, pero también participan de la ciencia natural positiva; son, de hecho, disciplinas bidimensionales -indica Giner (7)-, con el atractivo y las dificultades que ello entraña. En última instancia, además, no es difícil discernir una unidad íntima, a juicio de Popper (8), en la actitud frente a la realidad que adoptan todas las ciencias, sean ellas naturales o sociales. Los esfuerzos por establecer una diferencia estricta entre ciencias naturales y humanidades constituyen una moda estéril porque "el método de resolver problemas, el de la conjetura y la refutación, es practicado por ambas. Tanto se practica cuando se reconstruye un texto paleográfico dañado como cuando se construye una teoría de la radioactividad" (9).

Aun con todo el avance de la metodología científica en los últimos años, el rendimiento de las ciencias sociales no es equivalente al de las ciencias físicas. Como señala Nagel (10), en ninguna área de investigación se ha llegado a elaborar

(7) Cfr. Giner, S.: El progreso de la conciencia sociológica, Barcelona: Península, 1974, passim.

(8) Popper, K.R.: The poverty of historicism, London: Routledge and Kegan Paul, 1957, pp. 130-143.

(9) Popper, K.R.: Objective knowledge, Oxford: Oxford University Press, 1972, p. 185.

(10) Nagel, E.: The structure of science: Problems in the logic of scientific explanation, New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1961, pp. 447-448.

un cuerpo de leyes generales comparables, en alcance de capacidad explicativa o en poder de predicción preciso, a las teorías más importantes de las ciencias naturales. En las ciencias sociales no existe nada semejante a la casi completa unanimidad que corrientemente se encuentra entre los investigadores de las ciencias naturales acerca de lo que son conclusiones establecidas de hecho, cuáles son las explicaciones razonablemente satisfactorias (si existe alguna) para los hechos de partida, y cuáles son los procedimientos válidos para realizar una investigación sólida.

El saber científico, independientemente del ámbito a que se aplique, representa una aspiración consistente y rigurosa hacia la posesión de un "saber objetivo y racional de la realidad" (11). Castilla (12) califica de científico a todo saber que se ajuste a los hechos y que constituya una explicación de los mismos verificable, comunicable y abierta. En este sentido, ampliamente entendido, "en lo fundamental no se distingue la doctrina de la neurona, de Cajal, de la cual está viviendo, todavía hoy, la neurología contemporánea, de los asertos de Marx, de Darwin, de Freud o de Einstein, de los cuales está viviendo lo que se denomina el mundo de hoy" (13).

- - - - -

(11) Giner, S.: Sociología, Barcelona: Península, 8ª edic., 1976, p. 20.

(12) Castilla, C.: Naturaleza del saber, Madrid: Taurus, 3ª edic., 1975, pp. 93 y ss.

(13) Ibid., pp. 99-100.

La comunicabilidad es un rasgo inherente al saber científico. La ciencia debe ser comunicada para poder ser puesta a prueba y, también, al servicio de la comunidad en donde surga. De hecho, una buena parte de la historia de la filosofía, por ejemplo, está repleta de saberes falsos, inentendibles, "cuya falsedad no es denunciada a plena voz quizá por temores vanos, precisamente porque a uno le asalta la duda de si en realidad el inentendimiento no mostrará una oculta incapacidad personal" (14). Sólo a través de la comunicabilidad llega la verificación a ser plena, pues sólo así esta última es hecha por otro (o por otros) y, en consecuencia, se obtiene su trascendencia del plano de la exclusiva subjetividad. No cabe el intimismo, la posesión subjetiva de la verdad, en el estricto sentido de lo que debe entenderse por ciencia. La comunicabilidad no se consigue al mismo tiempo que el descubrimiento, por lo menos no siempre. Así, según Hermann Weyl (15), hacia 1915 sólo once personas eran capaces de entender en su plenitud la teoría de la relatividad de Einstein. Con el tiempo, en cambio, las tesis de Einstein se han hecho más y más verificables y más y más comunicables.

Todo saber que se considere científico tiene que ser verificable. Los métodos utilizados por la ciencia varían

(14) Ibid., p. 93.

(15) Cit. en Ortega, J.: La rebelión de las masas, 1930, Madrid: Revista de Occidente, 1966, 6ª edic., Obras Completas, tomo 4º, p. 174, nota 1.

grandemente, pero es característica de todos ellos la espi_
ración al examen riguroso de datos comprobables. Ya la tesis
II de las Tesis sobre Feuerbach, de Marx (16), es explícita
a este respecto: "La cuestión de saber si el pensamiento hu_
mano puede alcanzar una verdad objetiva no es una cuestión
teórica, sino práctica. Es en la praxis donde el hombre tie_
ne que demostrar la verdad, es decir, la realidad, la precisión
y la potencia de su pensar. La controversia sobre la realidad
o no realidad del pensamiento, aislado de la praxis, es una
cuestión puramente escolástica". El principio contenido en
esta tesis marxista -que hacen suya, en forma de principio
de verificabilidad, los positivistas lógicos y sus epígonos:
el primer Wittgenstein, Carnap, Waisman, Schlick, entre otros-
representa la base de una epistemología general de carácter
dialéctico.

Si un saber no es verificable, no es más que una mera
hipótesis. El saber verdadero está sujeto al principio de ve_
rificabilidad, pero siempre de acuerdo con las disponibilidades
de un momento histórico determinado. Por el carácter histo_
ricista de todo saber, y de acuerdo con el principio de veri_
ficabilidad, lo que es válido ahora tiende a ser superado pos_
teriormente. Como ha advertido Geymonat (17), "la pretensión

- - - - -

(16) Cit. en Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión,

Barcelona: Península, 3ª edic., 1970, p. 426.

(17) Geymonat, L.: Filosofía y filosofía de la ciencia,

Barcelona: Labor, 1966, p. 21.

antihistórica de describir un punto de referencia absoluta_mente seguro e inmóvil, situado más allá de las propias cien_cias..., no puede satisfacerse sino a un precio muy peligro_so: al precio de ejecutar un salto que implica la conde_na -por ilusorio- de todo el mundo de las ciencias y, por tanto, del mundo en que vivimos y operamos".

Con arreglo al carácter historicista de todo saber, fue verdadero que el sol resultaba ser el centro del universo ga_lileano o que la ley de la gravitación universal de Newton regulaba el cosmos, independientemente de que descubrimien_tos posteriores hayan invalidado, al menos en parte, estas formulaciones. A propósito de los principios de física, de biología, etc., la validez -subraya Geymonat (18)- se presen_te como un hecho esencialmente histórico, ligado indisoluble_mente a un nivel de la civilización humana y, por tanto, a un nivel de nuestros instrumentos de conocimiento y acción. Como indica Castilla (19) en relación con el carácter histo_ricista del saber, es preferible evitar la palabra verdad, que tiene unas connotaciones místicas y absolutizadoras, sobre todo si no va seguida del calificativo de histórica, y sus_tituirla por el término de validez, de connotaciones mucho más modestas. Lo válido de hoy no tiene por qué ser -no es de hecho- válido siempre.

- - - - -

(18) Ibid., p. 168.

(19) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 97-98.

"Ni siquiera los hechos están fuera del relativismo histórico... La constatación de un hecho va indeclinablemente ligada a la adjudicación de un valor, como, por ejemplo, ser último, irreductible, etcétera, que son atributos que el hombre hace a lo dado, pero no cualidades de los objetos en sí. Recuérdese lo ocurrido con la célula, luego con el núcleo, más tarde con el nucléolo... O con el átomo y las cada vez más numerosas partículas subatómicas que día tras día se descubren" (20).

Al no poder ser verificados todos los enunciados aquí y ahora, el principio de confirmabilidad se configura como una variante del principio de verificación que sirve para paliar esta dificultad. Si un enunciado no es verificable ahora, es válido, de acuerdo con el principio de confirmabilidad, siempre que sea aceptable con las disponibilidades de hoy. De este modo, la emisión del enunciado es legítima, aunque su verificación haya de ser suspendida de momento. El principio de confirmabilidad es poco preciso y no ha sido suficientemente formalizado, por lo que Popper (21) ha introducido el principio de falsabilidad, con arreglo a exigencias más empíricas:

"No exigiré que un sistema científico positivo pueda ser seleccionado, de una vez para siempre, en un sentido positivo;

- - - - -

(20) Ibid., p. 98, nota 12.

(21) Popper, K.R.: La lógica de la investigación científica, Madrid: Tecnos, 1967, pp. 39 y ss.

pero sí que sea susceptible de selección en un sentido negativo, por medio de contrastes o pruebas empíricas: ha de ser posible refutar por la experiencia un sistema científico empírico".

La exigencia de Popper es importante. Como señala Castilla (22), lo confirmable debe sustentarse sobre la no refutabilidad dentro del sistema de datos empíricos habidos; o, contrariamente: lo no confirmable debe ser susceptible de refutación empírica, es decir, debe ser demostrada su improbabilidad.

La ciencia debe ser también abierta, es decir, susceptible de modificación (ampliación, cambio parcial) al compás de los hechos que en el futuro se aporten. Este carácter de ciencia abierta implica, cuando menos, dos cosas: "a) la mera aportación fáctica, tras la cual se elabora la teoría como sistema que conecte la serie de los hechos dados; b) que permite la interpretación plausible de los mismos sin contradicción" (23). Ello significa, sencillamente, que la ciencia no es dogmática. Las teorías dogmáticas, o cerradas, admiten solamente la exégesis y conducen al escolasticismo; son características de la teología y de algunas ideologías. Las ciencias, en cambio, son adogmáticas, sin que se acepte nada en ellas por principio de autoridad. Recurrir a la crítica continua

- - - - -

(22) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 131.

(23) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, Madrid: Alianza, 3ª edic., 1974, pp. 97-98.

es la única manera de evitar el empecinamiento en el error que constituye el dogmatismo. A este respecto, "no se puede de antemano reputar como falsa cualquier cosa que se presenta como un saber, por una malentendida fidelidad a nuestros principios, sin antes proceder a la crítica distanciadora y objetiva... En el pensamiento ideológico no atiende el sujeto a lo que en realidad es, sino que se construye la realidad en el pensamiento y es desde ésta desde donde intenta conformar la realidad... Al estar de antemano ya presente una determinada superestructura religiosa, filosófica o política, es ésta la que intenta forzar los hechos para acomodarlos a ella y evitar la posible contradicción que su propio descubrimiento amenaza descubrir" (24) .

El dogmatismo representa una forma de eludir la penetración en la raíz de un problema y se nutre de "principios de carácter generalizado mantenidos sin tener en cuenta las condiciones empíricas" (25). Los planteamientos dogmáticos son característicos de los partidarios de una irracional concepción del mundo -religiosa, filosófico-idealista, etc.-, pero también se dan en aquellos que se adhieren emocionalmente, pero no críticamente, a una teoría racional. Como señala Castilla (26), la adopción de una doctrina irracional conlleva

- - - - -

(24) Castilla, C.: Naturealeza del saber, cit., pp. 90-93.

(25) Rubes, D.D.: Diccionario de filosofía, Barcelona: Grijalbo, 1969, artículo "dogmatismo", p. 112.

(26) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 19-20.

el dogmatismo de sus adeptos, debido a su carencia de apertura y a su subsiguiente necesidad de cierre, a su incomunicabilidad fuera del círculo de los partidarios y a su imposibilidad de verificación. Es más dificultoso descubrir el dogmatismo en aquellos que adoptan, pero no asumen, una doctrina racional irracionalmente, como una forma de rechazo emocional de los resultados de ideologías opuestas y de confianza en lo que "creen" que esta "su" doctrina puede aportar. Esta actitud, independientemente del carácter racional de la doctrina que se adopte, conduce, en un deseo de búsqueda de seguridad, a la adopción de posturas indiscutibles e indiscutidas, "al estancamiento, a separarse de la vida, al aislamiento de la realidad" (27).

Como muestra de este hecho, el pensamiento dialéctico se ofrece como la forma más flexible de trabajo intelectual en sentido estricto, pero también es susceptible de tratamientos dogmáticos. Como indica Goldman (28), "existe para todo pensamiento dialéctico la posibilidad de un pecado capital que debe evitarse a toda costa. Se trata de la toma de posición unilateral del sí o del no. Engels escribió un día que decir sí, sí, o no, no, es hacer metafísica, y bien

- - - - -
(27) Kernig, C.D.: Marxismo y democracia, cit., Serie de Conceptos Fundamentales, tomo 2º, artículo "dogmatismo", p. 56.

(28) Goldman, L.: El hombre y lo absoluto, Barcelona: Península, 1968, pp. 221-222.

conocido es el sentido altamente peyorativo que en él tenía esa palabra. La única manera de acercarse a la realidad humana, y Pascal lo ha descubierto dos siglos antes que Engels, es decir sí y no, reunir los extremos contrarios".

Las motivaciones de las actitudes dogmáticas son de distinta índole. Históricamente, estamos acostumbrados a operar con concepciones acabadas del universo, que componen cosmovisiones totalizadoras y que tienden a calmar ilusoriamente la angustia del no saber a base de añadir especulaciones extrapoladas de la realidad y de "completar" la teoría. La capacidad de preguntar va siempre muy por delante de nuestra posibilidad de responder científicamente, por lo que se impone una cierta resignación y la suspensión provisional del juicio ante las cuestiones que se plantean de forma irresoluble en un momento histórico determinado. Se trata de aceptar, como postulado fecundo, la inexistencia del misterio y el encuentro con un problema, quizá irresoluble en una situación histórica concreta, pero siempre susceptible de ser dilucidado.

Existen muchas resistencias, puestas de relieve, entre otros, por Lukacs (29), a asumir las limitaciones de la razón humana en un contexto preciso, resistencias que se encubren con el recurso a todo tipo de racionalismos. Teilhard (30),

- - - - -

(29) Cfr. Lukacs, G.: El asalto a la razón, México: F.C.E., 1959.

(30) Teilhard de Chardin, P.: La energía humana, Madrid: Taurus, 1967, 2ª edic., pp. 179-196.

por ejemplo, se muestra escéptico ante la idea de un mundo completamente explicable e indefinidamente perceptible por la pura razón. Pero, sin embargo, "allí donde nos mantenemos en el ámbito de lo verificable, no de lo creíble, no se puede citar una sola verdad absoluta... Si ésta no existe, tampoco debe existir ni lugar ni persona en donde las verdades absolutas estén... El supuesto de la existencia de algún ente extramundano no es comprobable, ni tan siquiera necesario... En sí mismo, el mundo no se nos ofrece ya como un mysterium reservado tan sólo para un ente extramundano, sino como objeto que nos insta, apasionadamente, a su aprehensión y a su dominio... Pero en todo caso el problema es siempre meramente problema..." (31). De hecho, el progreso científico, como señala Castilla (32), está en constante evolución. La consecuencia de este incesante devenir del proceso científico es que, salvo las construcciones auténticamente enormes, la mayoría tiene, relativamente, escasa vigencia y pasa rápidamente a la historia, anulada o integrada por los descubrimientos posteriores.

Hay también motivaciones psicológicas que explican la tendencia al dogmatismo, en particular la necesidad de seguridad. Aseverar concluyentemente acerca de algo no verificable, con independencia de que se esté o no en lo cierto, connota

- - - - -

(31) Castilla, C.: Natureleza del saber, cit., pp. 96-97.

(32) Castilla, C.: "Cajal: Las razones de un mito", en El País, Madrid, 8 de enero de 1978, p. I del suplemento.

un intento de hipercompensación, como señala Castilla (33), a base de afirmaciones dogmatizantes. La adscripción a un hecho dogmático (por ejemplo, la fidelidad a un determinado sistema y la aversión a los hechos que parecen contravenirlo) y estereotipado es un mecanismo de defensa ante lo nuevo y ante el riesgo de la personal inadaptación a él. Una concepción del mundo implica la ruptura, en un aspecto parcial o total, de otra, de modo tal que la niega o en parte o en todo. Rechazar una determinada concepción del mundo conlleva el rechazo de un sistema de referencias sociales, políticas, filosóficas, religiosas, etc., que afecta a la seguridad personal del rechazante, por cuanto puede suponer una pérdida de sus relaciones sociales, basadas éstas precisamente en la cohesión interna de los valores indiscutidos -indiscutibles también- del grupo.

"... La conformidad de los otros, de los demás, alimenta la seguridad y hace posible la interrelación con ellos; y a la inversa, les evita el aislamiento, la incomunicación y, en consecuencia, la desestructuración del yo, de sí mismo, que sobreviene cuando se pierden las muletas que los otros representan para uno... Pensemos en alguien racional durante la época de la Alemania nazi y en la de los grandes éxitos de ésta... Una confirmación en el error -cuando todo el mundo adopta, por ejemplo, determinado sistema mítico- puede ser

(33) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica del lenguaje, Barcelona: Península, 2ª edic., 1974, p. 96, nota 107.

más eficaz en orden a la profilaxis de la salud psíquica que la verdad vivida a solas..." (34). Fromm (35) ha visto claramente, en este mismo sentido, la inseguridad que en forma de miedo a la libertad contiene todo tipo de adhesión dogmática, sea de tipo religioso, sea de tipo político.

El saber crítico, adogmático, es siempre un saber revolucionario, que invalida el saber anterior hasta entonces considerado como válido y que enfrenta al poseedor del mismo a los partidarios de concepciones dogmáticas del mundo, conmovidos ante el atisbo de inseguridad que representa poner en cuestión sus principios incommovibles. A nivel psicopatológico puede captarse nítidamente esta situación: "la angustia reprimida se expresa mediante la inatención selectiva del enfermo en determinados aspectos de su vida; a través de conductas típicamente regresivas, o bien, mediante la fijación en una determinada interpretación del mundo (por ejemplo, la rigidificación dogmática, la intolerancia, el fanatismo), que prestan una determinada seguridad, merced a una racionalización supraestructural, a la inseguridad de fondo de la persona" (36).

De hecho, la historia social de la ciencia puede concebirse como una pugna por imponer hechos frente a juicios de

(34) Castilla, C.: Discurso de Onofre, Barcelona: Península, 1977, pp. 76-77.

(35) Fromm, E.: El miedo a la libertad, Buenos Aires: Paidós, 3ª edic., 1957, passim.

(36) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 163.

valor, imaginados hasta entonces como hechos por una comunidad que tiene institucionalizada una ideología para uso del sector dominante. La formación de prejuicios -lo ideológico- emerge, la mayor parte de las veces, sin conciencia de tal, al lado de y disfrazado de la cobertura de una teoría científica. Como subraya Castilla (37), lo ideológico no está tan sólo en una supuesta teoría social, como puede ser una tesis naturalista en la fundamentación del Derecho; lo ideológico está, puede estar, en todas partes, como formación falsamente teórica que sirve, desde la biología a la física o la química, para el sostenimiento del poder.

La obra de Darwin es ejemplificadora a este respecto. Sus descubrimientos configuran al hombre, de una vez para siempre, como ser animal, como elemento biológico natural, a contracorriente de los prejuicios vigentes en la época, que tendían a conferirle un rango aparte dentro de las organizaciones vivientes. Darwin (38) pudo suponer que las resistencias a la penetración de su teoría eran, en principio, de carácter estrictamente científico. Más tarde Darwin mismo advierte que no se trata de un debate limitado al ámbito de la ciencia, sino que su teoría entra en pugna con la concepción previa del mundo habitual en su época. Asimismo, "Descartes, Galileo, Giordano Bruno, Darwin, Marx, Freud y tantos y tantos

- - - - -

(37) Castilla, C.: "Fundamentos ideológicos de la teoría psiquiátrica". Inédito. Conferencia dictada en la Facultad de Medicina de Valencia el 6 de mayo de 1972.

(38) Cit. en Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 22.

otros, representan, al fin y al cabo, una pequeña serie de hombres en cuyo quehacer fueron contrariados, precisamente porque atentaron contra la calma de su presente histórico. De muchos de ellos sabemos hoy de sus tristes claudicaciones, y se nos hacen comprensibles" (39).

Muchas veces la ciencia está contaminada de una ideología y de unos principios míticos que nada tienen que ver con la investigación científica. Un saber falso -inadecuado, en consecuencia, a la hora de operar con él sobre la realidad como problema- está vigente en un contexto preciso si es la ideología de la clase dominante. La ciencia no se explica a sí misma, sino que está directamente al servicio del poder, en el proceso mismo de creación y en el de la aplicación: "la ciencia aparece enclavada como una superestructura inherente al sistema de necesidades que suscita un tipo determinado de relaciones de producción" (40). El progreso en el desarrollo científico ha representado, en muchas ocasiones, el esfuerzo por considerar racionalmente lo que hasta entonces estaba impregnado de elementos míticos. La ciencia es hecha por los científicos, que, en tanto hombres, están en función de los condicionamientos inherentes a las relaciones de producción que entre los hombres que componen ese medio previamente se

(39) Castilla, C.: Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación, Barcelona: Península, 4ª edic., 1975, p. 114.

(40) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 14.

dan, que determinan su pensar y su hacer. El medio social del científico interfiere en su quehacer profesional. Cualquier saber que no ponga en cuestión sus propios fundamentos teóricos y también su dependencia y determinación sociohistórica, cualquier saber pretendidamente aséptico respecto de sus condicionamientos extracientíficos, es ideológico y tiene a la perpetuación de la dominación. El riesgo del científico, condicionado por la situación psicosociológica en que figura enclavado, radica en "saltar" desde lo fáctico a lo ideológico, en un intento de enlazar la realidad con el mito, la lógica con lo ilógico, lo verificable con lo inverificable, lo racional con lo absurdo.

La tarea de deslindar lo fáctico de lo ideológico es esencialmente urgente en las ciencias humanas. Por razones que enlazan con determinadas ideologías y concepciones del mundo, todavía está vigente la consideración de que el hombre es, por decirlo así, algo "aparte" de la realidad: "el hecho de que al hombre le sea dable la reflexión sobre la realidad en general y operar reflexivamente en ella, ha dado pie para que toda suerte de concepciones antropocéntricas -religiosas, filosóficas, políticas- sigan perpetuándose" (41). Así, como señala Castilla (42), todo el progreso en la ciencia del hombre se ha conseguido gracias a un esfuerzo, mucho más ingente

(41) Castilla, C.: La culpa, Madrid: Selecta de Revista de Occidente, 1968, p. 20.

(42) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 116.

que en cualquier otro campo de la ciencia, por despojar de esa contaminación idealista a ese elemento que, por muy perfecto que sea, es natural en sí: el hombre y su historia.

A modo de ejemplo de lo anteriormente expuesto, es difícil elaborar una teoría del Derecho que ponga en cuestión el carácter ideológico de la administración de la llamada justicia. Asimismo, "ideológica es la interpretación de la agresividad de un Konrad Lorenz, tanto más peligrosa cuanto que se da entremezclada e interferida con una serie de hechos incuestionables. Ideológica es la estúpida correlación que científicos, tan en apariencia objetivos como los genetistas, dan entre la trisomía sexual y la delincuencia, como si fuese posible una estructura inmediata dependencia entre una alteración cromosómica y algo tan relativo como una pauta de conducta social..." (43).

El saber científico, innovador -no el meramente repetitivo, en forma de erudición-, resulta ser un saber revolucionario, que tiene siempre una decisiva influencia en el contexto de la realidad en que surge. El saber científico en sentido estricto es un saber crítico, que pone en cuestión incluso sus propios fundamentos y que asume el riesgo de cometer errores parciales o totales, a sabiendas, además, de que lo que hoy es válido será anulado por otros saberes, los válidos de entonces, con arreglo al carácter historicista de

- - - - -

(43) Castilla, C.: Fundamentos ideológicos de la teoría psiquiátrica, cit., pp. 2-3.

todo saber. Salvo las obras de arte, que pueden permanecer, y no siempre, al margen del tiempo, la obra de ciencia es muy transitoria. Así, "el saber científico, en lo que tiene de aventura, adquiere un rango inherente a su compromiso con la realidad. Independientemente de que este compromiso, en lo que contiene de inmersión todavía en el no saber, implique, luego, incluso el error. Lo que importa como actitud es que el error se subsane cuando deviene, como reflejo, en forma de conciencia de un saber errado que obliga a la adopción de otra vía" (44).

Toda obra científica, por su carácter innovador, tiene una dimensión de proceso, que trasciende la vida del iniciador de una revolución científica. El hecho de ser característico del saber auténtico la verificabilidad y la comunicabilidad, le dota de un carácter público, asumido por otros investigadores coetáneos y posteriores, que lo confirmarán o lo rectificarán en parte o en todo. A este respecto, "una vía falsa en la ciencia encuentra toda su justificación si aquel que la ha seguido es capaz de decirnos que no es por ahí por donde se debe marchar" (45). El ejemplo del psiquiatra Krapelin, quien, al fin de sus días, denuncia el error de las tesis que sirvieron de base a la investigación de toda su

(44) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 106, nota 24.

(45) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, Madrid: Seminarios y Ediciones, 1971, p. 60.

vida, es una demostración de la servidumbre a la realidad de un intelectual auténtico.

La ciencia es doctrina de la realidad concreta. El científico puede mostrar interés, como tendencia, por el saber totalizador, pero sólo puede atender a particularidades concretas. Si no es así, el investigador incurre en extrapolaciones metafísicas acerca de la realidad total, en sí mismas inverificables. Así, por ejemplo, el salto que opera Monod (46), en la investigación biológica celular, de lo científico a lo ideológico, es certeramente criticado por Althusser (47). La ciencia, en síntesis, es siempre ciencia de lo particular. Toda investigación científica fecunda representa un paso controlado, no un salto extrapolado, de la particularidad a la totalidad, pero no a la inversa. Como señala Lukacs (48), el método dialéctico es el indicado para poner en conexión lo particular con la restante realidad, método que puede atribuirse a "todo proceder que atienda al carácter recíprocamente relacional de cualquier saber parcial con el saber restante, o sea, con el logrado en otras esferas, también particulares, de la investigación científica" (49).

-- -- -- -- --

(46) Cfr. Monod, J.: El azar y la necesidad, Barcelona: Barral, 1972.

(47) Althusser, L.: Del idealismo físico al idealismo biológico, Barcelona: Península, 1972, pp. 44-51.

(48) Holz, Kofler, Abendroth: Conversaciones con Lukacs, Madrid: Alianza, 1969, p. 208.

(49) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 61-62.

La actual división del trabajo impone, pues, una con-
creción en el quehacer científico. La asunción de tareas to-
talizadoras no encaja con el rigor intelectual exigible y se
interfiere a menudo con racionalizaciones ideológicas, como
ocurre, por ejemplo, en Hegel. Como señala Castilla (50), el
"caso Hegel" representa, como, por otra parte, la totalidad
de la filosofía romántica, el desfase entre los objetivos
propuestos y la forma de su resolución. El rigor en Hegel se
pierde, por así decirlo, a medida que se ve obligado a forzar
la realidad para acomodarla a "su" visión previa del mundo;
una visión que es distinta, según pone de relieve Lukacs (51),
del Hegel joven al Hegel de la madurez, entre los cuales se
verifica el tránsito de una conciencia cuasi revolucionaria
a otra idealista y reaccionaria.

El afán totalizador, ideológico por la imposibilidad
fáctica de operar con él en la práctica científica actual,
se muestra en ocasiones bajo la forma de la mera erudición:
"en el saber meramente erudito se trata tan sólo de un colec-
cionismo de saberes ya establecidos... En la erudición se te-
me sumergirse en el problema como tal problema; y es la pro-
pia inseguridad que ello suscita la que retrae al cientfi-
co de todo lo que no sea el saber establecido. Hay en la eru-
dición una instancia a dejar las cosas como están, al mante-
nimiento del statu quo..." (52). El eclecticismo, una forma

- - - - -

(50) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 100, nota 15.

(51) Cfr. Lukacs, G.: El joven Hegel, México: Grijalbo, 1963.

(52) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 104-106.

también de saber acritico similar a la erudición, no es un método de integración de datos, sino una mera yuxtaposición; es una tolerancia intelectual que no resulta en absoluto útil. Consignar datos acumulativamente si no se cuenta con ellos en la práctica es totalmente inoperante. La obra de Menéndez Pelayo (53) -una acumulación de datos esenciales y accesorios yuxtapuestos indiscriminadamente y con abundantes juicios de valor- es ilustrativa a este respecto. Las insuficiencias de este tipo de obra han sido ya señaladas por Ortega (54) y D'Ors (55), entre otros.

Frente al saber erudito y ecléctico, acritico en definitiva y mantenedor del statu quo vigente, Russell (56) ha señalado: "La verdad nueva es a menudo incómoda, especialmente para los que asumen el poder; sin embargo, toda la larga historia contra la crueldad y la bestia representa la hazaña más importante de nuestra especie, inteligente, pero vacilante". De hecho, está todavía por hacer una historia crítica de la ciencia, capaz de deslindar los hitos del progreso científico de las racionalizaciones ideológicas. Como ha dicho

- - - - -

(53) Menéndez Pelayo, M.: Historia de los heterodoxos españoles, Madrid: B.A.C., 2 tomos, 1951, passim.

(54) Ortega, J.: Meditaciones del Quijote, 1914, en Obras Completas, cit., tomo 1º, p. 341.

(55) D'Ors, E.: Estilos del pensar, Madrid: Epesa, 1945, p. 21.

(56) Russell, B.: Religión y ciencia, México: F.C.E., 2ª edic., 1956, p. 172.

Saumell (57), existe actualmente una gran desproporción entre el inmenso y profundo desarrollo del saber científico en la modernidad y la pobreza de los tratados sobre historia de la ciencia.

La actitud del científico y del intelectual debe ser, según Popper (58), objetiva, adecuada a la realidad de los hechos, independientemente de que éstos contravengan los intereses o los valores del investigador. Los libros de ciencia y las interpretaciones de la realidad están con frecuencia preñados de actitudes irracionales, fácilmente conectables con los apriorismos y creencias del grupo o clase social a que pertenece el científico. Las vacilaciones y los escrúpulos de Oppenheimer (59), la frustración de sus últimos años, representan un ejemplo esclarecedor a este respecto. Cuando, por citar otro ejemplo, Darwin (60) titubea al entroncar al hombre con el resto de la escala filogenética, es consciente de la profunda conmoción que verifica al margen mismo de la biología.

- - - - -

(57) Cit. en "El País" (11 de marzo de 1978), p. 22.

(58) Popper, K.R.: "The moral responsibility of the scientist", en Induction, Phisics and Ethics, Dordrecht: Weingartner, P. y Zecha, G., 1970, pp. 329-336.

(59) Cfr. Gorz, A.: Historia y enajenación, México: F.C.E., 1964, pp. 154-163.

(60) Darwin, Ch.: El origen del hombre, Madrid: Bergua, 1933, tomo 2º, p. 403.

La actitud objetiva es, ante todo, una actitud racional, que es coherente con la realidad. Un pensamiento lógico explica la realidad en términos de esa misma realidad. La ciencia es tan sólo una interpretación lógica de la realidad, pero "el sujeto de esa realidad y de esa interpretación es el hombre y, lo mismo que ella, él está coartado -con conciencia o no de ello- por los condicionamientos previos que determinan su pensar y su hacer. Estos condicionamientos penetran en su pensamiento y alteran de modo sustancial la pureza de la propia vivencia que de la realidad se tenga, perturbando precisamente el instrumento de la interpretación. Así, en el 'principio de indeterminación' o de incertidumbre que enunció Werner Heisenberg, el simple observador es el que altera el experimento hasta el punto de impedir su exacta comprobación..." (61).

Dada, pues, la posibilidad de interpolación de actitudes personales y grupales en la obra científica, y de superposición de éstas sobre la realidad tal como es, la función del intelectual dista de ser nítida y adquiere una dimensión, según Quintanilla (62), primordialmente ética. La actitud ética del científico conlleva, en primer lugar, una subordinación constante a la objetividad, a la verdad de cada momento,

(61) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 116.

(62) Quintanilla, M.A.: "La responsabilidad social del investigador científico", en Sistema, 22, enero de 1978, Madrid, pp. 107-114.

por encima de las distorsiones a que le incita su mundo valorativo previo. Pero el compromiso del científico no se limita sólo a su objeto, sino que también debe ser ampliado al resto de la comunidad en que se encuentra integrado. Es requisito exigible al científico servir a la verdad, pero también comunicársela a los otros, porque "el decir es la forma específica -no la única- que el intelectual tiene de hacer entre nosotros... Es perfectamente lícito que una persona se equivoque, pero no es lícito que mienta. Verdaderamente la sociedad puede pasar por momentos en los que hablar de aquello que uno estima la verdad puede entrañar alguna suerte de riesgo. Aun así, al intelectual, como a cada hombre, se le ofrecerá la alternativa entre decir la verdad o callarse, pero nunca entre decir la verdad y decir la mentira" (63). A este respecto es esclarecedor el conocido terceto de Quevedo (64):

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?".

La función del intelectual consiste en interpretar la realidad, con una subordinación objetiva a la misma y de acuerdo con la dimensión ética expuesta. Lo que distingue al

(63) Castilla, C.: Cuatro ensayos sobre la mujer, Madrid:

Alianza, 1971, p. 12.

(64) Quevedo, F. De : "Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos", 1624; cit. en Iribarren, J.M.: El porqué de los dichos, Madrid: Aguilar, 4ª edic., 1974, p. 469.

el intelectual de cualquier otro profesional es el tomar la realidad como problema y hacerla objeto de interpretación. La profesionalidad, por cualificada que sea ésta, no implica, sin más, la adopción de una actitud intelectual. Así, "un médico opera en la realidad que son los enfermos, y no adopta una actitud propiamente intelectual más que cuando se eleva desde la 'anécdota' del enfermo a la patología como problema, como 'categoría'. Diagnosticar y curar con arreglo a normas susceptibles de aprenderse, no es función intelectual en sentido estricto. Se puede ser profesor de filosofía y enseñarla bien, sin plantearse intelectualmente los problemas propios de la misma; como se puede ser director de orquesta y no compositor..." (65).

El intelectual, que hace de la realidad su problema inmediato, cuando no único, se halla dotado vocacional y fácticamente para aprehender la realidad envolvente del hombre y ofrecerle alternativas superadoras de su situación limitativa. En este aspecto, el intelectual se convierte en la conciencia de su tiempo, cuya misión es, en una expresión que parafrasea las palabras de Manrique (66), "avivar el seso" de sus coetáneos, de forma que los hombres tomen conciencia de su infelicidad y se rebelen contra ella. Creo que éste es

(65) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 135.

(66) Manrique, J.: "Coplas a la muerte de su padre"; cit. en Díez-Plaja, G.: Historia de la literatura española encuadrada en la universal, Barcelona: La Espiga, 30ª edic., 1966, p. 126.

el sentido de la afirmación de Aranguren de que "el auténtico intelectual es siempre de izquierdas"⁽⁶⁷⁾. Para Marx, el intelectual debe asumir el papel que le propone la lucha proletaria, la filosofía renunciar a sus pretensiones absolutistas y espiritualistas, fruto de su impotencia pasada, y encontrar "en el proletariado sus armas materiales, (así como) el proletariado encuentra en la filosofía sus armas intelectuales... La filosofía no puede llegar a realizarse sin la abolición del proletariado, y el proletariado no puede llegar a abolirse sin la realización de la filosofía" (68).

El gran peligro del intelectual es el individualismo, ya señalado por Spranger (69) en su análisis del "homo theoreticus", justificado a veces con la falacia de que se debe ante todo a su obra, como si fuera factible éticamente soslayar el compromiso con la realidad y con los coetáneos de uno. El compromiso exigible al intelectual ante el resto de la sociedad se refiere fundamentalmente a una toma de conciencia: "en una palabra, se trata de que haga un uso no sólo individual, sino también social, del instrumento intelectual. La sociedad que permite y costea que haya hombres que vivan sólo

- - - - -

(67) Hurtado, A.: "Entrevista al profesor Aranguren", en Egin, San Sebastián, 5 de marzo de 1978, p. 16.

(68) Marx, K.: "En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en La sagrada familia, México: Grijalbo, 1959, p. 15.

(69) Spranger, E.: Formas de vida, Madrid: Revista de Occidente, 1935, passim.

pensando, exige que piensen para ella" (70). La función reflexiva del ser humano posibilita, según Castilla (71), la transformación del mundo, como un heterogéneo agrupamiento de cosas dadas, en un campo organizado, en donde caben normas de conducta orientadas al cambio. Conseguir esta percepción de la realidad, descubrirla nítidamente y hacérsela ver a los otros es la función pedagógica que el intelectual tiene asignada en la sociedad.

La soledad del intelectual, su ensimismamiento, su sensación de estar privado de interlocutores válidos, responde, cuando se da, a un uso bastardo del papel que le corresponde. Si hoy se da una crisis de identidad del intelectual, no es porque en una sociedad tecnificada se necesiten técnicos y sobren los pensadores, sino porque muchos intelectuales no sintonizan adecuadamente con las inquietudes del hombre de hoy ni ofrecen alternativas válidas al cambio de sociedad. La función del intelectual está, por así decirlo, vacante. Y la falta de uso de una función provoca su atrofia, como atinadamente señalaba Larra (72) el siglo pasado: "Así ves, Andrés mío, a los batuecos, a quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua".

- - - - -

(70) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 137.

(71) Ibid., pp. 143-144.

(72) Larra, M.J. De: "Carta segunda escrita a Andrés, por el mismo bachiller (don Juan Pérez de Munguía)", en Artículos completos, Madrid: Aguilar, 1968, p. 431.

La dimensión de verificabilidad y de comunicabilidad hace del saber científico un saber abierto a los demás, que trasciende, por tanto, de la esfera del investigador y se convierte en un objeto más del mundo (es decir, del "alter" (73), según la terminología de Parsons). Así concebido, "el saber se convierte en humanismo, porque en cualquier caso implica la mejora -como posibilidad- del hombre como especie, que decía Marx, o sea, como sujeto de consciencia, que ha de devenir en dominio sobre la naturaleza en sentido amplio..." (74). El valor de uso (75) del saber viene referido, pues, por la puesta al servicio del mismo a la comunidad social en que se encuentra integrado el científico.

El saber, además de su valor de uso, tiene también, como todos los demás objetos, un valor de cambio (75), susceptible de toda clase de transacciones. En una sociedad dividida y compartimentada en clases sociales, el saber deja de tener, en buena parte, el valor de uso inicial y se transforma, con arreglo al valor de cambio, en una mercancía, sujeta a un valor que no le es propio. El valor de uso -como útil, como instrumento- es propiedad de una cosa, pero se transforma posteriormente en valor de cambio, que no es ya propiedad de la

- - - - -

(73) Parsons, T.: El sistema social, Madrid: Revista de Occidente, 1966, pp. 259 y ss.

(74) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 157.

(75) Marx, K.: El capital, México: F.C.E., 3ª edic., 1964, tomo 1º, pp. 1 y ss.

cosa, sino atributo de los hombres a esa cosa. Así, "el fetichismo del saber queda ostensible en el hecho de que, por ejemplo, un cuadro, un poema, un trabajo científico, sea pagado, es decir, convertido en dinero... ¿Habría que decir que un 'goya' o un 'greco' no valen por sí mismos -es decir, no tienen precio, como, por otra parte, no lo tienen los demás objetos-, sino que sólo valen en la medida en que son 'útiles' (estéticos o prácticos)?" (76).

Cuando el saber trasciende del investigador, el uso posterior que se hace del mismo -el valor de cambio que se le adjudica- depende del tipo de estructura social vigente, concretamente de las relaciones de producción que la definen. En la sociedad capitalista, caracterizada por una estructura radicalmente mercantil, el saber está sujeto a relaciones de compra, incluso en la misma fuente de su producción -la persona del científico-, por parte de las clases dominantes. El científico aparece así al servicio del poder, y su producción contribuye al mantenimiento del statu quo vigente y a la perpetuación de las relaciones de dominación, porque "el beneficio de unos pocos -los poseedores- sólo puede obtenerse merced al perjuicio de los muchos restantes. No es el propio creador, sino el comprador del saber creado, el que adquiere un señorío feudal respecto de los otros que han de consumir, entre los cuales se cuenta el propio creador, del cual deriva el objeto- mercancía" (77). La trayectoria profesional y

- - - - -

(76) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 160, nota 57.

(77) Ibid., p. 161

biográfica de Oppenheimer (78) es esclarecedora al respecto de las relaciones entre ciencia y política. El uso espúreo que se ha hecho de la investigación nuclear a efectos bélicos, con beneficios para unos pocos a expensas del perjuicio de los más, o de la investigación médica en la Alemania nazi a efectos del exterminio y esterilización de los judíos, es una muestra del servilismo del científico al poder en una sociedad estratificada.

La dimensión ética es un requisito exigible al quehacer profesional del científico y del intelectual. No se puede, por ejemplo, culpar -señala Castilla (79)- al nazismo de los desmanes médicos e irresponsabilizar a la Medicina oficial, como si las leyes le hubiesen sido meramente impuestas desde arriba. Así, en el año 1920, cuando estaba aún lejos el ascenso de Hitler al poder, el psiquiatra Alfred Hoche, maestro de Oswald Bunke, mente rectora de la psiquiatría de los años 30, fue el autor, junto con el notable jurista Karl Binding, de un libro titulado "La libertad de destruir la vida desprovista de valor". El mismo Hoche fue autor de una monografía en la que, bajo una supuesta cobertura científica, demostraba la inferioridad radical de la mujer; otra, en la que abogaba por una actitud punitiva frente a las desviaciones sexuales. El psiquiatra genetista Rüdín fue el promotor de

- - - - -

(78) Vid. supra, nota 119.

(79) Castilla, C.: Fundamentos ideológicos..., cit., p. 7.

la ley de esterilización obligatoria de 1933. Los ejemplos podrían multiplicarse. Por lo que a España respecta, según Castilla (80) y González Duro (81), también ha habido ideólogos dispuestos a poner un tipo de conocimiento distorsionado al servicio del poder. Por ejemplo, Vallejo Nájera, padre, razonaba en la posguerra, en "Eugenesia de la hispanidad", sobre el carácter no hispánico de cualquier español de izquierdas y, por contrapartida, cómo procrear españoles de verdad, es decir, de la más extrema derecha. El profesor Vallejo Nájera no postula, en otro libro suyo ("Divagaciones intrascendentes"), las cámaras de gas de los nazis, pero sí la creación de un Cuerpo General de Inquisidores que vele por la pervivencia de los valores hispánicos.

Es exigible al intelectual y al científico la denuncia del uso bastardo que, eventualmente, se pueda hacer de su obra. De este modo, "no puede darse como justificación para un comportamiento cómplice el que, llegado a un punto, el sacrificio exigido a unos sea de excepción, respecto del que habrían de verificar los demás... Las situaciones-límite obligan a la adopción de comportamientos-límite, y no hay en este sentido ninguna suerte de justificación plausible para otras formas de comportamiento ambiguo" (82). De hecho, sin embargo,

- - - - -
- (80) Castilla, C.: "La psiquiatría española (1939-1975)", en Castellet, J.M. et alii: La cultura española bajo el franquismo, Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 1977, pp. 81-97.
- (81) González Duro, E.: Psiquiatría y sociedad: 1936-1975, Madrid: Akal, 1978, passim.
- (82) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 170, nota 67.

se da con poca frecuencia el necesario enfrentamiento, por ejemplo, de un juez contra un sistema que le impone la aplicación de leyes que considera injustas. Una actitud ética llevada hasta sus últimas consecuencias debería forzar al juez, en este caso citado, a abandonar su profesión.

La investigación científica e intelectual se puede plantear al margen del control del poder sólo allí donde se dé una sociedad integrada, no estratificada, y donde no exista la posibilidad de poseer objetos más que de consumo. De este modo, ni el saber ni los demás objetos podrían ser apropiados por el sector dominante para ser puestos al servicio de la dominación, sino que estarían al servicio de toda la comunidad:

"Ese saber, extrañado no obstante de su propio creador, será visto por este creador como objeto de todos y para todos. El precio que de la segregación de sí obtiene, se dará por bien cumplido merced al beneficio que a todos (entre los cuales está el propio creador) reporta" (83).

En este caso, como también señala, desde otra perspectiva, Dobb (84), sólo es posible utilizar cualquier saber para todos y en modo alguno para sólo unos pocos que podrían emplearlo en forma de saber-objeto de producción para sus propios intereses, en contra de algunos sectores concretos de la comunidad social.

- - - - -
(83) Ibid., p. 159.

(84) Dobb, M.: Argumentos sobre el socialismo, Madrid: Ciencia Nueva, 2ª edic., 1968, pp. 105-108.

-46-

Capítulo 2º: Concepto de psicoanálisis

El psicoanálisis es un método de tratamiento de los trastornos mentales, fundado en la investigación psicológica profunda y convertido en "ciencia del inconsciente". Con este término se pueden aludir, como el propio Freud (85) puso de relieve, a tres niveles distintos:

- a) Un método de investigación, que consiste esencialmente en evidenciar la significación inconsciente de las palabras, actos, producciones imaginarias (sueños, fantasías, delirios) de un individuo. Este método se basa, principalmente, en las asociaciones libres del sujeto, que garantizan la validez de la interpretación. La interpretación psicoanalítica puede extenderse también a producciones humanas de las que no es factible disponer de asociaciones libres.
- b) Un método terapéutico, basado en esta investigación y caracterizado por la interpretación controlada de las resistencias, de la transferencia y del deseo. La esencia de la praxis terapéutica consiste en tomar conciencia de los procesos mentales reprimidos, que, desde las profundidades del inconsciente, alteran el curso normal de la vida del paciente.
- c) Una teoría de la vida mental, derivada de los datos aportados por el método psicoanalítico de investigación

- - - - -
(85) Freud, S.: Esquema del psicoanálisis, 1910, Madrid: Biblioteca Nueva, 1967, Obras Completas, tomo 2º, p. 111.

y de tratamiento, y que está centrada sobre la idea de un aparato psíquico, donde la oposición de sus tres instancias principales -Elo, Yo y Superyó- y el juego de los mecanismos de represión y enmascaramiento de las pulsiones instintivas de la libido sirven de fundamento a una nueva interpretación de los motivos inconscientes y de los procesos psicopatológicos.

Además de todo esto, "Freud perfeccionó una cierta hermenéutica antropológica, fundada en los conceptos anteriores, susceptible de conferir significados nuevos y desvelar aspectos inéditos de la intencionalidad humana en toda una serie de campos culturales muy diversos, alejados ya de la psiquiatría y de la psicología, tales como la literatura o la filosofía" (86). En este mismo sentido, Castilla (87) matiza el significado del psicoanálisis, que representa una "transformación de mera técnica terapéutica en teoría psicopatológica, de ésta en teoría del suceso psíquico general, en psicología colectiva y, finalmente, en una concepción del mundo".

Dentro del psicoanálisis propiamente dicho, conviene distinguir, como señala Lagache (88), entre la aplicación de las

(86) Pinillos, J.L.: Más allá de Freud, Santander: Univ. Intern. Menéndez Pelayo, 1976, p. 12.

(87) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 63.

(88) Lagache, D.: El psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1968, p. 7.

concepciones psicoanalíticas a diversos dominios de las ciencias humanas, y la práctica psicológica. Es necesario delimitar, en concreto, el psicoanálisis como teoría de las motivaciones humanas del psicoanálisis como método terapéutico.

Antes del desarrollo del psicoanálisis, la psicología se limitaba -señala Castilla (89)- a un análisis del acto psíquico, de las funciones psicológicas, pero sin alusión al funcionamiento global de la persona. De hecho, el análisis de la conducta, en la época prepsicoanalítica, se obtenía mucho más de la producción literaria que de los tratados de psicología: "la revolución psicoanalítica implica la mutación de una psicología funcional por una psicología motivacional, que imprime así el definitivo sesgo a toda la psicología moderna, que es, ante todo, psicología dinámica" (90).

La psicología clásica era sumamente simplificadora y se limitaba a ser una psicología de los elementos (facultades) o de estructuras (psicología de la "gestalt"). La caracterología -el aspecto más dinámico de la psicología clásica- establece, basada en tipos somáticos, somato-psíquicos o estrictamente psíquicos (91), categorías estáticas y deterministas de "modos de ser", pero prescinde del carácter cambiante de la

- - - - -
(89) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 102-103.

(90) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 141.

(91) Lorenzini, G.: Caracterología y tipología aplicadas a la educación, Alcoy: Marfil, 5ª edic., 1965, passim.

persona en función de la situación en que se encuentra. Las propiedades de las cosas (también de las personas) sólo se manifiestan cuando se ponen en relación-con. Las escuelas caracterológicas han puesto de relieve algunos hechos psicológicos notables, tales como la relación entre constitución y personalidad (especialmente la tipología de Kretschmer (92)), pero, aun así, adolecen del defecto de la etiquetación y prescindan del análisis de las situaciones concretas. Los "tipos", en síntesis, se difuminan y quedan disueltos en pautas de conducta, sobre todo cuando se atiende al desarrollo de la persona en su realidad.

Más concretamente: "de nadie se puede decir en propiedad que es -ni nadie puede decirlo de sí mismo- valiente, mientras que en una situación que lo exija no se haya comportado como tal. Por eso, calificaciones como embustero, valiente, sumiso, son por principio falsas. En el lenguaje coloquial son admisibles, por cuanto se pretende definir un tipo de comportamiento que resulta ser el más frecuente en un individuo, pero de ninguna manera constante. No hay ningún hombre del que pueda decirse que es valiente sin añadir ante qué situaciones lo es, porque de hecho puede haber otra u otras ante las cuales no lo sea... ¿Se puede decir realmente de alguien que es un hombre apasionado o apático, sin renunciar a todo análisis pormenorizado?" (93). "La psicología opera alógicamente

- - - - -

(92) Kretschmer, E.: Constitución y carácter, Barcelona: Labor, 1947, *passim*.

(93) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 293, nota 6.

cuando establece categorías fixistas y por tanto abstractas" (94).

Algunas escuelas caracterológicas han aportado datos al estudio de las correlaciones entre la forma física del cuerpo y las manifestaciones psíquicas, pero también han surgido simplificaciones excesivamente apriorísticas. En este contexto caracterológico se han desarrollado, por ejemplo, las teorías de la antropología criminal y de la frenología de Lombroso.⁽⁹⁵⁾ Estas pretendían interpretar cualidades psíquicas y morales en función de ciertas deformaciones del cuerpo, de forma que consideraban, por ejemplo, a un individuo como delincuente o como hombre genial según las especiales malformaciones de su cráneo o del rostro. Estas tesis, además de simplificadoras, han contribuido, por su carácter mecanicista, al mantenimiento del statu quo vigente, irresponsabilizando, de este modo, de la génesis de los comportamientos delictivos, como si fuese posible establecer una estricta e inmediata dependencia entre unos rasgos físicos y algo tan relativo como una pauta de conducta social.

La concepción estratificada de la personalidad representa un intento, especialmente arraigado en Alemania desde principios de siglo, de explicar el funcionamiento del psiquismo

(94) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 162.

(95) Lombroso, C.: "El hombre delincuente", Milán, 1876; cit. en Lorenzini, G.: Caracterología y tipología aplicadas a la educación, cit., p. 87.

a base de concebirlo como una serie de estratos sucesivos, como se pone de relieve, por ejemplo, en la obra de Lersch (96). El modelo estratigráfico está fundado biológicamente en la anatomía y la fisiología cerebrales, y hay, de hecho, un paralelismo con la estratificación del sistema nervioso. Del mismo modo que la médula funciona bajo el control del cerebro medio y éste bajo el control de la corteza, las funciones psíquicas afectivas estarían bajo el control de las intelectuales. La estratificación psicológica sería un paralelo de esta estratificación neurológica, y alude siempre a un psiquismo inferior y a un psiquismo superior.

El modelo estratigráfico representa una reacción contra el atomismo vigente en la psicología de la época, esforzada inútilmente en delimitar los elementos psíquicos, integrables, a base de combinarses, en el armazón psíquico. La psicología de la estratificación aspira, como reacción a este atomismo, a la creación de una concepción totalitaria del hombre, capaz de comprender a las partes a partir de un todo.

La psicología estratigráfica es una alternativa, como señala Monedero (97), que surge por la insuficiencia de las concepciones filosóficas al uso (la escolástica y, sobre todo, la dicotomía cartesiana) en el problema de las relaciones

- - - - -

(96) Lersch, Ph.: La estructura de la personalidad, Barcelona: Scientia, 1965, passim.

(97) Monedero, C.: Psicología evolutiva, Madrid: Universidad de Madrid (mimeo), 1973, p. 28.

entre cuerpo y psique. Dada la insuficiente explicación aportada por esas concepciones en la comprensión de los fenómenos psicosomáticos y del mundo de los sentimientos, surgen los modelos estratigráficos: "la personalidad madura es interpretada en términos de una integración de intenciones superpuestas distintas en interacción (estratos), que son administradas por una mente integral, la cual se manifiesta a través de impulsos cognoscitivo-afectivo-prácticos" (98).

No se comprende en toda su complejidad el sentido de las motivaciones humanas si no se considera a la persona un organismo estratificado. El concepto estratificado de la persona explica que ésta sea, al mismo tiempo, unidad y heterogeneidad y que sea también un organismo en el que se lleva a cabo un desarrollo, una evolución: "estratificación y desarrollo -conceptos ambos de sustancial importancia en la psicología actual- son términos equivalentes, si bien el primero parece implicar un sentido más estático y estructural, y el segundo más dinámico y funcional. Precisamente la superposición de niveles de diferenciación progrediente es consecuencia de la evolución de todo organismo" (99). En este aspecto esta escuela representa un avance frente a la psicología atomista anterior. De hecho, toda la metapsicología freudiana, y la psicología dinámica que de ahí ha partido, es estratigráfica.

- - - - -

(98) Gilbert, A.R.: "Sobre la estratificación de la personalidad", en David, H.P. et alii: Teorías de la personalidad, Buenos Aires: Eudeba, 1963, p. 226.

(99) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 10-11.

Independientemente de que estas concepciones estratificadas de la personalidad den una cierta explicación de los hechos, adolecen, como ocurre en Max Scheler, por ejemplo, (100) de una jerarquización piramidal de los sentimientos y niveles del ser humano, que está en función de múltiples prejuicios religiosos, filosóficos y científicos. La objeción fundamental a este tipo de concepciones es que son extremadamente estáticas. Para los partidarios de esta teoría, en el desarrollo de la persona, ni la ontogenia -ni, desde luego, los determinantes situacionales, ambientales o culturales- aportan algún dato esencial en la configuración de la personalidad. Los estratos vienen indefectiblemente con esos caracteres, por lo que la personalidad es ya una estructura terminada que sólo busca actualizarse.

Desde un punto de vista metodológico, como señala Eysenck (101), las argumentaciones presentadas por los modelos estratigráficos de personalidad parecen oscuras y difíciles de seguir, ya que las definiciones son filosóficas y semánticas en lugar de ser operacionales y experimentales. Además, estas teorías son de un carácter global y filosófico y no del tipo que se suelen encontrar en la ciencia. Ellos no parecen

- - - - -

(100) Scheler, M.: El puesto del hombre en el cosmos, Madrid: Revista de Occidente, 1936, passim.

(101) Eysenck, H.J.: "Caracterología, teoría de la estratificación y psicoanálisis: Evaluación", en David, H.P. et alii: Teorías de la personalidad, cit., pp. 305-316.

ofrecer la posibilidad de una deducción rigurosa de verificación experimental, que es lo único que distingue a las teorías científicas de la especulación filosófica.

El psicoanálisis ofrece un avance frente a la psicología anterior, en la medida en que "ofrece un saber sistemático, formulado, acerca de las motivaciones humanas, de raigambre biológica, y presidido por el criterio evolucionista, que es el rasgo dominante del pensamiento científico-natural" (102). La hipótesis de los procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la doctrina de la resistencia y de la represión, la importancia de la sexualidad y del complejo de Edipo, son los contenidos principales del psicoanálisis y las bases de su teoría.

A efectos de la motivación humana, el psicoanálisis freudiano ha sido considerado como una "psicología del desvelamiento" (103). La vida manifiesta de la mente, es decir, lo que los hombres conocen y pretenden conocer sobre las razones de su conducta, es solamente el disfraz y la deformación de los verdaderos motivos de sus sentimientos y acciones. Arrancar al hombre sus máscaras -señala Cruz Hernández (104)- es el supuesto primario del psicoanálisis. Detrás de la conciencia

- - - - -
(102) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 106.

(103) Hauser, A.: Historia social de la literatura y del arte, Madrid: Guadarrama, 1968, tomo 3º, p. 261.

(104) Cruz Hernández, M.: "El hombre y sus máscaras", en Rev. Psicol. Gral. y Aplic., 1949, 11, pp. 513-554.

de los hombres, como auténtico motor de sus actitudes y acciones, está el inconsciente, de forma que todo pensamiento consciente es sólo la envoltura más o menos transparente de los instintos que constituyen el contenido del inconsciente: "uno de los aspectos más sorprendentes de la teoría psicoanalítica es el apartamiento de la imagen obvia y aparente de la personalidad, tal como se deriva de la introspección o de la observación fenotípica directa, de los segmentos externos de la conducta. Un ejemplo es la reinterpretación de una actitud amistosa manifiesta como signo de hostilidad subyacente o de una extrema minuciosidad como signo de preocupación por lo sucio" (105).

El psicoanálisis ha propuesto un método de ahondar en la génesis de las motivaciones humanas, a través de las asociaciones libres, de los sueños, de los actos fallidos..., y de desenmascarar las meras racionalizaciones. El término racionalización, acuñado en el lenguaje psicoanalítico por E. Jones (106), representa un "procedimiento mediante el cual el sujeto intenta dar una explicación coherente, desde el punto de vista lógico, o aceptable desde el punto de vista moral, a una actitud, un acto, una idea, un sentimiento, etc.,

- - - - -

(105) Frenkel-Brunswick, E.: "Perspectivas en la teoría psicoanalítica", en David, H.P. et alii: Teorías de la personalidad, cit., pp. 157-158.

(106) Jones, E.: "Rationalization in everyday life", en An outline of Psychoanalysis, New York: Modern Library, 1924, p. 104.

cuyos motivos verdaderos no percibe..." (107). Los hombres no sólo actúan, sino que motivan y justifican sus acciones de acuerdo con su especial situación, determinada sociológicamente y psicológicamente.

El descubrimiento de la racionalización como una cuestión de autoengaño interesado (para el sujeto y/o para el grupo de pertenencia) y el hallazgo de que el individuo aislado no es siempre consciente de los motivos auténticos de sus actos, han tenido una significación fundamental para el desarrollo posterior de la psicología. Castilla va más allá del concepto psicoanalítico y pone de relieve el carácter psicosociológico de las racionalizaciones, emparentadas con la ideología del grupo social a que pertenecen los sujetos:

"Nuestros prejuicios de clase son adoptados en la medida en que nuestro yo social ha verificado su función en el seno de una clase determinada. Ahora bien, la racionalización que entonces se adopta no es una racionalización individualizada, como la que ha de tener lugar allí donde el prejuicio es exclusivamente mío, sino una racionalización que el grupo o clase a que se pertenece nos presta. El conjunto de estos prejuicios, el sistema que los engloba, se denomina ideología, y por eso la concepción marxista ha hecho depender la ideología de las condiciones objetivas que como persona social

(107) Laplanche, J. y Pontalis, J.B.: Diccionario de psicoanálisis, Barcelona: Labor, 1977, 1ª reimpresión, artículo "racionalización", p. 363.

se posee. Hay, pues, un paralelo entre 'racionalización' en la concepción psicoanalítica e 'ideología' en la concepción del materialismo histórico. Mientras la racionalización concierne a la psicosociología, la ideología corresponde a la sociología de la cultura" (108).

Los planteamientos de la psicología dinámica ponen en cuestión los criterios de la logicidad e illogicidad de los comportamientos psicológicos. El pensamiento falso no importa a la lógica, pero sí a la psicología, en la medida en que interesan las razones que lo han originado y que lo han hecho persistir. Como señala Castilla (109), la conducta humana denominada "normal" está también motivada por instancias irracionales, y si bien puede ser lógicamente explicada, no es siempre conducta lógica. El carácter científico de la psicología viene dado por el hecho de que las leyes que determinan la conducta humana son lógicas, al margen de que la conducta sea coherente o incoherente(alógica):

"De la logicidad de la psicología no se puede concluir que los procesos psicológicos hayan de ser lógicos, es decir, no contradictorios... Cuando la psicología, que tiene la pretensión de científicidad, desdeña lo absurdo, lo paradójico, lo contradictorio de los fenómenos psicológicos, mutila el

(108) Castilla, C.: La incomunicación, Barcelona: Península, 5ª edic., 1972, pp. 62-63, nota 12.

(109) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, Madrid: Alianza, 1973, pp. 7-8.

fenómeno psicológico mismo, y, como ciencia, se academiza, del mismo modo que el lingüista que, despreciando el uso ordinario del lenguaje, pretende reducir éste al habla de la Academia" (110). "Es preciso edificar una lógica de los procesos psicológicos que cuente con la paralógica de los mismos. Porque también la ilogicidad tiene sus leyes, las cuales, eso sí, son, como tales leyes, absolutamente lógicas" (111).

Según señala Pinillos (112, 113), el punto de partida de la teoría psicoanalítica de la motivación de Freud (114) es eminentemente homeostático. La tarea básica del sistema nervioso es preservar al organismo de una inundación estimular desequilibradora, y a la vez facilitar la consecución del placer y la evitación del dolor.

A lo largo de su vida, Freud modificó su punto de vista sobre las pulsiones. En su primera formulación (115), distinguió dos clases de pulsiones primarias: la pulsión o instinto de

(110) Castilla, C.: Sexualidad, represión y lenguaje, Madrid: 1978, pp. 9-10.

(111) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 108.

(112) Pinillos, J.L.: La mente humana, Madrid: Salvat-RTV, 1969, pp. 126-127.

(113) Pinillos, J.L.: Principios de psicología, Madrid: Alianza Universidad, 4ª edic., 1977, p. 529.

(114) Freud, S.: Los instintos y sus destinos, 1915, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 1.035-1.045.

(115) Freud, S.: Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicopatógenas de la visión, 1910, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 982-985.

conservación, y los instintos o pulsiones sexuales. Más tarde redujo los dos a uno, la libido, para, finalmente (116), distinguir Eros y Thánatos, vertidos, respectivamente, a la preservación de la vida y a su destrucción.

En cualquier caso, el concepto freudiano de la pulsión se establece en la descripción de la sexualidad humana. Las acusaciones de pansexualismo a la obra freudiana han surgido de este hecho. De todos modos, "hoy nadie piensa en el mundo acerca del pansexualismo freudiano: eso es una cosa que la Iglesia católica quiso hacer ver, en una simplificación, ininteligente, pero eficaz para sus propósitos, de la doctrina psicoanalítica" (117).

El psicoanálisis atribuye una gran importancia a la sexualidad en el desarrollo y la vida psíquica del ser humano. Pero esta hipertrofia de la motivación sexual es sólo comprensible si se tiene presente, al mismo tiempo, la transformación aportada al concepto de sexualidad, ampliado en cuanto a su extensión y comprensión.

Además de distinguir entre lo genital y lo sexual (118), fue Freud quien dijo: "El carácter normal de la vida sexual

- - - - -

(116) Freud, S.: Más allá del principio del placer, 1920, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 1.097-1.125.

(117) Castilla, C.: "El lenguaje de la sexualidad", en Cuadernos para el diálogo, nº 192, enero de 1977, p. 52.

(118) Freud, S.: Una teoría sexual, 1905, en Obras Completas, cit., tomo 1º, especialmente págs. 801-802.

esté asegurado por la conjunción, en el objeto y en el fin sexuales, de dos corrientes: la de la ternura y la de la sexualidad" (119). "En psicoanálisis, el término 'sexualidad' tiene un sentido muy amplio y se aparta totalmente del sentido popular... Consideramos pertenecientes al dominio de la sexualidad todas las manifestaciones de sentimientos tier_ nos que derivan del manantial de emociones sexuales primiti_ vas... Nos servimos de la la palabra 'sexualidad' atribuyén_ dole el mismo sentido de la palabra alemana lieben, y sabemos, desde hace mucho tiempo, que una falta de satisfacción psiqui_ ca con todas sus consecuencias puede existir allí donde no hay alteración en las relaciones sexuales normales... Como terapeutas, nunca debemos olvidar que las aspiraciones sexua_ les insatisfechas (de las que combatimos las satisfacciones sustituidas bajo forma de síntomas neuróticos) sólo de manera muy imperfecta pueden encontrar su salida mediante la relación sexual u otros actos carnales" (120). Es por esto por lo que "el psicoanálisis ha sido calificado de pansexualismo freu_ diano por aquellos de sus críticos que se han contentado con una lectura de segunda mano de Freud, en compendios semies_ colares" (121).

- - - - -

(119) Freud, S.: Sobre una degradación general de la vida erótica, 1910-12, en Obras Completas, cit., tomo 1º, p. 968.

(120) Freud, S.: El psicoanálisis silvestre, 1910, en Obras Completas, cit., tomo 2º, p. 408.

(121) Rof Carballo, J.: "El problema de la sexualidad en la mujer", en Cuadernos para el diálogo, extra, septiembre de 1970, p. 32.

Algunos psicoanalistas han señalado, a este respecto, que la impotencia más generalizada de nuestra época no es la sexual, sino la incapacidad de generosa donación al prójimo, de forma que la pérdida del amor, como cualidad que hoy se marchita, falta de apropiado cultivo, dificulta el desarrollo de la personalidad. Así, "si el deseo de unión física no está estimulado por el amor, si el amor erótico no es a la vez fraterno, jamás conduce a la unión salvo en un sentido orgiástico y transitorio. La atracción sexual crea, por un momento, la ilusión de la 'unión', pero, sin amor, tal unión deja a los desconocidos tan separados como antes..." (122).

Se ha criticado a Freud por su sobrevaloración de lo sexual. Tales críticas han estado frecuentemente motivadas por el deseo de eliminar del sistema freudiano un elemento que ha despertado la hostilidad y la crítica de la gente de mentalidad convencional y de las instituciones mantenedoras del statu quo (123,124). La obra de Freud representa, en este sentido, una acentuación del papel de la sexualidad en la vida humana, cuya importancia -señala Reich (125)- había sido

(122) Fromm, E.: El arte de amar, Buenos Aires: Paidós, 1966, p. 69.

(123) Cfr. Reich, W.: La psicología de masas del fascismo, México: Roca, 1973, pp. 42-45 especialmente.

(124) Miret Magdalena, E.: "Sexo y catolicismo", en Triunfo, n° 680, febrero de 1976, pp. 24-29.

(125) Reich, W.: La revolución sexual, París: Ruedo Ibérico, 1970, passim.

negada en una cultura judeocristiana, intensamente impregna_
da de sentimientos de culpa en el ámbito del eros y que ha_
bía dado lugar a la oposición radical entre el principio del
placer y el principio de realidad.

La inaceptación de susteorías fuerza a Frr Freud a subra_
yar los principios esenciales de la sexualidad, negados por
la cultura de la época. Así, como atinadamente señala Casti_
lla (126), "a él cabe la excusa, no a sus seguidores, que el
propio Engels aduce para sí mismo y para Marx, a saber, la
necesidad en que él mismo se vio de subrayar el principio des_
cubierto, negado por sus adversarios".

La técnica psicoanalítica de tratamiento implica la re_
estructuración del Yo, de forma que pueda resolver adecuada_
mente sus conflictos con el Ello sin recurrir a mecanismos
de defensa patológicos. Cuando el ambiente o el Superyó tie_
nen parte en el conflicto, se puede actuar psicoterápicamen_
te sobre ellos, pero la terapéutica, como indica Vallejo Ná_
jera (127), ha de centrarse en las modificaciones del Yo y
del Ello. El conflicto neurótico es, al menos en parte, in_
consciente, terreno en que el Ello es más fuerte que el Yo,
por lo que gran parte del tratamiento analítico conduce a
hacer conscientes contenidos del inconsciente y elaborarlos
de nuevo en el plano de la conciencia. Así se destruyen los

- - - - -

(126) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 14-15.

(127) Vallejo Nájera, J.A.: Introducción a la psiquiatría, Ma_
drid: Científico-Médica, 6ª edic., 1971, pp. 433-434.

mecanismos anormales de defensa, fijados desde la infancia, y son susstituidos por otros maduros.

El descubrimiento del material inconsciente patógeno se realiza mediante la asociación libre, el análisis de los sueños, de los actos fallidos y de los propios síntomas neuróticos y modalidades de conducta del enfermo.

En el primer Freud (128) la cura analítica consiste, sencillamente, en la catarsis abreactiva de los recuerdos traumáticos. De todos modos, lo importante es, como el propio Freud (129) descubrió posteriormente, en sus trabajos sobre técnica psicoanalítica de 1914, el análisis y disolución de las resistencias que se ponen en juego para impedir la toma de conciencia del problema y la verificación de la catarsis: "estos mecanismos de defensa proceden del Superyó, el cual es la internalización de la norma social" (130).

La utilización terapéutica de todo el material psicoanalítico sólo es posible por la transferencia, que forma el núcleo del psicoanálisis. La técnica analítica pone un gran cuidado en el carácter uniforme de esta transferencia, regularizada experimentalmente. Se trata de dar al psicoanalista un papel relativamente pasivo, de modo que el paciente descubra

(128) Freud, S.: La histeria, 1895, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 25-32.

(129) Freud, S.: Recuerdo, repetición y elaboración, 1914, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 437-442.

(130) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 177.

por sí mismo y resuelva sus conflictos inconscientes. En el curso de esta relación terapeuta-paciente, se experimenta "la influencia del enfermo sobre los sentimientos inconscientes del médico" (131), la contratransferencia, constituida por las tensiones afectivas que la relación terapeuta-enfermo crea en la persona del analista y que, con los sentimientos de hostilidad, apego, etc., del terapeuta a su paciente, interfiere con la transferencia, haciendo la situación indiscifrable.

En los primeros semestres del tratamiento psicoanalítico (de duración media de tres años, a tres sesiones de una hora por semana), se reduce la labor a interpretar exclusivamente (o preferentemente) las incidencias dinámicas de la propia situación analítica, de la transferencia. Las resistencias al análisis, manifestadas reiterada y estereotipadamente, configuran la llamada "neurosis de transferencia" (132), cuya interpretación y resolución permiten al analizado descifrar y suprimir la neurosis. De esta forma, "la neurosis clínica se transforma en neurosis de transferencia, cuyo esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil" (133).

- - - - -

(131) Freud, S.: El porvenir de la terapia psicoanalítica, 1910, en Obras Completas, cit., tomo 2º, p. 403.

(132) Freud, S.: Recuerdo, repetición y elaboración, cit., p. 441. „

(133) Laplanche, J. y Pontalis, J.B.: Diccionario de psicoanálisis, cit., artículo "neurosis de transferencia", p. 260.

El psicoanálisis se limitó, en principio, al tratamiento de las conductas neuróticas. Pero la propia dinámica de la teoría psicoanalítica, en particular la importancia dada a las motivaciones inconscientes y la ampliación del concepto de comprensibilidad a límites cada vez más amplios, ha inducido a los psicoanalistas a ocuparse también de los comportamientos psicóticos. Con el "caso Schreber" (134), "Freud inicia su pesquisa en el territorio de lo hasta entonces declarado como locura, como irracional, como alienación. Con posterioridad, es la sistemática de la interpretación onírica la que le lleva a sentar el carácter analógico entre el mundo del sueño y el de la psicosis. Más tarde, la equiparación entre el duelo normal y la melancolía... La invasión del campo restante de la Psiquiatría clínica no se hace esperar. La esquizofrenia, incluso las psicosis de causa orgánica conocida, lesional, van a ser interpretadas de acuerdo con las tesis psicoanalíticas"(135).

Hasta la 2ª Guerra Mundial, aproximadamente, el psicoanálisis y la psiquiatría clínica se presentan como alternativas excluyentes. Inclinar-se por una u otra orientación representaba el rechazo "in toto" de la otra. Según Castilla(136),

- - - - -

(134) Freud, S.: Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 752-784.

(135) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 18.

(136) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 84.

tanto el psicoanálisis como la psiquiatría académica alemana eran, cada una de por sí, formas escolásticas y, como tales, cerradas, por entonces sin posible intercomunicación. Sólo "la transformación en estos últimos años del psicoanálisis en psicología dinámica marca el momento en que aquél cesa como una teoría más para integrarse en el saber psicológico común. La teoría de la dinámica psíquica que parte de Freud ha tenido que aceptarse como fundamento, y, por tanto, con el mismo rango efectivo, fáctico, con que, en otro orden de cosas, se cuenta con la existencia de la región prefrontal o la sustancia reticular ascendente" (137).

La psicología dinámica ha aportado a la psiquiatría una dimensión antropológica, como teoría de la persona y como forma terapéutica, según ha puesto de relieve Cencillo (138). Donde la dimensión antropológica más ostensiblemente se expresa, es en el capítulo de las neurosis, hasta haber desdibujado felizmente los límites y el concepto mismo de normalidad. De hecho, la gran aportación inicial de Freud implica el desdén de la abstracción de categorías tales como normal-anormal.

En la misma obra de Freud conviene distinguir el psicoanálisis del freudismo, concebido éste como una concepción del mundo. El psicoanálisis es una teoría psicológica de las

- - - - -

(137) Ibid., pp. 103-104.

(138) Cencillo, L.: Terapia, lenguaje y sueño, Madrid: Marova, 1973, pp. 37-56.

motivaciones individuales y un método terapéutico, pero el freudismo es ya una concepción ideológica del mundo, aleja_ de de la labor terapéutica de Freud. Así, por ejemplo, "la explicación psicológica de la política, en forma de cultura, como superestructura ideológica y no como resultado de unas relaciones productivas, constituye el punto más débil de la concepción del mundo inherente al freudismo" (139). Es, en parte al menos, este pesimismo histórico -cultural, humanis_ tico- (140) el que transforma al último Freud en escéptico acerca de la eficacia misma del tratamiento psicoanalítico. Así, en palabras de Freud, "trestareas son imposibles: gober_ nar, educar y curar" (141).

El psicoanálisis tiende a integrarse, al margen de las secuelas dogmáticas de que adolecen buena parte de sus prac_ ticantes, en la teoría psiquiátrica general. De hecho, pare_ ce hoy necesaria en la psiquiatría actual una integración, que no yuxtaposición, de la investigación somática y de la inves_ tigación psicológica. Una psiquiatría científica debe atender -señala Castilla (142)- a los aspectos científico-positivos de la investigación (neurofisiológicos, bioquímicos, metabólicos,

- - - - -

(139) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 143.

(140) Cfr. Roazen, P.: Freud: su pensamiento político y social, Barcelona: Martínez Roca, 1970, *passim*.

(141) Reik, Th.: Treinta años con Freud, Buenos Aires: Hormé, 1965, p. 18.

(142) Porcel, B.: "Castilla del Pino frente al sistema", en Destino, nº 165, marzo de 1970, p. 17.

psicofarmacológicos...), a la dinámica psicoanalítica y a la valoración de los factores sociales y psicosociales. La psicología dinámica ha fundamentado a la psiquiatría actual sobre la relación hombre-medio, o, en otras palabras, la ha fundamentado antropológicamente.

El psicoanálisis ha dado lugar a gran número de psicoterapias, algunas claramente diferenciables de él. Según Lagache (143), en las terapias no analíticas, la relación paciente-psicoterapeuta se utiliza habitualmente como recurso terapéutico, pero ella no es controlada, elucidada ni reducida como en el tratamiento psicoanalítico freudiano. Las psicoterapias han surgido, en un intento práctico de abreviar el tratamiento clásico, a base de arrumbar ciertos dogmas del psicoanálisis ortodoxo, como la pasividad del analista frente al paciente: "el psicoanálisis como terapéutica es un método poco práctico, porque resulta muy largo, muy caro y porque cualquier psicoanalista agota su capacidad de trabajo con muy pocos pacientes. Estas razones prácticas son las que han llevado a que se intenten nuevas terapéuticas psicoanalíticas, en donde la intervención del psicoanalista es mucho más activa que en el sistema clásico freudiano" (144).

- - - - -
(143) Lagache, D.: El psicoanálisis, cit., p. 109.

(144) Castilla, C.: "La España castrada", en Interviú, nº 45, marzo de 1977, p. 27.

-70-

Capítulo 3º: Ciencia y psicoanálisis

La verificabilidad es uno de los requisitos exigibles al quehacer científico, pero no es un término unívoco y, en modo alguno, puede ser intercambiado, sin más, con el concepto de "tangibilidad" del resultado. Los resultados tangibles -señala Castilla (145)- se obtienen en el campo de la experimentación -gran parte de la física y de la química aplicadas, por ejemplo-, y también en el ámbito de la abstracción hecha praxis por su aplicación sobre la realidad. En este último caso, la verificación no es sino el trasvase a lo tangible de lo que era meramente teórico en un estadio anterior. Así, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein (146), planteada inicialmente en términos abstractos, fue verificada tras la observación del eclipse de sol del 29 de marzo de 1919 y la comprobación de la desviación de la luz a su paso por el campo gravitatorio solar; así, también, el descubrimiento del planeta Neptuno, hecho a expensas del cálculo exclusivamente, por Adams, sugerido como necesidad de explicación de la perturbación orbital de Urano, fue comprobado posteriormente con los medios ópticos habituales en astronomía (147).

El problema de la verificabilidad en las ciencias abstractas, no aplicadas, adquiere una dimensión más compleja.

(145) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 124-125.

(146) Cfr. artículo "Einstein" en Enciclopedia Monitor, Pamplona: Salvat, 1970, tomo 5º, pp. 2.181-2.182.

(147) Cfr. artículo "Neptuno", *ibid.*, tomo 9º, p. 4.427.

En la lógica moderna, por citar un ejemplo, limitada fundamentalmente al pensamiento filosófico, en la medida en que cada ciencia particular adopta sus propios métodos de investigación, no es posible la obtención de una "verdad" por fuera del propio universo del discurso lógico, sino tan sólo la distinción entre proposiciones con o sin sentido, es decir, la demostración de la mera corrección o incorrección del planteamiento. El criterio de verdad de una aserción se confirma por su coherencia dentro del sistema de aserciones previamente probado. Como señala Neurath (148), hay que comparar enunciados con enunciados, y no con la experiencia ni con el mundo, ni con ninguna otra cosa:

"La lógica formal es tautología, esto es, reafirmación de lo (supuestamente) evidente tras la consecución del proceso que conduce a lo (comprobado ahora como) evidente... Es en la evidencia misma obtenida tras la serie de inferencias previas en donde debe verse la verificabilidad de lo planteado..." (149).

Se trata, en definitiva, de la obtención de evidencias tras unos supuestos dados como axiomáticos. Los enunciados, o son contradictorios, en cuyo caso son desechables, o tautológicos, es decir, evidenciables. El proceder lógico-filosófico así configurado no es metafísico, ya que éste se define

(148) Cit. en Schaff, A.: Introducción a la semántica, México: F.C.E., 1966, p. 92.

(149) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 127.

por la enunciación de proposiciones inverificables incluso en el mismo plano de la pura abstracción (aporías), en forma, por ejemplo, de preguntas irresolubles, sin plantearse previamente el sentido o sin-sentido de la pregunta.

La lógica formal se presenta "como vacía", sin posibilidad de suministro de contenidos concretos, pero su finalidad estriba en la ejecución de operaciones intelectuales válidas para cualquier objeto o tema: "precisamente por ser aplicables a cualquier configuración u objetos, los teoremas de la lógica formal no suministrarán nunca por sí mismos información específica sobre nada en particular" (150).

La lógica formal ha sido especialmente fecunda en el ámbito del pensamiento filosófico, en donde ha introducido, con Frege y Russell inicialmente, con el primer Wittgenstein y el Círculo de Viena después, un rigor tal, que ha hecho entrar a la filosofía en una crisis de fundamentos, de forma que, de ahora en adelante, no es factible, gracias a la lógica del método, entregarse a la mera especulación basada en pseudorraciocinios.

El problema de la verificabilidad de la lógica formal se repite en el caso de la matemática, dado que muchos enunciados matemáticos son inaplicables. También en este caso es exigible de cualquier aserción su coherencia dentro del sistema de aserciones previamente probado. Lo que caracteriza a una

- - - - -

(150) Sacristán, M.: Introducción a la lógica y al análisis formal, Barcelona: Ariel, 1964, pp. 27 y ss.

ciencia "pura" es la existencia de un sistema de enunciados no empíricos, pero éstos proceden, a su vez, de otros que sí han surgido de la experiencia. Independientemente del nivel de formalización actual de los enunciados geométricos, "la geometría como sistema procede del desarrollo de una previa axiomatización verificada sobre la realidad (externa)... La elevación a la categoría de 'pura' es, en cualquier ciencia, un proceso que históricamente ha sido obtenido como directa inferencia de la experiencia en o sobre la realidad... Un uso estricto del lenguaje obliga a desechar el calificativo de 'pura' para una ciencia, si ello arriesga una consideración de la ciencia bajo una nueva mística, como objeto autónomo, independientemente del hombre" (151). No se puede, por tanto, prescindir de los momentos históricos sucesivos en la constitución de una ciencia "pura".

La formalización de las relaciones entre los miembros de una estructura dada, de modo que se posibilite una operatividad con ellos y entre ellos, es lo que imprime el carácter científico a un determinado saber, independientemente de que, en función de su peculiaridad, pueda ser referido a la experiencia. A este respecto, Castilla (152) señala que el riesgo de los meros análisis formalizados radica en que se "juegue", a modo de gimnasia mental, a la búsqueda de relaciones que ya no se extraigan de la realidad, sino que, como

(151) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 133.

(152) Ibid., p. 135.

una forma de mentalismo, se queden en la exclusiva estética de la forma. Si se olvida el carácter representativo del símbolo, éste adquiere entonces el carácter de fetiche y da paso a un desarrollo de la ciencia que no es sino un mero hablar por hablar. A modo de ejemplo, indicado por Castilla (153), la innecesariedad de algunas de las investigaciones matemáticas ha sido señalada por los mismos cultivadores de esta esfera de la investigación científica. Los cultivadores de las ciencias formalizadas, en resumen, están con razón satisfechos de la precisión del lenguaje que utilizan, pero pueden incurrir en usos defectuosos de ese lenguaje cuando "la formalización 'ad infinitum' pretende instituir un tipo de lenguaje cuya perfección va directamente ligada a su progresiva desvitalización" (154).

Aparte de la coherencia interna exigible a los postulados de las ciencias abstractas, algunos enunciados de la matemática o de la lógica formal precisan, para ser evidenciables como verdaderos o falsos, de un salto por fuera del propio universo en que se desenvuelven, debido a que no es decidible su verdad o falsedad -es decir, la no contradictoriedad- desde dentro de un sistema dado. En el ámbito aritmético, como señala Castilla (155), el teorema de Gödel pone en tela de juicio la potencialidad misma de un sistema formalizado para

(153) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 14.

(154) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 139.

(155) Ibid., p. 137.

decidir la verdad o falsedad -no contradictoriedad, contra_ dictoriedad- de sus enunciados. En el ámbito de la lógica, las paradojas lógicas, que responden a "un determinado ti_ po de reflexividad" (156), no se pueden resolver desde el universo mismo de la lógica formal. La paradoja, por ejem_ plo, de Epiménides el cretense (157) obedece a un uso defec_ tuoso de la predicación y sólo puede resolverse su aparente sin-sentido desde un nivel externo, el del análisis del len_ guaje: "las paradojas lógicas se constituyen en tales allí donde predicado y atributo se identifican en el lenguaje for_ mal. Dejan de serlo si, y sólo si, se considera que todo enun_ ciado implica de alguna manera la presencia de un sujeto que lo emite y un sujeto para el cual es emitido. O sea, si del sistema cerrado de la lógica se pasa al abierto círculo de hablantes, en donde predicados y atributos son de categorías distintas" (158).

La distinción entre ciencias empíricas y ciencias aba_ tractas no queda zanjada por el hecho de que unas se refieran a la naturaleza y las otras a las propiedades de la mente, respectivamente. Según Russell (159), un principio abstracto

(156) Sacristán, M.: Introducción a la lógica..., cit., p. 42.

(157) Gracia, F.: "La paradoja del mentiroso en los lenguajes naturales", en Varios: Teoría y sociedad, homenaje a J.-L. L. Aranguren, Barcelona: Moneda, 1970, pp. 97 y ss.

(158) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 138-139.

(159) Russell, B.: Ensayos filosóficos, Madrid: Alianza, 1968, pp. 97 y ss.

-matemático, lógico- revela, no una propiedad de la mente, sino de la naturaleza, porque la mente es siempre mente de alguien, que, a su vez, forma parte también de la naturaleza. Con independencia del contenido de verdad o falsedad que en sí posean, los productos del cerebro humano son realidades, es decir, objetos reales. Estas consideraciones de Russell parten de una concepción monista, que admite sólo una realidad, de modo que lo pensado es también parte de esa realidad. Así, "la (supuesta) verdad, o la verificación de la verdad en lo pensado, no precisaría, pues, de ninguna traslación a otro nivel de realidad para probar allí su certeza, como, por ejemplo, es el experimento, sino que en el mismo plano, también natural, del pensamiento puede hallarse la evidencia de su verdad o falsedad" (160).

La discusión sobre el nivel científico del psicoanálisis puede plantearse a varios niveles. En primer lugar, es exigible preguntarse si los hechos de que se ocupa poseen categoría de tales o son sólo una ficción preconcebida. El psicoanálisis está interesado en dilucidar el sentido de la conducta o, en otras palabras, el ámbito de la motivación. Las teorías del aprendizaje (161) circunscriben el campo de la psicología al estudio del comportamiento y limitan su tarea a la investigación, mediante métodos objetivos, experimentales

(160) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 132.

(161) Cfr. Pelechano, V.: Psicología del aprendizaje, Madrid: Facultad de Letras (mimeo), 1972, passim.

y de observación, de las respuestas motrices o glandulares a estímulos conocidos. La psicología de la conducta se reduce a la consideración de lo observable y sólo lo observable del sujeto de la acción, por lo que encaja dentro de la tradición científico-natural, pero se niega a sí misma todo ese amplio sector de la motivación que compone la intimidad humana. El análisis del comportamiento que persigue el psicoanálisis es, en cambio, en la búsqueda de algo no directamente observable, como es la motivación. Llamar ciencia exclusivamente al estudio de la conducta y no también al conjunto de indagaciones sobre los usos de la misma, es excluir a la conducta social o individual, de un solo golpe, de la posibilidad de serlo (162).

Según el planteamiento de Castilla (163), la investigación psicoanalítica parte de dos supuestos de carácter axiomático:

- 1º) Toda conducta (particularizada o no) tiene un sentido dentro del contexto del sujeto protagonista de ella.
- 2º) Toda conducta es susceptible de ser comprendida sobre la base del desarrollo histórico de la investigación al respecto.

(162) Cfr. McClelland, D.C.: "Hacia una psicología científica de la personalidad", en David, H.P. et alii: Teorías de la personalidad, cit., pp. 337-364.

(163) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 101.

Toda conducta del hombre está constituida por movimien_
tos significativos. Por ser movimientos que tienen aspectos
somáticos, se pueden observar, someter a experimentación y
medir: método experimental. Como, por otra parte, estos mo_
vimientos son una respuesta a la situación del mundo en que
se encuentra el sujeto, puede estudiarse la significación de
la conducta, los proyectos y motivos personales que en ella
se expresen: método comprensivo.

El psicoanálisis ha sido fuertemente contestado por los
partidarios del método experimental (164). Al psicoanálisis
se le reprocha, entre otras cosas, ocuparse de las motivacio_
nes de toda conducta, cuando parece ser un hecho el sin-sen_
tido de muchos de los componentes del comportamiento humano.
Según esta objeción, mucho de lo que hacemos no tiene signi_
ficación y, por tanto, es incomprensible, como lo es, desde
el punto de vista de la intención, el que una roca esté aquí
y no allí, o se agiten las ramas de un árbol. De esta forma,
se pretende negar toda intencionalidad a procesos, por el he_
cho de que ésta se desconozca; es decir, la existencia de in_
tencionalidad a los procesos inconscientes y, en consecuencia,
la existencia misma de tales procesos.

Estas objeciones, referentes al sin-sentido de muchos
de nuestros actos o de muchos de los componentes de nuestros
actos, denotan, en última instancia, un error lógico: identificar

- - - - -

(164) Eysenck, H.J.: "Nuevas vías en psicoterapia", en Rev.

Psicol. Gral. y Aplic., 1967, 86-87, pp. 5-33.

lo que es una atribución personal con la esencia de la cosa. Así, "una conducta o determinado segmento de una conducta (de un sujeto) pueden ser incomprensidos (para otro sujeto). Concluir de aquí que es incomprensible es trasvasar lo ocurrido en ese segundo sujeto al primero. Sería tanto como inferir del hecho de que yo no comprendo ruso que el ruso es incomprensible. La experiencia psiquiátrica y psicopatológica ha demostrado que históricamente el margen de lo que es comprendido se amplía considerablemente..." (165).

Un determinado enunciado puede ser comprendido o incomprensido, pero la comprensibilidad o incomprensibilidad no son cualidades de él. Si cuando un observador no comprende una conducta, alude a la incomprensibilidad de la misma, proyecta sobre el objeto la situación del sujeto (el observador) ante él. La comprensión o incomprensión de determinada conducta están en función de las coordenadas del sujeto que expresa la conducta.

Los planteamientos del psicoanálisis ponen en cuestión los criterios de lógica o ilógica de los comportamientos psicológicos. El pensamiento falso no importa a la lógica, pero sí a la psicología. La conducta humana "normal" está también motivada -señala Castilla (166)- por instancias irracionales. Si se reflexiona sobre el ser del hombre, sobre la índole de sus relaciones, sobre su conducta, surgen con

(165) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 96-97.

(166) Castilla, C.: Introducción al mesoquismo, cit., pp. 7-8.

frecuencia esa serie de vectores irracionales que se denominan creencias, prejuicios, apriorismos... Todo el progreso en la ciencia del hombre se ha conseguido gracias a un esfuerzo, mucho más ingente que en cualquier otro campo de la ciencia, por despojar de esa contaminación idealista a ese elemento más de la naturaleza que es el hombre y su historia.

El carácter científico del psicoanálisis viene dado por el hecho de que las leyes que determinan la conducta humana son lógicas, al margen de que la conducta sea coherente o incoherente. El psicoanálisis se encuentra todavía en una fase precientífica. La historia de la psicología ha mostrado que aún hoy se está lejos de encontrar, para los datos aportados por la investigación analítica, una explicación coherente y satisfactoria extraída desde el campo de la ciencia positiva. El psicoanálisis -y aun la psicología- adolecen todavía de una falta de formalización suficiente, de modo que aún no es factible sustraerse a la índole del contenido ni encontrar un lenguaje común que permita la amplia operatividad con los elementos que componen una estructura dada.

Quine (167) establece una distinción, útil a efectos de determinar el valor científico del psicoanálisis, entre dos tipos de enunciados. Los enunciados de identidad son aquellos que se corresponden con los datos empíricos y son

(167) Cit. en Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 103-104.

los que configuran las ciencias positivas, como la química, por ejemplo. Los enunciados significativos son aquellos que se adecuan a un sistema de referencias previamente adoptado, sin que sea exigible una explícita correspondencia con los datos experimentales, y son característicos de las ciencias teóricas, tales como la matemática, la física, la psicología y las ciencias sociales. El primer tipo de enunciados encaja, según la terminología de Carnap (168), en el "lenguaje observación"; el segundo, en el "lenguaje teórico".

Cuando un saber procede sólo con enunciados significativos y es incapaz todavía de pasar de éstos a los enunciados de identidad, está en un estadio precientífico. En este sentido, el lenguaje psicoanalítico -subraya Castilla (169)- pertenece a la esfera del lenguaje teórico, caracterizado por los enunciados de significación, y que tiende, por tanto, a la creación de entidades con miras únicamente a la inteligencia de los problemas que se suscitan en su dominio. A este respecto, es legítimo al psicoanalista hablar del Ello o de la libido y al físico de antimateria o de energía, porque "en determinada etapa del conocimiento es precisa la construcción de un sistema de referencias propio, que haga posible, cuando menos, la comunicación e inteligibilidad; o

- - - - -

(168) Carnap, R.: "The methodological Character of theoretical Concepts", en Varian: The Foundations of Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis: University of Minnesota, 1964, p. 38.

(169) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 105-106.

sea, que emita la serie de enunciados significativos que es_
time pertinentes" (170).

A este respecto, es válido operar con entidades, si no
se les confiere una categoría de observables, tales como Yo,
Ello, Superyó, consciente, inconsciente, libido, etc. Tales
vocablos pertenecen al lenguaje teórico, por lo que su ca_
rácter de constructo mental está implícito. De hecho, para
el mismo Freud (171), los sistemas de la persona -consciente,
preconsciente e inconsciente, más adelante llamados Yo, Su_
peryó y Ello-, su propia teoría de los instintos, no son más
que ficciones terminológicas, que no responden a enunciados
de identidad, sino a un esquema o modelo que sirve para pres_
tar inteligibilidad a los datos aportados (172). Independien_
temente del uso dogmático y sectario que se ha hecho del psi_
coanálisis (173), era una aspiración de Freud (174) integrar_
lo en el conjunto de las ciencias positivas: "El psicoanálisis
no ha pretendido nunca ser una teoría completa de la mente
humana en general, sino que tan sólo espera que lo que él

- - - - -

(170) Ibid., p. 104.

(171) Freud, S.: La interpretación de los sueños, 1901, en
Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 544-545.

(172) Cfr. Lagache, D.: Les modèles de la personnalité en
psychologie, Paris: P.U.F., 1967.

(173) Cfr. Jones, E.: Vida y obra de Sigmund Freud, Barcelona:
Anagrama, 1970, 3 volúmenes (especialmente, tomos 2º y 3º). "

(174) Freud, S.: Historia del movimiento psicoanalítico, 1914,
en Obras Completas, cit., tomo 2º, p. 1.002.

ofrece pueda ser aplicado para completar y corregir el conocimiento adquirido por otros medios".

En el ser humano -señala Castilla (175)-, lo psicológico, lo social, incluso lo fisiológico, no son concebidos como niveles, sino como ámbitos funcionales que se interfieren y dialécticamente se contraponen constantemente. Situar aquí lo social, más acá lo psicológico y, finalmente, más abajo lo fisiológico, es una forma de estéril eclecticismo, que revela, ante todo, una defectuosa aprehensión del papel de los citados factores.

No es legítimo, metodológicamente, plantear en alternativa excluyente la investigación neurofisiológica o la investigación psicoanalítica, alternativa que responde a un reduccionismo científico mal planteado. Es hoy incuestionable que en todo dinamismo psíquico subyace un mecanismo neurofisiológico, pero el esclarecimiento de este último, necesario como tarea científica, no agota ni exime de la comprensión de la dinámica psicológica que toda conducta implica. El problema está mal planteado si se hace en alternativa, en un caso porque, por limitar la investigación a los aspectos científico-positivos, se incurre en un positivismo mecanicista; en el otro caso, porque se desatienden los mecanismos neurofisiológicos del comportamiento, al conferir único valor al uso de los mecanismos que están en la base de la conducta.

- - - - -

(175) Castilla, C.: Patografías, Madrid: Siglo XXI, 2ª edic., 1973, p. 15.

Los hechos se nos dan como objetos de la actividad humana, y la reducción analítica que la ciencia positiva realiza con ellos no atañe, como indica Castilla (176), a los niveles distintos de la realidad que, como tales hechos reales, poseen. El conocimiento positivo de un hecho afecta tan sólo al mecanismo por el cual este hecho se posibilita; no al uso que de ese mecanismo haga un hombre concreto (177). Así, por ejemplo, la esencia de una ideología, en la medida en que no es más que un uso social del pensamiento, es aprehendida por una sociología general con mucha mayor aproximación que por una investigación neurofisiológica, que en este contexto no tiene mucho que decir. Castilla amplía este extremo:

"Una cuestión es el 'mecanismo' neurofisiológico y otra, en efecto, el 'uso' (individual y colectivo, es decir, psicológico y social) que de tal mecanismo se hace. Que la recepción de determinado mensaje provoca mi llanto, puede y debe estudiarse desde el punto de vista de la neurofisiología cerebral, al objeto de dilucidar qué circuitos se ponen en juego desde la recepción a la conducta. Pero, a efectos de averiguar por qué es ese mensaje y no otro el que da lugar al llanto, importa, fundamentalmente, la relación del contenido del mensaje conmigo mismo, su significación dentro de mi contexto biográfico y social, la índole de mi educación, que

- - - - -

(176) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 11.

(177) Kalivoda, C.: "Marx et Freud", en L'homme et la société, n° 7, 1968, p. 108.

no ha hecho posible el control público de mis emociones en este sentido, etc. El mecanismo es el valor de uso de un objeto, mientras el uso del mismo es el valor de cambio que posee para el establecimiento de relaciones de objeto" (178).

Los ejemplos a este respecto, en el ámbito psicopatológico, son numerosos. La fisiopatología de la inhubición, como la del estupor, explica, según Castilla (179), los mecanismos que se ponen en juego para que se den como tales fenómenos, del mismo modo que podría hacerse con la risa o con el llanto, pero esta explicación no afecta al plano del sentido y de la motivación. De hecho, el auge de la farmacología en la psiquiatría actual no resta interés a la tendencia psicodinámica; más bien, cada día se percibe más claramente el papel de ambas y el carácter de anverso y reverso que poseen en relación con el proceso psicopatológico. Pero, todavía hoy, "una psiquiatría que integre -y no meramente yuxtaponga- los puntos de vista procedentes de ambas formas de investigación está todavía por hacer en forma satisfactoria" (180).

Desde premisas neurofisiológicas, Rodríguez Delgado (181) ha planteado asimismo la relación entre medio social y estructura cerebral: la mente es una "elaboración intracerebral de

(178) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 95.

(179) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 151.

(180) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 108.

(181) Rodríguez Delgado, J.M.: Control físico de la mente,

Madrid: Espasa-Calpe, 1972, p. 43.

la información extracerebral". En este mismo sentido, como señala Rof Carballo (182), "la sociedad se incorpora, a través del cerebro interno visceral, dentro de la personalidad del individuo". Toda la moderna psicofisiología (183) se hace eco de esta situación: que una pena, por ejemplo, pueda ser enfocada tanto desde la perspectiva de sus motivaciones como de los procesos que la hacen posible, no significa, por sí, sino el anverso y reverso del fenómeno mismo.

Aceptar como postulado la naturaleza material de todo lo dado, no excluye, en el ámbito de la psicología, la necesidad de indagar en las motivaciones psicosociológicas de toda conducta humana. En el marco de la tradición positivista decimonónica, la investigación reflexológica de Pavlov tiende a considerar los fenómenos de la actividad psíquica como hechos fisiológicos, a identificar los hechos objetivos con los subjetivos, pero, a nivel epistemológico, "es discutible el grado de propiedad de esta hipótesis de trabajo, y sobre todo su capacidad para monopolizar todas las actividades y funciones que denominamos psíquicas" (184).

- - - - -
(182) Rof Carballo, J.: Cerebro interno y sociedad, Madrid: Ateneo, 2ª edic., 1956, p. 19.

(183) Cfr. Pérez, D.: "Estado actual de la psicofisiología", en Pelechano, V. et alii: Adaptación y conducta. Bases biológicas y procesos complejos, Madrid: Marova, 1972, pp. 11-35.

(184) Castilla, C.: "Ivan Petrovich Pavlov", en El País Semanal, nº 2, 2ª época, 24 de abril de 1977, pp. 12-13.

De hecho, como señala Castilla (185), la neurofisiología actual posee "hechos" -desde la fisiología de la sinapsis hasta la de las actividades y funciones del córtex y subcórtex-, mientras que la psicología cuenta con "datos". El hiato entre hechos fisiológicos y datos psicológicos sólo puede ser subsanado si se considera, en la terminología lingüística, a los primeros como significantes y a los segundos como significativos. Los hechos neurofisiológicos "no dicen", pero sí los rendimientos psicológicos. Aplicada esta distinción, a modo de ejemplo, al estudio de la inteligencia, no se puede hablar con rigor de la localización de la inteligencia, referida, por ejemplo, a las sinapsis córtico-subcorticales, al metabolismo del RNA o del glutámico, etc. Toda correlación entre rendimiento inteligente y funcionalismo nervioso es falsa si se instituye como absoluta. Al margen de los aspectos neurofisiológicos y aun genéticos, la inteligencia se constata por sus rendimientos, que son siempre de "una persona". Una intelección del comportamiento inteligente de una persona no sólo requiere la consideración del campo actual de ella misma, sino también su historia anterior como sujeto activo. Todo ello remite a la consideración de múltiples y cada vez más complejas mediaciones entre el estímulo que sugiere la conducta y la conducta misma -por ejemplo, la entrada de los vectores sociales en el problema del desarrollo

..
- - - - -
(185) Castilla, C.: "Bases neurofisiológicas de la inteligencia", en Rev. Psicol. Gral. y Aplic., 1967, 88-89, pp. 451-467.

de la persona y de su conducta-, como para hacer, cuando menos, prematura la conexión yuxtapuesta entre el rendimiento y su condición fisiológica.

El dualismo soma-psyque, con todo lo que lleva implícito, es un pseudoproblema y una premisa que es preciso abandonar en favor de una tesis monista. No hay más que una realidad, y ésta es de origen material. Lo pensado, como señala Russell (186), forma parte también de esa realidad porque surge de la mente de alguien, que es parte, asimismo, de la naturaleza. El dualismo psicofísico -indica Castilla (187)- se arrastra desde Descartes y se ha convertido en un hábito de nuestros modos de pensamiento, de forma que, aun los pretendidamente monistas, recaen, subconscientemente, en groseros dualismos. Las soluciones, por ejemplo, en forma de epifenomenismo -la conciencia no sería más que un subproducto de los procesos nerviosos subyacentes a ella, sin posibilidad de influencia en el desarrollo subsiguiente del proceso- son claramente rechazables desde la óptica psicosomática y somatopsíquica del ser humano. Como he señalado antes (vid. supra, p. 87), que una pena pueda ser considerada tanto desde el nivel de sus motivaciones como de los procesos que la hacen posible, no significa, por sí, sino el anverso y el reverso del fenómeno mismo.

- - - - -

(186) Russell, B.: Ensayos filosóficos, cit., pp. 97 y ss.

(187) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 118, nota

La concepción unitaria de los procesos fisiológicos y psicológicos se ha verificado gracias al desarrollo de la medicina psicosomática. De hecho, como señala Vallejo Nájera (188), la patología psicosomática no es una rama de la medicina, sino más bien un modo de entenderla y de enfocar y tratar a los enfermos. Su desarrollo sólo ha sido posible gracias a los fundamentos que el psicoanálisis ofrece para una "psicologización" de la medicina (189). Prácticamente la mitad de los pacientes que acude al internista adolece de trastornos funcionales, originados, en gran parte, por situaciones de conflicto emocional.

Así, "la dinámica psicosomática, mediante la cual tiene lugar la 'conversión' de un disturbio psíquico en una alteración funcional, y la 'expresión' preferente y específica de ciertos conflictos a través de sistemas funcionales determinados (que han hecho posible el trazado de los llamados 'perfiles biográficos psicosomáticos'), son los dos puntos esenciales de la teoría y de la práctica de la medicina psicosomática" (190).

Hay una autonomía e interdependencia de lo psíquico y de lo somático en todos los casos. La emoción es una típica manifestación psicosomática, de forma que es imposible sentir

- - - - -

(188) Vallejo, J.A.: Introducción a la psiquiatría, cit., p. 163.

(189) Dunbar, F. et alii: Medicina psicosomática y psicoanálisis de hoy, Buenos Aires: Paidós, 3ª edic., 1965, passim.

(190) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 27.

alegría o tristeza sin que, paralelamente, tengan lugar una serie de modificaciones orgánicas. El alcohol, por ejemplo, es una manifestación somatopsíquica, ya que la simple ingestión de alcohol modifica toda la temática de la personalidad (191). De hecho, existe, en palabras de Weizsäcker (192), un "lenguaje de los órganos", de forma que cada órgano se constituye en un vehículo relativamente típico de expresión de conflictos emocionales subyacentes. El motivo de la elección del órgano responde, en ocasiones, a la especial condición de ese órgano para la expresión simbólica: el estómago representa el asco y el rechazo (en forma de náuseas y vómitos); el corazón expresa el amor y la angustia; el hígado, la envidia (193). Que una serie de conflictos determinados se exprese en unos órganos u otros, depende tanto del lenguaje del órgano como de las fijaciones habidas en el desarrollo evolutivo de la personalidad.

De todos modos, como en el lenguaje o en cualquier forma de expresión no lingüística, el significado atribuido a un órgano o a una supuesta disfunción de él, no es inventado por el sujeto como individuo, sino elaborado extraindividualmente y recogido por el individuo para su posterior elaboración. El "uso" que se hace de una enfermedad depende de la idea de

- - - - -
(191) Cfr. Pérez, D.: Cerebro y conducta, Barcelona: Salvat, 1973, passim (especialmente, pp. 91 y ss.).

(192) Cit. en Castilla, C.: La culpa, cit., p. 219.

(193) Cfr. Monedero, C.: Psicología evolutiva, cit., pp. 2-5.

la enfermedad existente en el contexto en que el sujeto se desenvuelve, de forma que se puede hablar de una sociolingüística de los órganos. A modo de ejemplo, señalado por Castilla (194,195), la elección de la proyección cardíaca para la expresión de la angustia responde a dos cometidos:

- 1º) La elusión del psicoterapeuta, disfrazada bajo el recurso al cardiólogo, de forma que se aplaza el enfrentamiento con el conflicto se esconde bajo el síndrome cardíaco y, además, se obtiene una momentánea calma, derivada de la inexistencia de una afección orgánica del corazón.
- 2º) El miedo a una brusca interrupción de la vida, inspirado en motivos culturales: el corazón como motor de la vida, la muerte repentina causada por una simple parada cardíaca, sin molestias preexistentes, la mayor frecuencia de anginas de pecho y de infartos de miocardio, el cuidado constante de que se rodea, por parte de uno mismo y de los demás, al enfermo del corazón, etc. El temor a la muerte repentina representa el miedo a la desaparición, sin haber tenido tiempo de resolver los conflictos que, aquí y ahora, son todavía solucionables.

- - - - -

(194) Castilla, C.: Patografías, cit., pp. 18-36.

(195) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 219-221.

La depresión es, también, un ejemplo claro a este respecto. La mayoría de los enfermos depresivos, según Castilla (196), muestra una depresión encubierta, en forma de ca_ faleas, cansancio, agotamiento, insomnio... Tal exposición de síntomas orgánicos representa una forma de eludir el con_ flicto psíquico que tras ellos subyace y enmarca la consul_ ta al psiquiatra en calidad de neurólogo, no en calidad de psicoterapeuta. El exceso de trabajo, por ejemplo, que cons_ tantemente se aduce como motivo inmediato de la consulta, cansa, pero no perturba. Si lo que produce la fatiga es el trabajo, si lo que está en juego es la disminución de la ca_ pacidad de trabajo, hay algún conflicto subyacente, de cual_ quier tipo, que conduce a la provocación inmediata de la fa_ tiga, de forma que se interfiere en su espontánea ejecu_ ción (197,198).

El desarrollo de la medicina psicosomática ha repre_ sentado, en resumen, un paso más en la aprehensión de la en_ fermedad. No es suficiente, de todos modos, con "la mera atención a los factores anímicos del enfermo como 'otros' factores que 'también' intervienen en el acontecimiento que es la enfermedad" (199). Limitarse a una mera consideración

(196) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 276.

(197) Devereux, M.G. et alii: La fatiga, Madrid: Grupos de Tra_ bajo de Psicología Crítica (Fac. de Letras), 1973, pp. 3-8. „

(198) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 200-201.

(199) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit, p. 52.

psicosomática de la medicina, significa superar la consideración abstracta de la enfermedad, pero incurrir en la nueva abstracción del hombre enfermo. La "psicologización" de la medicina es un avance realmente importante, pero se impone la necesidad de la consideración situacional del paciente, de forma que se hagan visibles las leyes que han hecho posible la enfermedad. La concepción totalizadora en la consideración de un conflicto psico(pato)lógico remite, en última instancia, al contexto social, porque la persona está siempre inmersa en la realidad de una situación, enmarcada en unas coordenadas extrapersonales, sociales. Según Castilla (200), el modelo psicológico habitual supervalora al sujeto, modelo que, sin duda, es un remedo del modelo del cuerpo procedente de la fisiología y de la fisiopatología. Lo que concierne a la psicología es, en efecto, el sujeto, pero éste no es un ente abstracto que funcione también en abstracto, sino que requiere de aquellos objetos y personas que lo conforman precisamente como sujeto.

La psicoterapia actual se ha fundamentado, de una vez para siempre, sobre la relación hombre-medio. No es el hombre el que hace a la sociedad ser como es, sino a la inversa: son los factores extraindividuales los que determinan buena parte del comportamiento del hombre en cuanto tal. El riesgo de esta actitud es que "plantear un problema del paciente psiquiátrico a nivel psicodinámico y psicosociológico significa la

..
- - - - -
(200) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 101.

adopción de una ideología que en absoluto conviene a la ideología total del sistema" (201). De hecho, no es suficiente con yuxtaponer a la teoría psicoanalítica una determinada doctrina sociológica. Es imprescindible, como señala Castilla (202), la inicial reflexión sobre lo que en realidad significa, como determinante, lo que de una manera un tanto ambigua se denomina "contexto social".

La reducción fenomenológica de Husserl (203) representa un hito importante en la evolución del pensamiento filosófico contemporáneo. Los fenómenos, a diferencia de las realidades o sustancias, son única y exclusivamente lo que manifiestan de sí mismos. La renuncia definitiva al "noúmeno" es la condición de la reducción fenomenológica de Husserl. En la medida en que los fenómenos tienen realidad en la conciencia del sujeto, son ciertos como tales fenómenos vividos por él. La primera condición del análisis fenomenológico es la reducción ("epoyé"), reducción que afecta, en primer lugar, al "contenido" de la vivencia. Los fenómenos no pueden ser investigados, puesto que manifiestan todo su ser en cada momento. Lo único que se puede hacer con los fenómenos es describirlos. De hecho, la descripción de los fenómenos de

(201) Porcel, B.: "Carlos Castilla del Pino, frente al sistema", cit., p. 17.

(202) Castilla, C.: "Psicoterapia e ideología", en Cuadernos para el diálogo, enero de 1972, p. 76.

(203) Husserl, E.: Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica, México: F.C.E., 1949, passim.

conciencia, según señala Monedero (204), es toda y la única labor que se propone el fenomenólogo.

Todo análisis fenomenológico no es más que una descripción, pero despojada, mediante la reducción, de todo rasgo inesencial y accesorio. El método fenomenológico, que prescindir del contenido del psiquismo para centrarse en la captación formal de la operación psíquica, parte del acto psíquico como hecho empírico y procede a su descripción, por lo que ha sido descrito como empírico-descriptivo. El método fenomenológico ofrece una posibilidad de análisis de lo psíquico a nivel positivo, y, de hecho, toda la investigación psicológica experimental y neurofisiológica se mueve en este ámbito: la reducción del contenido de lo psíquico a efectos de la experimentación neurofisiológica y/o conductista. En este sentido, "acerca de qué cosa sea lo psíquico, ni la fenomenología se pregunta ni, de preguntarse, estaría en condiciones de responder. Lo que a la fenomenología interesa es que lo psíquico 'ya' existe, es dado como vivencia y puede ser analizado en la forma vivencial en que se presenta. Lo que importa al análisis fenomenológico es el análisis de lo experimentado, de lo vivido" (205).

El método fenomenológico representa un progreso en el rigor descriptivo del acontecer psíquico, particularizado en formas de vivencia. La descripción fenomenológica rigurosa

- - - - -

(204) Monedero, C.: Psicopatología, Madrid: Universidad de Madrid (mimeo), 1972, pp. 55-71.

(205) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 29-30

es la única forma de conseguir un conocimiento adecuado de los fenómenos de conciencia, ya que, según Castilla (206), ofrece una posibilidad metódica de objetivar el momento subjetivo implicado en toda vivencia. Dado el carácter subjetivo de toda vivencia, el análisis fenomenológico representa, con la posibilidad de ofrecer una connotación objetivable del acontecer psíquico subjetivo, una superación de los métodos introspectivos, incapaces en sí mismos de distinguir, a efectos de análisis, los contenidos psíquicos del proceso que ocurre en el psiquismo.

La limitación del análisis fenomenológico estriba en que la reducción a que se obliga, concretamente la reducción del contenido, implica la desnaturalización del fenómeno mismo en su dación. Contenido y forma no pueden ser desglosados si el análisis es realista, es decir, si se atiene a lo dado en la realidad, toda vez que el proceso (forma) no puede darse desnudo del contenido que lo hace posible. La percepción no puede darse al margen de lo que es percibido, de forma que toda marginación del contenido significa la elusión de la concreción con que es dada la realidad al sujeto y el recurso, en definitiva, a una abstracción. Esta discriminación entre "forma" y "contenido", que procede de la tradición aristotélica, ha sido decisiva en la edificación de la fenomenología. La reelaboración de esta distinción se hace modernamente

- - - - -

(206) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 73-82.

en Brentano, posteriormente en Husserl y, en el ámbito psicopatológico, en Jaspers (207). El aislamiento del contenido y de la forma -señala Castilla (208)- es una pura abstracción sin base gnoseológica alguna, discutible en el marco mismo del pensamiento fenomenológico. Así, "en el propio análisis original de Brentano parece existir una contradicción en el hecho de considerar como rasgo esencial, formal, de lo psíquico, la intencionalidad, cuando en realidad la intención, aun concebida en su más prístina pureza, como dirección de lo psíquico hacia algo, como el carácter predicativo de lo psíquico, es ya contenido. Lo que da dirección a lo psíquico, sentido e intención, no es 'lo' psíquico, sino determinado contenido que denominamos psíquico" (209).

La exclusión del contenido en la reducción fenomenológica, concebida como investigación totalizadora, mutila el fenómeno psicológico mismo. Al aislar la vivencia del contexto en que ha sido verificada, el análisis fenomenológico, según Castilla (210), prescinde de la interpretación de la motivación de los hechos que describe. De hecho, por ejemplo, a propósito de la vivencia, las motivaciones de la misma, los dinamismos que la sugieren y suscitan, la fuente

(207) Cfr. Saner, H.: "El legado de Jaspers", en Folia Humanística, Barcelona, tomo VII, 85, pp. 5-20.

(208) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 303-304.

(209) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 162.

(210) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 201, nota 89.

extrasubjetiva de que procede, etc., son objetos que la indagación fenomenológica no se propone y que desdeña apriorísticamente. Las limitaciones de este método en el ámbito psicopatológico son ilustrativas a este respecto. El análisis fenomenológico debe constituir sólo la primera fase, no el fin en sí mismo, de un análisis posterior, tendente este último a buscar las relaciones causales y motivacionales del síntoma, síndrome, enfermedad, etc.

Así, "el análisis fenomenológico, inserto en un modo dialéctico de pensar, ofrece, junto al rigor de la descripción, el enlace causal y motivacional con la persona restante, y, también, la índole de las relaciones con las estructuras de la realidad en las que la persona se sustenta; es decir, con la vida. No se renuncia a la fenomenología, sino a su autosuficiencia en la comprensión y explicación de los fenómenos mismos" (211).

La mera descripción, que es el postulado fundamental de la metódica fenomenológica, no posibilita la intelección de los contenidos vivenciales, que requiere, en todos los casos, el recurso a la interpretación. Sólo así se obtiene la significación del contenido de la vivencia. La significación de un contenido psíquico o de una valoración depende, en última instancia, de la significación para el sujeto como "más valioso", pero este proceso valorativo no es dado mediante cualidades inherentes al sujeto de modo innato, sino como

- - - - -

(211) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 33-34.

adquisiciones de una experiencia preexistente. El "campo" que como realidad se extiende ante la persona no es sólo un campo de percepciones y representaciones, sino un campo de valoraciones:

"Cuando se dice que la cosa no sólo es lo que es sino lo que 'significa' para el sujeto que la percibe, se dice una impropiedad: la cosa es simplemente lo que es, pero cada vez que la aprehendo le adhiero, además, una significación que depende de mí y de lo que para mí representa esa cosa. Esto que llamamos 'significado' es ante todo la estimación, el ejercicio de la función valorativa que el sujeto se impone necesariamente ante la cosa percibida" (212).

En el ámbito psicopatológico, la fenomenología existencial ha dado rigor a la descripción y, sobre todo, ha hecho objeto de descripción la forma de existencia que el enfermo adopta. Pero, fuera de esto, la analítica existencial, al renunciar en sus formas más puras a la captación motivacional, que no puede ser objeto de la descripción, sino de la hermenéutica, se cierra el paso para una acción real sobre el sujeto.

La necesidad de complementar el análisis fenomenológico con la hermenéutica es señalada, dentro de la misma fenomenología existencial, por Heidegger, que enlaza así a Husserl con Dilthey gracias a la introducción de la comprensión como método. Pero quien, por primera vez, lleva a cabo, junto al

..
- - - - -
(212) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 79.

análisis fenomenológico, la introducción de los conceptos metodológicos de "explicación" y "comprensión" es Jaspers (213), en fecha muy anterior (1913) a Heidegger. La psicopatología de Jaspers, según Castilla (214), supone la superación de la investigación netamente positiva en psicología, en última instancia de carácter mecanicista (asociacionismo, psicología fisiológica de Wundt, localizacionismo de Wernicke, etc.), para aprehender el síntoma psíquico en su conjunto, como un hecho "in toto", susceptible en sí mismo de aprehensión en sus rasgos formales (fenomenología) y en su dotación o no de sentido (comprensibilidad o incomprensibilidad). Así, Jaspers establece una división clasificatoria de los síntomas psíquicos, en primarios y en secundarios, según sean o no directamente dependientes del proceso morboso, al mismo tiempo que se definen como comprensibles e incomprensibles, respectivamente. Aplicada a los síndromes, esta esquematización supone que los síndromes carentes de sentido (incomprensibles) están directamente ligados al proceso morboso que los "causa"; los que mantienen su sentido sin solución de continuidad, y resultan comprensibles tanto en sus aspectos formales y de contenido como en su génesis misma, son considerados dependientes de "motivos" y, en consecuencia, proceden de un desarrollo (anómalo) de la personalidad. La psicopatología

- - - - -

(213) Cfr. Martín Santos, L.: Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental, Madrid: Paz Montalbo, 1955, passim.

(214) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 12-14.

de Jaspers parte de esta división en síntomas procesales y de desarrollo.

La obra de Jaspers se nutre, a este respecto, de la obra de Dilthey, suscitadora del método comprensivo de las "ciencias del espíritu", no causales, es decir, ciencias del sentido. Porque, según Dilthey, los hechos de la psicología, como los de la historia, son cosas que no pueden ser "explicadas" al modo como lo son los hechos que conciernen a las "ciencias de la naturaleza", sino "comprendidas". La contraposición de Jaspers entre comprensión y explicación da pie, implícita o explícitamente, a aseveraciones que afectan a la determinación de los fenómenos psíquicos. De este modo, "'comprender' es reconocer que los determinantes son 'motivos'. 'Explicar' es reconocer que los determinantes son 'causas'. Las causas son siempre de orden material; los motivos son siempre de orden espiritual. De manera concreta se asiste aquí, una vez más, a una expresión del dualismo materia-psi que" (215). Esta es una de las insuficiencias que plantea el método fenomenológico de Jaspers.

En la psicopatología de Jaspers, según Castilla (216), las categorías de "comprensible" e "incomprensible" son fundamentales para la delimitación de la vida psíquica normal y anormal, por una parte, y la vida psíquica psicótica. Sólo el análisis fenomenológico (que verifica el observador:

(215) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 19.

(216) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit.,

circunstancia que no debe olvidarse) suministra la posibilidad de determinar la comprensibilidad e incomprensibilidad de una concreta vivencia o conducta en general (sea lingüística, como es el caso de una percepción delirante o de una alucinación, sea no lingüística, como en el caso de un gesto, un acto fallido, un sueño, etc.). Ahora bien, lo "comprensible" es una categoría de la vivencia, pero ser "comprendido" es una categoría del sujeto que "ve" e interpreta: "no haber distinguido Jaspers entre lo comprensible y lo comprendido, ha sido causa de la mayor confusión" (217).

La psicopatología clásica habla acerca de lo que al enfermo ocurre, es decir, piensa o siente, a través de lo que imagina uno -el observador, auditor en este caso- que, en efecto, piensa y siente. Como señala Castilla (218), este hecho confiere, de entrada, un carácter subjetivo a todo tipo de conclusiones. La comprensión fenomenológica es siempre una comprensión del sujeto desde otro, el cual no se impone límites objetivos. Falta por determinar quién fija los límites de lo que resulta comprensible para todos e incomprensible, por contrapartida, para todos. Un acto o determinado componente de un acto (de un sujeto) puede ser incomprendido (para otro sujeto). Concluir de aquí que es incomprensible, es traspasar lo ocurrido en ese segundo sujeto al primero. La experiencia psiquiátrica y psicopatológica ha demostrado que

(217) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 104.

(218) Ibid., p. 171.

históricamente el margen de lo que es comprendido se amplía considerablemente. Así, "hoy nadie suficientemente acorde con el estado actual de la investigación de la esquizofrenia estaría dispuesto a considerar, por ejemplo, el autismo como un síntoma incomprensible, sino, todo lo más, como un rasgo de la esquizofrenia que no fue comprendido por la psiquiatría clásica" (219).

La comprensión o incomprensión de determinada conducta o fragmento de conducta debe hacerse desde las coordenadas del sujeto que expresa la conducta, no desde un tercero, difícilmente capaz de situarse en la proximidad de aquél. Inferir la incomprensibilidad de un enunciado por el hecho de que el observador no lo comprenda, implica la proyección sobre el objeto de la situación del sujeto (el observador) respecto de él. Esta actitud implica "... una imposible comunicación entre psicoterapeuta y psicoterapeuta (uno, que sitúa su límite de comprensión muy pronto; otro, muy tarde), respecto de la conducta del psicoterapeuta para con el paciente (tratamiento de choques, intervenciones psicoquirúrgicas, internamientos, etcétera). En suma, una liberalidad en la conducta que nada tiene que ver con el rigor" (220). La interpretación psicodinámica ha mostrado que una conducta, una persona, puede ser comprendida hasta límites mucho más hondos que los previamente fijados por la psicología y psicopatología descriptivas.

- - - - -

(219) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 96-97.

(220) Ibid., p. 103.

El problema de la comunicabilidad de las vivencias es otra de las dificultades que se plantea el análisis fenomenológico. Precisamente el campo de la vivencia, es el ámbito adecuado para mostrar la limitación del análisis fenomenológico. La vivencia -subraya Castilla (221)- no es sólo un pensamiento sobre el objeto ni sólo el movimiento afectivo que inspira, sino la concreción particularizada de una totalización de la persona.

La vivencia de culpa, por ejemplo, "se acompaña" de un determinado sentimiento, pero en la medida en que este sentimiento es concienzializado, es ya "algo más" y desborda el ámbito del sentimiento. Lo vivenciado es, por otra parte, más que lo pensado, porque incluye elementos procedentes de sectores o estratos de la persona no propiamente intelectuales. La vivencia es, pues, una totalidad, la síntesis espontánea de la expresión de una persona. En resumen, y al hilo del ejemplo anterior, la vivencia de culpa es más que el sentimiento de culpa y más que el pensar sobre aquello de que uno se siente culpable.

La vivencia es siempre real, independientemente de que sea verdadera o falsa. El análisis fenomenológico aporta datos sobre la vivencia, pero no datos que permitan inferir la existencia de los objetos suscitadores de la vivencia ni el contenido de verdad o falsedad del tema de la misma. La cuestión así planteada representa la crítica del método fenomenológico „

- - - - -

(221) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 80 y ss.

como instrumento capaz de aportar objetividades en ese momento subjetivo de la aprehensión del objeto que es la vivencia. No tener en cuenta esta limitación del análisis fenomenológico implica una mistificación de la realidad, tal como ocurre, por ejemplo, en la falacia contenida en el argumento ontológico de San Anselmo acerca de la existencia de Dios:

"El argumento de San Anselmo está basado en que la existencia como tal de una idea de Dios, es decir, de la propia vivencia de un ser todopoderoso, implica la existencia del contenido de esa vivencia, o sea, la realidad de Dios. Por otra parte, en el argumento anselmiano se contiene otra falacia, a saber, que una vez pensada la existencia de algo, para negar su existencia habría que demostrar su inexistencia. La lógica ulterior ha demostrado que las inexistencias no pueden probarse, sencillamente porque, al no existir, son 'nada'. Ahora bien, si las inexistencias no pueden probarse, aquello que se postula como existente debe ser probado por los propios sujetos que llevan a cabo la enunciación. La responsabilidad -con otras palabras- de la prueba compete a quienes afirman, no a quienes niegan. En buena lógica, de la inexistencia de algo no debe deducirse su no existencia 'absoluta', sino sencillamente su 'hasta ahora no probada existencia'. Sabemos que la existencia de los dragones no ha sido probada; eso es lo único que sabemos. Decir más es cometer una extrapolación, en cuanto nos hacemos, sin más, sabedores de todo lo existente y por existir" (222).

- - - - -

(222) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 144, nota 50.

Presuponer de la existencia de las vivencias la existencia de los objetos que las provocan es recaer en un platonismo, aquel que postula que incluso lo que no es, es de algún modo, puesto que el no-ser se presenta con carácter de positividad en la mente del sujeto.

Al margen de la existencia del objeto de referencia y de la verdad del contenido de la vivencia que se comunica, el problema de la comunicabilidad de la vivencia permanece irresuelto en el análisis fenomenológico. Cuando el sujeto A y el sujeto B se comunican, lo hacen a partir de las vivencias de cada uno, pero en modo alguno puede decirse que la comunicación se hace por las vivencias. Las vivencias precisan su concreción en términos significantes que ofrezcan significado al que escucha. Según Castilla (223), la vivencia es, en efecto, mucho más que lo-dicho-acerca-de-ella por el propio sujeto que la experimenta. En este sentido, el habla es estrecha, o corta, para comunicar la totalidad de la vivencia. A diferencia de lo postulado por Husserl, la vivencia como tal es incommunicable. Lo que es comunicable es un trasunto de la vivencia: signos, palabras o gestos, que proceden de la vivencia, pero que -señala Castilla (224)- no son la vivencia misma. El ser humano se comunica a través del lenguaje, pero éste guarda respecto de la vivencia una relación restrictiva.

- - - - -

(223) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 171-173.

(224) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 145.

"Lo hablado" por una persona es trasunto de lo-que-le-pasa, pero no existe una relación unívoca entre lo-que-habla y lo-que-le-pasa. La mera verbalización de lo vivenciado no agota la comunicabilidad de la vivencia, lo que se pone de relieve, por ejemplo, en la comunicación de vivencias hondamente sentidas: la muerte de un ser querido, por ejemplo.

Castilla (225) considera necesaria la postulación de dos enunciados en el problema de la comunicación de las vivencias:

- a) En la vivencia se da siempre una particularidad como totalidad, y en ella se contienen "elementos" de toda la persona: emocionales, instintivos, racionales.
- b) La comunicación exige captación tanto a través de la significación semántica como a través de la expresión propiamente dicha. Determinados "elementos" de la vivencia pueden ser, efectivamente, dichos; otros, no, precisamente los inherentes al componente afectivo-instintivo de la persona. La captación plena de la vivencia requiere la aprehensión sincrónica de unos y otros elementos.

En la comunicación, pues, hay que comprender el significado de las palabras -y no sólo en el sentido de su significación semántica, sino también en el contexto personal, social, etc., en que se dan-, porque las palabras son expresión de la vivencia, que no la vivencia misma, que quiere comunicarse.

Las vivencias como tales son incommunicables, porque entre ellas y su expresión no hay concordancia. Para la totalidad de la vivencia no hay palabras, porque la palabra es un vehículo estrecho para la misma. De este modo, dado que la vivencia es no sólo idea-de, sino también sentir-el objeto, la comunicabilidad sólo puede verificarse con mayor aproximación allí donde existe, de mayor acuerdo, mayor interpenetración personal. Por eso, la más plena comunicación posible sólo puede lograrse allí donde preexiste la relación personal más totalizadora, como es la relación amorosa auténtica, vehiculada por la comunicación sexual.

El análisis fenomenológico, que pretende operar con vivencias "puras", se encuentra en un "impasse", precisamente por la imposibilidad de comunicación de las mismas, concebidas como tales. La verificación no es factible, no porque todavía sea una hipótesis de trabajo aún no verificada, sino porque, de antemano, fracasa su comunicabilidad, como ha sido señalado, entre otros, por Laín (226) y Ortega (227). Todo aquello que queda en la aportación de un dato sobre el que no caben más que aproximaciones, no puede ser objeto de la ciencia ni el método utilizado puede, en rigor, calificarse de científico.

- - - - -
(226) Laín Entralgo, P.: Teoría y realidad del otro, Madrid:

Revista de Occidente, 1961, tomo 1ª, pp. 157 y ss.

(227) Ortega, J.: El hombre y la gente, Madrid: Revista de Occidente, 1957, pp. 153 y ss.

La única forma de acercarse objetivamente al ámbito de la vivencia es, según Castilla (228), considerarla no como algo dado por sí y en sí, sino como inmediatamente conectado con los condicionamientos que la han suscitado. A sabidas de la arbitraria parcelación de la realidad que representa la vivencia, es necesario, frente a la reducción fenomenológica, conectarla con la restante realidad. No se puede comprender, por ejemplo, la dinámica de la vivencia de culpa si se la reduce a una mera descripción y se la desconecta del contexto que representa el ser-culpable-de, ser-culpable-para y ser-culpable-por. Al hilo del ejemplo anterior, todo análisis dialéctico debe atender, ante todo, a las motivaciones y fines de la vivencia de culpa. En este caso, la vivencia emerge como respuesta de un componente -el sujeto- de la estructura real, que se constituye en estímulo. De hecho, todo análisis dialéctico representa la búsqueda de esa relación sujeto-realidad que haga explicable y comprensible la estructura resultante.

Castilla (229) precisa más a este respecto: "Ni hay posibilidad de estudiar el estímulo sin el sujeto para el cual es, ni la respuesta sin el estímulo que la origina. Y si esto es válido incluso para experiencias de laboratorio, con mayor razón queda justipreciado precisamente en aquella esfera en la que la respuesta concierne a la totalidad del sujeto, como es

- - - - -

(228) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 147-149.

(229) Ibid., p. 148.

el caso de la vivencia".

En resumen, el análisis fenomenológico, concebido como investigación totalizadora, resulta insuficiente en el ámbito psicopatológico. La insuficiencia de este método radica en que, si bien sitúa al hecho morboso en un hombre viviente, se mantiene en un plano meramente descriptivo. No hace abstracción de la enfermedad, pero sí del enfermo. Por otra parte, los conceptos de comprensibilidad e incomprensibilidad son criterios subjetivos, y, de hecho, la movilidad que cada cual confiere al límite de lo que le resulta comprensible es un grave obstáculo a la objetividad del método.

A este respecto, "los psicoanalistas no han puesto límites a lo comprensible; los psicopatólogos académicos los han puesto excesivamente pronto. Además, la comprensión de la continuidad de sentido sólo puede verificarse en la vida psíquica consciente. Pretender simplificar el problema de este modo... (sólo lo consciente es psíquico; el objeto de la psicología es lo psíquico; luego el inconsciente no es objeto de la psicología), es excluir de la investigación, mediante un silogismo falaz, todo lo que concierne a la motivación; la vida psíquica inconsciente queda excluida de la comprensibilidad, cuando es cuestión obvia que el hombre se rige por motivos de la mayor parte de los cuales no es sabedor" (230).

La crisis de la psicopatología fenomenológica, de origen en la obra de Jaspers, ha sido puesta de manifiesto por

(230) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit.,



la subjetividad de la misma y, sobre todo, a través de la introducción de los motivos inconscientes. Los contenidos de los síntomas no sirven para la clasificación u ordenación de los cuadros clínicos ni para la valoración de la posible especificidad de los síntomas, pero constituyen el único medio para la captación del enfermo concreto. La psicopatología fenomenológica supone un progreso tan sólo en el rigor de la descripción, no en ninguna otra esfera del conocimiento. En el quehacer psicológico y psicopatológico, una investigación meramente descriptiva, que eluda el innegable papel de la motivación, aparte de ser una tarea incompleta, es indicativa -señala Castilla (231)- de una racionalizada resistencia a abordarla.

Todo cuanto el ser humano hace, a cualquier nivel, tiene un sentido, sólo inteligible a base de aprehenderlo como parte de la totalidad que constituye su propia vida. Lo simbólico de toda acción humana no es una pseudosignificación, sino una significación en sí, válida desde el sistema de normas y valores, de impulsos y afectos contradictorios del sujeto, que no siempre pueden ser superpuestos sobre el sistema del observador. De hecho, la fenomenología, que elude la comprensión de lo no consciente, deja fuera de su alcance toda la vida del neurótico e incluso las motivaciones de la vida psíquica del normal. Sólo la hermenéutica de la conducta posibilita la concienciación y la continuidad de sentido de un acto, hasta

..
- - - - -
(231) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 201. nota 89.

entonces, incluso para el propio sujeto, incomprensible. Lo hasta entonces visto como sin sentido es, en última instancia, de igual categoría que lo desde el primer momento comprensible: éste es el significado, según Martín Santos (232), de la revolución freudiana. En este caso, la comprensión, de tipo analógico-simbólico, en los términos mismos de Martín Santos (233), se realiza sobre contenidos psíquicos inconscientes, que poseen una morfología simbólica. La interpretación del símbolo, aun en el supuesto de su máxima individualidad, se aprehende a través de una interpretación analógica, semejante a la que tiene lugar en cada persona en la formación de sus individuales símbolos.

La psicopatología fenomenológica se ofrece como un buen punto de partida, pero como un impropio punto de llegada. En realidad, el error de la analítica existencial está, tan sólo, en la pretensión de constituirse en una forma de psicoterapia, cuando sólo puede ser una descripción pura del fenómeno que se reconoce como existencia, al margen de la pesquisa de los motivos. Esta insuficiencia -señala Castilla (234)- ha sido puesta de relieve, fundamentalmente, por dos hechos:

- - - - -

(232) Martín Santos, L.: "Jaspers y Freud", en Revista de Psiquiatría y Psicología Médica, II, 7, 1956.

(233) Castilla, C.: "La obra psiquiátrica de Martín Santos", en Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial, Barcelona: Barral, 1975, pp. 21-22.

(234) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 32-33.

- a) La analítica existencial no ofrece en sí misma posibilidad de desarrollo: se mueve hoy en idénticas coordenadas que en las primeras fases de su enunciación. El relativo bloqueo de su posterior desarrollo es la demostración clara de la inviabilidad de su planteamiento. Pasados ya cincuenta años desde los primeros análisis fenomenológicos, lo esencial de la doctrina fue dicho entonces y las aportaciones posteriores son sólo de orden meramente casuístico.
- b) La analítica existencial tiende a fundirse en el psicoanálisis freudiano -es el caso de Boss y, más recientemente, de Laing (235)-, como única posibilidad de salida hacia una praxis médica propiamente dicha; o bien, posibilita el momento de concienciación de la relación que en la cura psicoterapéutica se establece, como hizo ver Martín Santos (236).

Por el contrario, el análisis fenomenológico inserto en un modo dialéctico de pensar ofrece, junto al rigor de la descripción, el enlace causal y motivacional con la persona restante, así como el tipo de relación que establece la persona con la estructura de su realidad. No se renuncia a la fenomenología, sino a su autosuficiencia en la comprensión y explicación

- - - - -

(235) Cfr. Laing, R.: El yo dividido, México: F.C.E., 1964.

(236) Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial, cit., pp. 223-247.

de los fenómenos mismos.

El conductismo, emparentado con la psicología del aprendizaje, de donde ha surgido la terapia de conducta, se ha presentado recientemente como una alternativa al psicoanálisis. Este modelo psicológico limita su acción al ámbito de la conducta, de forma que se reduce a la consideración de lo observable, y sólo lo observable, del sujeto de la acción, es decir, a la acción misma (237). En este contexto, Castilla (238) califica al conductismo de "solipsismo de la praxis". Esta línea de pensamiento está dentro de la tradición científico-natural en el sentido más estricto del término, pero, considerada en sí misma de forma excluyente, mutila el fenómeno psicológico mismo. Si se postula la imposibilidad de objetivar cualquier ámbito psicológico al margen de la conducta, no se puede acceder al sector de la intimidad, que sólo a título de inferencia empírica puede ser detectada.

A modo de axioma comunicacional, todos los actos de conducta pueden ser considerados actos de lenguaje. Así, "mientras los actos aconductales sólo son señales indiciarias del proceso fisiológico que las provoca -el bostezo es señal de aburrimiento, cansancio, sueño, hambre-, los actos de conducta son signos codificados, denotables, y tras los cuales se

(237) Cfr. Ullrich, R. y Ullrich de Hunyck, R.: "Modelos terapéuticos complejos en análisis y modificación de conducta", en Pelechano, V.: Adaptación y conducta, cit., pp. 59-100.

(238) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 278.

contiene la connotación, que es la intención con que se llevan a cabo. De ningún signo, denotable de modo aislado, se deriva ineludiblemente una connotación precisa, concreta. Nuestras intenciones no son transparentes, sino transparentes..." (239).

El conductismo presta atención a los elementos denotables de la conducta, pero prescinde de los elementos connotables, no constatables por el observador. Los componentes connotables de los actos de conducta son presumibles, probables, para el observador, pero no son constatables del modo como lo son, por ejemplo, las palabras y los gestos. Esta bidimensionalidad de los actos de conducta implica la necesidad de interpretación de los mismos, de modo que la necesaria hermenéutica de la conducta, inherente a los componentes connotables de la misma, no puede regirse por el principio de verificación, que, cualquiera sea la variante que se introduzca, se aplica al nivel empírico y sólo a él (240).

La insuficiencia del conductismo en el ámbito psicopatológico se plantea al mismo nivel. De hecho, como señala Castilla (241), un pliegue de la frente, el llanto, la agitación, el ataque epiléptico, la obnubilación de conciencia, etc., son ya, de por sí, expresiones muy ambiguas, que nada o muy poco dicen, no ya de los motivos, sino de las alteraciones

.. (239) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 74.

(240) Ibid., p. 117, nota 41.

(241) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 13.

psíquicas inmediatamente ligadas a ellos. No hay posibilidad de establecer un diagnóstico psiquiátrico a expensas de postulados conductistas.

A nivel psicolingüístico, el conductismo se cierra a sí mismo la intelección de las funciones estimativas, no meramente indicativas, del lenguaje. Así, por ejemplo, el silencio -señala Castilla (242)- ha sido relativamente desapercibido por los lingüistas. En una lingüística del habla no hay in-significantes, de forma que el silencio se configura como un significante más. Una completa intelección de lo comunicado tiene que contar con lo-dicho, como opción finalmente elegida, pero también con lo-que-no-ha-sido-dicho, como posibilidad significativa en orden a la intencionalidad misma de lo que ha sido expresado. Las posibilidades de sobreentender -y su secuela tantas veces posible: el malentender- por encima de lo superficialmente expresado, que ha hecho factible la enorme riqueza expresiva del lenguaje literario y, más aún, del lenguaje coloquial, no son interpretables sino a expensas de la significación de lo oculto.

No se puede limitar el análisis psicolingüístico, como ocurre en el planteamiento conductista, al acto de la transmisión del mensaje, con exclusión del usuario de la lengua (y del oyente). El lenguaje ha sido concebido hasta ahora en tanto que gramática, como cosa ya dicha, independientemente de quién es el que la dice y quién el que la escucha. En el

(242) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit.,

orden incluso de la lógica, el problema del lenguaje se ha planteado únicamente sobre el sentido o sin-sentido de lo que se dice. Y en el orden epistemológico, sobre la verdad o falsedad de lo dicho. Lo que interesa, aun a riesgo de la calificación de mentalismo, no es la verdad o error de lo que se dice, sino la significación de lo que se dice. Es preciso, en consecuencia, interferir al sujeto que habla, en tanto que habla de una forma determinada para un sujeto que escucha. La introducción de estos dos factores amplía notablemente la estructura del lenguaje, que aparece mucho más enriquecida y compleja, y que ya no afecta sólo al momento sincrónico, del que tanto se han ocupado los estructuralistas del lenguaje, sino que forzosamente ha de atender al momento genético de esta misma estructura. En cambio, según la tesis conductista, "la mentira no podría ser nunca tratada más que a través del detector de mentiras y artificios semejantes, no por el análisis del lenguaje... Pues si de alguna manera la mentira es notada, aunque sea 'intuitivamente', ello es sólo posible merced a la competencia interpretativa del oyente, no a la verificación de la misma (que, en todo caso, la haría indistinguible muchas veces del simple error)" (243).

Las técnicas terapéuticas conductistas provienen de escuelas teóricas que defienden un objetivismo científico únicamente válido mediante la experimentación, y que rechazan metodológicamente, por "acientífico", al psicoanálisis. Ambas

- - - - -

(243) Ibid., p. 40.

visiones están sustentadas en premisas diferentes y determinan análisis, a menudo, contradictorios de la conducta humana. Es difícil comparar teorías construidas desde reglas y criterios distintos, pues "cada paradigma satisface más o menos los criterios que dicta para sí mismo" (244).

No se puede retomar la polémica conductismo-psicoanálisis sin hacer unas consideraciones previas. Si se adopta un modelo positivo de análisis, el psicoanálisis tiene poco que hacer y la discusión se acaba sin haber empezado. El modelo positivista se fundamenta sobre observables y es la reacción mejor elaborada para poner fin, en su momento, a una etapa histórica caracterizada por el imperio de la metafísica y de los prejuicios religiosos. Que una teoría tenga que demostrarse, es algo absolutamente revolucionario en un medio caracterizado por la imposición de las más disparatadas tesis científicas o filosóficas. Pero el positivismo en cuanto escuela, con todos sus dogmas, ha mostrado ya sus puntos débiles. El movimiento metodológico que se le opone (más un estado de ánimo, que un conjunto ordenado de proposiciones) no hace más que evidenciar la necesidad de cerrar una etapa improlongable. Se trata, como señala Feyerabend (245), de recuperar la teoría,

- - - - -

(244) Kuhn, T.: La estructura de las revoluciones científicas, México: F.C.E., 1971, p. 174.

(245) Feyerabend, P.K.: Contra el método, Barcelona: Ariel, 1974, pp. 138-141.

la autonomía de la teoría, de desmitificar la "experiencia" como argumento último de objetividad y dar pasos definitivos para superar el ingenuismo de los primeros positivismos. En esta línea de revisión, según Bouza (246), la teoría y la práctica psicoanalíticas son perfectamente recuperables desde la mentalidad positiva. Es suficiente para ello con que el psicoanálisis revise sus propuestas más difíciles de asumir por una metodología mínimamente exigente: tratar de verificar lo verificable y relegar el resto a la reserva teórica. A este respecto, a efectos de la aceptación o del rechazo "in toto" de la doctrina psicoanalítica, conviene recordar, como señala Fromm (247), que el psicoanálisis lleva consigo la impronta de un criticismo radical que anuncia los grandes temas del siglo XX, pero arrastra también el peso de la especulación "pura" de las grandes metafísicas que le precedieron.

La doctrina psicoanalítica ofrece actualmente un "corpus" teórico que no sólo está referido a la práctica curativa propiamente dicha, sino que se muestra como "sistema" psicológico y psicopatológico. Este cuerpo doctrinal ha sido extraído directamente de la relación psicoterapeuta-paciente,

- - - - -

(246) Bouza-Brey, F.: "Psicología científica y psicología de la ciencia", en Cuadernos de Psicología 3, nº 11-12, agosto 1977, pp. 37-41.

(247) Fromm, E.: "Fundamentos de psicoanálisis", en Varios: Psicoanálisis: ¿Ciencia o coartada?, Universidad de Madrid: Grupos de Trabajo de Psicología Crítica, nº 7, febrero de 1971, pp. 2-11.

de forma que no es una abstracción, independientemente de que la verificación experimental dista de ser un logro definitivo, y tiene una proyección inequívoca en el análisis de toda relación interhumana. Uno de los grandes descubrimientos analíticos es la consideración de que el proceso patológico no puede ser cualificado de modo plausible como un proceso individual, como un suceso que ocurre en el hombre aislado. Castilla (248) valora la doctrina psicoanalítica de la siguiente forma: "En cualquier caso, lo que en el hombre ocurra, para bien o para mal, es algo que deviene en tanto el hombre está con el otro hombre. La alusión, pues, al 'contexto' está implícita en la teoría psicoanalítica desde las iniciales aportaciones freudianas".

De todos modos, como también señala Castilla (249), la postulada y deseada complementariedad de la teoría psicoanalítica con una doctrina social más general, no ha sido lo grada con suficiente éxito. Freud (250) pensaba que, quizá, el marxismo, como teoría, podría ser la doctrina complementaria a este respecto. La interpretación analítica del hecho social es insuficiente y adolece del defecto inherente a todo psicologismo. El psicoanálisis, todavía hoy, hace un análisis excesivamente ambiguo de la estructura social, claramente

(248) Castilla, C.: "Psicoterapia e ideología", cit., p. 76.

(249) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 188, nota 34.

(250) Freud, S.: Nuevas aportaciones al psicoanálisis, 1932, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 962-965.

diferenciado de la sutileza con que analiza los dinamismos intrapsíquicos. El problema de esta situación no radica en la inatención a los aspectos sociológicos, disculpable en función de la necesidad de la división del trabajo, sino en que el psicoanálisis pretende erigirse en explicación autosuficiente de la realidad personal, social y aun histórico-social (251,252).

Las obras de Freud que afectan a la sociología general son la parte más endeble del conjunto de su aportación. En ellas parece olvidarse que el proceso psicológico es el momento final de un largo proceso que se inicia por fuera del hombre individual. No es el hombre el que hace a la sociedad ser como es, sino a la inversa: son los factores extraindividuales los que determinan buena parte del comportamiento del hombre en tanto tal, independientemente de las matizaciones que el uso personal impone a tales determinantes y condicionamientos. La limitación de Freud a este respecto -subraya Castilla (253)- estriba en que la concepción de la cultura es, para él, una consecuencia psicológica y no política, de forma que la política es, en todo caso, una superestructura psicológica y no el resultado de unas relaciones productivas. La explicación

- - - - -

(251) Cfr. Freud, S.: Ítem y tabú, 1913, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 511-599.

(252) Cfr. Freud, S.: El malestar en la cultura, 1930, en Obras Completas, tomo 3º, pp. 1-65.

(253) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 143-144.

psicológica de la política, en forma de cultura, constituye el punto más débil de la concepción del mundo inherente al freudismo y al revisionismo neofreudiano, como ha puesto de relieve Marcuse (254). Su concepción de la historia se mueve sobre motivaciones psicológicas, todo lo más psicosociológicas, al margen de la infraestructura de las mismas.

La concepción de Freud acerca del complejo de Edipo es una ejemplarización a este respecto. Cuando Freud habla del complejo de Edipo, sitúa el conflicto del hijo frente a un medio, que es el padre y la madre, pero desatiende el carácter social del modo de ser del padre, derivado de la clase a que pertenece y del status que ocupa, y el papel de la madre de acuerdo con la significación de la mujer en nuestra cultura. Apenas si tiene que ver la situación edípica de la clase obrera con la que se verifica en el resto de las clases. Las normas que el niño internaliza, ya precozmente, le son dadas fundamentalmente por el padre, como símbolo de la autoridad en el grupo familiar, tal y como en nuestra cultura ésta se constituye. En este sentido -señala Castilla (255), "cada padre es, en la familia, representante de un sistema de ideas y de valores concretos, que intenta transmitir al hijo. El padre representa a su clase, educa de acuerdo con aquellas normas que rigen para su clase, y en la que lógicamente quiere

- - - - -
(254) Marcuse, H.: Eros y civilización, Barcelona: Barral, 1971, pp. 219-250.

(255) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 201.

también enclavar a sus hijos. Las normas de los padres son las normas de las clases de los padres". Este carácter socio_génico de procesos intrapsíquicos ha sido visto, lúcidamente, entre otros, por Caruso (256).

Mientras que la teoría analítica ha sistematizado los momentos intraindividuales del proceso psicológico, apenas, sin embargo, sabe operar por fuera de ellos, de modo que el fracaso en la terapia -señala Castilla (257)-, que sucede de_masiadas veces, no se ha visto nunca, o muy pocas veces, en su real dependencia con el sistema social. Puede haber mucho de abierto conformismo en todo ello, pero puede existir éste bajo la forma de un no-querer-saber por fuera de lo que en el hombre ocurre, y que, sin embargo, le condiciona notoriamen_te. En este sentido, no se trata, tan sólo, de yuxtaponer una doctrina sociológica a la teoría analítica; se trata, funda_mentalmente, en el significado profundo del contexto social como determinante último de la conducta humana.

Freud es consciente del carácter revolucionario de sus tesis, cuando, por ejemplo, comenta a Jung en su viaje a Amé_rica, invitado por la Clark University: "Les traigo la peste" (258); pero es incapaz de desarrollar su doctrina hasta sus

- - - - -

(256) Caruso, I.: "Psychoanalyse et Société: de la critique de l'ideologie à l'autocritique", en L'homme et la Société, 11, febrero de 1969, p. 49.

(257) Castilla, C.: "Psicoterapia e ideología", cit., p. 17.

(258) Cit. en Huber, D. et alii: El conocimiento del hombre por el psicoanálisis, Madrid: Guadarrama, 1967, p. 14.

Últimas consecuencias. La insuficiencia del punto de vista psicodinámico estriba en su personalismo. Freud confiere al medio un papel determinante en el modo de ser de cada cual, pero su indagación permanece siempre en el ámbito de lo intrapersonal, del mismo modo que sus soluciones terapéuticas.

Así, "lo social aparece, para Freud, como una consecuencia del modo de ser de las personas que lo constituyen, y se le escapa el hecho de que son los modos específicos de relación entre los sujetos los que determinan el modo de ser y de actuar de los mismos. A Freud le es negada la visión de que las cosas y las personas son lo que hacen, y hacen según las leyes de la relación extrapersonal que rigen en una determinada situación. El modo de ser del padre o de la madre no está determinado por leyes meramente psicológicas, y la influencia sobre el hijo no se hace exclusivamente por los modos de ser de sus progenitores, sino que progenitores e hijos están subordinados, en su modo de ser y, por tanto, de hacer, al grupo más amplio que es su realidad social. Y ésta, a su vez, a realidades que no son ya sociales en exclusividad, sino a realidades infraestructurales que determinan precisamente la estructura de la realidad total" (259).

No es válido recabar para el pasado del enfermo unos factores extrapersonales meramente psicológicos y dejar a un lado la relación con la infraestructura del grupo y de la persona que a ese grupo pertenece. El método psicoanalítico trata

- - - - -

de aprehender la dialéctica interna de la persona y, hoy por hoy, se ofrece como la forma más fecunda de penetración en la misma, pero no atiende, a veces, al hecho de que, si bien el conflicto lo padece y se hace drama en la persona, no es nunca ni primaria ni únicamente personal. De hecho, el hombre en abstracto no existe, salvo en el sustantivo que lo designa. Existen, por el contrario, hombres concretos y diferenciados, susceptibles de una cierta sistematización genérica en la medida en que, al margen de la individualidad de cada cual, están en una situación en cierto modo común, que homogeneiza su comportamiento (260).

No se debe suplantear un abstracto concepto de hombre por una relación hombre-medio planteada en términos abstractos. La constante interrelación entre conducta y medio exige el análisis de la determinación de los factores que hacen del medio una estructura móvil, y, en un momento histórico determinado, determinable por sus relaciones de producción. Un planteamiento dialéctico requiere la referencia a la conexión entre la conducta y el medio, pero, sobre todo, a su dependencia y, más aún, su referencia a él como una estructura moralmente concreta en orden a la interpretación del drama que toda vivencia entraña.

De todos modos, cada persona tiene sus particularidades, que no aparecen eliminadas por el condicionamiento básico que es la estructura socioeconómica, de forma que las posibilidades

..
- - - - -

(260) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 38-41.

de desarrollo de una persona son variadas y no figuran mecánicamente determinadas. Precisamente el quehacer de cada cual, del que deriva una responsabilidad personal en la actuación que no se realiza o se realiza indebidamente, se mueve -señala Castilla (261)- dentro de un espectro limitado de posibilidades, de forma que es diferenciable del de los demás.

En este contexto, el marxismo y el psicoanálisis se configuran como doctrinas complementarias, que, juntas, superan sus limitaciones conceptuales y de método. Así, "el marxismo se presenta como la hasta ahora más satisfactoria interpretación dinámica de la historia; el psicoanálisis, como la hasta este momento más lúcida intelección de la dinámica personal. En suma, ambos convienen en ofrecer una 'teoría de la motivación': más volcado hacia lo sociohistórico el primero; más hacia lo socioindividual el segundo" (262). El psicoanálisis aprehende la realidad a un nivel psicológico; el marxismo, a nivel sociológico. De hecho, conceptos tales como "represión", en sentido psicoanalítico, y "alienación", en sentido marxista, tienen muchos puntos en común y son términos paralelos para distintos niveles de la realidad, individual y social, como, en otro orden, lo son "racionalización" e "ideología". Cuando uno distorsiona la realidad de acuerdo a la incidencia de factores que están en él mismo, de forma que

- - - - -

(261) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 23-35.

(262) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 1.

imagina la realidad que le conviene, se habla de "racionalización". Cuando, según Castilla (263), esta racionalización no es una racionalización individualizada, como la que tiene lugar, por ejemplo, en los prejuicios personales, sino una racionalización que el grupo o clase social presta a sus componentes, se puede hablar de "ideología", derivada, en la concepción marxista (264), de las condiciones objetivas que, como persona social, cada cual posee.

La conciencia de la realidad es un punto recalcado, cada uno a su nivel, por el marxismo y por el psicoanálisis. Como subraya Castilla (265), la conciencia de la realidad (social) es, en la teoría y práctica marxista, una condición previa para la modificación de la realidad, exigible en la praxis revolucionaria. Esta toma de conciencia se refiere a la clase explotada, que vive y padece las condiciones de la alienación impuesta. Por otra parte, en la teoría y práctica psicoanalíticas, la conciencia de la realidad (individual), que se obtiene mediante la catarsis, así como la de los mecanismos (psicológicos, es decir, personales) que hasta entonces se han movilizó para "resistirse" a la tal conciencia, compone el requisito previo indispensable para la superación de la situación neurotizante (alienación a nivel individual). A mayor abundamiento, tanto en el marxismo como

.. (263) Castilla, C.: La incomunicación, cit., pp. 62-63, nota 12.

(264) Cfr. Althusser, L.: Polémica sobre marxismo y humanismo, México: Siglo XXI, 1968, pp. 176-186.

(265) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 134, nota 7.

en el psicoanálisis, se confiere el rol decisivo al suscitador de la concienciación en el otro (líder revolucionario, en el primer caso; psicoanalista, en el segundo).

El marxismo y el psicoanálisis se muestran especialmente complementarios en la concepción de la axiología:

"Al margen de los contenidos de los valores que Marx y Freud se proponen como objeto de su inmediata tarea -en Marx, el valor de la mercancía; en Freud, la norma social-, hay en ellos una comunidad en lo que respecta al carácter concreto del valor. No existe el valor como propiedad que en abstracto pueda ser considerada; hay valores concretos, objetivados luego en los objetos, como proyección de la comunidad. La función de valorar se ejerce siempre dentro de un contexto positivo, como resultado de la dialéctica inmediata de la persona en la realidad... El valor como propiedad del objeto es una 'ilusión' (Freud) o un 'fetichismo' (Marx), que se logra mediante la ignorancia del proceso por el cual se suplanta la necesidad de la persona (individual) por la necesidad social... El sujeto se encuentra 'ya' con 'los' valores como 'objetos' y con los objetos con que va a operar 'valorados', de modo que le es difícilmente apreciable la falacia de la objetividad que en la praxis misma posee el valor en cualquiera de sus formas" (266).

En la práctica, la doctrina psicoanalítica no ha sido complementada, salvo excepciones (Reich, por ejemplo), por

- - - - -

(266) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 53-54.

el materialismo dialéctico, en parte por las formas sociales adoptadas por el desarrollo capitalista, en parte por el dogmatismo derivado de la utilización de la doctrina marxista como ideología. De hecho, ambas formas de pensamiento se han distanciado cada vez más. Sin embargo, el psicoanálisis se inserta en la concepción materialista de la historia, en el punto en donde comienzan los problemas psicológicos evocados por Marx cuando dice que "los modos materiales de existencia se transforman en ideas en el cerebro de los hombres". W. Reich (267) es explícito a este respecto:

"La caracterología debe definir, en forma tan completa como sea posible, los numerosos eslabones intermedios entre base material y superestructura ideológica... Porque se debe distinguir entre la producción social de ideologías y su reproducción en los miembros de la sociedad. Estudiar el primer proceso es tarea de la sociología y de la economía; estudiar el segundo, de la caracterología psicoanalítica... En la sociedad de clases, la clase gobernante asegura su posición con ayuda de la educación y las instituciones de la familia, haciendo de sus propias ideologías las ideologías rectoras de todos los miembros de la sociedad... La estructura del carácter es la cristalización del proceso sociológico de una determinada época, porque las ideologías de una sociedad pueden llegar a tener poder material sólo a condición

..
- - - - -
(267) Reich, W.: Análisis del carácter, Buenos Aires: Paidós, 1957, pp. 5-10.

de que alteren efectivamente las estructuras del carácter... Este anclaje caracterológico del orden social explica la tolerancia de los oprimidos ante el dominio de una clase superior, tolerancia que algunas veces llega hasta la afirmación de su propio sometimiento".

Del psicoanálisis se ha hecho en la sociedad de consumo un instrumento para la manipulación del hombre, a través de la consciente o inconsciente complicidad del psicoanalista, pero esto no invalida, en modo alguno, el cometido innovador que, como al marxismo, le corresponde. Por otra parte, del marxismo se ha hecho un uso espúreo (revisionismo por un extremo, dogmatismo por otro), sin que de esa realidad se derive, lógicamente, la necesidad de su rechazo.

El análisis del lenguaje complementa de una forma eficaz al psicoanálisis, en la medida en que puede incorporarlo a la investigación positiva de carácter científico-natural. El progreso en las investigaciones del lenguaje permite unas posibilidades indagatorias que la psicopatología clásica está lejos de deparar. Así, si el análisis del lenguaje se precisa hasta extremo suficiente, el lenguaje, en forma de períodos suministrados por el analizando, protocolos de tests, etc, es un hecho objetivo, un dato, susceptible de responder a los dos requisitos que la objetividad científico-positiva exige de modo indispensable: la comunicabilidad y la verificabilidad. El lenguaje, en tanto "lo hablado", según Castilla (268),

(268) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 170-171.

está-ya-ahí, como un objeto que se basta por sí mismo, a modo de estructura, para su análisis e interpretación. "Lo dicho" pasa a ser algo así como "la cosa", en donde tiene realidad el principio de verificación, usual en toda tarea científica.

A modo de complementación del psicoanálisis, el punto de partida no es el análisis lingüístico, sino la interpretación (hermenéutica), o sea, el significado, de acuerdo con el siguiente modo de actuación:

- a) Cada una de las partes significantes ha de ponerse en conexión con la totalidad significativa (frase, período, etc.).
- b) La totalidad significativa ha de insertarse, como posibilidad, dentro de un contexto más amplio.

En consecuencia, cualquier interpretación acerca de lo-que-alguien-dice que exceda de lo-dicho, es decir, que no remita, como equivalente significativo, o como implicación significativa, a lo previamente significado en lo-dicho, puede ser rechazada como falsa. En este sentido, el análisis hermenéutico del lenguaje de un enfermo psíquico ofrece unas posibilidades que están lejos de mostrar la psicopatología clásica.

De este modo -señala Castilla (269)-, "el análisis del lenguaje sustituye con ventaja a la investigación fenomenológica en psicología y ciencias limítrofes, merced a la

(269) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit.,

posibilidad de contrastación de las inferencias obtenidas, lo que para el análisis fenomenológico ha sido, pese a cualquier pretensión en contra, completamente inviable".

El psicoanálisis presta, habitualmente, una atención sobresaliente a las equivocaciones orales, como expresión de las pulsiones inconscientes que se involucran, pero desatiende, en general, el lenguaje en su forma coloquial, con toda la gama de imperfecciones sintácticas, que compone, en última instancia, un sistema de equivocaciones y, por tanto, un sistema de expresiones de las tales pulsiones citadas. Al margen de las aportaciones aisladas de Freud (270), la atención a este aspecto, en sus posibilidades para la interpretación, sólo puede llevarse a cabo actualmente, tras el progreso de la investigación lingüística y su aplicación al campo psicoanalítico.

La transcripción literal de los períodos lingüísticos del analizando -señala Castilla (271)- es imprescindible: la remisión a ella ofrece la enorme ventaja de poder acudir a lo-dicho para la confirmación, o no, de la deducción obtenida. El lenguaje "mal hecho" resulta ser de mayor amplitud que el lenguaje "bien hecho". Sencillamente, sus reglas, al no ser rígidas, al no ser obedecidas, hacen del lenguaje mal hecho una habla de otras y mayores posibilidades que la que

- - - - -

(270) Cfr. Freud, S.: Psicopatología de la vida cotidiana, en

Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 629-769.

(271) Castilla, C.: Patografías, cit., pp. 13-16.

forzosamente se rige por reglas prestadas. Si todo lenguaje tiene algo de individual, el lenguaje mal hecho es irrep^{ti}ble y contiene al mínimo lo que de prestación ajena es toda forma de hablar.

La remisión al texto lingüístico es una forma de evitar interpretaciones basadas en presupuestos teóricos inaccesⁱbles a la verificación empírica, de forma que las inferencias obtenidas deriven directamente, a modo de evidencias, del uni^overso del paciente. El análisis del lenguaje contribuye a ver lo oculto en la estructura manifiesta de lo hablado. Al ser el lenguaje -el habla- la concreción de lo permisible y de lo reprimido, el análisis sobre el mismo, y especialmente so^obre las motivaciones del habla dada, compone, según Castiⁱlla (272), una vía de acceso a la interioridad del hablante y una contribución a la disolución de las situaciones origiⁱnarias que lo han provocado.

.. (272) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., pp. 57-69.

-135-

2ª PARTE: DESARROLLO DE LA PERSONA

-136-

Capítulo 1º: Génesis de la socialización: ética y conducta

Según Portmann y Bolk (273), el ser humano nace con un año de anticipación si se compara su estado de madurez fisiológica con el de otros mamíferos superiores en el momento de nacer. Un acabamiento análogo al del potro o al del ternero supondría en el ser humano veintidós meses de gestación. Los siete o nueve tradicionales meses de embarazo humano se emplean, casi íntegramente, en un desarrollo cerebral, indispensable para sustentar los procesos de vida psíquica complejos, característicos del ser humano, y en la formación de la viabilidad fisiológica mínimamente necesaria para existir fuera del útero precariamente, pero nada más.

El ser humano resulta así el más frágil de los mamíferos superiores al nacer, de forma que su psiquismo se encuentra abierto a toda clase de influjos. Cuando, como alguna vez sucede, la gestación se prolonga más allá del noveno mes, el niño resulta entonces menos abierto, menos elástico en su inteligencia, lastrado por un cierto retraso psíquico respecto a los de su edad. El niño está, en este caso, "demasiado hecho" en el momento de nacer, no disponible, por tanto, para prolongar su gestación cultural -la "urdimbre primigenia", de que habla Rof Carballo (274)- fuera de la matriz física y dentro de la matriz familiar.

- - - - -

(273) Cit. en Cencillo, L.: Conflictos de la sexualidad infantil, Madrid: Cissa, 1972, pp. 35-36.

(274) Rof Carballo, J.: "Creatividad, urdimbre y mito", en Revista de Occidente, 2ª época, 6, septiembre de 1963, pp. 257-283.

Esta primeriza y prolongada necesidad de valimiento que el ser humano precisa, le imprime un carácter originaria y definitivamente social. En el ámbito animal, la intensidad de la vida comunitaria de las diferentes especies está en función, entre otras variables, de la necesidad de dependencia de la comunidad inmediata al nacimiento. La conducta del recién nacido exige la presencia del otro, concretamente de la madre o del sustitutivo materno. El desvalimiento que deriva del tipo de nacimiento característico de la especie humana, constituye una pauta de relación con el otro, que no puede ser abandonada ya sin grave merma de la categoría fundamentalmente social del hombre como tal.

El hombre, como subraya Castilla (275), es radicalmente un ser comunitario, que procede de la unidad biológicamente más natural: la pareja. La supervivencia del recién nacido requiere la vida en comunidad (con la madre inicialmente), pero no únicamente como un mero suministro de cuidados físicos y alimenticios. Los trabajos de Spitz (276) han puesto de relieve las consecuencias negativas, a efectos del desarrollo intelectual y de la posterior socialización, cuando no la muerte, que acarrea la privación de la madre o del sustitutivo materno al recién nacido, independientemente de la calidad de la alimentación y de la protección física que se le proporcionen.

- - - - -

(275) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., pp. 39-40.

(276) Cfr. Spitz, R.: El primer año de vida del niño, Madrid: Aguilar, 3ª edic., 1966, pp. 108-116.

De acuerdo con la realidad empírica, lo primario es la dependencia, es decir, la necesidad del otro, que, en la dimensión biológica, se traduce, incluso, en el hecho de que somos creados, no por nosotros mismos, sino por los demás. El pensamiento psicoanalítico tradicional parte, en cambio, del egoísmo radical del ser humano, que Freud (277) calificó de narcisismo. Una concepción así implica, en última instancia, el carácter radical de los impulsos egoístas, de forma que la socialización posterior se verifica a expensas de "otros" impulsos (impulsos del Yo, frente a los egoístas impulsos del Ello), que tienden a suprimir aquéllos y que conducen a la fijación del sujeto, a través de su afecto, sobre otros objetos que no son él mismo.

Esta tesis freudiana es incorrecta, dado el carácter empírico de la necesidad del otro que el recién nacido muestra. Precisamente, el proceso de individuación de la persona, que también es un dato de la realidad empírica, surge desde el salto progresivo de la dependencia originaria a la independencia creadora de su singularidad. El narcisismo auténtico no es real en ninguna etapa, ni aun en la más primitiva, del ser humano. Lo denominado con este nombre no es sino, en términos de Castilla (278), una necesidad-del-otro-para-sí. No excluye la necesidad del otro, sino que el otro es tomado sólo en función de sí.

(277) Cfr. Freud, S.: Introducción al narcisismo, 1914, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 1.083-1.096.

(278) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 339.

De hecho, el egoísmo en el mundo infantil deriva de la relación de dependencia previamente existente, como necesaria oposición a él y que es gestadora de la posterior individualidad. La consideración del egoísmo infantil como un radical originario responde a la falta de conciencia de la necesidad del otro, que aparece posteriormente. Pero la no conciencia de algo no implica la inexistencia de esa cosa ni la no necesidad de ella. Lo originario es la dependencia de los otros, pero en un sujeto que no tiene conciencia de esa dependencia como necesidad. Es así como se produce, de una forma sólo aparentemente natural, el desarrollo de la individualidad en forma de egoísmo. La función de los otros -de las otras figuras familiares, más que la de la madre propiamente dicha- consiste en hacerle tomar conciencia de esa necesidad que, de antemano, existe en el niño.

El niño requiere la presencia de la madre, y de los demás componentes del microgrupo familiar, como forma de satisfacer unas necesidades elementales (alimentación, cuidado, etc.), sin que ofrezca nada a cambio. Sólo en sucesivas etapas aprende que el requerir al otro exige dar, es decir, responder a los requerimientos de ese otro renunciando a algo de sí. El egoísmo infantil aparece sobrevalorado por la también dependencia, que el niño capta, de la madre respecto de él. De esta forma, según Castilla (279), el niño aprende a explotar la necesidad que su madre tiene de él, hasta el

- - - - -

(279) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 105.

punto de que el no "poder darle nada", que caracteriza a las primeras semanas que siguen al nacimiento, se transforma en "no querer dar" y en intentar recibir y seguir recibiendo sin él seguir dando.

Las primeras relaciones del niño con su madre tienen un carácter de intercambio y son eminentemente sociales. El narcisismo no es una etapa obligada de la evolución del hombre, sino un modo adoptado para esa etapa. El egoísmo resultante no está en dependencia, exclusivamente, de la estructura biológica del recién nacido, sino que es una pauta de conducta adoptada frente a un modo de imponérsele la realidad. La estructura parental varía de cultura a cultura, de forma que la figura paterna y la figura materna son entidades susceptibles de adoptar múltiples formas, en función de las condiciones de la realidad que reflejan. De este modo, el narcisismo no es un ente radical, sino que es hecho por los modos y "pat-terns" culturales.

A modo de ejemplo, Kardiner (280), en el estudio que hace sobre la conducta de los niños de la tribu Alor, aprecia la inexistencia de la etapa narcisista, debido a que las madres abandonan, por razones de su función social, a los hijos recién nacidos. No hay en ellos etapa narcisista, aunque sí, naturalmente, oral. El egoísmo es una superestructura que se crea con posterioridad al nacimiento en el desarrollo del

- - - - -

(280) Kardiner, A.: El individuo y su sociedad, México:

F.C.E., 1945, passim.

niño y que se fomenta de continuo, según Castilla (281), en aquellas sociedades en que las pautas culturales se caracterizan por su carácter competitivo.

Lo radical del hombre no es la soledad, a diferencia de lo afirmado por Heidegger y Ortega (282). Si el narcisismo fuera real, la soledad sería posible, o, cuando menos, no frustrante. Del mismo modo, la pérdida del afecto de los otros, la reintegración al egoísmo inicial, no serían perturbadores, sino gratificadores. Que esto no es así lo prueba la existencia de los afectos, que necesitan darse y recibirse, y que carecerían de sentido si el hombre pudiera bastarse a sí mismo en su integridad. El hombre no parte -señala Castilla (283)- de una soledad radical, debido a que es siempre un yo con otros. Su hacer inicial, el aparente mero hacer-para-sí (el egoísmo infantil) es ya un modo de hacer-con-otros que se relacionan con él. Lo primitivo no es la soledad del yo, sino las elementales relaciones primigenias parentales, determinadas de algún modo. Este elemental hacer-con-los-otros es el que posibilita, posteriormente, un hacer-para extrapersonal que trasciende del ámbito del yo.

La soledad trae consigo, al compás de la limitación del horizonte real del solitario, el empobrecimiento de su conciencia

..

(282) Ortega, J.: Corazón y cabeza, en Obras Completas, cit., tomo 6º, pp. 149-152.

(283) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 198.

del mundo. A excepción de la vivida en un intervalo transi_ torio o de la buscada conscientemente en un momento deter_ minado, la soledad, como algo impuesto, es aniquiladora del yo. La perturbación que por sí misma la soledad produce, es un hecho que en la psicopatología actual alcanza cada día mayor relevancia. La soledad no es útil ni siquiera para contemplar objetivamente la realidad, debido al deseo del solitario de estar involucrado en ella, de alguna forma, lo que le impide el distanciamiento necesario. El enclaustra_ miento en un comportamiento solitario representa una pérdida de intereses, en la medida en que muchos de éstos están vin_ culados a formas de sociabilidad.

Ante el estrechamiento de su horizonte vital y el empo_ brecimiento de sus intereses, el solitario puede recurrir a todo tipo de racionalizaciones. Así, a modo de ejemplo, "la persona obligadamente sola puede defenderse en alguna cuan_ tía de la tortura que la soledad representa, haciendo de su soledad no una soledad impuesta por los otros, sino buscada por él mediante la 'racionalización por el escepticismo'. Es decir, haciendo a los otros objetos poco valiosos, deleznales, con los cuales 'apenas vale la pena de vivir'. Con otras pa_ labras, mediante el desdén de lo que no le es posible ob_ tener" (284).

De hecho, la mejor educación que puede hacerse en favor de las instancias de socialización del niño viene dada, no

- - - - -

(284) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 263.

por el castigo más o menos violento (castigo corporal o temor a la rigidez) adoptado por el padre cada vez que el niño se comporta indeseablemente, sino por el castigo a través de la soledad que la pérdida pasajera del afecto materno puede suscitar.

El hombre es, pues, radicalmente un ser que está con los otros, de forma que se siente incitado a un hacer-para-los-otros. Esta tendencia altruista coexiste con una tendencia egoísta, en la medida en que el ser humano necesita, también, autoafirmarse como persona dentro del grupo en que está. El hacer de cada cual no es una mera inmersión anónima en el colectivo que los otros son. La conciencia de sí, que en el desarrollo evolutivo toda persona precisa obtener, sólo puede conseguirse mediante la afirmación del hacer propio dentro del hacer-para-los-otros. Hay una contraposición dialéctica de las tendencias egoístas y altruistas en el ser humano, de forma que el desarrollo pleno de la persona sólo se lleva a cabo si previamente ha tenido lugar la superación de la contradicción existente. Recepción y donación son los dos polos entre los que, alternativamente, se desenvuelve la conducta humana.

La realidad en que el ser humano está -la situación- no es algo abstracto, un mero estar-en-el-mundo, como decía Heidegger (285), sino una concreta ubicación, no sólo espacial (geográfica) y temporal (histórica), sino social, en función

..

(285) Cfr. Sacristán, M.: Las ideas gnoseológicas de Heidegger, Madrid: C.S.I.C., 1959, *passim*.

de las relaciones de producción que previamente se dan entre los hombres que componen ese medio. La separación hombre-sociedad, en cualquier aspecto que se considere, es -subraya Castilla (286)- una falacia. El ser humano está en sociedad, en un primer momento en la microsociedad que representa su grupo familiar. Por ser, por tanto, el hombre primaria y originariamente social, precisa de la sociedad, no sólo en el manifiesto desvalimiento de sus primeras etapas, sino también en el desarrollo posterior de su existencia. Ni el niño se hace hombre sin la preocupación por él de esa sociedad en germen que es la familia, ni el hombre se desenvuelve en plenitud sin la preocupación por él de la sociedad en conjunto.

Por muy egoísta que sea determinado ser humano, el hombre, y muy particularmente el egoísta, es consciente de la "necesidad de los otros". Precisamente la utilización de esos otros para uso exclusivo de sí, sin donación posterior o previa alguna, sume al sujeto en culpa. Esta situación surge por que "...con su no hacer para los demás y si hacer para sí, el sujeto de la acción 'destruye' de alguna manera, y en el amplio sentido de este vocablo, a esos otros que ahora usa. El hacer egoísta no es mero hacer para sí; es, además, hacer anti-otro, contra-otro. La afirmación de sí que de esta forma se consigue exige la anulación, mayor o menor, de esos otros con los que se está... Cuando por mi dinero compro el tiempo de esos otros y les hago vivir para mí, impido que esos otros puedan vivir para sí..." (287).

- - - - -

(286) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 56.

(287) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 54-55.

En el fondo de toda acción culpable, se esconde siempre un carácter egoísta y, como tal, perjudicial para otro. Entre la valoración que una sociedad concede a los actos que sus miembros llevan a cabo y la valoración que cada persona confiere a sus propias acciones, existen múltiples mediaciones, que obligan a una consideración analítica individualizada.

Según Castilla (288), lo malo depara culpa, independientemente de que, en ocasiones, no se observe la correlación acción mala-sentimiento de culpa. Ocurre, en algunos de estos casos, que el quebrantador de una norma puede estar identificado con una subcultura delincuente: así, se siente culpable si no sigue el código particular de su grupo, pero no experimenta remordimiento si viola el código penal vigente de una sociedad en donde vive, pero en donde no se encuentra integrado. Piénsese, por ejemplo, en la subcultura de los "quinquis" y de otras agrupaciones del hampa ("Maffia", "Cosa Nostra", etc.), que poseen un código propio (las normas referentes a la lealtad, por ejemplo), aunque para ellos no haya necesidad de que sus artículos estén escritos.

Lo ocurrido en estos casos es, tan sólo, que sus valores son distintos de los del resto de la sociedad. De este modo, valoran también sus acciones, y hay algunas que califican de

.. (288) Castilla, C.: "La angustia, las ideas sobrevaloradas y el sentimiento de culpabilidad en los enfermos depresivos", en Rev. de Psiquiat. y Psicol. médica, año XIII, tomo VII, 6, abril 1966, pp. 371-393.

"malas". En otros de estos casos, muy frecuentes en nuestro contexto, muchas personas actúan mal sin, aparentemente, conciencia de culpa, cuando la realidad es que tales personas tienen la culpa lo suficientemente enmascarada como para no ser observada exteriormente. El recurso al alcoholismo o a la drogadicción, la elusión de toda problemática mediante la entrega a una vida frívola o al trabajo de forma compulsiva, representan, según Castilla (289), formas, entre otras, de soslayar la culpa que el quehacer defectuoso sobre los demás provoca.

La existencia de la culpa impide la manifestación -o, al menos, el predominio- de las tendencias egoístas que operan, junto con las altruistas, en la persona. Mediante la culpa que experimenta en sí mismo, y mediante las consecuencias que la acción culpable le depara como reacción de los otros, el hombre se obliga a contar con los otros y a eludir la instancia de ser exclusivamente para sí. La sociedad se defiende, con un código penal tipificado, de la realización de acciones delictivas, es decir, notoriamente culpables, pero también induce a los componentes de la misma un código no escrito para la conducta restante, como forma de defensa de aquellas muchas otras acciones que no entran en el código y que, no obstante, son perjudiciales para los restantes miembros del grupo. Cuando este código no escrito se contraviene, la sociedad no cuenta con un concreto castigo, pero sí actúa,

- - - - -

(289) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 249-252.

independientemente de la justicia con que lo haga, con fórmulas tampoco escritas. Así, según Castilla (290), "el origen de la culpa es social. Aunque la experiencia de la culpa sea personal, el carácter sociogénico de la misma es evidente. La inducción de la presunta culpa, si determinada acción se hace, la verifica la sociedad como una praxis de grupo".

El mismo origen de la conciencia de sí en cada persona es inseparable del contexto social a que pertenece. Un grupo puede ser más o menos pequeño, pero consta, cuando menos, de un yo y un otro (u otros). El yo tiene de sí mismo una idea (la conciencia de sí) que, en una parte fundamental, depende de la que el otro posee de él, que está en función, esta última, del rol que el sujeto desempeña dentro del grupo.

Como señala G.H. Mead (291), la conciencia de sí ya establecida está constituida por la imagen que el sujeto tiene de sí mismo, la imagen que los demás tienen de él y la idea que él tiene acerca de la que los demás tienen de él. La conciencia de sí adquirida es, en gran parte, la adquisición de un nombre, un prestigio, un status... Perder el "nombre" no es sólo perder ya todo tipo de relación establecida por los demás gracias al nombre que se tuvo, sino perder para sí la imagen de la conciencia de sí mismo que ese nombre implicaba.

- - - - -

(290) Ibid., p. 56.

(291) Mead, G.H.: Espíritu, persona y sociedad, Buenos Aires: Paidós, 1953, passim.

Recuérdense, a este respecto, las palabras de Casio en el Otelo, de Shakespeare (292): "¡Reputación, reputación, reputación!. ¡Ay!, ¡he perdido mi reputación!. He perdido la parte inmortal de mi ser, y lo que queda es brutal".

El rol dentro del grupo, definidor de la conciencia de sí, no se refiere sólo a un conjunto de comportamientos asépticos, de carácter intelectual o motor, sino también, y sobre todo, según Castilla (293), a conductas éticas. Cada actuación (o cada omisión) reestructura el campo de las relaciones interpersonales del sujeto, de forma que el rol que hasta entonces desempeñaba o se mantiene o se modifica (se eleva o desciende). La responsabilidad de la decisión radica, precisamente, en este hecho: "hacer el mal, hacer lo no debido, no hacer lo debido, se traduce de inmediato en el desencenso y desestima de mí mismo, y de aquí la conciencia de mi culpa, que no es otra que la conciencia de mi responsabilidad en ese hacer" (294).

El sujeto, junto a la íntima mala conciencia, teme perder el afecto de aquellos con quienes está integrado. Por ejemplo, en el autismo del adolescente masturbador, juega un importante papel su referencia a la ignorancia del hábito que tienen aquellas personas para él ejemplares, de modo que este

(292) Shakespeare, W.: Otelo, Madrid: Medina y Navarro Editores, sin fecha, acto II, escena III, p. 79.

(293) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 157.

(294) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 180.

mismo valor conferido a tales personas puede ser -señala Castilla (295)- un acicate para su enmienda.

El proceso de socialización del niño implica, según Stone y Church (296), la aceptación del llamado "principio de realidad", que no es más que la conciencia de contar con la realidad -los otros- como ahí dada y como un ente necesario para el sujeto. El planteamiento de Freud (297) es fiel a la idea de que el "principio de placer" -es decir, la satisfacción egoísta- ha de ser reprimido en favor de las necesidades que el ajuste a la realidad obliga. Este análisis es insuficiente porque parte de la existencia de un radical egoísmo infantil. Ocurre, simplemente, que cuando una necesidad fundamental está satisfecha, deja de ser tal y da paso a otro tipo de necesidades, que deparan también placer, si bien de otro tipo, como son las necesidades de acción y adecuación a la realidad. No se trata de una sublimación de las necesidades fundamentales (de tipo instintivo) hacia otro tipo de necesidades (por ejemplo, crear, al margen de la forma en que esta creatividad se exprese), sino, según Castilla (298), de

- - - - -
(295) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 158, nota a pie de página.

(296) Stone, L.J. y Church, J.: Psicología y psicopatología del desarrollo, Buenos Aires: Paidós, 1970, pp. 7-23.

(297) Freud, S.: Los dos principios del suceder psíquico, 1911, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 495-499.

(298) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 66.

la superación, falsa o real, de aquellas necesidades. Que en las sociedades evolucionadas el número de personas que puede crear es cada vez mayor, prueba, no la sublimación de las necesidades elementales -que no tienen por qué ser sublimadas, puesto que están satisfechas-, sino la superación del individuo mediante la fijación de otros objetivos y propósitos, que ahora le son necesarios.

La adecuación a la realidad es fruto de la experiencia del niño en ella y, también, de la interiorización de la conciencia de la realidad que poseen los otros, como señala Wallon (299). El Yo se configura como resultado de la necesidad de adecuarse a la realidad y actúa a base de reprimir, según pone de manifiesto Lagache (300), los impulsos instintivos del Ello que no pueden emerger. La interiorización de los principios de realidad ajenos se verifica en el niño a expensas del temor a la pérdida de relación con los otros, expresado en concreto, en el mundo infantil, por el amor a la madre y por el miedo al padre, al menos dentro de los "patterns" culturales de nuestro medio. El Superyó es la interiorización, en forma de conciencia moral, de los temores y angustias infantiles que incapacitan para hacer lo indebido, encarnado en el valor negativo que los seres queridos del niño confieren

- - - - -

(299) Cfr. Snopik, S.R.: Wallon: Ontogenia de la personalidad,

Madrid: Grupos de Trabajo de Psicología Crítica, febrero de 1972, pp. 5-45.

(300) Lagache, D.: El psicoanálisis, cit., pp. 39-41.

a diferentes acciones y objetos de la realidad. El "miedo a la pérdida de amor" conlleva la adquisición de unos determinados valores, variables de cultura a cultura e, incluso, de persona a persona. El aprendizaje precoz de tales valores implica, a veces, el olvido del carácter adquirido de los mismos, de forma que se opera con ellos con categorías absolutas, sin tener en cuenta el carácter relativo de todo valor.

La moral es un sistema de valores que son dados y que se aprende a utilizar. Freud (301) señala a este respecto:

"Podemos rechazar la existencia de una facultad original, en cierto modo natural, de discernir el bien del mal. Muchas veces lo malo ni siquiera es lo nocivo o peligroso para el yo, sino, por el contrario, algo que éste desea y que le procura placer. Aquí se manifiesta, pues, una influencia ajena y externa, destinada a establecer lo que debe considerarse como bueno y como malo... Cuando el hombre pierde el amor del prójimo, de quien depende, pierde con ello su protección frente a muchos peligros, y ante todo se expone al riesgo de que este prójimo, más poderoso que él, le demuestre su superioridad en forma de castigo. Así pues, lo malo es, originalmente, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor; se debe evitar cometerlo por temor a esta pérdida..."

(301) Freud, S.: El malestar en la cultura, 1930, en Obras Completas, cit., tomo 3º, pp. 47-48.

El sistema de valores es aceptado, en una primera fase, por sumisión, impuesta por la relación de dependencia del niño y por el temor a la pérdida de amor de sus seres queridos. En una segunda fase, según señala Castilla (302), la autoridad es interiorizada, de forma que los preceptos externos, de otros, se constituyen en preceptos de uno en forma de Super_yó. La conciencia moral es, pues, algo más que el disgusto a la madre o la reprimenda del padre; es, también, la pérdida del afecto y, en consecuencia, la soledad. La conciencia moral es la conciencia de las normas del grupo, de forma que su incumplimiento lleva aparejado el ostracismo, la soledad. La culpa del sujeto es una culpa inducida y se manifiesta en forma de culpa ante los otros. En la conciencia moral, los actos del sujeto parecen decidirse por su bondad o maldad en sí mismos, al margen de las consecuencias que su realización provoque, cuando, en realidad, se hacen o se dejan de hacer por las repercusiones positivas o negativas que pueden provocar en aquellas personas que importan al sujeto.

Allí donde nos mantenemos en el ámbito de lo verificable, no de lo creíble, no se puede citar -subraya Castilla (303)- una sola verdad absoluta, ni siquiera en el campo de la ética, que, en tanto ciencia, ha mostrado la falacia de los valores objetivos, es decir, del absolutismo de los valores. Los valores son cualidades que un sujeto -o el grupo

(302) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 171.

(303) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 97.

a que pertenece- confieren al objeto, pero, en realidad, son expresión de sentimientos, estados de ánimo, etc., surgidos en la aprehensión, por la persona, del objeto en cuestión. Los juicios de valor no tienen sentido como juicios que expresan algo de un objeto, sino que, simplemente, expresan algo del sujeto mismo que los enuncia. A diferencias del planteamiento objetivista, por ejemplo, de Ortega (304), que confiere a los valores el carácter de cualidades de las cosas, el sistema de valores -señala Castilla (305)- "connota directamente acerca de la ética y estética del sujeto o sujetos, pero no hace posible en modo alguno la edificación de una ética o estética de rango genérico, más allá de cualquier relativismo histórico, cultural y, finalmente, personal".

La tesis de la objetividad de los valores es un ejemplo de falacia verbal: se toma el verbo "ser", no como copulativo, sino como símbolo de identidad, o, cuando menos, de equivalencia. En la tesis objetivista, la proposición "x es bueno" es igual a "x tiene la propiedad de ser bueno". La teoría subjetivista de los valores, en cambio, adjudica, en todos los casos, el valor al sujeto que verifica la proposición sobre el objeto. No se trata de negar la existencia del valor, ni mucho menos su carácter operativo, sino de hacer ver el

.. (304) Ortega, J.: Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?, 1923, en Obras Completas, cit., t. 6º, pp. 315 y ss

(305) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 184.

carácter subjetivo del mismo y de referirlo, como pertenencia, al sujeto o a los sujetos que lo detentan. La teoría subjetivista de los valores, sustentada sobre el análisis filosófico -la mal llamada "filosofía del lenguaje"-, ha sido defendida, entre otros, por Frondizi (306).

Los valores son íntegramente subjetivos, pero, una vez proyectados sobre la realidad, se transforman en objetivaciones, es decir, cuentan o valen como si fuesen propiedades del objeto en cuestión. La valoración es subjetiva, pero su momento operativo trans-subjetivo está ya objetivado: tiene la misma significación que si fuera una cualidad del objeto mismo. Los valores, de adquisición subjetiva, que no responden a cualidades del objeto, se objetivan en la actuación del sujeto, de forma que los valores son las normas de las relaciones interpersonales, hechas ya objetivas. Precisamente esto es lo que ha hecho posible sostener, en la axiología objetivista, que los valores son, en efecto, objetividades, cualidades de las cosas mismas, de los actos, etc., cuando, en realidad, son, tan sólo, posteriores objetivaciones, resultado de las relaciones de intercambio que el sujeto establece con la restante realidad, dado que ésta -seres humanos, cosas, animales...- está constituida, no por lo que es en sí, sino por lo que significa para el sujeto.

La realidad "no es sólo un campo de percepciones y representaciones, sino un campo de valoraciones. Cuando se dice

- - - - -

(306) Frondizi, F.: ¿Qué son los valores?, México: F.C.E.,

1958, passim.

que la cosa no sólo es lo que es, sino lo que 'significa' para el sujeto que la percibe, se dice una impropiedad: la cosa es simplemente lo que es, pero cada vez que la aprehendo le adhiero, además, una significación que depende de mí y de lo que para mí representa esa cosa. Esto que llamamos 'significado' es, ante todo, la estimación, el ejercicio de la función valorativa que el sujeto se impone necesariamente ante la cosa percibida" (307).

Precisamente porque los valores son subjetivos, es preciso aludir a la génesis de la subjetivación de los mismos. Hay valores que responden a motivaciones netamente individuales -que no son compartidos por nadie más que por un sujeto particular-, pero, en general, se trata de valores presentados por la sociedad o, al menos, por algún sector parcial de la misma (en donde el sujeto se sitúa en el marco de la comunidad general). La proposición, por ejemplo, "robar es malo" es un juicio (negativo) de valor que comparte una mayoría de sujetos de nuestra comunidad, pero no toda. Para quienes no comparten este juicio de valor, rigen otros valores, que adopta también el resto de "su" grupo, definible precisamente en función de esta estimativa peculiar. Una comunidad se define por el conjunto o sistema de valores que comparte, referidos a las notas fundamentales de las normas que regulan su funcionamiento. Cada sujeto, dentro de su comunidad, puede adquirir valores personales, pero referidos a

- - - - -

aspectos no fundamentales. Si la individualidad de la valoración se refiere a cuestiones esenciales, el sujeto puede quedar excluido, de inmediato, de la comunidad. La mayor parte de los valores de una persona es de génesis social, de modo que pueden considerarse adquisiciones hechas por el sujeto en el grupo, e interiorizadas por él, con vistas a adscribirse definitivamente a determinado grupo social. La forma de inducción de los valores está en relación directa con el grupo, clase, status, a que pertenece el sujeto. El valor que se induce es el valor con que operan aquellos que lo inducen y, por tanto, puede ponerse en inmediata conexión con la ideología del grupo a que el inductor pertenece. Los valores que, muy frecuentemente, se consideran pertenecientes a la sociedad son, como señala Castilla (308), los valores de aquel sector de la sociedad que, por su carácter dirigente, se le identifica como "la" sociedad.

El proceso de adquisición de valores implica la existencia de una persona que los aprehende y de un grupo que los suministra con vistas a hacerle miembro de él. Apenas si es posible la elaboración de un sistema de valores absolutamente individual. Los valores son siempre adquisiciones del sujeto en la comunidad, independientemente de que en su desarrollo pueda alcanzar una elaboración diferenciada de los mismos e, incluso, diseñar valores que le sean genuinamente propios.

- - - - -

(308) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 130.

En todo caso, la adquisición de estos valores diferenciados se hace a expensas -aunque sea en oposición- de los valores previamente adquiridos. Según Castilla (309), por revolucionarios que sean los nuevos valores adoptados, el proceso se inicia desde el status previamente existente, al que se intenta negar y destruir.

Los juicios de valor son, pues, prestaciones del medio, independientemente de que en un mismo medio pueda haber juicios de valor antagónicos. El medio no es homogéneo, sino que está constituido por grupos, que son, como señala Tierno (310), las estructuras inicialmente observables. Así, por ejemplo, en algún medio, de extensión imprecisable, de la Alemania nazi, era un valor positivo asesinar a los judíos, de forma que las personas que vivían en este grupo recogían de él el valor positivo que esta acción, en otro medio reputada mala -un disvalor-, poseía. Que el medio no era homogéneo lo prueba, según cita Castilla (311), el hecho de haber recurrido a la ocultación de los campos de concentración y de no haberse manifestado, explícitamente, las prácticas que en ellos se verificaban.

La valoración de los objetos se lleva a cabo en distintos niveles de la organización de la persona, a través del

(309) Castilla, C.: Patografías, cit., pp. 131-136.

(310) Tierno Galván, E.: Conocimiento y ciencias sociales, Madrid: Tecnos, 1966, p. 137.

(311) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 49-50.

desarrollo de su socialización. La persona se encuentra, cuando adviene al mundo, con los objetos ya valorados, de forma que, en un primer momento, se limita a interiorizar los valores que los otros (sus seres queridos) confieren a ese objeto. En un segundo momento, el sujeto, aun contando con los valores del grupo, da una valoración personal a las cosas en función de su situación personal en la realidad común, fruto de la dialéctica del sujeto consigo mismo y con la realidad. Hay una contraposición, que no contradicción (312), entre la valoración social del objeto y la valoración personal del objeto, como algo dado en la realidad del sujeto. La aceptación o rechazo de un objeto representa la aceptación o rechazo del mismo, junto con el valor que representa para los demás.

Así, por ejemplo, en el ámbito femenino, la no aceptación del rol tradicionalmente asignado a la mujer representa el rechazo de un valor vigente, pero también, por lógica generalización, el de todas las mujeres que lo asumen, que aún constituyen mayoría en nuestro contexto social y que reaccionan agresiva o despectivamente ante "el intento singular de despegue de este miembro del grupo que ilusoriamente pretendió saltar sobre su propia sombra" (313).

- - - - -
(312) Cfr. Sacristán, M.: "La tarea de Engels en el Anti-Dühring", en Engels, F.: Anti-Dühring, México: F.C.E., 1964, p. XVIII.

(313) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 107.

El compromiso frente a la realidad representa la aprehen_
sión de lo que los objetos significan para uno y de lo que
significan para los demás. Acertar o errar en la dialéctica
de la relación con el objeto (con toda la realidad) compren_
de no sólo la aprehensión de las propiedades estéticas del
objeto, sino también de los valores que les confiere y le
confieren. Este doble sistema de valoración -social e indi_
vidual- puede ser, en ocasiones, conflictivo. Hay veces en
que la persona posterga sus valores individuales, y elude el
riesgo de la disensión, no sin posteriores conflictos perso_
nales, para evitar el rechazo del grupo. Ocurre, por ejemplo,
que el sujeto considera necesaria, fruto de una valoración
concreta, la verificación de una acción, pero teme, de lle_
varla a cabo, el distanciamiento del grupo. Castilla (314)
plantea esta alternativa en los siguientes términos:

"Si la acción no se hace, el sujeto vive el sentimiento
de pesar inherente a la frustración de una acción que consi_
dera importante, debida. Si, por el contrario, la lleva a
cabo, el sujeto experimenta entonces el pesar que resulta de
la distanciación del grupo. No deja de ser curioso que actitu_
des éticas, ligadas simplemente al ejercicio de lo que para
uno mismo resulta 'la verdad', sean tan excepcionalmente ob_
servadas, mucho más en continuidad, y sean objeto de la admi_
ración de tantos... Decir la verdad -sin entrar en mayores
extremos ahora sobre lo que por verdad deba entenderse,

- - - - -

(314) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 130-131.

comprendiéndola ahora simplemente como el ejercicio de la sinceridad- no parece, en lo que respecta a la 'materialidad' de su ejecución, tarea difícil".

La colisión entre los valores propios y los valores sociales se resuelve, frecuentemente, a base de plegarse el sujeto ante la valoración de las personas que le importan, debido a la significación de la identidad con los otros. Según Parsons (315), es propiedad fundamental de toda acción el hecho de que no consiste, tan sólo, en respuestas "ad hoc" a estímulos situacionales particulares, sino que el sujeto la rodea de un verdadero sistema de expectativas relativas a la configuración social en que se encuentra. El sujeto no teme, propiamente, una pérdida de amor del resto del grupo, porque no existe siempre una vinculación afectiva, sino la pérdida de la seguridad, derivada del poder que ellos tienen sobre el sujeto.

La coartación explícita de la libertad personal frente a la presión del grupo, es el corolario frecuente de esta situación, que fuerza, a veces, al sujeto a, en términos de Gracián (316), "pensar con los menos y hablar con los más". El dilema se plantea con frecuencia, a este respecto, entre ser culpable de insinceridad, para así conservar la estimación

(315) Parsons, T.: The Social System, London: Routledge and Kegan Paul, 1951, p. 5.

(316) Cit. en Azorín: Tiempos y cosas, Madrid: Salvat-RTV, 1970, p. 127.

de los otros, o ser culpable de la desintegración del grupo que él mismo provoca por su sinceridad.

La admiración que suscitan actitudes como las de un Bertrand Russell o un Jean-Paul Sartre radica, independientemente de la valoración de su quehacer intelectual, en la audacia que ha representado hacer explícito y llevar a la práctica su propio sistema de valores, aun a conciencia del rechazo de la mayoría y del perjuicio, en forma de aislamiento, que de este rechazo se deriva. De hecho, la mayoría de la gente, según Castilla (317), justifica su comportamiento poco ético a base de hacer consideraciones sobre la ineficacia de la sinceridad, o, cuando menos, sobre la desproporción entre la satisfacción íntima que la sinceridad procura y los perjuicios que de ella se derivan.

El mecanismo que hace posible la consideración del valor como propiedad del objeto, derive de un aprendizaje errado en la relación sujeto-objeto. A este respecto, la semántica de los valores colectivos está, en gran parte, en función de la falacia verbalista de identificar a las palabras con los objetos que designan. El poder mágico conferido a las palabras, en especial a los sustantivos, radica, según Castilla (318), en que, con ellas, le es posible al sujeto atraer los objetos, lo que conlleva la satisfacción de gran parte de sus

- - - - -

.. (317) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 132.

(318) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., pp. 176-187.

requerimientos. Este proceso de valoración de las palabras, más allá de su rango denotativo, se facilita en el aprendizaje, intencionado por parte del adulto, del carácter sustantivo de las propias denominaciones que los adultos utilizan para sus valores, como forma de obtener del niño su integración en el grupo mismo detentador de esos valores. En este sentido, un grupo mantiene su cohesión gracias a su ideología, definida ésta por el sistema de valores que considera fundamentales y que debe ser compartido por todos los miembros del grupo.

Hartmann (319) alude a esta "distorsión del pensamiento objetivo que se lleva a cabo en el niño. El niño está enfrentado constantemente con juicios valorativos que no puede validar objetivamente, pero que le son presentados como afirmaciones de hecho. 'Esto es bueno' y 'aquello es malo' le son ofrecidos a menudo como si se dijera 'esto es rojo' y 'aquello es verde'. Tales presentaciones se vuelven también parte de la 'realidad socializada', lo que puede ser muy bien una de las razones de por qué muchos adultos (algunos grandes filósofos entre ellos) no pueden aceptar la diferencia lógica entre un imperativo moral y una afirmación de hecho". El niño, a través del proceso de socialización, adopta los valores que el grupo le confiere, como forma obligada de eludir el ostracismo.

- - - - -

(319) Hartmann, N.: Ensayos sobre psicología del Yo, México: F.C.E., 1969, p. 228.

Cuando se ha logrado la autonomía en el aprendizaje errado de los valores colectivos, se mantiene la tendencia a operar con los valores individuales de la misma forma, porque ello comporta una "razón" para la adopción del objeto. El recurso a esta racionalización lleva al sujeto a preferir un objeto porque "es" bueno, no porque "le parece" bueno. De esta forma, la motivación de su preferencia, de su conducta en definitiva, recae sobre el objeto, de modo que se desresponsabiliza de su actuación. La motivación de la conducta aparece, en esta tesitura, como algo externo y, en cualquier caso, ajeno a uno mismo. La falacia de este planteamiento, y que el valor existe como propiedad del sujeto que valores, lo prueba, por ejemplo, la consideración de "lo bueno", que es indefinible y no puede estar sujeto a unos límites rígidos. Ni siquiera el conocimiento acerca de los valores que un determinado sujeto confiere a una serie de objetos, permite, inequívocamente, acertar sobre los que ha de conferir a otros objetos. Adjudicar valores a los objetos es, según Castilla (320), adoptar una actitud animista ante los mismos.

La inducción de los valores no se hace tan sólo en forma de normas y de preceptos; de hecho, éste es el modo menos frecuente. Normalmente, una persona adquiere la mayor parte de los valores a expensas de la identificación con aquellas personas a quienes ama y/o teme, de forma que la transgresión

..
- - - - -
(320) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., pp. 96-97.

de un valor lleva consigo la pérdida de identificación con los que previamente estaba, la posibilidad de su castigo y, en definitiva -señala Castilla (321)-, la pérdida de afecto, es decir, de toda relación con ellos como objetos de "su" realidad.

A este respecto, la adquisición del sistema normativo, en las relaciones interpersonales, supone el papel prioritario de la familia en las primeras etapas de socialización del niño. La familia compone una subestructura, que, como microgrupo -independientemente de que, a su vez, no es más que la concreción de un grupo social más amplio (la clase)-, asigna unos valores -subraya Castilla (322)- que tienden a ser interiorizados por los miembros más jóvenes de la misma. Piaget (323) ha estudiado las primeras fases del desarrollo infantil: el niño interioriza, en primer lugar, un código de moral familiar, al aprender, sin que exista comprensión por su parte, lo que está bien hecho y lo que está mal hecho, lo que puede hacerse sin sanción punitiva y lo que conlleva tal sanción. Esta interiorización es emocional: y, por ello, los valores serán, toda la vida, reacciones afectivas ante ciertos aspectos del mundo. Todo este proceso de transmisión cultural

- - - - -
(321) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 341.

(322) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 119-120.

(323) Piaget, J.: Seis estudios de psicología, Barcelona: Barral, 1971, pp. 28-82.

se realiza por la interacción del niño con la madre y con el padre, en primer lugar, y, posteriormente, con hermanos, parientes, amigos de la familia, profesores, sin que tal orden sea rígido, salvo en el primer paso; pues si hay alguien que sustituya a la madre en el cuidado inicial del recién nacido, tal persona adopta el rol materno y tiene sus mismos efectos sobre la conciencia del nuevo ser humano.

La familia, según Castilla (324), es un elemento más del sistema, con apariencia de determinante, pero, en realidad, determinado, que objetiva en un microgrupo los valores y pautas de la clase a que ella misma pertenece. Por eso, a modo de ejemplo, se dice de alguien que "ella es de una familia bien", o "es de una familia regular". No se suele usar la expresión "es de una familia mal", pero se sobreentiende. En la medida en que la familia opera como correa de transmisión o como microgrupo representativo de los valores del sistema social, éste asigna un papel de primera importancia a la socialización del niño a través de la familia.

El medio social del niño, en las etapas iniciales de la vida, se centra exclusivamente en la madre. De hecho, en nuestro contexto social, mientras los roles masculinos se proyectan sobre funciones sociales extrahogareñas, la función social de la mujer se ejerce en el microgrupo familiar. La razón de este hecho radica en la función de la mujer, a este respecto, estriba en el suministro de normas de aprendizaje estabilizador

..
- - - - -
(324) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 114.

en el seno de la familia como grupo primario. El establecimiento de normas, fijadas gracias a lazos afectivos precoces, concierne, como señala Castilla (325), ante todo, a la madre. Tales relaciones afectivas son el más poderoso nexo entre los componentes del grupo familiar. Así, la responsabilidad del grupo familiar, incluso en familias en que ha tenido lugar la pérdida del vínculo matrimonial, corre a cargo de la madre, como elemento estabilizador menos vulnerable, debido a la mayor intensidad de la relación afectiva con los hijos. La integración primitiva al sistema se verifica en el núcleo familiar, en la medida en que la familia reproduce el conjunto de referencias y valores del sistema mismo en su totalidad.

Según Amando de Miguel (326), la función de madre, tal como es aprendida y asimilada por la mujer desde su infancia en nuestro contexto social, sirve, decididamente, a la conservación de la forma familiar, y la estructura de la familia así conseguida sirve, en última instancia, al sistema social de que forma parte. La asocialidad futura de algunos delincuentes encuentra, muchas veces, su explicación final en experiencias traumáticas precoces. La función de madre consiste

- - - - -

(325) Calamay, N.: "Castilla del Pino: La mujer española, hoy", en Iriunfo, nº 421, junio de 1970, pp. 16-21.

(326) De Miguel, A.: "Sobre lo masculino y lo femenino en la relación sexual y social", en Sistema, nº 4, enero de 1974, pp. 75-88.

en insuflar a los hijos los valores familiares, es decir, los valores del sistema. La adquisición de la normativa en el niño -la conciencia moral- se realiza fundamentalmente por vía afectiva, al margen de la efectiva influencia del padre en etapas posteriores. Pero "la internalización por la madre tiene la eficacia de la obtenida a expensas de una vinculación afectivo-emocional mucho más poderosa que la específica y abiertamente represiva del padre" (327).

La específica represión a que se ha visto sometida, en todos los órdenes, la mujer, responde a este papel estabilizador que conviene a la perpetuación del statu quo, independientemente de que se racionalice bajo la forma, en palabras de Blázquez (328), de función "excelsea" de madre, "mujer ideal", etc. Así ve, por ejemplo, Reich (329) la represión sexual en el ámbito femenino:

"La primerísima condición del matrimonio es una represión muy profunda de las necesidades sexuales, sobre todo en la mujer; la moral exige -naturalmente, sin que en la práctica se sigan sus reglas- la castidad prematrimonial de la mujer; si fuera posible, también la del hombre, pero en esto cabe mucha mayor tolerancia... La mujer ha observado la castidad

- - - - -

(327) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 70.

(328) Blázquez, F.: La mujer, ¿es persona?, Madrid: Alameda, 1970, p. 31.

(329) Reich, W.: La revolución sexual, París: Ruedo Ibérico, 1970, pp. 167-168.

prematrimonial hasta el matrimonio, reprimiendo para ello sus necesidades genitales".

Castilla (330) complementa estas observaciones:

"Mientras la represión no actúa, no hay razón alguna para que el sexo se tome como nota diferencial en el comportamiento de niños de sexo opuesto. La represión no tiene por qué comenzar de forma explícita; basta con que se inculquen normas de conducta diferenciales para que el receptor de las mismas establezca su correlación con el sexo". Y agrega: "La represión sexual se extiende -mediante la acentuación de las diferencias entre ambos sexos- a toda la conducta, por aparentemente extraerótica que se nos presente".

El desempeño de la función de mujer sirve al sistema para su estabilización, de forma que el tradicional conservadurismo de la mujer -inimputable a leyes biológicas, según Castilla (331)- es una consecuencia más de la represión precozmente interiorizada, de la que ni siquiera la propia protagonista es muchas veces consciente. De esta forma, la represión de la mujer por el sistema es interiorizada de tal forma, que, en su función, representa la represión por la mujer. La represión en la familia es una forma de dominación, pero la dominación que la represión encarna está al servicio inmediato de la adscripción del nuevo miembro a las normas

- - - - -

(330) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 51-52.

(331) Castilla, C.: "Interpretación del pensamiento freudiano sobre la mujer", en El País, 16 junio 1976, p. 29.

del grupo. Con otras palabras, la mujer ha ejercido -y vuelve a ejercer ahora, cuando la estructura familiar patriarcal comienza a debilitarse (332)- el papel estabilizador que conviene a la perpetuación del statu quo.

El rol del padre, no manifiesto en las primeras etapas de la vida del niño, entra en juego hacia los dos años, a expensas, al menos en nuestro contexto, de una actuación normativa basada más, en general, en el respeto y/o temor que en el afecto, lo que constituye una nota diferencial en relación con el comportamiento materno. Según Castilla (333), la inducción de la normatividad en el niño, en forma de conciencia moral, corresponde a este período de actuación conjunta de las figuras parentales. Los intercambios que tienen lugar entre el niño y los padres son gratificadores, de forma que todo intento de independencia o de insumisión en el niño amenaza con responsabilizarle de la pérdida de las figuras parentales.

La conciencia moral no se constituye sólo en forma de temor -disgusto de la madre; agresión, en forma de reprimenda, del padre-, sino también en algún tipo de experiencia de los efectos de la acción. Si el niño es aceptado por los padres -porque obedece- es gracias a él; si es rechazado -porque desobedece- es por culpa de él. La transgresión de las normas representa la pérdida de afecto y, en consecuencia, la

..
- - - - -
(332) Cfr. Alberdi, I.: ¿El fin de la familia?, Barcelona; Bruguera, 1977, pp. 48-55.

(333) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 339 y ss.

soledad, debido a que la conciencia moral es la conciencia de las normas del grupo, cuyo incumplimiento lleva aparejado el ostracismo y la soledad. Incluso, aun muertos el padre o la madre, y con independencia de su inexistencia física actual, existe en el niño la posibilidad de una relación de dependencia normativa con ellos, como consecuencia de la profunda interiorización de las figuras parentales.

Todo lo que el niño hace tiene una clara proyección, en un sentido gratificador o frustrante, sobre los otros -concretamente, sobre los padres, en estas primeras etapas-, de forma que la interiorización de este hecho conlleva el aprendizaje del sentido de la responsabilidad. Al hilo de lo hecho en la realidad y de las reacciones que provoca en los demás, aparece también en el niño, junto a la conciencia de responsabilidad, la conciencia de intencionalidad, debido a que la acción infantil es considerada "buena" o "mala" por los adultos en función de la acción misma y, sobre todo, de la intención con que ha sido verificada.

Según Castilla (334), la inducción prematura en el niño del sentido de la responsabilidad, con especial acento en la presencia de la intencionalidad, es sumamente perturbadora, dado que el niño no está todavía capacitado para vivenciar la disociación entre lo intentado y lo obtenido con su acción. Esta actuación educativa (?) del adulto, que carga el acento sobre la responsabilidad del niño en un momento en que

- - - - -

(334) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 112-114.

la espontaneidad debe ser respetada al máximo, responde a una búsqueda de protección de los posibles desafueros que el niño provoque. La inducción de la responsabilidad es extensiva, además de a la acción, al ámbito del pensamiento, debido a la interferencia de la intencionalidad, de forma que el niño aprende a dotar a su mero pensar de un poder, en cierto modo, mágico.

El aprendizaje de la normatividad en el niño lleva consigo la atribución de la propia responsabilidad en las frustraciones que experimenta. La adquisición del sentimiento de culpabilidad está en relación con las precoces experiencias frustrantes. La situación resultante de una frustración es vivida como castigo, de forma que, por ejemplo, los sueños agitados de terror que experimentan muchos niños son experiencias expiatorias de presuntas culpas. Toda frustración experimentada por un niño requiere ser explicada, con una explicación que "cierre" el problema que la frustración por sí misma engendra. A este respecto, la primera explicación que el niño puede darse de una frustración es la de hacerse culpable de la misma.

La adquisición de la mentira es, según Castilla (335), asumida por el niño hacia los tres años; elaboradas ya las primeras estructuras del Superyó, es una forma de atribuir la culpa a otros. Externalizar la culpa mediante la mentira descarga al propio sujeto de la culpa y evita, así, el castigo

(335) Castilla; C.: Un estudio sobre la depresión, cit.,
p. 170.

externo -la pérdida de amor de las figuras parentales- y, más tarde, el castigo interno, en forma de mala conciencia, remordimiento, etc.

Una encuesta realizada por Piaget (336), en la que se preguntaba a niños de diversas edades por qué no debían mentir, dio unos resultados muy significativos. Los niños hasta los 6 años respondían que no debían mentir "porque le castigaban a uno". Los niños de los 6 a los 8 años contestaban que no lo hacían "porque era malo". A partir de los 10 años, los niños daban razones sociales, como que "perjudica a las relaciones entre los hombres" o que "sería imposible la convivencia". En una primera fase, los niños unen directamente lo bueno y lo malo al castigo; más tarde, introyectan esta temática y hablan de "lo bueno" y "lo malo"; por último, hacen una reflexión y encuentran motivaciones sociales que deben regir la moralidad.

La inducción de los valores en el niño no se realiza siempre de una manera preceptiva explícita, sino que, muchas veces, se verifica a expensas de la identificación del niño con sus seres queridos, por procedimientos muy sutiles y que escapan al ámbito crítico del receptor, e incluso del dador, que no hace sino asumir y transmitir los valores dependientes de su clase social y del status socioeconómico que representa. La experiencia ha hecho ver la ineficacia de una inducción directa de algunos valores, que, incluso, puede

- - - - -
(336) Cit. en Monedero, C.: Psicología evolutiva, cit., pp. 193-194.

provocar el efecto opuesto. El recurso a formas solapadas de inducción de valores responde a la evitación de este riesgo.

Los cuentos son, por ejemplo, una forma indirecta de aprendizaje de valores, a expensas de la fantasía, de modo lúdico, sin que exista, precisamente por este carácter, el riesgo de un rechazo frontal de los mismos. En el cuento, según Castilla (337) de "Caperucita Roja", de los hermanos Grimm, reiterado de generación en generación, e implantado, preferentemente, en las clases media-alta y alta, se le induce al niño el temor a la desobediencia, en general, a los padres. Los efectos que se derivan de la insumisión son imprevistos, como lo prueba, a modo de ejemplo, las terribles consecuencias que experimenta la protagonista de la historia. En otras ocasiones, los adultos pretenden inducir en el niño una obediencia específica, no ya general, como la inhibición del comportamiento, por ejemplo, en relación con las personas de sexo opuesto, que actúan engañosamente con los rasgos más generosos. Este es el caso del cuento de "La Cenicienta", también de los hermanos Grimm, en que la protagonista, bondadosa, sumisa, trabajadora, obtiene, al fin, el matrimonio con el príncipe como recompensa. De hecho, la bondad, representada en el cuento por la modestia que se considera en riesgo, es -ha sido, sobre todo- el único medio al alcance de una chica de la clase media para conquistar a un hombre "de posición".

- - - - -

Monedero (338) analiza la estructura de los cuentos de acuerdo con los conflictos de la edad infantil, expresados en una temática psicoanalítica. Caperucita es un cuento de contenido oral. En los cuentos de buenos y malos está presente la escisión primitiva -posición esquizoparanoide (339)-, pero también el contenido sadomasoquista. Blancanieves es un cuento típicamente estructurado según el complejo de Edipo. En este cuento, la madrastra, celosa de la belleza de la hija, quiere deshacerse de Blancanieves, que huye e, incluso, se sume en un profundo sueño, en un intento de expresar que, ante los conflictos y sentimientos persecutorios que le provoca la sexualidad, decide aplazarla. El padre bueno, pero desexualizado (expresado por los siete enanitos), le ayuda a Blancanieves a librarse de la madre mala, que acaba por morir. Al llegar a la pubertad, se encuentra con el príncipe azul, que no es otra cosa que el amor al padre idealizado (340).

La persistencia de estos cuentos de generación en generación se explica por el extraordinario papel que ejercen. Con estos cuentos, los padres proporcionan a los niños la posibilidad de elaborar sus conflictos de una forma concreta.

- - - - -

(338) Monedero, C.: Psicología evolutiva, cit., pp. 151-153.

(339) Cfr. Klein, M.: Desarrollos en psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1962, passim.

(340) Cfr. Bettelheim, B.: Psicoanálisis de los cuentos de hadas, Barcelona: Crítica, 1978, passim.

Los padres, a base de presentar a los hijos un mundo de color rosa y de realizar los deseos de los hijos en su fantasía, pretenden resolver los conflictos infantiles y favorecerles la integración familiar. Ocurre, sin embargo, que la excesiva idealización de los cuentos y la desvirtuación de la realidad es causa de que, al llegar la pubertad, la realidad se presente de una forma angustiosa al niño.

Todos los valores son convenciones, independientemente del grado de utilidad que posean para regular armoniosas y progresivamente las relaciones interpersonales. El mero hecho de contar con la realidad valorada, al margen del acierto o desacierto de los juicios de valor, es un factor importante en la economía del organismo del sujeto, que le depara seguridad y le facilita la adaptación al medio social en que se desenvuelve. El problema no radica en la inducción de valores, que es un hecho absolutamente necesario para todo ser humano, sino en el tipo de valores que se inducen. Al margen de la experiencia singular que la persona adquiere por su acción sobre la realidad, está el saber que se acumula por la experiencia de los otros, una experiencia, por tanto, de orden indirecto, que no puede tener el mismo carácter de vida que la experiencia directa.

Castilla (341) califica a los valores de "verdaderos" cuando están ligados a la conciencia de realidad, de modo que

.. (341) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica...; cit., pp. 176-184.

abren posibilidades más y más fecundas a la acción del hombre. Valores "falsos" son aquellos que, desligados de una consideración realista de la situación, se inducen con vistas, exclusivamente, a conseguir la sumisión del sujeto al sistema por todos los medios posibles. La inducción del valor, sin el ejercicio del juicio de realidad, lleva necesariamente al dogmatismo y a la inoperancia. Inducir a alguien que tal acción es buena o mala porque sí, al margen de los efectos de la acción, conlleva la rigidez dogmática. La feroz represión sexual, característica de la moral judeocristiana, o la castración educativa, a base de inhibir la espontaneidad del niño, frecuente en la educación tradicional, son ejemplo, según Reich (342), de inducción de valores falsos, encaminada, fundamentalmente, a la domesticación de la persona al sistema sociopolítico, no al bien de ella misma. Castilla (343), a este respecto, señala:

"Lo que decide, en forma de verificación por la praxis, si el valor inducido es verdadero o falso es la posibilidad que el sujeto tiene de superar el conflicto en el primer caso y su imposibilidad -si se mantienen los mismos principios- de superación en el segundo. En este último, el sujeto, sumido en un conflicto de fundamentos inobjetivos, se malogra en una preocupación sin efectivo rendimiento... No hay

(342) Reich, W.: La función del orgasmo, Buenos Aires: Paidós, 2ª edic., 1962, pp. 153-196.

(343) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 118.

posibilidad de salir del círculo vicioso, toda vez que el valor falso se sigue manteniendo...". El sentimiento de culpabilidad se configura como algo claramente adaptativo, siempre que los valores previamente inducidos sean positivos.

La culpa se manifiesta cuando se produce la transgresión de un principio rector para la persona, y que compromete, de alguna manera, la estancia de esa persona en el grupo social de que forma parte. La culpabilidad por un acto malo sólo puede darse allí donde, previamente, ha existido posibilidad de elección, que provoca, a su vez, la responsabilidad de la decisión. Esta acentuación del carácter libre de la persona, por lo menos ante hechos concretos, pone de relieve el carácter irracional del pecado original, como culpa de todo hombre, característica del pensamiento religioso de nuestra cultura (344). No hay, por ello, culpas "colectivas", porque ello supondría la negación -empíricamente inaceptable- de las posibilidades, siempre distintas, de cada uno de los miembros de la colectividad. Así, desde un punto de vista objetivo, la culpabilidad total de un país es tan falsa como puede serlo la estimación de un mérito colectivo. Sin libertad, y mucho menos sin conciencia de la libertad en la decisión, la culpabilidad no puede existir.

El sentimiento natural de la culpa es el pesar, como, según Castilla (345), el de la depresión es la tristeza. La

.. - - - - -
(344) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 291.

(345) Castilla, C.: "La angustia, las ideas sobrevaloradas y el sentimiento de culpabilidad en los enfermos depresivos", cit., p. 385.

angustia, que no es el sentimiento "natural" de la culpa, acompaña al sentimiento de culpa ante la imposibilidad de calmar la pesadumbre. Cuando la vivencia de culpa se aligera de contenidos angustiosos, cuando el paso del tiempo hace posible, en la economía del organismo, la superación aparente de la culpa en forma de dedicación a otras actividades, la pesadumbre queda todavía en forma de preocupación.

El sufrimiento que la culpa engendra -como el dolor o la "perturbación" difusa que un cuerpo extraño suscita- tiene el sentido de provocar su disolución. En la depresión, como señala Castilla (346), la tristeza no es expresión de temor ante la culpa posible por la experiencia de la culpa precedente, sino que tan sólo expresa la existencia de una culpa con conciencia de su irreparabilidad. La tristeza es expresión de la desestima de sí que la conciencia de culpa por una mala acción cometida produce a la persona.

La culpa lleva consigo siempre una pérdida de la integración o, al menos, de la identificación con el resto del grupo, mayor o menor, a que pertenece el sujeto, de forma que el pesar vinculado a la culpa expresa la pérdida, en mayor o menor grado, de la integración del sujeto dentro de su comunidad. Este planteamiento es válido incluso cuando alguien se considera culpable de un pensamiento pecaminoso; de hecho, en el ámbito del creyente, se cuenta con la presencia

- - - - -

(346) Castilla, C.: "Para una patografía de Angel Ganivet",
en Insula, 228-229, diciembre de 1965, p. 5.

de Dios como algo real y se teme, por tanto, su pérdida. Según Castilla (347), junto a la íntima mala conciencia moral, el sujeto culpable teme perder el afecto y, sobre todo, la seguridad que los demás le confieren, debido a que lo más estimable, más que el valor que uno mismo asigna a determinado objeto, es la identidad con los otros.

Las acciones "malas", conscientemente asumidas y libremente decididas, son provocadoras de culpa. La existencia de una decisión libre es un requisito imprescindible. A modo de ejemplo, en una sociedad planificada, la tasa de alcohólicos y de suicidas es mayor, como ocurre en Suecia, por ejemplo, en donde, junto a un nivel de vida muy elevado, la tasa de suicidios y de alcoholismo es extraordinariamente alta. El grado de libertad (entendida ésta como "posibilidad de hacer" de la persona) alcanzado se paga con una mayor conciencia de frustración personal en aquellos en quienes ésta se verifica. Que la miseria protege del suicidio, fue ya un hecho señalado por Durkheim (348) en su obra clásica sobre el tema. La desaparición de las elementales formas de lucha por la existencia lleva consigo que el hombre no pueda reprochar al medio ser el factor de su frustración personal. Un medio facilitador deja al hombre en la máxima libertad para ser el que puede y debe ser. Si el hombre experimenta un fracaso existencial

.. (347) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 157-158.

(348) Cfr. Durkheim, E.: El suicidio, Buenos Aires: Schapire, 1965, passim.

en este tipo de medio, éste le encara crudamente con la culpa en su propio fracaso, de donde -señala Castilla (349)- se pueden derivar conductas alcohólicas y autodestructivas.

La culpa provocada por las acciones malas no es siempre visible, en una primera aproximación, pero la inobservancia de la correlación acción mala-sentimiento de culpa no contradice que esta correlación exista. Ocurre, en ocasiones, que el contenido de la acción considerada mala puede ser vario, debido a que el sistema de valores del transgresor puede ser distinto del vigente en la cultura dominante. Con frecuencia, por ejemplo, se etiqueta a los miembros de los grupos delictivos de carentes de principios éticos, como por una especie de "congénita" carencia de moral. No se puede sostener hoy la tesis, típicamente decimonónica, de la "moral insanity", en la que se presumía la existencia de una constitución somáticamente defectuosa, que se manifestaba en la carencia de sentido moral. De acuerdo con esta tesis, la "deficiencia moral" tiene una entidad como puede tenerla, por ejemplo, la deficiencia intelectual.

Las deficiencias morales son perfectamente inteligibles a expensas de la sociobiografía de la persona. Según Castilla (350), no existen asociales, sino antisociales, en la medida en que el sujeto no puede dejar de adoptar una actitud

(349) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 152-153.,

(350) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p.

frente a la sociedad, pertenezca o no a ella, aunque sea tan sólo en la medida en que la sociedad existe. Incluso, en algunos casos, como lo puso de relieve Dostoiewski en Crimen y castigo, la acción delictiva es cometida con aparente ingenuidad o sin estar bien los cabos, lo que, en el fondo, constituye la búsqueda de algún castigo con que aliviar algún sentimiento inconsciente de culpa.

Prácticamente sin excepción, la culpabilidad surge por la transgresión de una norma del grupo con el que un sujeto se halla identificado. Cuando una persona no está integrada en un grupo social determinado, "es posible pensar en una total o casi total carencia de principios morales, en la medida en que determinado sujeto no está éticamente integrado en el grupo en que, por otros conceptos, le es dado vivir" (351).

Según el colectivo Margen, (352), no hay forma de hacer sentir la culpa por algo a quien no se encuentra integrado con aquellos que intentan hacérsela sentir. Pero, de alguna manera, toda persona está integrada en algún grupo o subgrupo. Un quebrantador de la ley puede estar identificado con una subcultura delincuente y se sentirá culpable si no sigue el código particular de su grupo, pero no experimentará remordimiento si vulnera el código penal vigente de la sociedad en donde vive, como ocurre, por ejemplo, en el caso de la subcultura de los "quinquis" y de las agrupaciones del hampa.

- - - - -

(351) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 92.

(352) Colectivo Margen: Sobre la delincuencia, Barcelona:

Roselló, 1977, pp. 3-14.

De este modo, la evitación de la culpa se consigue a base de cometer un delito comunitariamente, de forma que la acción delictiva, al ser cometida por todos los miembros del subgrupo, pierda carácter de tal y sea sancionada positivamente por el subgrupo: "de aquí la exigencia a todos los miembros de una conjuración de complicarse en la acción delictiva, por ejemplo, mancharse de sangre. Recuérdese el asesinato de César o el de Ursúa en la conjuración de Lope de Aguirre. En la descripción que de esta última hace Sender -'La aventura equinoccial de Lope de Aguirre'-, aun muerto ya Ursúa, algunos de los conjurados, que todavía no intervinieron, deben atravesar con su espada el cuerpo de la víctima como exigencia de los otros, para ser así todos igualmente culpables" (353).

Como prueba de la abyección moral de los componentes de estas bandas, se suele citar el carácter exclusivamente sexual de las relaciones con las mujeres y la inestabilidad con las mismas. En general, como señala Monedero (354), las relaciones con las mujeres sólo son sexuales, despojadas de toda ternura, pero ello es debido -subraya Friedlander (355)- a las continuas frustraciones que han vivido en relación con su familia y con la sociedad, que los ha incapacitado para una relación de ternura y los ha dirigido a la violencia.

- - - - -

(353) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 305.

(354) Monedero, C.: Psicología evolutiva, cit., p. 228.

(355) Friedlander, K.: Psicoanálisis de la delincuencia juvenil, Buenos Aires: Paidós, 4ª edic., 1972, pp. 117 y ss.

Los miembros de las bandas asociales no tienen integra_ de la normativa familiar y social, por lo que no experimentan culpabilidad al transgredir dichas normas, pero "aun en es_ tos casos, existe, de alguna manera, identificación de al_ guna índole con las figuras parentales: el hijo de un padre socialmente honrado, pero autoritario, puede llegar a ser un delincuente, pero déspota" (356).

Hay otras ocasiones, al margen de la actividad expli_ citamente delictiva, en que una acción mala provoca culpa, pero ésta permanece enmascarada e invisible al observador. El alcoholismo y la drogadicción representan, muchas veces, instancias evasivas a que recurre el sujeto para eludir una culpa que, en estado lúcido, le atenaza. El recurso al tra_ bajo absorbente es otra forma de eludir la culpabilidad, que pugna por salir a toda costa y que interfiere en la espontá_ nea ejecución del trabajo: "quien está preocupado y quien, al propio tiempo, tiene que preocuparse de mantener el secre_ to de aquello que, sin embargo, preocupa, tiene así una doble preocupación, a la que ahora se añade la requerida atención sobre lo que ha de hacer de inmediato" (357). Este es el mo_ tivo auténtico de su fatiga y de su disminución en la capa_ cidad de trabajo, y no la pueril atribución al exceso de tra_ bajo, porque el trabajo, aun en exceso, cansa, pero no per_ turba.

..
- - - - -
(356) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 37.

(357) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 200.

Hay más formas solapadas de enmascaramiento de la culpa. La imposibilidad de gozar del éxito constituye uno de los mecanismos de defensa frente a la culpa. En estos casos, según Castilla (358), el triunfo, una vez ya conseguido, no puede ser gozado en toda su amplitud, porque el goce de él suscita una conciencia de culpa, en la medida en que se opone a la conciencia moral. Muchos de los asesinatos que no van seguidos de robo obedecen, probablemente, a este mecanismo: el sujeto, al intentar robar y ser sorprendido, se ve obligado a matar a la víctima, a raíz de lo cual, asedumbrado por el crimen, huye, dejándose el dinero y/o los objetos que pretendía obtener. No se puede concluir en este caso, sin más, que el móvil de este asesinato no era el robo. Al margen de la conducta delictiva, hay otras formas de fobia al éxito, descritas inicialmente por Freud (359), y que surgen por la ambivalencia del triunfo, vivido como una meta de las expectativas personales, pero, también, como una superación agresiva de alguna persona -por ejemplo, el padre- que, al mismo tiempo, se ama.

La culpa tiene una inequívoca proyección ante los demás, que nos proporcionan conciencia de la misma, en la medida en que la acción culpable recae, de alguna manera, sobre ellos (Dios, el otros, los otros). La desestima de uno mismo que

(358) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 119.

(359) Freud, S.: Los que fracasan al triunfar, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 1.085-1.093.

el sujeto culpable experimenta, deriva, con todo tipo de manifestaciones, de la pérdida de estima que a los demás produce (o produciría, de saberse el acto culpable) por su actuación, debido a que la conciencia de sí es, en gran parte, reflejo de la valoración que los demás (los seres valiosos para uno, especialmente) hacen del sujeto.

Se ha pensado, ingenuamente, que el descreimiento religioso, característico de amplios sectores de nuestra cultura, iba a conllevar la desaparición de los sentimientos de culpabilidad, pero esto es falso. Así, "la cultura actual ha deparado al hombre cada vez mayor represión, de manera que la culpa, lejos de decrecer, ha aumentado en el hombre contemporáneo, incluso al propio tiempo que decrecía el sentimiento religioso. Ha sido la consciencia de la inadaptación la que ha deparado este sentimiento de culpa, porque ahora la culpa no es, como anteriormente, culpa frente al padre, sino culpa ante los otros (fracaso por la inobtención del logro, ostracismo por la inadaptación a la norma social, etc.)" (360).

El sentimiento específico que acompaña a la culpa es el pesar, que tiene por finalidad la búsqueda del perdón de las personas ante quienes el sujeto se siente culpable. Del mismo modo, el síntoma característico de la depresión es la tristeza, que, expresada incluso externamente en forma de luto, tiene por objeto recabar para el sujeto la compasión y el

- - - - -

consuelo del resto del grupo. El pesar, según Castilla (361), se expresa de un modo externo, bien directamente, en forma de un hablar titubeante, sonrojos, mirada compungida, bien indirectamente, en forma, por ejemplo, de pérdida del apetito, fatiga... La expresión del sentimiento de culpa, previa a la expresión verbal del acto culpable, es la coartada con que se protege el sujeto culpable de la pérdida del afecto del resto del grupo, que puede recurrir, ante tal muestra de pesar, a expresiones de minusvaloración de lo hecho y a comportamientos de perdón.

El origen de la culpa es social, por lo que también es social su finalidad, independientemente del carácter personal e intransferible de la experiencia de culpa. La inducción de la culpa, condicionada a la realización de determinadas acciones, es verificada por la sociedad como una forma de praxis de grupo. La sociedad se defiende de las acciones codificadas y punitivas mediante el código penal, pero también de aquellas muchas otras que no entran en el código y que, no obstante, son perjudiciales. Recurre a la inducción de un código no escrito para la conducta restante, responsable de la creación de un sentimiento comunitario en cada uno de los sujetos. En este sentido, la existencia latente del sentimiento de culpa es un fenómeno positivo desde el punto de vista social, en la medida en que previene, hasta cierto punto al menos, la transgresión de las normas comunitarias.

..

- - - - -

La finalidad de la culpa está en función de un sentimiento expiatorio, de forma que el sufrimiento que ella comporta sirve como expiación y forma de apaciguamiento del Super-yó. La aniquilación que la culpa lleva consigo exige del sujeto su superación:

"¿Podemos aniquilar el remordimiento,
que vive, se agita y escarba,
y nos devora como la oruga al corpulento
árbol...?

¿En qué filtro, en qué vino, en qué tisana
ahogar ese enemigo inclemente,
destructor...?" (362)

Además de superar el sufrimiento aniquilador que el comportamiento culpable conlleva, la culpa, y las consecuencias que, en forma de reacción de los otros, depara al culpable, fuerzan al sujeto a contar con los otros y a eludir la intancia de ser exclusivamente para sí. De esta forma, según Castilla (363), el sujeto adquiere conciencia de la responsabilidad de su acción y puede reanudar una relación moralmente sana con el resto del grupo.

Lo que diferencia la culpa normal de la culpa anormal es la conciencia de realidad que posee el sujeto. En la medida

(362) Baudelaire, Ch.: "Las flores del mal", LVII; cit. en

.. Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 176.

(363) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 139 y ss.

en que la experiencia de la culpa deriva de una falta, debe ser considerada como un error en la acción del sujeto sobre la realidad. De hecho, todo el cortejo afectivo-emocional que acompaña a la experiencia de culpa -como pesar, dolor, arrepentimiento, etc.-, con independencia de su normalidad o anormalidad, requiere su disolución por la única vía posible de la reparación. La conciencia de la realidad de la praxis inadecuada debe representar, reflexivamente, una más amplia autoconciencia, que dé, en adelante, al sujeto un mayor anclaje en la realidad, fruto de la mayor gravedad de las decisiones que vaya a adoptar (364). Es también característico de la superación de la culpa el comportamiento reparador, de forma que las nuevas acciones corrijan la realidad modificada por el sujeto a través del error previo. Sólo así es factible conseguir la autoliberación y el desbloqueo, única forma de reanudar, totalizadamente, el proyecto antes suspendido.

La culpa anormal se caracteriza por la persistencia de una falsa conciencia de realidad. Cuando se produce un empecinamiento en el error, cuando no hay conciencia del error cometido o cuando la culpa se agota en las formas masoquistas del mero remordimiento -lamentos, rabietas...-, pero sin traducirse en una nueva acción reparadora, hay una falsa dialéctica

- - - - -

(364) Cfr. Castilla, C.: "El concepto de gravedad en Kierkegaard", en Actas L.E. de Neurol. y Psiq., IX, 1, febrero 1950, pp. 33-37.

en la relación sujeto-realidad. De acuerdo con el "efecto Zeigarnik" (365), la no resolución de un problema conlleva un cierto desasosiego y la persistencia del mismo como estructura mnémica.

Aplicado este hecho al ámbito de la culpa anormal, se infiere una extensionabilidad de la misma a otros ámbitos de la persona. Una culpa irresuelta se complica más y más, de forma que el sujeto acaba por ser culpable, también, de no dejar de serlo, por no poner en juego los dinamismos de la reparación. El comportamiento abyecto, la recaída en el mal, como conciencia más o menos explícita de la maldad de la acción cometida inicialmente y, al mismo tiempo, de la irreversibilidad de lo hecho, es una conducta final habitual en las culpas irresueltas, provocada, muchas veces, por el resto del grupo, que puede no ofrecer al sujeto culpable una posibilidad de recuperación tras el mal verificado. De todos modos, lo característico de la culpa irresuelta es que el pasado gravita sobre el ser del hombre como permanentemente presente. Decía Martín Santos al respecto:

"No puedo desposeer a mi pasado de factibilidad radical. No puedo dejar de haber hecho lo que hice. No puedo volver a vivir aquella ocasión en la que fui cobarde y que, inexorablemente, me determina ya como hombre-que-en-aquella-ocasión-fue-cobarde" (366).

..
- - - - -
(365) Cit. en Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 296.

(366) Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial, cit., p. 148.

El sentimiento de culpa sólo se produce cuando se verifica la transgresión de una norma. Si esto es así, un sistema social puede inducir, indirectamente, culpas innecesarias en la persona, por medio de la familia y la educación, a través de insuflarle un número excesivo de valores, mayor del que resulta razonable para adaptarse el sujeto a la realidad. Hay, en este sentido, un plus de culpabilidad que se sobreade al niño el proceso educativo de nuestro contexto cultural y que se puede percibir, según Castilla (367), en los siguientes hechos:

- a) El niño tiene una vivencia oscura de la visibilidad de la culpa, de forma que correlaciona lo malo hecho por él con lo malo hecho por él visto por otros. La utilización que se ha hecho de la figura de Dios, en nuestra cultura, como alguien omnisciente y omnipresente, en permanente actitud de espionaje y dispuesto a descargar el castigo, es claramente perjudicial en el desarrollo del niño. Hay, además, en este planteamiento una deformación de la función de la culpa, que aparece, así, como absurda y sin la necesaria proyección social que su resolución exige.
- b) Existe, por parte de muchos adultos, la tendencia a obligar al niño a establecer una correlación entre lo-malo-hecho y lo-malo-que-le-ocurre. Así, el niño

- - - - -

(367) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 171-173.

tiende a considerar, de un modo mágico, como símbolo de castigo y sanción de culpas, todo lo negativo que le ocurre en su realidad.

- c) El niño cuenta con la identidad categorial del mero hacer-algo-malo con el ser-malo. Esta falsa correlación está fuertemente reforzada en nuestra cultura. La conciencia empecatada conlleva la atribución de un carácter negativo al pecado, pero, también, la procedencia de esta acción de un ser malo intrínsecamente. La gravedad de esta correlación radica en que un acto culpable puede ser reparado, pero la culpabilidad intrínseca de la persona no. Además del carácter determinista de este planteamiento, en el sentido de práctica imposibilidad de evitar hacer cosas malas en adelante, subyace en él un sentimiento brutal de desestima de la persona, difícilmente redimible. Los sentimientos de pena, por ejemplo, por la pureza perdida, no se subsanan con el perdón del pecado, sino que persisten, día tras día, como algo ya irreparable.

Según Castilla (368), todo este plus normativo es reprobivo, precisamente porque no busca facilitar al niño la adaptación a la realidad, sino someterlo, dócilmente, a las reglas del juego impuestas por los mayores y de exclusivo interés para ellos, al margen del desarrollo armónico del niño.

(368) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 56-57.

Las normas represivas prestan cohesión a una estructura social. Las instituciones están hechas para la regulación de la vida de adultos. Toda etapa anterior -infancia, adolescencia, incluso primera juventud- es meramente aprendizaje, cada vez más pragmático, de la conveniencia de hacer de uno la normativa que el sistema le ofrece.

La represión es, pues, un hecho que desempeña una función en la cohesión del sistema social y que se vivencia ya -se aprende- en las primeras etapas de la vida de la persona. La biografía profunda de cualquiera aparece constituida como aprendizaje de pautas determinadas a través de la represión e, incluso, como aprendizaje de la represión en sí. Así, el aprendizaje de la represión -sexual o de cualquier otra índole- conlleva posteriormente el de la acción de reprimirse. Ocurre, en este caso, que la función se adquiere, inicialmente, ligada al contenido concreto que la suscita, pero, posteriormente, permanece ya la función aprendida, utilizable para cualquier otro contenido.

Del mismo modo que el niño aprende a succionar determinado alimento y, después, a succionar (incluso objetos no alimenticios), el niño que interioriza normas represivas aprende también, con posterioridad, la acción de reprimirse. La represión, según Castilla (369), deja de ser represión de fuera para devenir, más tarde, represión internalizada, impuesta por cada uno para sí mismo en forma de alienación y extrañamiento. „

- - - - -

(369) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 91-92.

Es en apariencia contradictorio, por ejemplo en el caso de la represión sexual, interiorizar un proceso que deriva en sufrimiento y que contraría instancias biológicas de la mayor fuerza. Porque la instancia sexual es una necesidad biológica imperiosa, sólo que de rango biológico menor que el comer, beber o dormir, según Hesnard (370), de modo que no puede ser coartada sin que el eco de su presencia latente condicione, decisivamente, el destino posterior de la persona.

La respuesta a esta aparente contradicción remite al análisis del origen de la represión, que se remonta a las relaciones materno-filiales. La aceptación, por ejemplo, de la prohibición materna del comportamiento autoerótico en el niño se interioriza en forma de autorrepresión por temor a la pérdida del cariño materno, tan valioso para el niño que la transgresión de la norma puede depararle angustia, culpa o depresión. La complejidad de las relaciones materno-filiales radica en que este auténtico, pero subconsciente, chantaje puede tener una doble dirección, es decir, ser recíproco, en función de las relaciones de dependencia de la madre para con el hijo. Mientras en la infancia se amenaza con la pérdida de la madre -el afecto gratificador- si la transgresión normativa tiene lugar, en la vida adulta ésta lleva consigo la exclusión del grupo que, independientemente de cuál

..
(370) Hesnard, A.: Sexología, Barcelona: Luis de Caralt, 1970, p. 81.

sea éste, todo adulto necesita indeclinablemente. La internalización de la norma -señala Castilla (371)- puede constituirse en norma aceptada, al margen de toda prohibición, gracias a dos circunstancias especialmente: la precocidad con que se verifica y el carácter irracional (afectivo) de la interiorización.

La precocidad con que se vivencian las primeras represiones, vinculadas a las relaciones materno-filiales, explica el calificativo de "naturales" atribuido a muchas normas represivas, debido al olvido de su adquisición. No es, de todos modos, según Castilla (372), el factor cronológico el único responsable de la amnesia o deformación de los mecanismos de represión. El olvido o elaboración posterior de lo reprimido, que es algo displacentero y viene acompañado siempre de imposiciones normativas, responde a la necesidad de atender por completo a las experiencias actuales, que exigen la totalidad de los requerimientos de la persona y que no hacen factible la excesiva gravitación del pasado sobre el sujeto, sobre todo si posee una especial significación (como pasado vergonzoso, culpable, doloroso, desapacible).

Dentro de la economía del organismo, el bloqueo de sectores históricos de la persona cumple el cometido de posibilitarle el funcionamiento en la realidad actual como si el bloqueo no existiese. Un ejemplo extremo de este hecho es

(371) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 45.

(372) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 14-18.

la sublimación (373), en donde la persona opera con impulsos reprimidos, sin saberlo, en sectores totalmente ajenos a aquellos en que la represión se ha verificado.

Son pautas características de la represión sexual la precocidad con que se verifica, independientemente de que la norma pueda ser transgredida en la intimidad, y su extensión a toda relación sexual. La represión sexual se extiende -mediante la acentuación de las diferencias entre ambos sexos- a toda conducta intersexual, por aparentemente extraerótica que ésta se manifieste. Así, según Castilla (374), la represión adolece de los mayores rasgos de irracionalidad. Si se tratase de evitar perjuicios derivados de la satisfacción erótica, la represión se ejercería, racionalmente, sobre determinadas pautas -concretamente genitales-, que podrían estar implicadas en la aparición de hijos a destiempo, fuera del matrimonio, etc. La mejor forma de asegurar la represión es ejercerla sobre toda relación intersexual, de forma que este plus represivo garantice el cumplimiento de un mínimo de normas en el futuro.

La asunción de la represión sexual como instancia rectora puede ser burlada, pero los efectos perjudiciales de la

(373) Freud, S.: La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna, 1908, en Obras Completas, cit., t. 1º, pp. 942-943.

(374) Castilla, C.: "Erotización y sociedad de consumo", en Míguez, A. et alii: España: ¿una sociedad de consumo?, Madrid: Guadiana, 1969, pp. 128-129.

misma derivan de la asunción de la represión en sí, independiente de las eventuales transgresiones que se pueden realizar. Así, por ejemplo, el hábito masturbatorio puede considerarse, dentro de ciertos límites, como fisiológico y, en calidad de tal, inocuo. Lo que hace de la masturbación una conducta patógena es el sentimiento de culpa que la acompaña, la sobrecarga hipocondríaca y los sentimientos de auto-depreciación, en forma de inseguridad, impotencia frente a sí mismo... A este respecto, según Castilla (375), la masturbación recíproca a que se entregan muchos adolescentes representa, al margen de otras motivaciones, el intento de soslayar una culpabilidad, que, en soledad, sería ineluctable. Si el sentimiento de culpabilidad no existe, la masturbación, en la medida en que se recurre a ella como esporádica forma de satisfacción, es inofensiva.

La instancia sexual es una necesidad biológica imperiosa, pero de rango biológico menor que el comer, beber o dormir. Mientras estas últimas conllevan, si son reprimidas, la muerte de la persona y, por lo tanto, la desaparición de la especie a nivel colectivo, la necesidad erótica puede ser reprimida, incluso a perpetuidad, sin que el sujeto perezca. Que la represión de la necesidad sexual no conlleve la muerte de la persona, no significa, sin embargo, que sea inofensiva.

La represión de una determinada instancia que suscita placer a través de determinado órgano, trae consigo, en el

- - - - -
(375) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., pp. 50-52.

acto, la extensionabilidad de la misma. Cuando, por ejemplo, alguien tiene ganas de rascarse la cabeza y, por estar entre otras personas, que, implícitamente, le impiden hacerlo, reprime esa acción, ese órgano alcanza una repentina primacía sobre los demás, de forma que esta necesidad insatisfecha se erige en primer plano y el Yo proyecta, por la extensibilidad suscitada, un gran número de sus instancias para la represión. De esta forma, el Yo está distraído de su función primaria, que es estar en la realidad como un todo (para percibir, sentir, responder, etc.). La instancia reprimida extiende ilusoriamente la posibilidad de satisfacción a cualquier objeto y desde cualquier órgano (y su función), que adquiere, de esta forma, una dependencia de la necesidad reprimida.

Cuando la instancia placentera reprimida pertenece al ámbito erótico, la represión de la necesidad sexual implica, según Castilla (376), "la erogeneización de los objetos y la erotización del Yo". Los objetos tienen para el sujeto la significación de un objeto erótico -de hecho, son símbolos eróticos-, y el sujeto se relaciona restrictivamente con los objetos de una forma primariamente erótica y sólo secundariamente extraerótica, como se pone de relieve, por ejemplo, en el incremento, a veces extraordinario, de respuestas sexuales en los tests proyectivos.

--- - - - -
(376) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 41-42.

La erotización de lo no erótico surge, precisamente, debido a la represión impuesta a lo primariamente erótico. Lo reprimido se fija y se extiende por fuera del ámbito mismo de lo reprimido, de modo que la erotización, como señala Castilla (377), deriva directamente de la represión. De hecho, es fácil correlacionar determinados comportamientos inhibidos en la esfera extraerótica (introversiones de carácter, solterías...) con formas de ocultación y, al mismo tiempo, consecuencias de una inhibición primariamente erótica (378). La extensión de lo erótico al mundo extrínseco sexo significa, en el fondo, una extensiva fetichización, hasta el punto de configurar, en palabras de Castilla (379), un auténtico "homo erotichus". La represión generalizada de lo erótico conlleva, en definitiva, el rechazo de uno mismo como portador de la atracción que repudia.

El contraste entre la conducta de la pareja antes e inmediatamente después de la consumación del matrimonio, es un ejemplo a este respecto. Dada la represión sexual existente, el componente erótico absorbe, por su insatisfacción, a la pareja, de forma que anula otras necesidades también importantes, pero en ese momento menos imperiosas: la comunicación, la compenetración de caracteres, etc. Aun cuando subsistan

(377) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 136, nota 130.

(378) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 140, nota 56.

(379) Castilla, C.: Introducción al mesoquismo, cit., pp. 85-87.

relaciones sexuales prematrimoniales, no tienen carácter legal, de forma que la represión social mantiene un incentivo que, de otra forma, no tendría razón de ser. La desrepresión que la institucionalización matrimonial permite, deja ver entonces otras facetas de la persona que han estado ocultas (también, que han sido ocultadas) para el otro miembro de la pareja.

Este planteamiento explica el cambio de comportamiento de los componentes de la pareja antes e inmediatamente después del matrimonio y el hecho de que muchas separaciones matrimoniales se efectúen, según Ferrándiz y Verdú (380), a los dos años de convivencia, sin que pueda atribuirse este contraste, simplemente, a conflictos de carácter sexual surgidos en la pareja (381). Sólo la mayor experiencia sexual de uno y otra (ahora más extendida) simplifica el acercamiento y los avances en la comunicación. Sin esa experiencia, la aproximación se llena de mensajes cifrados que dificultan, retrasan o quiebran la relación.

A este respecto también, la falta de coeducación tiene mucho que ver con la tensa atmósfera social y psicológica de mujeres frías, reprimidos, acomplejados y obsesos sexuales, gente, en definitiva, polarizada especiosamente por el sexo

- - - - -

(380) Ferrándiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio en la burguesía española, Madrid: Edicusa, 1974, p. 158, nota 17.

(381) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 82 y ss.

y distraída, por la extensionalidad de este componente, de la atención a otras tareas también importantes. A modo de ejemplo, nada menos que una cuarta parte de los jóvenes españoles afirmó, en una encuesta del Instituto Nacional de la Juventud, que no había llegado a manifestar su amor a causa de la timidez.(382).

La extensionabilidad de la represión conlleva la erogación de los objetos. Por medio de la represión, se aprende a evitar lo reprimido, pero también a eludir, en última instancia, toda situación que roce, por su contenido, la situación originariamente reprimida. Así, las referencias eufemísticas a la menstruación ("estar mala", "su cosa" y expresiones afines) o el educar como si la sexualidad no existiera ni desempeñara papel alguno, son ejemplos a este respecto. Que un defecto anatómico sexual contamina a la totalidad de la conducta, puede observarse en el "complejo" de los fimóticos, de los que poseen (o creen poseer) genitales poco desarrollados, que proyectan su problemática, en una represión analógica, a formas alejadas del estricto ámbito de la sexualidad. El amplísimo vocabulario popular existente a propósito de la correlación entre el tamaño de los genitales y la presunta virilidad de quienes los poseen es, según Castilla (383), una muestra más de la extensionabilidad erótica.

- - - - -

(382) I.N.J.: Juventud y desarrollo, Tenerife: Inédito, 1974, p. 55.

(383) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 115, nota 29.

El chiste, por ejemplo, expresa, mediante la gracia, lo que, según Castilla (384), en serio no podría decirse, por lo que el chiste político o sexual sólo tienen vigencia allí donde ambas cuestiones tienen un carácter prohibitivo o, cuando menos, problemático.

La inespontaneidad en la comunicación amorosa es el corolario de esta situación. Todo enamoramiento conlleva un decrecimiento de la capacidad crítica, especialmente con referencia a la persona amada, y la adopción, como han señalado Freud (385) y Ortega (386), de un lenguaje pueril, de gestos y actitudes infantiles, etc. Pero en la medida en que hay una erogeneización de los objetos y una erotización del Yo, esta situación se acentúa y se imposibilita, en gran parte, el logro de relaciones objetivas.

La represión sexual, característica de nuestra cultura, pone, paradójicamente, el sexo en primer plano. De hecho, el lenguaje, los gestos, la conducta en general, son distintos si la relación personal que una persona establece se verifica sobre personas del mismo o diferente sexo. Mientras la represión no actúa, no hay razón alguna para que el sexo se tome como nota diferencial en el comportamiento de niños de

- - - - -

(384) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 82.

(385) Freud, S.: "Enamoramiento e hipnosis", en Psicología de las masas, 1921, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 1.148-1.151.

(386) Ortega, J.: Amor en Stendhal, 1926, en Obras Completas, cit., tomo 5º, pp. 563-596.

sexo opuesto. La represión no tiene por qué comenzar de forma explícita, de forma que unas normas de conducta diferenciales fuerzan al receptor de las mismas a establecer una correlación con el sexo. La "propiedad" de la conducta según el sexo no se limita, por ejemplo, a los signos más notorios, como el vestido, sino que afecta a lo en apariencia meramente fisiológico, como la marcha o el tono de voz, y mucho más al contenido del lenguaje.

El mecanismo de la sublimación, que es un proceso inconsciente por el cual la tensión asociada a las necesidades reprimidas es desviada hacia nuevas actividades que, en apariencia, nada tienen que ver con aquellas necesidades, como la actividad artística y la investigación intelectual, por ejemplo, surge por una conciencia del Yo, más o menos oscura, de su impotencia frente a la posibilidad de una relación erótica satisfactoria. A este respecto, Castilla (387) puntualiza:

"En algún caso, los logros obtenidos pueden deparar gratificación suficiente como para mantenerle 'equilibrado' a pesar de la autorrepresión... No obstante, el carácter compulsivo de los mismos es sobresaliente: un objetivo de este género es vivido ansiosamente, por cuanto es la única posibilidad de gratificación del Yo. La forma como muchos filósofos, literatos y artistas e incluso científicos viven su relación con el objeto, muestra que con éste guardan un tipo de relación objetual -como equivalente del objeto erótico no

- - - - -

(387) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 46.

logrado- de gratificación narcisista; en modo alguno una relación objetiva, como la que sería dable esperar dado el rango extraerótico del objeto... En suma, la sublimación como forma vicariante de la gratificación erótica está lejos de ser una forma racional de suplencia. En primer lugar, por la falsa conciencia que la sublimación supone. En segundo lugar, por el carácter irracional de la relación con el objeto que en el fondo implica. Frente a la sublimación sustitutiva, compensadora, propuganamos la elección de otros objetos como resultado de la previa satisfacción de las instancias eróticas".

La represión sexual retrotrae a la persona a pautas eróticas pregenitales. La fijación erótica traduce la persistencia de una relación sujeto-objeto determinada, precisamente aquella que ha sido reprimida o, contrariamente, sólo aquella que se puede adoptar en función de la represión habida: fetichismo, voyeurismo, masturbación... son pautas de conducta sexuales que el sujeto se obliga a verificar como suplencia de la relación que le ha sido prohibida (en el sentido amplio del término), como señala Freud (388), independientemente de que el sujeto vivencie estas prohibiciones como autoimpuestas. Así, por ejemplo, según Kinsey (389), la

..
(388) Freud, S.: Una teoría sexual, 1905, en Obras Completas, cit., tomo 1º, pp. 771-817.

(389) Cit. en Cela, C.J.: Enciclopedia del erotismo, Madrid: Sedmay, 1976, tomo 3º, artículo "masturbación", pp. 836-838.

población adulta y casada de americanos varones practica la masturbación hasta edades relativamente avanzadas.

La represión sexual tiene una función en la cohesión del sistema social. La asunción de la represión conlleva la sumisión y docilidad del sujeto al sistema, de modo que trasciende del estricto ámbito de la sexualidad. La necesidad erótica, por su rango biológico específico, puede ser reprimida a perpetuidad sin traer consigo la muerte del sujeto, al margen de otras consecuencias perniciosas que se le pueden presentar en el ámbito extraerótico. Quien asume la represión como necesaria y se inhibe de dar satisfacción a una necesidad biológica fundamental, ha sido dominado, definitivamente, por el sistema social.

El aspecto teleológico de la represión es el logro de la sumisión total al sistema que la impone, el mantenimiento del statu quo autoritario global. El mecanismo de que se vale el sistema para reprimir, es decir, para el logro de la docilidad, es, según Castilla (390), la posibilidad institucionalizada de la transgresión. Dado que la sexualidad es una necesidad imperiosa, de alguna manera (391) tiene que ser satisfecha, siquiera esporádicamente. Así, aun con el carácter prohibitivo que tiene y los prejuicios fisiológicos y psicológicos a ella asociados, la masturbación es tolerada

- - - - -

(390) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 52 y ss.

(391) Cfr. Berge, A.: La sexualidad hoy, Madrid: Guadarrama, 1971, pp. 16-25.

implícitamente -y, de hecho, practicada por la mayoría de la población durante varios años (392)-, toda vez que así la satisfacción se evita por la vía de una relación intersexual propiamente dicha.

La institucionalización de la prostitución responde, también, a esta finalidad. Si en determinadas etapas de la vida la forma institucionalizada deseable (el matrimonio) no es alcanzable o no es satisfactoria, la prostitución representa una transgresión normalizada. La adopción de cualquiera de estas transgresiones, implícitamente aceptadas, la hace al sujeto más vulnerable frente al sistema y le exige una sumisión total al mismo. Si el sujeto tolera la violación de una determinada norma a nivel sexual, es a costa de exigirle al sujeto el mantenimiento del conjunto de las normas en su actividad social restante.

La represión de una instancia necesaria para el armónico desarrollo de la persona, facilitadora de la máxima comunicación interpersonal cuando supone la culminación de una relación afectiva, es irracional, pero es útil -por eso se mantiene- al logro de la obediencia suprema a la norma establecida. El celibato sacerdotal es un ejemplo a este respecto. El mantenimiento del mismo, racionalizado en función de su carácter sublime y purificador, responde a la conservación de la autoridad. Suprimida la docilidad y el aprendizaje de la misma en algo tan relevante como la sexualidad, la autoridad religiosa como tal podría ponerse en cuestión. No puede,

..
- - - - -
(392) Monedero, C.: Psicología evolutiva, cit., p. 213.

de todos modos, ser igual un celibato asumido plenamente que otro vivido como impuesto, al margen del olvido que el carácter precoz de la imposición haya podido provocar. In_ dependientemente de los conflictos neuróticos y de las estruc_ turas patológicas de carácter que pueda producir, el celibato constituye, por sí mismo, un síntoma, que puede encubrir un conflicto aún más grave, por ejemplo, una impotencia o una homosexualidad no asumida (393).

Como señala Castilla (394), la irracionalidad de la re_ presión sexual se "justifica", por la moral cristiano-burgue_ sa, en forma de "moralidad", "pecado", el elevado fin mera_ mente reproductivo de la relación intersexual, todo tipo de tabúes acerca de la virginidad y la pureza y alusiones al "derecho natural", que es el conjunto de las normas impues_ tas por la clase dominante. La clase dominante recurre a la religión para, en definitiva, justificar el autoritarismo, que tiende, sobre todo, al inmovilismo y a la perpetuación del statu quo conseguido. La represión sexual constituye uno de los componentes ideológicos de rango mayor en algunos gru_ pos sociales de carácter autoritario. Además de las normas directamente represivas, el sistema social cuenta con insti_ tuciones que salvaguardan el complejo normativo.

- - - - -
(393) Cfr. Ferrándiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio..., cit., pp. 94-98.

(394) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 57-59.

Así, "el matrimonio es, en este sentido, el paradigma de estas instituciones aparentemente no-represivas, puesto que se estructura sobre la base de la 'fidelidad' de la pareja. La institución del matrimonio es, en síntesis, contractual: no represión, pero sólo con el 'partenaire'. Pero es evidente que ello supone la represión por fuera del 'partenaire', o sea, represión al fin" (395).

Cabe preguntarse por qué el sujeto acepta la represión, con el cortejo de limitaciones que lleva consigo, y por qué la transgresión de la norma se vive de una forma culpable. Toda norma es, de alguna manera, un tipo de represión, pero sólo a través de la aceptación de las normas el individuo es integrado en el grupo social caracterizado por tales normas. Las normas represivas son las que prestan cohesión a una estructura social. Aceptar las normas significa ser del sistema, lo que supone un tipo de transacción: se acepta un conjunto de normas que reprime, pero a cambio de la adquisición de las ventajas que supone la pertenencia al grupo. El trasvase de un sujeto de un grupo a otro le exige la adopción de las normas del nuevo grupo, consideradas éstas, ahora, como "buenas", "mejores", etc., al margen de la inaceptación de fondo que, eventualmente, puede verificarse en el sujeto.

La precocidad con que se adquieren y la vía afectiva de que se valen las normas, las hace difícilmente superables. Una norma, en efecto, no es en muchos casos, un problema

racional, de modo que la superación de la misma requiere algo más que una elaboración verbal e intelectual. Es preciso, además, que no "afecta", es decir, que no modifique básicamente (en forma, por ejemplo, de sentimiento de culpa, desasosiego, malestar generalizado...) el sector emocional del sujeto. De hecho, sólo un Yo suficientemente fuerte puede estar capacitado para la verificación de determinadas conductas que, equivocadamente, se consideran inofensivas de antemano.

Así, por ejemplo, los grupos liberados (hippies, beatnicks...), según Castilla (396), aún mantienen dinanismos psicológicos tales como el de los celos, que responden a una pauta cultural -la relación amorosa posesiva- tempranamente adquirida y que muestran la incapacidad (no meramente intelectual, sino también emocional) para soportar la desobediencia a la norma instituida en el ámbito social, por fuera del sujeto.

No resulta factible un sistema no sujeto a normas, es decir, un sistema no represivo. Incluso la no sujeción a normas, como expectativa de conducta, es, a su vez, una norma. En este sentido, Lagache (397) llama la atención sobre el hecho de que una persona, concretamente una mujer, que vive bajo el tabú de la virginidad como norma de su grupo, puede incorporarse a otro grupo en que la norma sea la no-virginidad,

- - - - -
(396) Ibid., p. 109, nota 1.

(397) Lagache, D.: El psicoanálisis, cit., pp. 129-130.

pero ésta no deja de ser por ello una norma, y, por tanto, una forma de compulsión derivada de la interiorización de la norma del grupo.

La cantidad de represión es históricamente cambiante. La historicidad de la norma muestra la relatividad de todo valor y la falacia ideológica que entraña la consideración de los valores como absolutos. Una sociedad requiere, para su regulación, determinada serie de normas, pero éstas deben ser modificadas al compás de los cambios mismos de la sociedad, de forma que no constituyan un serio obstáculo a la realización de la persona. Una estructura social, independientemente de la forma política que adopte, puede calificarse de reaccionaria si implica un plus de represión y si sacrifica el desarrollo integral de la persona al mantenimiento de una normativa caduca, válida en otro momento histórico, pero provocadora, actualmente, de todo tipo de bloqueos e inhibiciones de la persona.

Precisamente es en estos casos cuando "la transgresión de la norma se hace tolerable, porque no se trata de una indocilidad individual, apenas soportable, sino de una indocilidad colectiva, de grupo, que para sí adopta sus propias normas, aunque distintas al macrogrupo restante..." (398).

Es preciso aludir a la represión diferencial inferida al hombre y a la mujer. A nivel sexual, por ejemplo, la represión ha sido mucho más intensa en el caso de la mujer,

- - - - -

(398) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 59.

probablemente por su mayor desvalimiento en nuestro contexto cultural y por el riesgo directo de embarazo de que es susceptible. La introducción de los actuales métodos de control de natalidad -señala Amendo de Miguel (399)- permite una disminución del control represivo, inadecuado a una limitada conciencia de la realidad, al margen de la rigidez normativa existente en algunos reductos dominantes de la sociedad. De hecho, según Castilla (400), la introducción de los anticonceptivos supone un paso de gran trascendencia en el proceso de identidad de la mujer con el hombre. Junto a la libre elección en la planificación familiar, desaparecen, prácticamente, las gestaciones inoportunas, que representan, muchas veces, obstáculos dramáticos en la ya iniciada realización de la mujer. Por otra parte, la supresión del temor al embarazo depara mucha mayor espontaneidad en la comunicación erótica, debido a que el número de hijos o los embarazos mal tolerados han contribuido, en la mujer casada y en la soltera, al rechazo sexual más o menos encubierto. De este modo, el progreso científico posibilita la equiparación de la mujer al hombre y hace necesaria una realidad normativa adecuada a estas nuevas circunstancias.

El más represivo que afecta a la mujer (no sólo en el ámbito sexual), y que se mantiene todavía, al margen del

(399) De Miguel, A.: "El problema sin nombre: la liberación sexual y afectiva de la mujer", en Blanco y Negro, nº 3.190, junio de 1973, pp. 36-39.

(400) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 47-48.

profundo cambio de la realidad experimentado en las últimas décadas, responde a la función de la mujer como suministradora preferente de normas estabilizadoras en el seno de la familia. Si la actuación de la madre, a base de imponer, por vía afectiva, los valores del sistema a través de la correa de transmisión que, en definitiva, constituye la familia, consiste en conservar la forma familiar y, en última instancia, el sistema social del que forma parte, los estamentos rectores de la sociedad imponen una represión específica a la mujer -un aprendizaje en la represión, más propiamente- desde las primeras etapas de su existencia.

A este respecto, Castilla (401) señala: "...La represión más eficaz es aquella que se constituye de tal forma que, como segunda naturaleza, cada cual aparece al fin como reprimido y como represor... La internalización de la represión es vivida de tal suerte, que la liberación de instancias reprimidas depara miedo y angustia irracionales... El sujeto reprimido tiende a reprimir, y no para ejercer sus puestas instancias de dominación, sino para salvaguardar así de la angustia y del miedo a aquellos que tiene bajo su cuidado". En otro texto (402) concluye: "... El reprimido se identifica con el represor, e independientemente de que se comporte como tal ante éste, se hace represor en aquellas situaciones en que le resulta factible adoptar el rol derivado

(401) Ibid., p. 70.

(402) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 195, nota 25.

de la directa identificación con su represor".

En la familia, la represión de la mujer, previamente reprimida, es una forma de dominación que está al servicio inmediato de la adscripción del nuevo miembro a las normas del grupo familiar, y posteriormente social, en que le corresponde vivir. La mujer es, por tanto, reprimida, y asimila, más o menos perfectamente, su aprendizaje en la represión, de modo que, posteriormente, desde su función excelsa de madre, asuma e insuffle a sus hijos los valores derivados del mantenimiento del statu quo.

Castilla (403) refiere un experimento en que se pone de relieve el carácter diferencial de la represión en ambos sexos. Un grupo de chicas, de una edad variable entre los 20 y 35 años, solteras, fue invitado a elegir su actor preferido y a determinar lo que "les gustaría hacer con él" y lo que "no les gustaría hacer con él", todo ello expresado en proposiciones cortas. Ninguna de las respuestas obtenidas para el primer ítem dio contenidos eróticos manifiestos, excepto dos alusiones más o menos veladas: "le agarraría para que no se fuera" y "le haría quererme".

En el segundo ítem, expresado en forma negativa (lo que "no le gustaría hacer con él"), los contenidos revelaron instancias afectivo-eróticas de un modo más explícito: "no dejarlo solo", "no herirle psíquicamente", "no le haría infeliz",

- - - - -

(403) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., pp. 193-198.

"no le llevaría al fracaso"... La forma negativa es mucho más significativa que la forma positiva, probablemente porque la forma negativa facilita la constatación del rechazo de las instancias que el sujeto considera reprobables, y, por ello, es lingüísticamente más posibilitadora y socialmente más permisible. Porque la negación de algo implica su existencia previa, que puede justificar la negación. Según Castilla (404), se niega lo que, de alguna manera, existe, bien porque es un hecho, bien porque se dice (se da como un hecho), aunque no sea verdad. En este contexto, el rechazo de una instancia implica la existencia de esa instancia, que luego se rechaza. Como es obvio, no se puede rechazar sino lo que, de alguna manera, ha sido ofrecido, es decir, existe.

Este mismo experimento fue realizado con sujetos del sexo masculino de las mismas características. Los resultados, en este caso, fueron distintos, en función del diferente aprendizaje que, por su condición social de hombres, habían verificado. La respuesta inicial, en una gran mayoría, acerca de lo que le gustaría hacer con su actriz predilecta fue la de "acostarme con ella". Este resultado denota una mayor desrepresión erótica de carácter verbal, pero no una carencia de represión. Si la elección de la actriz predilecta está en función, preferentemente, del rango erótico de la misma, la represión sexual está en primer plano, sólo que supe_rada a nivel verbal. La erotización, consecuencia de la

..
- - - - -
(404) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 188.

represión sexual, dificulta la objetivación de las cualidades de la actriz al margen de su rango erótico, incluso en sujetos que adoptan una actitud crítica y reflexiva ante el hecho cinematográfico.

La jerarquía de necesidades no es constante de ser humano a ser humano, ni siquiera de época a época. Según Castilla (405), cada época se plantea como necesidades sólo aquello que puede satisfacer, de forma que los problemas resolubles en cada momento histórico pugnan por satisfacerse. En todo ser humano existe una dialéctica de las necesidades, en función del carácter de urgencia que, en un momento concreto, poseen unas y otras.

El hambre, la sed, el sueño, el apetito sexual, componen el estrato de las necesidades fundamentales del ser humano. De hecho, el deseo -subraya Castilla (406)-, en forma de "impulso a ", traduce la aspiración a lo que la persona necesita, considerada esta necesidad como un "estado" del sujeto. Cuando la persona satisface las necesidades fundamentales, busca, posteriormente, la satisfacción de otras necesidades, más cualificadas y específicas. La menor imperiosidad de una necesidad permite, en proporción inversa, mayores posibilidades de decisión personal. No se trata, por tanto, de sublimar las necesidades fundamentales, sino de superarlas y de proyectarse, posteriormente, hacia otras necesidades (por

(405) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 39-40.

(406) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 218.

ejemplo, crear, al margen del tipo de creatividad a que se recurra). En las sociedades desarrolladas, el número de personas que puede crear es mayor, debido a la satisfacción de las necesidades elementales, que, precisamente por estar satisfechas, no tienen por qué ser sublimadas. Uno no siente la necesidad de poetizar porque tiene hambre, sino que poetiza porque no tiene hambre o, por lo menos, no la suficiente como para anular la necesidad de satisfacción de esa otra instancia que ha surgido en el sujeto. Nadie hace, normalmente, poesía en una situación de miseria, de modo que el número de poetas en las sociedades subdesarrolladas es escaso y no pertenece, habitualmente, a las clases desfavorecidas de la población.

La lógica de la relación necesidad-satisfacción requiere una conciencia lúcida de la realidad. Si una necesidad no es sentida de forma precisa y se carece de conciencia de ella, se presenta como una instancia difusa, que tiende, asimismo, a una vaga satisfacción y que, según Castilla (407), puede dar lugar a diversos tipos de racionalizaciones: la resignación ascética, la esperanza en una satisfacción ultraterrena, etc. La nítida conciencia de la realidad, dirigida a determinar la concreción de la necesidad y su posibilidad de satisfacción, sustituye a utópicos impulsos morales orientados al logro de la satisfacción que se precisa.

..
- - - - -
(407) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 40.

Hay ocasiones en que se puede producir un vuelco en la jerarquía de necesidades. La disminución, e incluso desaparición, de las necesidades habituales -hambre, sueño, apetito sexual...- es la expresión, en el comportamiento de la persona, del mayor valor de otra necesidad, al margen del rango que ésta ocupe en la economía del organismo. Las preocupaciones del hombre socializado pueden, de hecho, subvertir el orden orgánicamente establecido para tales necesidades. Cuando, según Castilla (408), se está absorbido por unos propósitos -la ambición política, por ejemplo-, las necesidades restantes, que desempeñan un papel para los demás, dejan de significar para uno, como resultado de una transacción inconsciente, que puede dar, externamente, una apariencia de sobrehumanidad, en forma, por ejemplo, de resistencia al hambre o al frío, de sobrecontrol de sus necesidades fisiológicas, de capacidad infatigable de trabajo...

- - - - -

(408) Castilla, C.: "Psicopatología de un dictador", en El Viejo Iopo, extra nº 1, enero de 1978, p. 21.

..

-218-

Capítulo 2º: El proyecto existencial

Cuando surge la concepción plena del proyecto es a partir del siglo XVIII, con la concepción burguesa y atea (explícita o implícitamente) de la sociedad. Hasta entonces -y aun después, en determinados sectores sociales y culturales-, el quehacer de una persona estaba vinculado al destino o al sino, como si su futuro -señala Castilla (409)- hubiese sido trazado de antemano, bien por un solo Dios, bien por un conjunto de dioses.

Esta concepción fatalista conlleva la admisión del carácter inexorable del destino frente a la impotencia del hombre como ser individual. La diferencia entre el sino y el destino radica en que, en el primero, hay una connotación que afecta más a una presunta determinación del destino por el propio ser natural de una persona, según pone de relieve Castilla (410).

"Cada uno tiene su sino" viene a significar, independientemente de que el interesado lo ignore y trate de penetrar en él a través de indicios y de signos externos de su presente y pasado, que el hombre está sujeto a las mismas leyes (arbitrarias, dictaminadas por alguien o algo) que las cosas propiamente dichas del mundo. Es la alienación de la persona en y frente a la naturaleza, esta última como extraña a uno y, al propio tiempo, como determinante de la vida de cada cual.

(409) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., pp. 100-101.

(410) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 56.

Con posterioridad, la extrañación frente a la naturaleza debió ser sustituida por la extrañación frente a los dioses -en la concepción politeísta- o frente a Dios -en la monoteísta. Este cambio de mentalidad representa, de alguna forma, un progreso: frente a la omnipotencia de la naturaleza el hombre se vive como cosa, mientras que ante la omnipotencia de Dios se vive como criatura. Así, por ejemplo, en nuestro contexto, según Castilla (411), el sentimiento de cosificación (frente a la naturaleza) se puede ver en los gitanos, mientras que el de criaturiedad (frente a Dios) se observa en subculturas más bien rurales.

El concepto de criaturiedad es ya un progreso, porque representa un tipo de transacción entre el hombre y Dios. Hay ya "una providencia", responsable de la línea general del destino de cada uno, pero el manejo del mismo está ya en función, al menos hasta cierto punto, de uno mismo. De hecho, el libre albedrío existente en la concepción religiosa es incomprendible en su lógica interna: no se puede compaginar el saber y mandar de Dios sobre cada uno con la libertad y la posibilidad de opción personal.

El paso siguiente, que surge en el marco de una concepción atea de la sociedad, es el planteamiento del proyecto, que significa la intromisión de notas personales en el contenido de las opciones humanas, capaces de modificar la realidad situacional del sujeto y que representan, de alguna

- - - - -

(411) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., p. 102.

forma, la conciencia de libertad y de responsabilidad. En este contexto, el destino de uno es ya su proyecto, al margen de los condicionamientos situacionales que operan sobre él y a que, más adelante, se hará referencia.

El proyecto es algo específicamente humano. Por muy complejos que sean los niveles de la vida animal, y aunque en las especies más evolucionadas aparece una conciencia esbozada (412); se trata, en realidad, de una yuxtaposición de haceres "atómicos", que no obedecen a una función decididora previa y que responden, como señala Ortega (413), a una relación con la realidad determinada por la conexión estímulo-excitación. No existe en el mundo animal la función decididora, el pensar reflexivo, del hombre, capaz de edificar, con su quhacer, un proyecto asumido previamente y que puede modificar su propia situación.

Una consideración personalista del proyecto, al margen de sus propias limitaciones, conlleva, en el fondo, la preta por el sentido de la existencia humana. La cuestión afecta de lleno a la antropología filosófica, pero, planteada o no y contestada en el sentido que sea, afecta también a todo quehacer del hombre. La pregunta sobre el sentido de la existencia humana está, si así se enuncia, mal planteada. La

(412) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 31-32.

(413) Ortega, J.: Ensimismamiento y alteración, en Obras Completas, cit., tomo 5º, pp. 295-315.

existencia humana, según Castilla (414), es un hecho verificable, sobre cuyo sentido o no sentido no cabe respuesta, porque no es susceptible de una formulación correcta.

Así, por ejemplo, las preguntas acerca del para qué del mundo, del hombre, de a dónde el hombre va y de dónde viene, etc., son, en todo caso, preguntas necesarias en determinadas condiciones existenciales del hombre mismo, pero no preguntas que responden a necesidades lógicas. Tales preguntas, en sí mismas, no tienen sentido, según ha puesto de relieve la filosofía moderna que se inicia con el atomismo lógico, el positivismo lógico, etc. Hay preguntas que pueden ser alógicas (sin sentido) y necesarias, tan sólo, en el plano de la existencia cotidiana, debido a prejuicios existentes en el hombre mismo, pero, en modo alguno, necesarias para la resolución de problemas reales. Por su calidad de ser interrogador, el hombre puede hacerse determinadas preguntas que no tienen explicación con la realidad de que hoy disponemos, lo que no justifica una interpretación extrapolada de la realidad ni la introducción de elementos fideístas inverificables.

De esta forma, "hay que desechar de una vez para siempre el falso postulado de que a toda pregunta debe corresponder una respuesta. Una de las posibilidades del hombre, inherente a la posesión de fantasía, es preguntar, no sólo anticipadamente a la posibilidad de alcanzar respuesta -por ejemplo:

- - - - -
(414) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 432-433.

¿hay habitantes en otros planetas?-, sino preguntar sobre lo que no se puede responder, es decir, preguntar falsamente -por ejemplo: ¿podrán las salamandras inventar el ciclo trón?" (415). Del hecho de que el hombre pueda preguntar no se deduce ni la necesidad de responder a todo cuanto pregunta, ni la logicidad de la pregunta misma. En este sentido, la rigurosa especulación no tiene nada que ver con la indisciplinada fantasía. Ya Marx (416) decía que cada época se plantea sólo los problemas que puede resolver.

El hombre existe como existe cualquier otro animal o cosa. Responder al sentido que posee cualquiera de estos componentes del mundo, requiere soslayar los datos positivos y saltar a un determinado sistema de creencias. La única pregunta que, en rigor, puede hacerse es sobre el sentido que el propio existente confiere a su vida. Reiner (417) señala a este respecto:

"Percibimos que tiene sentido calmar nuestra hambre y nuestra sed... vivimos el sentido del goce... También nos parece que tiene sentido nuestro deseo interior de hacer obras y ganar por ellas consideración y honor... Según esto, podemos establecer, en general, que nosotros experimentamos en la vivencia un sentido, y que de esta manera le sobreviene un sentido a nuestra existencia, por causa de ciertos fines

- - - - -

(415) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 23.

(416) Cit. en Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 100.

(417) Reiner, R.: Vieja y nueva ética, Madrid: Revista de Occidente, 1964, pp. 323-324.

cuya realización nos parece satisfactoria y deseable, porque corresponden a cierto deseo interior, a ciertas necesidades del hombre".

La existencia -el mero existir- es, tan sólo, un hecho físico, que no tiene sentido en sí mismo. El sentido de la existencia no viene dado apriorísticamente a cada existente por algo o alguien que esté por fuera de él mismo. Cuando una persona está ya en la vida, da ella misma sentido a su propio existir y vive para algo. El proyecto humano es, por tanto, algo muy concreto y específico, al margen de las afinidades que pueda tener con el de otras personas pertenecientes al mismo contexto socioeconómico, y está vinculado a la necesidad de realización de cada uno. Freud (418), en carta a María Bonaparte (fecha el 13/8/1937), decía a este respecto: "En cuanto un hombre comienza a formularse preguntas sobre el significado y valor de la vida, está enfermo, pues, objetivamente, ni uno ni otro existen".

La (relativa) libertad de elección del proyecto gravita sobre el sujeto en forma de responsabilidad de las decisiones, y, en contrapartida, posibilita, en los errores cometidos, todo tipo de frustraciones.

La vivencia del tiempo -del paso del tiempo- está muy relacionada con el sentido que cada sujeto confiere a su vida. De hecho, se experimenta, generalmente, en el momento en

.. - - - - -
(418) Freud, S.: Epistolario, Barcelona: Plaza Janés, 1970, tomo 2º, p. 182.

que la persona tiene ocasión de verificar, a través de una crisis, un reencuentro consigo mismo. Que la edificación del proyecto existencial se realice -o no se realice- en unas coordenadas temporales precisas, irreversibles, imprime una carga de responsabilidad personal al paso del tiempo, de modo que, como señala Castilla (419), no se puede adoptar una actitud frívola ante él ni ante el hecho mismo de vivir. En cualquier caso, y al margen de las elucubraciones existencialistas sobre la temporalidad, la conciencia del tiempo no es una función originaria de la vida psíquica, sino un "resultado" de la conciencia de la actividad de lo psíquico: la vida psíquica es un fluir constante, a ritmo variable, de acuerdo con el carácter de los contenidos que componen esa vida psíquica.

El pasado gravita constantemente sobre el sujeto y le encara con la vivencia del tiempo. La reflexión sobre el tiempo se lleva a cabo en el plano más íntimo, como "tiempo que se pasa", como expresión del carácter irreversible de "lo pasado", sobre todo como consecuencia de las acciones indebidas o de las omisiones que el sujeto ha verificado en el transcurso del mismo.

Así, "en la vivencia de culpa se modifica profundamente la experiencia del tiempo, es decir, la temporalización como función ligada al decurso de la vida psíquica... Cuando estamos apesadumbrados, es el propio 'peso' de los contenidos

(419) Castilla, C.: Discurso de Unofre, cit., p. 99.

que nos preocupan el que lentifica la conciencia del tiempo... Este tiempo vivenciado es diacrónico con el tiempo físico... La instancia en aquello que nos hizo culpable, posibilitada por nuestra preocupación, sume al sujeto en un presente de dimensión inacabable... El ser siempre los mismos los pensamientos que nos ocupan monotoniza la existencia y su decurso" (420).

La tristeza asociada al transcurso del tiempo no se configura como tal, según Castilla (421), por el mero paso físico del tiempo, que es un hecho natural inimputable a nadie, sino por la pérdida del mismo, de la que el sujeto es responsable y que, en un momento determinado, le puede hacer sentirse culpable. El concepto meramente abstracto de temporalidad se transforma, en los momentos de lucidez, en conciencia histórica concreta de los hechos ocurridos en y por el sujeto. La reflexión crítica sobre el pasado confiere al sujeto, además de una valoración de su vida ya transcurrida, la responsabilidad de la trascendencia del presente sobre su situación futura. El futuro, al margen de la ineludible importancia de las circunstancias externas a la persona, se le configura al sujeto predecible y, en gran parte, dependiente de su quehacer presente.

La muerte es un hecho con que todo sujeto se obliga a contar, y que representa el cese de todo proyecto. El acto

(420) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 64.

(421) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 399-400.

de morirse es un nombre, un significante que designa un hecho, pero no todo el mundo le confiere, indefectiblemente, la misma significación. La muerte, como la vida misma, no tiene un sentido apriorístico, sino aquel que le es otorgado por el sujeto interesado, de modo que varía, frecuentemente, de cultura a cultura, de clase social a clase social y de persona a persona (422). La evidencia de la muerte urge al sujeto a edificar su proyecto en el marco de su existencia temporal, como único escenario posible del quehacer existencial, capaz de conferir el sentido total a su existencia.

Hay todo tipo de interferencias irracionales que, según Castilla (423), han desvirtuado el problema de la muerte. Ser la muerte un hecho ineludible no configura a la persona como el heideggeriano ser-para-la-muerte, sino, por el contrario, como un ser-para-la-vida, de forma que la muerte no le sorprenda al sujeto con el proyecto aún no realizado. La angustia ante la muerte no denota más que la angustia ante la vida misma, como hecho (final) que es de ella.

El temor a la muerte retrotrae a un balance de lo hecho en la vida, especialmente cuando se encuentra uno en las fases terminales de la misma. Aun para el creyente en un "más allá", la angustia ante el morir es un desplazamiento de su temor a la vida misma, porque su destino ultraterreno depende, para

(422) Castilla, C.: Patografías, cit., pp. 73-74.

(423) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 40-42.

él, de la calidad de lo aquí hecho. La evasión de la idea de muerte puede ser perjudicial para el sujeto, en la medida en que no tome con seriedad la elaboración de su proyecto y, en definitiva, la dimensión ética de su propia vida. La elusión del pensar sobre la muerte puede adquirir diversas formas: la distracción constante e, incluso, el dormir mismo, como olvido total -la pequeña muerte que constituye el sueño-, durante horas, del hacer preciso (424). El monólogo de Hamlet (425) es elusivo a este respecto:

"¡Morir..., dormir; no más!. ¡Y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne!. ¡He aquí un término devotamente apetecible!. ¡Morir..., dormir!".

De hecho, el temor a la muerte repentina, frecuentes, por ejemplo, en las neurosis cardíacas, denota la angustia ante una interrupción brusca de la vida, probablemente porque asalta al sujeto la culpa de un proyecto mistificado o incompleto, susceptible de poder repararse o concluirse, respectivamente, si la vida prosigue aún (426).

A este respecto, "la angustia ante la 'presencia' de la muerte cumple, funcionalmente, el cometido de responsabilizar al sujeto respecto de su vida misma como quehacer. Es, muchas

- - - - -
(424) Ibid., p. 260.

(425) Shakespeare, W.: Hamlet, Madrid: Ibero-Americana de Publicaciones, sin fecha, act. III, esc. IV, pp. 104-105.

(426) Castilla, C.: La culpa, Madrid, pp. 220-221.

veces, una forma de cura la inducción de angustia ante la muerte misma, en aquellos en que la peculiar índole de su vida, y la enajenación más y más complicada en que subyacen les distancia cada vez más de la posibilidad de alcanzar a tiempo la conciencia de sí y de su hacer debido" (427).

Ante la presencia de la muerte como hecho ineludible, muchos sujetos, como ya señaló Freud (428), optan por negarla: rehúyen tratar cualquier aspecto referido al ámbito de la muerte, manifiestan una fascinación ambivalente ante la muerte (temen a los muertos, pero escuchan, como hechizados, toda noticia acerca de una muerte concreta) y creen en la inmortalidad, como sistematizada organización mental de la negación de la muerte y que ha caracterizado a la mayor parte de las religiones existentes.

Es interesante, a este respecto, la teleología de esta ambivalencia ante la muerte que es característica de nuestra cultura: por una parte, la negación de la muerte; por otra, la interiorización de la angustia ante la muerte. Según Castilla (429), la negación de la muerte responde, de alguna forma, a un modo más eficaz de actuación en la realidad que a cada uno le toca vivir: sólo los hombres que no piensan en

(427) Ibid., p. 42.

(428) Freud, S.: "Nuestra actitud ante la muerte", en Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte, 1915, en Obras Completas, cit., tomo 2º, pp. 1.102-1.108.

(429) Castilla, C.: "Experiencia y expectativa ante la muerte", en Hinton, J.: Experiencias sobre el morir, Barcelona: Ariel, 1974, pp. 5-14.

la muerte pueden ser prácticos, dado que elaboran su proyec_ to, aquí y ahora, como si la muerte no existiese. Es, en cier_ to modo, sorprendente que el realismo de tales proyectos se verifica al propio tiempo que se soslaya, reiteradamente, el dato del morir del sujeto del proyecto. Se niega, en defini_ tiva, la realidad de la muerte para estar y hacer "más" en la realidad.

Por el contrario, "el temor a la muerte, la creación e introyección de las angustiosas expectativas ante la muerte, sirven para la constitución del Superyó, o sea, para la acep_ tación de las normas constitutivas del sistema. Porque el te_ mor a la muerte no es ofrecido como algo gratuito, sino como castigo, como consecuencia de la culpa inherente a la trans_ gresión incluso aún no actualizada. El temor a la muerte va íntimamente conexo con el temor a los muertos, con las apa_ riciones de espíritus de difuntos ante los cuales nos pode_ mos sentir culpables, etc." (430). Se cuenta con la muerte, en definitiva, para hacer lo que hay que hacer en esta rea_ lidad de aquí y ahora.

A raíz de lo señalado anteriormente, la edificación del proyecto debe ocupar un lugar de excepcional importancia en el quehacer de la persona, vinculado a sus libres opciones, pero el proyecto está también en función de las mediaciones sociales que rodean al sujeto y que están predeterminadas, al menos en parte, por sus relaciones de producción. La

- - - - -

(430) Ibid., p. 12.

sociedad capitalista, cimentada ideológicamente en la concepción burguesa del hombre, responsabiliza a cada ser humano de lo que hace y llega a ser en el mundo que le ha tocado vivir. En este contexto, cada persona sería exclusivamente responsable de sus éxitos e, igualmente, de sus fracasos y frustraciones. Castilla (431) señala al respecto:

"Esta concepción voluntarista del hombre está, por una parte, ligada a una idea mística -el hombre, imagen y semejanza de Dios- y a una imagen antropocéntrica, ambas impregnadas de religiosidad. Ambas se conectan con la psicología de las facultades aristotélico-tomista, en la que la voluntad es una potencia del hombre, algo así como la función específica de un órgano, también específico, del alma humana. La voluntad como fuerza motriz humana deriva de una preexistente idea de Dios como suprema voluntad regidora del mundo".

Esta ética individualista, que imagina a los seres humanos en libertad y en igualdad de oportunidades para ser lo que quieren ser, y responsables, por tanto de sus elecciones, está directamente vinculada a una antropología calvinista, que tiene mucho que ver, como ha puesto de relieve Weber (432), en el nacimiento del capitalismo. Así, el triunfo, sobre todo el económico, sería una señal de mérito propio y un

(431) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 63, nota 5.

(432) Weber, M.: La ética protestante y el espíritu del capitalismo, Barcelona: Península, 3ª ed., 1975, pp. 41-80.

anticipo de la gloria divina; el fracaso, en cambio, denota_
ría algún tipo de culpabilidad y de rechazo divino.

El ser humano es un ser social, cuyos actos aparecen,
por tanto, sociológicamente condicionados. Es una califica_
ción de origen calvinista atribuir, por ejemplo en una ac_
ción mala, la culpa íntegramente al sujeto. En este esque_
ma interpretativo, el delito o la agresión se configuran
como "gratuitos", como "injustificados", explicados única_
mente por la "negatividad moral" de quienes los han cometi_
do.

La acción delictiva, por el contrario, es una conducta
de la persona, a la que se llega por medio de circunstancias
que están siempre por fuera de la persona misma del delincuente.
Toda comprensión psicosociológica del delito ha de impli_
car la repartición de la culpa entre el delincuente y las
circunstancias sociales que lo han hecho posible. Pero todas
las acciones están sociológicamente condicionadas, las repro_
bables y las virtuosas. Es un contrasentido admitir algún
tipo de justificación, por vaga y poco operativa que sea a
la hora de la condena, en la acción del delincuente y, en
cambio, gratificar sin limitaciones a la conducta virtuosa,
como si el autor fuese totalmente responsable de la misma.

En otras palabras, "no siempre el bueno lo es a pesar
de él, sino la mayor parte de las veces porque pudo e incluso
le fue fácil serlo" (433). Sería preciso, en muchas ocasiones,

- - - - -

(433) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 188.

repartir los méritos de la acción virtuosa entre el sujeto y las circunstancias sociales que la han posibilitado.

La situación del ser humano -situación delictiva, virtuosa o de cualquier otro tipo- está condicionada, que no determinada, por su concreta ubicación, no sólo geográfica e histórica, sino también social. A su vez, el medio social, como señala Marx (434), se determina por la estructura del mismo, es decir, por las relaciones de producción que se dan entre las personas que componen ese medio. En cualquier caso, cada persona tiene sus particularidades, que no se anulan por el condicionamiento básico que es la estructura socioeconómica, de modo que las posibilidades de desarrollo de cada persona son muy diversas. Independientemente del carácter frustrante de la sociedad en un contexto concreto, la tarea a desarrollar por unos y por otros es distinta y elegible dentro de un espectro más o menos reducido de opciones. Este hecho conlleva un grado de responsabilidad en función de la actuación personal, traducible, incluso, en culpa si se trata de acciones omitidas o realizadas indebidamente. Porque no hay ningún tipo de situación, ni aun la más embrutecedora, que no deje algún margen a la actuación transformadora, elegida por la persona que en ella vive.

No puede mitificarse la elaboración del proyecto como vocación individual, a espaldas de los condicionamientos

- - - - -

(434) Marx, K.: Manuscritos Económicos-filosóficos, Madrid: Alianza, 1968, passim.

socioeconómicos que conforman la realidad de la persona. Se ha entendido, tradicionalmente, por vocación "la determinación a ser algo, por encima o a pesar de cualquier otra condición que no sea ella misma. Pero esta definición, típicamente liberal, arrastrada del 'laissez faire', y que tiene tanto de mística como de fatalista, es absolutamente errónea... Porque para sentirse vocado a algo es preciso, de antemano, tener conciencia suficiente o insuficientemente fundada de lo que es ese algo que se desea ser. De lo contrario, habría que pensar que la vocación es algo radicado en la esencia de la persona, a modo de una cualidad congénita que, por así decirlo, guiase biológicamente e instintivamente acertase al sujeto a dar para sí, en el futuro, una determinada tarea existencial... La vocación es una ultraestructura -ulterior estructura- que uno elige para su persona, una vez que ya está y comienza a actuar en el mundo que le ha sido dado vivir" (435).

De hecho, hay que proceder a la desidealización del concepto de vocación como algo ofrecido por igual a todos los hombres. Cada persona elige dentro de un limitado haz de posibilidades, dependientes de factores, en buena parte, de carácter económico-social. Hay una coacción -reflejada, por ejemplo, en la expresión de "vocaciones que se pierden"- que se impone externamente a la persona, antes incluso de que

..
- - - - -
(435) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 138-139.

nazca, y que le limite, por ignorancia o por cualquier otra forma de imposibilidad, a la elección entre unas cuantas cosas muy concretas. La elección limitada está condicionada, por tanto, por factores de tipo sociológico más que propiamente individuales, al margen de que los triunfadores no los consideren, en un falso intento de justificación moral y de exaltación de sí mismos a través del mérito del propio esfuerzo. Son muy pocas las personas que pueden llegar a ser aquello que realmente desean y constituyen mayoría las que experimentan una frustración a este respecto, de la que es responsable la sociedad así constituida. Esta elección condicionada, que surge, por tanto, con un cierto lastre de no-libertad, determina la inautenticidad vocacional de una gran mayoría de personas, que se traduce en una falta de entusiasmo por la tarea específica y en un interés sólo por los beneficios materiales del trabajo.

La inautenticidad vocacional, según Castilla (436), afecta también a las clases dominantes de la sociedad. Para las clases burguesas, resulta factible realizar el proyecto (la función social de ser abogado, médico, ingeniero...) que consideran oportuno y que estiman poder llevarlo a cabo. La frustración que a muchos de ellos afecta deriva del tipo de función -no de la función misma, elegida por ellos- que se ven obligados a desempeñar. Porque no sólo se pensó ser maestro, médico o arquitecto, sino que se pensó serlo de un modo

(436) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 71.

peculiar, inverificable en la situación actual de la sociedad. Las condiciones de la realidad hacen del proyecto elaborado algo irrealizable y determinan, en muchos casos, un ejercicio de la profesión, por razones ajenas al sujeto, poco gratificante, cuando no claramente prostituido. El sujeto llega, en este caso, a desempeñar la profesión que deseaba, pero no del modo que pensaba y que respondía a las pautas ideales de tipo educativo al uso.

A modo de ejemplo de lo expuesto hasta ahora, los condicionamientos sociológicos de la profesión religiosa -calificada tradicionalmente como ejemplo de vocación- son esclarecedores. En el caso español, según el estudio publicado por el Instituto de Sociología y Pastoral aplicadas (437), el 45% de los efectivos de los seminarios procede de familias agrícolas. Fuera de la agricultura y de la profesión religiosa, eran nulas o casi nulas otras rutas a los niños y jóvenes con mejor inquietud, de forma que algunas capas de la población trabajadora española (campesino medio, pequeño comerciante, sectores de población rural asalariada, etc.) han utilizado el seminario como vía de acceso a una cultura y a un status social que, de otro modo, les estarían vedados.

En otro lugar del libro (438) se señala que "las zonas de alta montaña y rurales ejercen una influencia beneficiosa

.. (437) Duocastella, R.: Análisis sociológico del catolicismo español, Barcelona: Nova Terra, 1967, pp. 137-140.

(438) Ibid., pp. 35-36.

en materia de vocaciones, mientras que las zonas industria_les y litorales son menos favorables... Incluso familias pro_cedentes de medios geográficos rurales, muy practicantes, se muestran menos generosas frente a la vocación de sus hijos cuando han emigrado a la ciudad, al darse cuenta de que se les ofrecen a sus hijos mejores opciones profesionales que las eclesiásticas... En consecuencia, deberá ser el mundo ru_rel el que cubra los déficits vocacionales que se produzcan todavía y durante algunos años".

Más clara aparece aún esta situación en la situación de las vocaciones femeninas: "Parece indiscutible el carácter excepcionalmente urbano de los institutos religiosos en cuan_to a su ubicación, y el carácter rural en cuanto a su reclu_tamiento. Es muy posible que en ello influya el carácter de 'promoción humana y social' que lleva aparejada la profesión religiosa para muchas jóvenes campesinas, que fuera de ésta no tienen apenas ninguna otra opción profesional" (439). El cardenal Bueno Monreal señalaba también, a este respecto, que "a mayor cultura (en el medio rural), menos vocaciones sa_cerdotales" (440).

En este mismo sentido, López Ceal (441) ha realizado un

(439) Ibid., pp. 38-39.

(440) Cit. en Informaciones, 14 de marzo de 1968.

(441) López Ceal, R.: "Condición de clase y orientación profe_sional", en Cuadernos de Pedagogía, 3, marzo de 1975, pp. 43-47.

estudio en Barcelona sobre la correlación entre la elección de profesión, verificada entre los 13 y 14 años, y la clase social a que pertenece el sujeto.

	<u>Nº de sujetos</u>	<u>Edad</u>	<u>Clase social</u>	<u>Estudios que cursaban</u>
Muestra 1	71	13-14	Media-alta	4º Bachillerato
Muestra 2	59	13-14	Trabaj.-inmigr.	4º Bachillerato
Muestra 3	67	13-14	Trabaj.-inmigr.	Oficialía industrial

(Ha fracasado ante el
Bachill. el 73%).

En la clase trabajadora (muestra 2), sólo el 25% de los entrevistados tenía claramente decidido seguir el 5º curso de Bachillerato. Para los restantes, la necesidad de producir a partir de esta edad o de conseguir una profesión a corto plazo, se impone frente a cualquier proyecto de promoción más ambicioso, pero también más incierto. En los tres grupos se dice que se elige una profesión porque "me gusta", "me agrada", "es mi vocación". Pero si se tiene en cuenta que los sujetos de la muestra 3 dan las mismas razones para justificar su elección de profesión inferior (ajustador, electricista, etc.) que los de la muestra 1 para justificar su elección de profesión superior, se puede deducir, como también señala Anastasi (442), que a la edad de 13-14 años ya se ha interiorizado el mito de la "vocación".

En las pruebas de comprensión verbal, numérica y mecánica, que responden a los instrumentos más complejos que las

(442) Anastasi, A.: Psicología aplicada, Buenos Aires: Kapelusz, 1970, tomo 5º, pp. 62-67.

clases privilegiadas poseen para reproducir su dominio cultural, ideológico y técnico, la diferencia de medias estadísticas no sólo es significativa entre la muestra de clase media-alta y la de clase trabajadora (oficialía industrial), sino también entre aquélla y la de la clase trabajadora-Bachillerato.

En conclusión, los miembros de la clase trabajadora producen para la institución familiar, por encima de cualquier proyecto personal, mientras que los de la clase media-alta reproducen su condición de clase privilegiada, a base del éxito escolar y de unas aspiraciones profesionales elevadas, todo ello en el marco racionalizado del cumplimiento del deber. A este respecto, el principio de igualdad de oportunidades, referido, por ejemplo, a la enseñanza universitaria, es, así planteado, un principio demagógico. No es suficiente con distribuir los medios de enseñanza de acuerdo con el talento, si éste, a su vez, aparece condicionado por el medio social. La definición más estricta de igualdad de oportunidades tiene que referirse a la facilidad de acceso a las aptitudes intelectuales, lo que supone algo más que una tarea educativa y, en el fondo, la desaparición misma de las clases sociales (443).

La situación profesional de la mujer es sumamente ilustrativa al respecto de la influencia de los factores ajenos

(443) De Miguel, A. et alii: Informe sociológico sobre la situación social de España (Síntesis) en 1970, Madrid: Euramérica, 1972, p. 271.

(extrapersonales) en el ejercicio del proyecto vocacional. La discriminación educativa de la mujer, base de la posterior discriminación profesional, ha sido clara, en nuestro contexto, desde la enseñanza preescolar hasta la superior: los juegos infantiles agresivos de los niños y pasivos y resignados de las niñas, más prestas a la suavidad, el llanto pronto y una coquetería incipiente, dificultades específicas a ciertas carreras "masculinas" (ingeniería, arquitectura...), práctica inexistencia de universidades laborales femeninas, etc.

La educación diferencial del hombre y de la mujer, según Castilla (444), se ha debido al objetivo del sistema de perpetuar los papeles tradicionales del hombre y de la mujer. Ha habido disciplinas específicamente femeninas, tales como labores, hogar, cocina, corte, confección, etc. La formación política era común para chicos y chicas, pero el contenido difería según el sexo. En las horas que la niña dedicaba a hacerse una buena ama de casa, el niño tenía actividades más interesantes y apropiadas a los tiempos. Resultan muy expresivas las respuestas de los niños de las escuelas maternales: ningún niño quiere ser niña, pero un 90% de las niñas desearían ser niños.

Aunque esta situación ha cambiado y, de hecho, las disciplinas son hoy, prácticamente, uniformes, existe una discriminación basada en aspectos motivacionales. Es, por ejemplo,

..
- - - - -
(444) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 26 y ss.

significativo que, según datos referidos a España en el curso 1970-71 (445), mientras el bachillerato superior era cursado por el 57,2% de varones y un 42,8% de mujeres, lo que implica una ventaja moderada a favor de los hombres, ese mismo año la enseñanza universitaria era cursada por un 67,3% de hombres y un 32,7% de mujeres, lo que implica una tasa de pérdida considerable de mujeres en relación con el bachillerato superior.

Si es un hecho comprobado la superioridad femenina en el rendimiento escolar hasta la adolescencia, si los tests de aptitudes dan ventaja a las niñas en lógica, memoria, imaginación, habilidad verbal y rapidez de percepción, el abandono de los estudios a esta edad se debe, aparte de a razones económicas en los hogares que no pueden costear unos estudios superiores, a una negativa de la propia mujer, que, más o menos conscientemente, asocia la superioridad intelectual con la impopularidad como mujeres. De hecho, existe una especie de opción, en esta edad difícil, entre ser mujer o ser profesional. A este respecto, señala Margaret Mead (446):

"Cuanto más se destaca un hombre, más cree la gente que ha de ser un buen marido; cuanto más se destaca una mujer,

- - - - -

(445) Cfr. De Francisco, I.: "La educación de la mujer: el eterno femenino", en Ciudadano, dossier nº 2 (La mujer), 2ª edic., 1975, p. 79.

(446) Mead, M.: El hombre y la mujer, Buenos Aires: Cfa. Gral. Editora, 1961, p. 264.

más se pone en duda que pueda llegar a ser una buena esposa".

Cuanto más "femenina" es una chica, más probable es que tenga menos afición a lo universitario (quizá porque ha puesto su ideal en el matrimonio, los hijos y el hogar) y hasta que llegue a abandonar los estudios. Este carácter divergente de las expectativas femeninas confiere una situación de mayor stress a las mujeres que a los hombres en la vida universitaria, a juzgar por las consultas por enfermedades psicológicas. En un trabajo colectivo, llevado a cabo durante cinco años, y concluido en 1961 (447), entre estudiantes de dos universidades, se obtuvieron índices de trastornos psicológicos considerablemente más elevados entre las mujeres que entre los hombres. En una universidad de Escocia fueron del 9% para los hombres y del 14,6% para las mujeres, en el primer curso de la universidad, y en una universidad irlandesa fueron del 9,1% y del 13,5%, respectivamente.

Es una actitud generalizada -equivocada, pero que cumple su función- considerar a la mujer de éxito intelectual poco favorecida físicamente y fracasada en su función "específica": la búsqueda de marido. Según Castilla (448), la motivación de esta situación y de estas actitudes prejuiciosas

- - - - -

(447) Cit. en Varios: Estudiantes con stress, Madrid: Roche, 1973, p. 4.

(448) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 27.

responde a un intento del hombre de marginar a la mujer del juego competitivo a que se encuentra entregado, todo ello en el marco de una sutil labor educativa que el complejo ambiental ha ejercido sobre la niña (449).

De hecho, está por estudiar hasta qué punto la elección de ciertas profesiones "femeninas", tales como azafata y enfermera, por ejemplo, está motivada por el atractivo superficial del uniforme y de las formas externas, que responden al criterio narcisista y esteticista que se ha inculcado a la mujer precozmente (450). Que en el curso 1970-71 sólo el 2,7% de los alumnos en las Escuelas Técnicas Superiores sean mujeres, prueba, independientemente de que no exista ningún tipo de discriminación legal, el rechazo de la mujer hacia carreras "masculinas". La discriminación no sólo se puede establecer a la puerta de la universidad, sino que es mucho mayor -y mucho más injusta, dada la imposibilidad de defensa ante ella- cuando surge precozmente, a base de inculcar, ya en la niñez, y de las formas más diversas, unos prejuicios y actitudes contrarios a la formación superior, debido a que la educación está encaminada a perpetuar los papeles tradicionales de la mujer y del hombre. De este modo,

- - - - -

(449) Frente de Liberación de la Mujer: "Informe sobre la educación femenina", en El País, 27 mayo 1978, p. 23.-

(450) Cfr. Valcarce, C. y otros: "La orientación profesional de la mujer", en Varios: Orientación escolar y profesional, Madrid: Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnia, 1968, pp. 254-259.

se da la paradójica, pero real, situación de que esta sociedad puede permitirse el lujo de conceder por decreto la oportunidad a la mujer, a sabiendas de que, en la práctica, le va a ser imposible utilizarla.

La vocación responde, de acuerdo con la interiorización de las normas y de las expectativas vigentes en la familia y la clase social a que el sujeto pertenece, a "los motivos que impulsan -por impulsión se entiende una tendencia irreflexiva, irracional, sustentado sobre el sustrato afectivo del ser humano- a una determinada persona a desempeñar determinada profesión..." (451).

Cada ser humano tiene, dentro de sí, unas posibilidades inicialmente inconcretas, que tienden a precisarse a lo largo del desarrollo, a través del enfrentamiento con "su" realidad, en formas concretas de realización. El proyecto de cada ser humano, condicionado de antemano por su situación, tiende a ponerse en dependencia excesivamente, según Castilla (452), del propio esfuerzo personal, de eso que tan superficialmente se denomina "voluntad".

De hecho, muchos de los proyectos son abortados, apenas formulados, por la índole de la situación. Al margen de la importancia de los "proyectos fantásticos" como vía de acceso a la personalidad profunda de cada cual, la verificación

.. (451) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 212.

(452) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 70.

del proyecto requiere una lúcida conciencia de la realidad. Las posibilidades de hacer que constituyen el proyecto de cada persona en el ámbito de su existencia, no son unas posibilidades abstractas, ni siquiera dentro de las concretas los son "todas", sino sólo aquellas que se le ofrecen como reales, lo que está en función de la clase social de referencia, que le asigna un status preciso y que le predetermina en su rol (453).

Lo característico de cada ser humano es su quehacer específico, consciente, debido al sentido de que dota a cada una de sus acciones y decisiones en el conjunto de su proyecto. El ser del hombre consiste, precisamente, en su hacer. Ortega (454) señalaba a este respecto:

"¿Qué se es, amigos, qué se es?. Se es lo que se hace ... porque la vida no es otra cosa que el repertorio de nuestros haceres".

Como decía Goethe (455), un hombre es la lista de sus cosas hechas. No todos los haceres que el ser humano verifica a lo largo de su vida son de la misma categoría. Muchas de las actividades que realiza la persona, según Castilla (456),

- - - - -

(453) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión..., cit., p. 406.

(454) Ortega, J.: A una edición de sus obras, en Obras Completas, cit., t. 6º, p. 348.

(455) Cit. en Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 35-36.

(456) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 248.

dentro del curso de su existencia tienen un carácter particular y concreto -los subproyectos-, subordinados a su quehacer global, pero coherentes con el sentido general del proyecto. El quehacer de cada persona -el conjunto de haceres coherentes entre sí- configura su específico proyecto y le dota de un carácter personal, independientemente de las complejas mediaciones sociales que interfieren en la elaboración y ejecución del mismo. Toda persona, al margen del grado de conciencia de su quehacer y del valor que atribuya al mismo, cuenta con un proyecto, con un "propósito", sin que, en ningún caso, se deba confundir la alienación o no alienación del proyecto con la inexistencia o existencia del mismo, respectivamente (457).

Todo proyecto es transformador, en mayor o menor medida, de la realidad del sujeto y condiciona, en los distintos haceres, su situación posterior. La concreción del proyecto se realiza a través del trabajo creador, emanado directamente del hombre en su operatividad con la realidad y que predica de la calidad específica de la persona. El trabajo, como necesidad de operar sobre la realidad del único modo eficazmente posible a nivel individual, posibilita la modificación de la realidad dada, en forma de conseguir una mayor liberación frente a la naturaleza y frente a sí.

Sin embargo, en nuestro contexto, "el trabajo es trabajo alienado precisamente por las condiciones objetivas en que

(457) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 172-182.

se verifica. Pero la esencia del quehacer humano es el trabajo no alienado... Para ello, es de elemental condición el que ese producto del trabajo sea, en primer lugar, propio y no de otro, y , en segundo lugar, que en modo alguno se convierta en objeto extraño al propio sujeto creador, susceptible de convertirse en mercancía y en fetiche que domina asimismo al propio creador. En una palabra, el trabajo no alienado es el trabajo propiamente creador" (458).

El trabajo creador "vale", al propio tiempo que, por su calidad de original, no puede ser reducido a mercancía de determinado precio. Darle precio al trabajo creador es reducirlo a lo extraño, desindividualizarlo, negarle su carácter de trabajo personal. De este modo, el trabajo creador surge de una forma espontánea, a modo de instancia lúdica, y no tiene por qué resultar un acto de voluntad o ser el resultado de un esfuerzo. Lefevre (459) denomina a la actividad creadora humana poiesis, como especificación de la praxis general.

Todo proyecto tiene una dimensión social y abre al sujeto nuevas posibilidades de hacer sobre la realidad. Dada la dimensión comunitaria del ser humano, el carácter "social" del proyecto se configura como tal, y con carácter de auténtico, cuando representa una apertura de las posibilidades de todos y no bloquea las posibilidades de hacer de los demás.

- - - - -

(458) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 148.

(459) Cit. en Castilla, C.: La culpa, cit., p. 295, nota 19.

Así, "si en todo momento se debe estar con los 'escla_ vos' y no con los 'señores' es no sólo en virtud de la es_ tricta y abstracta consideración ética de que en el caso opuesto alguien coarta a alguien, sino en virtud de que a través de esa coartación se bloquea o se detiene las posi_ bilidades de todos (incluidos las de los propios 'señores')" (460).

El proyecto personal es siempre un proyecto del hombre en el mundo. Incluso cuando, en una vida ascética, el proyec_ to está en función de un más allá, se verifica en la perso_ na, pero tiene una dimensión interpersonal (Dios, los otros). Al margen del carácter autogratificador que puede tener cual_ quier proyecto, se hace siempre, también, en función de los otros, incluso si se asigna una carácter sublime a la soledad del proyecto.

Según Castilla (461), esta dimensión social del proyecto tiene, en nuestro contexto, un carácter marcadamente competi_ tivo, vinculado al ser-más-que los otros. La gratificación que conlleva, por ejemplo, el proyecto del enriquecimiento, está ligada, en buena parte, al hecho de ser más rico que otros, con todas las implicaciones que ello lleva consigo. Incluso en en el proyecto de ser-bueno, ser-santo, hay, in_ dudablemente, aparte del implícito contar con Dios, el con_ tar con ser-más-bueno-que-otros.

- - - - -

(460) Ibid., p. 35.

(461) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 84-85.

La clarificación del sentido de la existencia se concreta en la realización del proyecto en el medio existencial. En la dialéctica persona-realidad se lleva a cabo un proyecto, que representa la realización de la persona sobre la realidad. Toda acción del sujeto sobre la realidad es un modo de realización, pero la realidad es sólo el campo pragmático de posibilidades y disponibilidades de la persona en un sector de la realidad, no en toda la realidad. El proyecto surge del compromiso de la persona en su realidad y de la decisión de la persona en el "modo" de proyectarse en ella, compromiso, según Castilla (462), que resulta ineludible por la inmersión de la persona en la realidad y por ser un elemento de ella.

Todo proyecto, en la medida en que se ha de verificar sobre la realidad, debe ser realizable (463). Cuando el proyecto es, simplemente, una elaboración fantástica, irrealizable, connota un mecanismo de defensa del sujeto, que recurre a la fantasía como subterfugio del fracaso en su realidad. Cualquier situación, por alienante que sea, permite a la persona la elaboración de un proyecto, al margen de las limitaciones que éste puede tener en unas condiciones sociales negativas. La realidad ofrece siempre alguna posibilidad de operar en ella. Según Castilla (464), es exigible, en todo

(462) Ibid., p. 303.

(463) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 67.

(464) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 216.

caso, una conciencia nítida de la situación, de modo que la actuación sobre la realidad sea consecuencia de una planificación previa.

La realización de un trabajo alienado, que afecta a amplios sectores de la población, pone en cuestión la posibilidad de verificar un proyecto personal. Aun en este caso, no se puede prescindir del trabajo alienado, que hace posible la satisfacción de las necesidades elementales de la persona. Si alguien no puede físicamente subsistir, difícilmente puede tener acceso a necesidades de índole superior. La verificación de un proyecto propio en un contexto alienado sólo es factible a través del trabajo realizado por fuera de o al mismo tiempo que el trabajo alienado. En resumen, en estos casos "hay que reforzar al Yo para hacerle tolerable la alienación, al propio tiempo que, naturalmente, conserva la conciencia de la misma. Tolerable no quiere decir aceptable, sino tan sólo lo suficientemente inofensiva como para permitirle, en alguna medida, un trabajo propio, gratificador" (465).

Lo que diferencia al proyecto real del proyecto fantástico es la conciencia de realidad, la subordinación de la persona al aquí y ahora de la situación en que se encuentra. No hay situación alguna, por embrutecedora que parezca, que justifique una omisión del proyecto ante una realidad estimada,

..
- - - - -
(465) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 181.

de una forma falsa, inmodificable en su totalidad. Hay que hacer, en el marco de una tarea que compete a todo ser humano, lo que se debe, dentro de lo que es posible hacer. La realización afecta, pues, sólo a lo realmente posible. La lucidez en la aprehensión de las relaciones objetivas de una situación concreta muestra carácter de tal cuando hace predecible y, por tanto, factible cualquier proyecto sobre la realidad.

La realización de la persona está en función de un proyecto que se extiende en dos direcciones: lo físicamente posible, vinculado a la conciencia de la realidad, y lo éticamente decidido, asumido en función de los criterios valorativos de la persona. De esta forma, como subraya Castilla (466), el proyecto se configura como algo que puede y debe hacerse, dado el compromiso ético de la persona con la realidad, expresado por Goethe (467) de forma aforismática y a modo de imperativo moral: "cada hombre debe llegar a ser el que es".

A este respecto, toda acción humana que realiza una persona trasciende del yo para proyectarse por fuera de él. La valoración del proyecto de una persona está en función, al menos en gran parte, del valor, positivo o negativo, que los demás le asignen. Un sujeto toma conciencia de la decencia o indecencia de una acción ante la reacción de las personas

- - - - -

(466) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit.,
p. 431.

(467) Cit. en Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit.,
p. 55.

a quienes afecta ese hecho. La gravedad de la decisión, por tanto, en forma de responsabilidad por la acción, adquiere un papel de primer rango en el ser humano. Precisamente, la responsabilidad se adquiere, en el desarrollo evolutivo, como un resultado de los efectos de la decisión. El compromiso con la realidad, del que deriva la decisión sobre el hacer "debido", es posible sólo a base de una estancia realista en la situación. La responsabilidad de la decisión se relaciona directamente, según Castilla (468), con la mutación de la conciencia de sí, en forma de aprecio o desestima, que una persona experimenta en el campo de sus relaciones interpersonales, como resultado del hacer que verifica.

Toda decisión tiene un carácter de proceso: una actuación desencadena una serie de situaciones, en forma de proceso, que escapan a la previsión y al control del sujeto actor. Esta provocación de reacciones en cadena, imparable cuando el proceso se ha puesto en marcha, acentúa la responsabilidad del sujeto. La indecisión de muchas personas responde, en este contexto, a la angustia a tomar una nueva decisión, atemorizadas por el carácter negativo y en absoluto previsible de las consecuencias de una decisión adoptada previamente.

La dimensión ética del proyecto conlleva la necesidad del hacer debido, dentro de los haceres posibles. El proyecto se concreta en el trabajo creador sobre la realidad, de

(468) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 179-190.

tal forma que, mediante él, se cree otra realidad distinta a la precedente. El ser humano -señala Ortega (469)- tiene la extraña peculiaridad de verse forzado, quiera o no, a decidir y elegir su propio ser, su propia vida, que, a diferencia del resto de los seres de la creación, no se le ha dado hecha y preformada, dirigida, a priori, por un rígido repertorio de instintos.

La profesión es, en términos de Valenciano (470), "un ideal de sí mismo que se lleva por adelantado, un anhelo de inserción en la sociedad, una modalidad existencial". El carácter auténtico del proyecto se pone de relieve cuando existe una coherencia entre el repertorio de opiniones y convicciones de una persona, por un lado, y el proyecto realizado, por otro (471).

El paso irreversible del tiempo confiere un carácter de urgencia a la edificación del proyecto, independientemente del tipo de situación en que una persona se encuentre. Por muy alienadora que sea la realidad en que el sujeto esté, siempre puede hacer su proyecto, si adquiere la conciencia de la situación en que está. El problema del proyecto no

- - - - -

(469) Ortega, J.: Sobre las carreras, 1934, en Obras Completas, cit., tomo 5º, pp. 167-183.

(470) Valenciano, L.: "Las motivaciones inconscientes en elección y selección profesional", en Rev. de Psic. Gral. y Apl., XXI, 81, 1966, p. 50.

(471) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 70.

puede plantearse en dilema: o se hace algo que se considera ideal, pero no factible, o no se hace nada. La conciencia de la realidad debe forzar al sujeto a aquello, por poco que sea, que la situación le posibilite. La frustración de la persona, entendida en un sentido amplio como no realización del sujeto en la realidad, culpabiliza sólo cuando es debida a uno mismo, por no haber hecho el hacer debido. En este caso, el sujeto puede recurrir a conductas toxicómanas, suicidas, neuróticas o evasivas. Cuando la frustración responde a un medio imposibilitador, el sujeto adopta la resignación o alguna forma de sublimación, pero no le provoca un problema de culpabilidad. El sentimiento de culpa, y la conciencia del fracaso en una experiencia personal bajo la forma de "crisis", que le impone al sujeto la conciencia de su propia responsabilidad en la frustración acontecida, ocurre sólo por eludir el hacer debido en la realidad, no por circunstancias extrínsecas desfavorables.

La relación, difícilmente medible, existente en cada instante entre el grado de libertad dada y el de libertad adoptada (entre "estar libre" y "ser libre"), determina la cuantía de responsabilidad de la conducta. La relación realidad-sujeto implica, recíprocamente, la relación sujeto-realidad, que confiere un componente ético a la conducta de la persona. Porque, evidentemente, según Castilla (472), la determinación de toda conducta por la situación llevaría

..
- - - - -
(472) Ibid., pp. 20-21.

consigo la imposibilidad del sujeto para modificarla. Pero en la medida en que una situación es transformable a través de la conducta deliberada del sujeto, el componente ético existe y responsabiliza al sujeto de la conducta adoptada. La realización de la persona es el esfuerzo consciente por referir a la realidad normativa el proyecto que el individuo esboza y desarrolla de una forma factible, de modo que exista una coherencia entre lo que quiere ser (lo que proyecta) con lo que es y puede hacer realmente.

La alienación del proyecto ocurre -señala Castilla (473)- cuando una persona realiza un hacer que no le es propio, impuesto desde fuera de sí mismo. Al margen de que las formas de dominación son históricamente cambiantes y hoy adquieren un carácter más "civilizado", un proyecto alienado impide a la persona la búsqueda de un quehacer propio. Una relación alienada, según Marx (474), impone al hombre un modo de acción y de comportamiento determinado, de modo que este hombre aparece despropiado de su calidad de tal -de elegir sus propias opciones- y sumido en la impropiedad de ser un objeto al servicio del explotador que le impone la alienación.

La cosificación (la casi-cosa en que se convierte el ser humano) es el resultado, en la persona, del estado de alienación, del que, muchas veces, no es consciente la propia

- - - - -

(473) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 16-18.

(474) Marx, K.: Manuscritos económico-filosóficos, cit., pp.

víctima. Precisamente, la forma más profunda de alienación, según Castilla (475), acontece cuando se acompaña de la pérdida de conciencia de la propia alienación, bien porque el extremo de la miserabilización lleve consigo un cierto grado de resignación fatalista, bien porque algunas formas de explotación, como ha ocurrido, por ejemplo, en el caso de la mujer, se consideren "naturales" biológica y/o sociológicamente. En todos estos casos, la conciencia de la realidad alienada, sin conducir necesariamente a la superación del proyecto alienado, es, sin embargo, un primer paso en la adquisición de una conciencia lúcida de la realidad, absolutamente necesaria para proceder a una realidad transformadora, siquiera de tipo parcial (476).

Hay otros casos en que la alienación del proyecto tiene una dimensión más bien personal, al margen de los condicionamientos que siempre operan por fuera de la persona, y representa, en palabras de Ortega (477), una "falsificación de la vida propia", contrapuesta al auténtico quehacer de la vocación, y de la que la frustración es la consecuencia. La forma de existencia competitiva termina por generar, inefectivamente, una frustración individual. La creatividad es la característica fundamental del ser humano, pero esta aptitud,

- - - - -

(475) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 20.

(476) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 37.

(477) Ortega, J.: En torno a Galileo, en Obras Completas, cit., tomo 5º, p. 73.

según Castilla (478), no se ejerce, en nuestro contexto, sobre la naturaleza, sino sobre los otros hombres, lo que supone un desvío de sus instancias creadoras y un bloqueo de las posibilidades de creación de los demás hombres. Y dada la naturaleza comunitaria del ser humano, cualquier forma de estar-contralos-otros atenta directamente contra la naturaleza humana y deviene, antes o después, solapada de una u otra manera, en frustración personal.

La dialéctica de la competencia es radicalmente destructiva e impone una moral del éxito basada en el ser-más-que-los-otros. Además de la consideración de la persona sólo en una función parcial (el hombre camarero no es más que camarero), las posibilidades de relación interhumana se centran, sobre todo, en la negativo. Así, la ambición, cuando se toma como meta en un sentido de éxito frente a los demás, entraña un grave riesgo de frustración, debido a que la verificación del trabajo se realiza, más que como algo creativo, en función de destacar más que los demás. Un trabajo vivido de esta forma compulsiva pierde calidad y puede incluso, por el carácter absorbente que imprime al proyecto, frustrar toda una vida (479).

En nuestra estructura social, la asunción de la normativa representa la interiorización de la moral del éxito

(478) Castilla, C.: El humanismo "económico", cit., p. 70.

(479) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 121-122.

(económico), que supone la alienación de la persona en su proyecto. La moral del éxito es la aspiración de poder y exige una consideración comparativa en relación con las etapas anteriores del sujeto, pero también en relación con la situación actual de las demás personas. Las instancias ideales del sujeto -sus aspiraciones- se vuelcan íntegramente hacia formas de poder sobre los otros, de forma que su proyecto es, ante todo, el poder personal. La miseria confortable de la sociedad competitiva configura una persona definida, fundamentalmente, en función de lo que tiene y muestra externamente.

De este modo, "las relaciones sociales no están determinadas por la sustantiva cualidad del ser real de los hombres que entran en la citada relación, sino por la adjetiva cualidad de lo que poseen... Sobre esta base dialécticamente inobjetiva, que sólo puede ofrecer posibilidades defectuosas, surge toda otra relación: el noviazgo, el matrimonio, la amistad... En el grupo, los sujetos aparecen aislados y se relacionan con una tensión contenida, en la medida en que la competencia subyace bajo la aparente amistad... El triunfo, el 'éxito' entre nosotros, no viene decidido por lo que el hombre ha sido capaz de hacer por los demás y, en consecuencia, hacerse él mismo, sino por lo que ha sido capaz de hacer contra los demás y, por tanto, en última instancia, contra sí mismo..." (480).

- - - - -

(480) Ibid., p. 355.

Como corolario, esta situación, posibilitadora, teóricamente, de unas relaciones interpersonales y de un despliegue de las posibilidades de actuación de cada uno, se transforma en un conflicto desgastador de la mayor parte de las energías vitales de la persona, cuando no definitivamente destructor de las mismas:

"No sabemos qué es realmente la amistad ni sabemos si quiera qué es el amor, allí donde estas formas insuperables de comunicación interpersonal están contaminadas por una competencia de fondo" (481).

Este carácter inauténtico del proyecto, volcado, de una u otra manera, a la destrucción competitiva de los otros, puede encubrirse temporalmente por la gratificación que el éxito social confiere, aun a expensas de la dimensión de culpabilidad que todo hacer-contralosdemás supone. Pero hay ocasiones en que, al fin de la vida o a través de una experiencia personal -una enfermedad, la muerte de un ser querido, el fracaso en esa misma forma de existencia y la soledad subsiguiente-, se le desvela a la persona el fracaso culpable del proyecto inauténtico en que embarcó y el error ético insubsanable de que adolece, que le puede producir una depresión sin, aparentemente, causa concreta, cuando todo lo tiene: familia, posición económica, status cómodo, respetabilidad... La conciencia de esa culpa es la depresión. Este

(481) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., pp. 40-41.

sentimiento de culpa ante la responsabilidad del propio fracaso trata de compensarse por parte del sujeto a base, según Castilla (482), de suprimir en la conciencia la causa de la depresión (el hecho de ignorar el motivo de la tristeza), lo que supone un intento de eludir la responsabilidad subsiguiente.

Dado que, en nuestra estructura socioeconómica, las formas de dominación están racionalizadas como moralmente buenas, muchos sujetos experimentan una fobia ante el éxito (social), que revela claramente el bloqueo de un final feliz que la propia persona se provoca a través de sus sentimientos de culpa. De este modo, la imposibilidad de gozar del éxito, según puso de relieve Freud (483), constituye uno de los mecanismos de defensa frente a la culpa. El origen de estas depresiones posteriores al éxito -que se acompañan de ideas de suicidio, depresión, insomnio, etc.- debe verse en la personalidad del niño que crece en una atmósfera de competencia hostil.

La competitividad brutal inoculada en la infancia puede ir acompañada de una conciencia rígida y de una culpa temerosa a la venganza. El éxito va ligado a tales sentimientos de culpa que precisan castigarse no adquiriéndolo. Que

(482) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 251.

(483) Freud, S.: Los que fracasan al triunfar, cit., pp. 1.085-1.093.

sea imposible gozar de la victoria por la aparición vindicativa de los espíritus de los muertos es una fantasía antigua, pero sólo ahora -en esta sociedad, regida por el principio de competencia- se ha convertido en patrimonio también de los "tiempos de paz".

Hay ocasiones en que una persona adquiere una conciencia tardía -mediada ya, por ejemplo, la vida- de la alienación de su proyecto. La concienciación de una vida como fracaso puede ser real: las circunstancias pasadas pueden, de hecho, aparecer, para el sujeto, como definitivamente irreversibles en su aspiración a una conducta desalienada. La simple toma de conciencia de la situación enajenante en que ha vivido, no puede colocar al sujeto en una situación originaria, debido a que la vida ha sido vivida ya. No es solución realista aspirar a la vuelta del pasado y fantasear con el proyecto que pudo y debió ser. La única solución, según Castilla (484), está en la toma de conciencia de la realidad alienante, en la conciencia del fracaso anterior y en trazarse la etapa futura de acuerdo con una lúcida visión de lo real, independientemente de que esta experiencia de libertad, vivida quizá por primera vez, ofrezca ya, en función de la edad, por ejemplo, pocas posibilidades de actuación.

Una conciencia tardía del proyecto alienado puede depurar nuevas situaciones conflictivas cuando la concienciación

- - - - -

(484) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit.,

(teórica) de la situación enajenada no posibilita, en las últimas etapas de la existencia, por ejemplo, una transmutación de la realidad (total) a través de su conducta futura. La edad puede representar, en algunos casos, una situación prácticamente irreversible, por la elaboración de múltiples resistencias a lo largo del tiempo y por las propias implicaciones que esa vida ha representado en su desarrollo. En cualquiera caso, salvo en concretas situaciones individuales -en atención, por ejemplo, a la avanzada edad del sujeto, su realidad social "muy complicada", etc.-, no se puede plantear, según Castilla (485), una alternativa entre la total alienación o la conciencia, con todo tipo de impotencias, de la alienación. Porque, en un grado u otro, "hay posibilidad de actuación siempre" (486).

La situación de muchas mujeres es esclarecedora a este respecto. Cuando la mujer, limitada al rol de esposa y madre, experimenta, con el paso del tiempo, una conciencia de la vida perdida, el fracaso de sus aspiraciones se expresa en forma de una alteración, incluso, del propio psiquismo. De hecho, determinados procesos psicopatológicos -la neurosis, la depresión- son mucho más frecuentes en la mujer que en el hombre, especialmente en el climaterio (487), debido

- - - - -
(485) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 102.

(486) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 217.

(487) Castilla, C.: Cuatro ensayos, cit., p. 25.

a que sobre ella gravitan, además de las alienaciones comunes al hombre y a la mujer en una sociedad competitiva, las específicas de la mujer como "segundo sexo", según la expresión de Simone de Beauvoir (488).

La lucidez en edades tardías, cuando ya no pueden iniciar un proyecto nuevo ni plantear una relación matrimonial a otros niveles de igualdad, depara a algunas mujeres una resignación entristecedora; a otras, una desesperación -pérdida de esperanza-, en el sentido coloquial del vocablo. En cualquier caso, cabe la posibilidad de orientar la actuación de esta mujer, que, tardíamente, adquiere un correcto nivel de conciencia, hacia funciones tales como la formación misma de sus hijos, por ejemplo. Está, además, la dimensión social de la persona, de modo que la conciencia de su situación alienada, al margen de la solución personal que pueda brindar un futuro asumido de otro modo, puede subvenir a la adquisición de conciencia en otras personas no tardíamente, sino con la suficiente precocidad como para evitar la perpetuación de una situación hasta ahora general.

Se debe, en este contexto, "suplantar la posible desesperación-resignación por otra forma de operatividad, a saber: utilizarnos nosotros mismos como conciencia de fracaso, para trascender del problema netamente personal y denunciarlo como problema general suscitado por el sistema. Hacer

- - - - -

(488) De Beauvoir, S.: El segundo sexo, Buenos Aires: Siglo XX, 1970, 2 volúmenes, passim.

contra el sistema es una forma de hacer por nosotros mismos y, desde luego, por los que nos rodean, aunque no lleve consigo, en el decurso de nuestra propia vida, la solución de los problemas denunciados" (489).

El fracaso del proyecto existencial, vivenciado como tal en un momento determinado, puede traer consigo la conciencia de la irreversibilidad de lo hecho y depara, con mucha frecuencia, la infundada conciencia de la inviabilidad de cuanto queda por hacer. Es, sin embargo, necesario comenzar a actuar de otra manera ya desde el aquí y el ahora en que se encuentra el sujeto. El análisis crítico del pasado y la conciencia de realidad ahora adquirida, deben forzar al sujeto a la adopción de nuevas decisiones, encaminadas a la "realización del neoproyecto" (490). La concienciación del pasado como ya-hecho debe ir acompañada de la concienciación de las propias posibilidades del sujeto en el presente y para el futuro.

En muchos depresivos -señala Castilla (491)-, hay una pérdida de interés por el proyecto, pero en los depresivos ya "curados" existe una inhibición. El sentimiento de fracaso vivenciado hasta ese momento les inhibe, por temor a una

(489) Calamay, N.: "Castilla del Pino: La mujer...", cit., p. 25.

(490) Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad..., cit., p. 113.

(491) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 373.

nueva frustración, de iniciar un nuevo proyecto, de forma que sustituyen el falso proyecto por un no-proyecto.

Esta actitud es errónea porque "no hacer lo que se debe es hacer lo que no se debe, y ésta es la culpa en la omisión. Sociológicamente es hoy quizá de la mayor relevancia la abstención, la infundada creencia de que la omisión es, al mismo tiempo que el no hacer lo debido, el no hacer, cuando menos, tampoco lo indebido... El compromiso con la realidad viene dado a la persona por su coimplicación con ella. No se puede, pues, eludir el compromiso, como en otro orden de cosas no es posible evitar el pensar mismo sobre la realidad en que estamos. Y si el juicio sobre la realidad -nuestra realidad- es obligado, si tiene carácter de impuesto, faltar a la decisión que ese juicio conlleva es autolimitarse en nuestro específico ser de hombres... Hay que hacer lo que se debe, dentro de lo que es posible hacer" (492).

- - - - -
(492) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 276.

-266-

Capítulo 3º: La teoría de la comunicación

La comunicación interpersonal es un proceso que cada cual vivencia en su intimidad como un éxito o un fracaso (en este caso, en forma de aburrimiento, pérdida de espontaneidad, soledad), pero no puede plantearse en términos meramente metafísicos, al estilo de Scheler (493), Buber (494) o Laín (495), ni siquiera en términos estrictamente psicológicos. La comunicación (o la incomunicación) depende, en última instancia, de las condiciones que hacen posible (o imposible) el proceso de espontaneidad en la relación humana, lo que confiere una dimensión sociológica a la comunicación.

Cualquier interferencia en el proceso comunicativo es vivida por el sujeto como una frustración. Porque -señala G.H. Mead (496)- "el hombre es un ser racional porque es un ser social". Actualmente, la incomunicación (la parcial comunicación), independientemente de la proliferación de las relaciones superficiales, parece ser un rasgo de la convivencia en nuestro contexto social. La literatura y el cine, testimonios de su tiempo, reflejan el tipo de coexistencia

(493) Cfr. Scheler, M.: Esencia y forma de la simpatía, Buenos Aires: Losada, 2ª edic., 1950.

(494) Cfr. Buber, M.: Yo y tú, Buenos Aires: Nueva Visión, 1956.

(495) Laín Entralgo, P.: Teoría y realidad del otro, Madrid: Revista de Occidente, 1961, 2 tomos, passim.

(496) Mead, G.H.: Espíritu, persona y sociedad, cit., p. 381.

del hombre con el hombre, a veces como declaradamente enemigos, otras veces como desconocidos próximos.

A este respecto, "cuando un modo ser tiene un carácter generalizado no podemos en absoluto pensar que, como por milagro, de pronto, la totalidad de los constituyentes de un grupo determinado se encuentra víctima de un proceso psicopatológico que individualmente les ocurre de manera sincrónica. La causa, puesto que el efecto es en todos, debe estar por fuera de uno, de la singularidad de cada cual, de modo que tiene un carácter sociogénico" (497).

Que la comunicación existe, es algo que se pone de relieve en las cotidianas relaciones interpersonales. Pero, en cada caso, hay que preguntarse qué es lo que se comunica y cuánto queda por comunicar. En este sentido, "puede haber entendimiento sin que exista comunicación. Porque el entendimiento sólo exige la comprensión de lo comunicado, mas no que lo comunicado sea todo lo comunicable" (498).

El mero entendimiento no satisface la necesidad de comunicación. Cada estructura social permite, implícitamente, hablar de determinadas cosas, lo que supone, en contrapartida, la no permisión de hablar de otras muchas cosas. La compartimentación de la sociedad en clases sociales y una rígida división del trabajo, conllevan la existencia de distintos

(497) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 45.

(498) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 17.

niveles de realidad. Lo que una persona es, no es distinto de lo que esa persona hace (o no hace).

La situación de la pareja, como señalan Ferrándiz y Verdú (499), es ilustrativa a este respecto. Los problemas distintos no son imposibles de compartir entre sujetos con un mismo nivel de realidad, pero sí puede ser obstaculizada esa coparticipación si, como sucede en la generalidad de los matrimonios de clases medias, la pareja se constituye con una jerárquica separación de funciones (ella, ama de casa; él, cabeza de familia), de forma que se distancian en dos esferas diferentes. Existe una correlación entre la situación de la persona (en su contexto socioeconómico y psicológico) y la captación de la realidad a un nivel determinado. De esta forma, se hace comprensible la incomunicación existente entre dos personas, en apariencia ambas en el mismo hábitat. No sólo es que hablen dos idiomas distintos, sino que estos idiomas distintos son resultado de la captación parcial de la misma realidad a niveles o en sectores diversos.

Cada época tiene unas necesidades distintas con referencia a la cantidad y al contenido de la comunicación, que están en función del progresivo desarrollo del ser humano, dependiente, a su vez, del contexto socioeconómico y de las superestructuras de él derivadas. Actualmente, existe un desfase entre las exigencias de comunicación y las posibilidades

(499) Ferrándiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio..., cit., pp. 135-136.

de verificarla. La sociedad competitiva ha hecho de la comunicación una utopía, precisamente por el recelo que uno tiene de mostrar al otro -hoy, su amigo; mañana, quizá, su rival- su intimidad, que, en definitiva, está constituida por los puntos vulnerables de uno mismo. Hoy, la incomunicación -en forma de comunicación parcial o de comunicación distorsionada- compone el rasgo característico de las pautas de conducta de nuestro contexto. El deseo de comunicación se vive como angustia, en forma de temor a la comunicación que se desea, o como sentimiento de soledad. Los distintos niveles de realidad conllevan, según Castilla (500), sistemas de referencias heterogéneos y, por tanto, no homologables, de forma que de la discordancia de ellos puede emerger una incomunicación insubsanable.

De hecho, el lenguaje cotidiano se efectúa, habitualmente, sobre lo que no es propio de uno, es decir, cuando el habla es impersonal. Además de la comunicación de lo trivial y de lo anecdótico, hay un amplio sector de la persona -la intimidad- del que apenas si se habla, porque no se puede o no se sabe decir. Hablar de uno mismo conlleva, frecuentemente, un decir tartamudeante, que revela el carácter inusual del tema. Actualmente, existe una paradójica correlación inversa entre los ampliamente difundidos medios de comunicación de masas y el tipo de comunicación logrado a nivel personal.

- - - - -

(500) Castilla, C.: "Psicoterapia e ideología", cit., p. 77.

Incluso el estudio del fenómeno de la comunicación (en los aspectos fisiológico, lógico, lingüístico...) no ha ido acompañado, según Castilla (501), del análisis de los condicionamientos que la hacen posible -o imposible, o, cuando menos, parcial.

La necesidad de comunicación aparece en un estadio avanzado de la comunicación humana. En este sentido, la invención del lenguaje, es decir, el paso del lenguaje del gesto al lenguaje propiamente dicho, es relativamente tardío, de modo que, aun hoy, las estructuras biológicas que sustentan las funciones del lenguaje son frágiles, de prestado sobre los órganos de la masticación, deglución y respiración, y adscritas al neopalio.

Si la incomunicación -parcial o total- se puede verificar y llega a ser, en determinados contextos, un rasgo de la cultura actual, es porque existe un dispositivo psicológico para la incomunicación. El pensamiento resulta de la diferenciación de elementos dados, hasta entonces, como no pensados, es decir, como sentidos. De este modo, "la reducción de lo vivenciado a lo pensado, y, posteriormente, la concreción de lo pensado en lo denominable, son dos de las limitaciones impuestas desde dentro del ser humano" (502). Precisamente este hecho es el causante de todo tipo de sobreentendimientos y malentendidos.

- - - - -

(501) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 11, nota 3.

(502) Ibid., p. 49.

El lenguaje tiene unas restricciones obvias, pero, a cambio, ofrece la ventaja de que lo dicho pueda ser entendido (por los demás). En la comunicación entre dos personas se dice más de lo que el hablante y el oyente creen haber dicho y oído, respectivamente. Ocurre que, por economía del organismo, las personas se limitan, más que a atender a lo dicho, a sobreentender, lo que constituye una fuente de inentendimientos, equívocos y malentendidos.

La vivencia es incommunicable, de forma que lo hablado por una persona es trasunto de lo-que-le-pasa, pero no existe una relación unívoca entre lo-que-habla y lo-que-le-pasa. Según Castilla (503), la captación de la realidad externa está también condicionada. Cuando un sujeto se refiere a algo externo, no puede hablar en términos del objeto, sino del "percepto" -el objeto en calidad de percibido-, que, a modo de realidad interna, no tiene por qué coincidir exactamente con el del resto de los sujetos. La falacia habitual estriba en creer que, cuando alguien habla del objeto percibido, en tanto que percibido, habla del objeto, cuando, en realidad, habla de él mismo, como sujeto perceptor de ese objeto en ese momento. No haber mantenido esta distinción, es una fuente de error constante en el científico, sobre todo cuando aborda tareas que todavía no han sido suficientemente formalizadas.

La lengua, por otra parte, es una prestación social,

(503) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp.

adquirida en un ámbito cultural determinado y condicionante de una forma de ver la realidad. Este condicionamiento de la realidad -de la aprehensión de la realidad- por el lenguaje (preexistente), es un hecho que determina los niveles de comunicación posibles. A modo de ejemplo, mientras los esquimales tienen 33 denominaciones para los diferentes estados de la nieve, los habitantes de regiones desérticas llaman con idéntica palabra a la nieve en todas sus variantes; los árabes disponen, en cambio, de varios centenares de palabras para referirse al camello, cuando los franceses, por ejemplo, sólo poseen tres. El instrumento verbal determina, por tanto, una aprehensión restrictiva o amplia de la realidad.

Por economía del organismo, el oyente hace una selección de lo oído al hablante, en función de la relevancia semántica que asigna a la totalidad del discurso, pero tal actuación puede ser causa de una comunicación distorsionada. La selección hecha por el oyente es significativa para él mismo, pero no necesariamente para el hablante, de forma que no se tienen por qué equiparar, sin más, las frases más relevantes al oyente con las del hablante.

La realidad funciona como un test proyectivo, de modo que, según Castilla (504), la actuación selectiva del oyente (para destacar, para menospreciar) se presta a malentendidos. El hablante emite, por otra parte, un mensaje complejo,

- - - - -

que excede del ámbito de lo lingüísticamente dicho y que puede ser inadvertido por el oyente si éste no capta, en su selección perceptiva, el metamensaje propuesto por el hablante.

Las limitaciones que el lenguaje impone al hablante -pensar únicamente sobre parte de lo vivenciado, hablar sólo lo acerca de lo que es posible decir- dan lugar al sobreentendimiento y, en consecuencia, a todo tipo de malentendidos. El malentendido se crea sobre el sobreentendimiento, a expensas de la interpretación proyectiva que verifica el oyente sobre el hablante. Dada la insuficiencia funcional del lenguaje para la comunicación total de lo vivenciado, y de las limitaciones sociales del habla, cada cual tiende a interpretar y proyectar sus propios prejuicios en el intento de intelección del mensaje del hablante. De este modo, la falta de coincidencia entre el sobreentendimiento de uno y el sobreentendimiento de otro da lugar, debido, también, al uso alienado del lenguaje a que la relación social obliga, a todo tipo de equívocos en la vida cotidiana.

Un lenguaje "mal hecho" (sintácticamente) es mucho más expresivo del hablante que el correcto lenguaje convencional, en la medida en que, por su incorrección, "informa" menos, según Castilla (505), y expresa más. El lenguaje "mal hecho" es, en este sentido, multiplicador de posibilidades de

- - - - -

(505) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 30, nota 39.

comunicación. Un lenguaje correcto es menos susceptible de individuación que uno incorrecto, porque este último admite un número de variantes infinitamente mayor. El lenguaje correcto, en la medida en que resulta ser en su totalidad presdo, o sea, socializado, permite escasamente al intérprete del mismo la penetración en el mundo del hablante o del escritor. La corrección -señala Castilla (506)- es una barrera que dificulta el acceso a la intimidad. El lenguaje incorrecto, en cambio, refleja una proyección de las vivencias del hablante de una forma mucho más directa, precisamente por su carácter más individualizado.

Las palabras sólo representan una comunicación muy parcial de las vivencias. Castilla (507) señala a este respecto:

"Cuando el sujeto A y el sujeto B se comunican, lo hacen a partir de las vivencias de cada uno, pero en modo alguno puede decirse que la comunicación se hace por las vivencias. Las vivencias precisan su concreción en términos significantes que ofrezcan significado al que escucha. Pero al verificarse su concreción ya no son vivencias, sino trasuntos de vivencias: signos, palabras o gestos, que proceden de la vivencia, pero que no son la vivencia misma".

Y concluye:

"La comunicabilidad de las vivencias es parcial. En la medida en que la vivencia es no sólo idea-de, sino también

(506) Castilla, C.: Patografías, cit., p.50, nota 22.

(507) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 145.

sentir-el objeto, la comunicabilidad sólo puede verificarse con mayor aproximación allí donde existe de consuno mayor interpenetración personal. Por eso, la más plena comunicación posible sólo puede lograrse allí donde preexiste la relación personal más totalizadora, como es la relación amorosa auténtica" (508).

Dada la insuficiencia funcional del lenguaje para la exteriorización de las vivencias, la relación interpersonal requiere, además, otras formas comunicativas extralingüísticas. Las palabras se refieren, fundamentalmente, al ámbito del pensamiento, de forma que, por ejemplo, la función comunicativa de los sentimientos se realiza, según Castilla (509), por medio de la expresión de los mismos, no por medio de las palabras. La dimensión comunicativa del dolor, por ejemplo, es ilustrativa a este respecto. El dolor cumple un cometido de alerta ante una disfunción orgánica en el sujeto, pero también se constituye en un estado de ánimo de la persona, que puede expresar unas actitudes de resignación, sumisión o heroicidad incluso. La expresión del dolor, incluso la expresión paradójica de "indiferencia" ante el dolor, compone, según Castilla (510), un sistema de señales válido para la comunicación con las personas que participan del mismo sistema

(508) Ibid., p. 146.

(509) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 141.

(510) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., pp. 21-24.

social de referencias.

De esta forma, el sujeto doliente expresa el dolor para comunicar al otro el sufrimiento que padece y, así, suscitar la compasión o cualquier otra forma de comunicación, especialmente en personas que, en un momento determinado, vislumbran el dolor como único medio de una gratificación comunicativa. A partir del dolor surgen instancias de piedad y compasión y, por tanto, actitudes y modos de auxilio. Cuando se elige el dolor como forma preferente de comunicación (en lo hipochondriacos, por ejemplo), se confiere a la relación interpersonal un sesgo característico, definido, en todo caso, por la frustración de una comunicación equitativa.

El análisis de la vida cotidiana es un índice del grado de comunicación (o incomunicación) que cada cual adopta en su medio habitual. La vida cotidiana aporta a cada sujeto unos elementos con los que opera cómodamente a través del hábito. Según Castilla (511), el sujeto puede actuar de forma "como si" la realidad fuera siempre la misma y caer en la rutina. Esta actitud, que responde a una inseguridad de base, es un mecanismo de defensa del individuo, que se encuentra, aparentemente, "más seguro" si la realidad "es" siempre la misma.

De este modo, la relación de un sujeto con el resto de las personas y de las cosas está petrificada: el trato con los demás se limita a una relación reiterativa, en absoluto

(511) Castilla, C.: La incomunicación, cit., pp. 69-72.

descubridora de nuevas dimensiones, a base de un lenguaje estereotipado y con los clisés característicos de determinados círculos sociales. Que la realidad sea siempre la misma, es una abstracción. Aun en la anarentemente siempre misma realidad, es cuestión de saber ver, de querer ver, o bien siempre lo mismo, o bien siempre lo distinto. Porque la realidad es permanentemente cambiante, de modo que la consideración de ella como algo inamovible es, más bien, una actitud del sujeto. A efectos de la relación interpersonal, la atribución a una persona de un carácter rígidamente fijo, como las clasificaciones caracterológicas al uso, o la atención exclusiva al personaje que cada cual representa en el contexto social, al margen de sus características individuales personales, es una fuente generadora de incomunicación, o, cuando menos, de una comunicación parcial y superficial.

El aburrimiento es un efecto más de la comunicación rutinaria (parcial) con los demás. La atención a los aspectos más inamovibles de la realidad, o la consideración como tales de unas situaciones y de unas personas siempre cambiantes, depara seguridad, pero al precio del aburrimiento, que responde a la carencia de una actitud atenta a la pluralidad dimensional de la realidad. Si la realidad es cambiante, el aburrimiento es un efecto del intento, según Castilla (512), de mantener constante la situación a expensas de la inactividad del Yo. Al margen de que la realidad sea distinta,

- - - - -

(512) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 177-178.

para el sujeto aburrido aparece como igual, no en sus es_
tructuras objetivas, pero sí en el ámbito de sus estimacio_
nes. De este modo, la realidad se mantiene constante a raíz
de la intensa fijación del sujeto en el aburrimiento como
estado.

El aburrimiento requiere, cuando menos, dos condiciones:

- a) Los objetos no logran interesar al sujeto.
- b) El sujeto no logra -no puede- interesarse por los
objetos.

Habitualmente, el análisis del estado aburrido se limi_
ta al primer punto, pero desatiende el segundo, que es impres_
cindible. En caso contrario, no se produciría el aburrimiento,
sino el rechazo, "el cual requiere una actividad por parte
del sujeto, resultado de su irritación, por ejemplo, pero en
modo alguno del aburrimiento" (513).

Esta realidad confiere el protagonismo del aburrimiento
al sujeto, independientemente de que éste intente proyectar_
lo fuera de sí e irresponsabilizarse del mismo, como si fue_
ra atribuible, meramente, a circunstancias extrínsecas a uno
mismo. Cierta tipo de expresiones lingüísticas ("Esta ciudad
es aburrida", "¡Qué aburrimiento!", etc.) es ilustrativa de
esta situación, caracterizada por una falsa conciencia de la
realidad.

El aburrimiento intenta superarse, frecuentemente, de
una forma elusiva, a base de una búsqueda de distracciones,

- - - - -
(513) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 74.

expresión de la necesidad de comunicación, que adopta, sin embargo, una forma falsa, incapaz de procurar por ella misma el pleno compromiso con la realidad. Así, por ejemplo, "la existencia de tensiones en la persona del alcohólico no ha sido negada por nadie (salvo por los propios alcohólicos, muchos de los cuales dicen que beben 'por aburrimiento', lo que no hay en modo alguno que tomar al pie de la letra, por que se trata tan sólo de una 'racionalización')" (514). La forma de vida rutinaria es, en definitiva, la antítesis del vivir espontáneo, siempre inédito y renovable en la comunicación con la realidad.

La pérdida de la espontaneidad, o la limitación de ella sólo al ámbito de lo anecdótico y superfluo, refleja un estado de incomunicación, porque la comunicación interpersonal sólo puede ser plena si se lleva a cabo en la espontaneidad. Se califica a una persona de espontánea cuando se observa en ella un rasgo no muy frecuente en el resto de las personas, de forma que la existencia de la espontaneidad se puede considerar como un rasgo específico de ella. Lo contradictorio del caso radica en que "la espontaneidad está en la esencia misma de todo proceso, desde la motricidad y el crecimiento hasta la comunicación interpersonal. Lo que hay que inteligir es precisamente por qué tales procesos experimentan toda suerte de inhibiciones, de manera tal que entonces 'se note' la

- - - - -

(514) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 210.

carencia de espontaneidad. Es cierto que la espontaneidad la vemos en el sujeto, pero haríamos mal en inferir de ello que sólo depende de él" (515).

La pérdida de la espontaneidad denuncia, en definitiva, el fracaso de la comunicación. Por su carácter inhabitual, el comportamiento espontáneo viene acompañado de una desestructuración en el ámbito lingüístico, de un lenguaje inco_nexo y tartamudeante. Y, a la inversa, "allí donde la expresión lingüística adopta una forma sintáctica correcta puede ya, por ello mismo, dudarse acerca del valor que posee en orden a una referencia verdadera del ser personal" (516).

En el fondo, hay en el sujeto un temor, fundado o infundado, a aparecer ante el otro como siendo-así-como-se-es. Todo esto ocurre por factores psicológicos (miedo al descubrimiento personal), que son, tan sólo, la internalización individual de la inhibición social de la espontaneidad. La incomunicación resultante aparece como la frustración de la instancia más radical del ser humano, que es la sociabilidad. La gran contradicción del desarrollo cultural actual consiste en haber reducido la sociabilidad del hombre al ámbito de lo cotidiano y anecdótico, que es, precisamente, la forma más impersonal de verificarse.

Según Castilla (517), la erotización actual, por ejemplo,

- - - - -
(515) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., pp. 45-46.

(516) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 86.

(517) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 47.

puede ser enfocada, entre otros aspectos, desde este punto de vista. El erotismo puede ser una forma de distracción de la incomunicación en que se encuentran dos seres humanos. Una mayor libertad en la gratificación erótica no tiene por qué llevar consigo, indefectiblemente, una espontaneidad mayor o un encuentro más posibilitador entre persona y persona. La recaída en la erotización suplanta, de una forma mecánica, al diálogo real, que es la expresión única del auténtico encuentro. En el encuentro meramente erótico, los dos componentes de la pareja se cosifican y se autoengañan tras la apariencia de un encuentro real.

En el contexto socioeconómico capitalista, la comunicación está lastrada por la catalogación a cada persona de acuerdo con su función social (su pertenencia a una clase, a un status profesional, etc.), con exclusión del amplio sector restante que compone su persona total (518). De esta forma, la comunicación es posible, precisamente, en aquel sector de la persona que vive el carácter de personaje, derivado del papel que representa en la vida social. La relación se verifica con "imágenes" de personas y cosas: el reloj, más que marcar la hora, es una joya; esta persona se define, más que por sus atributos personales, en función de su posición social. La competitividad del sistema sociopolítico actual

- - - - -

(518) Cfr. Groddeck, G.: El libro del Ello, Madrid: Taurus, 1973, carta 2ª, pp. 42-52.

está a la base de la comunicación distorsionada que se verifica en nuestro medio.

Independientemente de los argumentos que la justifican como una actitud de emulación, importante en la realización personal, la competencia tiene un carácter básicamente destructivo. Obliga a la retracción de la persona a un egoísmo antinatural. Dado que la forma de supervivencia se verifica a expensas de la competencia con los otros, es preciso, en el desarrollo de la persona, iniciar el aprendizaje de vivir por y para sí mismo. La competencia, al margen de la patología social que conlleva (neurosis, delincuencia, toxicomanías, suicidios...), fuerza a la persona al aislamiento, a la retracción del yo, a la comunicación superficial.

El paso de una sociedad rural a una sociedad consumista, más competitiva, ha traído consigo el retraimiento como rasgo generalizado de conducta, con un notable descenso en la comunicación interpersonal. Según Castilla (519), se ha verificado, de hecho, una retracción al círculo familiar y una inhibición de la amistad auténtica, lo que supone una crisis en la fiabilidad del prójimo.

De este modo, "la amistad misma hay que tomarla y vivirla epidérmicamente, a conciencia de la peligrosidad que una ingenua comunicación puede llevar consigo en el futuro, cuando este amigo de hoy se nos torne nuestro rival; a conciencia

(519) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 92, nota 30.

de que la amistad misma no es criterio suficiente para verificar la entrega que sería requerible y a la que nos sentimos instados" (520).

La amistad y el amor tienen un carácter excepcional, precisamente porque estas formas insuperables de la comunicación interpersonal están contaminadas por una competencia de fondo. La elección de una determinada relación interpersonal está supeditada mucho más a lo que cada cual interesa del otro, socialmente considerado, que al mero interés que el valor de uso de cada cual entraña para ese otro. Es así como "la amistad, el matrimonio, se hacen ... a expensas del valor de cambio que el otro posee para uno, y, secundariamente, por las cualidades personales que recíprocamente se consideran. Hay, pues, también, en este plano de la relación interpersonal, una dialéctica falsa, inobjetiva, que conduce a la alienación del ser real del hombre por su 'representatividad' como objeto social" (521).

La carencia de espontaneidad se traduce, así, en forma de cautela ante cualquier acción, de forma que la comunicación queda reducida a un interés por lo anecdótico y por lo frívolo. Decir lo que uno piensa o lo que uno quiere, representa mostrarse vulnerable ante los demás. El aprendizaje precoz de la inespontaneidad es la regla, de modo que tampoco en los

.. (520) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 42.

(521) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 38.

demás es reprochable lo que uno ha adquirido precozmente en su desarrollo evolutivo: así, se considera como "normal" la baja tasa de comunicación conseguida.

La competencia exige, obligatoriamente, en mayor o menor grado, la destrucción del otro, dado que el objeto o persona deseados, de cualquier tipo, conllevan la existencia de unos sujetos que pugnan entre sí por ellos. Se trata, además, de una competencia desleal, en la medida en que los competidores recurren a todo tipo de medios para conseguir sus fines, independientemente de la aceptación aparente de las reglas del juego sociales, de forma que no se puede exigir deportividad en el perder cuando no se ha tenido en el competir.

En definitiva, la sociedad capitalista y competitiva, de conquistas técnicas admirables, ha elevado el nivel de la comunidad, pero ha disuelto las bases de solidaridad y comunicación interpersonal. Una "buena" educación, al margen del sistema, no es recomendable, porque puede dejar al sujeto inerme frente a un medio hostil, adiestrado en la competencia, en la insinceridad y en la hipocresía. Según Castilla (522), la competencia desplaza la lucha de clases intergrupala la pugna individual dentro del grupo, de forma que se produce una descohesión generalizada y una falta de conciencia de la alienación, responsable de la despolitización existente.

La estructura competitiva conlleva, además, una disociación ética. Para sobrevivir en el sistema, el sujeto recurre

..

a unos ideales del Yo que responden a exigencias de la estructura competitiva, pero que entran en conflicto con el Yo ideal, constituido, según Lagache (523), por las normas abstractas.

Toda la problemática de la incomunicación -de la comunicación parcial- se visualiza, especialmente, en la relación hombre-mujer, paradigma de la relación interpersonal más totalizadora. La comunicación entre un hombre y una mujer se inscribe en el marco de un sistema competitivo, que ha convertido el logro de la comunicación en una utopía y que ha interferido, lógicamente, en el grado de comunicación conseguido en la pareja. Dentro del sistema establecido, en la relación entre dos personas destaca, según Castilla (524), en primer plano, la preeminencia del valor social que cada uno posee, a expensas de sus características propiamente individuales.

El matrimonio, por ejemplo, es una institución social, no sólo en su consumación, sino en su mismo planteamiento, de forma que, en la era victoriana y en otras muchas culturas tradicionales, era decidido por los padres de los interesados, como transacción que venía a consolidar nexos sociales entre familias que interesaba aglutinar. Independientemente del carácter grotesco y aparentemente superado de estas mediatizaciones en el matrimonio, los niveles

.. (523) Lagache, D.: El psicoanálisis, cit., p. 41.

(524) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp.

condicionantes de la relación prematrimonial persisten también hoy:

"La institución persiste, lo que quiere decir que la interferencia de los factores sociales (jurídicos, eclesiásticos, etc.) continúa, aun cuando el planteamiento psicológico de la relación hombre-mujer es ya la regla y no la excepción... La elección afectivo-erótica se hace sobre un miembro del propio endogrupo socioeconómico, lo que pone de relieve el condicionamiento que subyace en el trasfondo de dicha elección" (525).

Es más, hay una contradicción entre los deseos más personales de elección (estimación de la capacidad de comprensión y comunicación en el otro) y los que, efectivamente, prevalecen en la práctica. En una sociedad competitiva, la elección afectivo-erótica tiene un carácter "mercantil", un precio, en el sentido de que una buena elección es aquella que es cotizada por la comunidad (mayor demanda = mayor valor de cambio). El hombre puede, excepcionalmente, establecer una comunicación erótica -y sólo erótica- por fuera de su grupo, con una mujer de otra clase social (una sirvienta, una prostituta), pero estas relaciones, salvo por "accidente", no acaban por institucionalizarse.

El comienzo mismo del noviazgo aparece planteado sobre bases viciadas. La falta de coeducación tiene mucho que ver con la tensa atmósfera social y psicológica de mujeres frías, reprimidas, acomplexadas, obsesos sexuales y homosexuales.

(525) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 79-80.

El sexo contrario, de alguna manera, "impone" antes que atrae. En este contexto, "el ideal amoroso que se preconiza es el amor idolátrico, mágico, surgido de los efluvios sublimados que genera la ignorancia recíproca masculino-femenina y la represión socio-cultural que les incomunica" (526).

Un amor "sine eros", según Castilla (527), al estilo de un amor "puro", sin objetivo carnal, no tiene nada que ver con lo que biológica y psicológicamente se entiende, en realidad, por amor. El aislamiento de los subgrupos masculino y femenino conlleva el recurso a orientaciones y consejos, como si el trato con una chica o un chico fuera el cumplimiento de un expediente singular o de un oficio específico no integrado en el desarrollo espontáneo de las relaciones cotidianas.

Una de las diferencias más patentes en la situación hombre-mujer es que, mientras para ésta su afirmación como mujer ha procedido de sus forzadas continencias, la cotización del hombre deriva, comúnmente, de lo contrario. Mientras que la represión sexual en la mujer ha hecho de ella un ejemplar cotizable y apreciado, la represión cultural sobre el hombre le configura a éste con una norma cuya transgresión es la base de un rango erótico inscrito en el repertorio de los triunfos. Este tipo de tensión masculina - entre objetivos ensalzados y medios no ad-

..
(526) Ferrandiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio..., cit., pp. 56-57.

(527) Castilla, C.: "Para una patografía de Ángel Ganivet", en Insula, 228-229, dicbre 1965, p. 5.

misibles- hace vivir al hombre en unas disposiciones muy diferentes a las de la mujer. Porque aun bajo una represión semejante o menor, el rol masculino que le toca desempeñar (macho, conquistador, acometedor, etc.) le provoca una exasperación psicológica, que se traduce en una erogeneización de los objetos, responsable de una trasmutación cualitativa de las relaciones interpersonales:

"Los objetos (personas o cosas) poseen ya el rango o la significación de un objeto erótico (se transforman en símbolos eróticos), mientras que el Yo se reduce a un tipo de función con los objetos ante todo, es decir, primariamente erótica y sólo secundariamente extraerótica" (528).

Dada la asimetría entre las instancias sexuales masculinas y femeninas, las expectativas ante la misma relación interpersonal son diferentes. En función de sus condicionamientos educativos, la respuesta sexual de una mujer se da sobre la base de la "seguridad" de una relación duradera. De esta forma, "el chico se ve forzado, por razón de su insatisfecha necesidad de afirmación sexual, a fingir no pocas veces un amor (duradero y garantizado) que no siente, o a sentir un amor que tiene más que ver con su también inducida erogeneización que con las sugerencias de la personalidad de la chica. De este modo, muchos jóvenes que inician una relación

-- -- -- -- --

(528) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 42.

„

por predominantes motivos de atracción física, han devenido en esposos o, cuando menos, en la oportuna necesidad de hacerse novios" (529).

Lejos de ser una estancia neutral previa a la consumación del matrimonio, el noviazgo es también una institución, de forma que los miembros de la pareja asumen su relación en función de ella y adoptan el rol que consideran adecuado. Dado que el matrimonio es, hasta cierto punto, una decisión definitiva e irrevocable, los novios se ocultan lo que consideran indeseable para el otro, de forma que lo ocultado no sea un obstáculo para el logro de la institución matrimonial.

Durante el noviazgo, "se reprimen celos, prejuicios de toda índole; se aparece cortés y generoso, inmensamente dotado para la donación; con enorme capacidad para la privación de cualquier otra instancia hacia la comunicación con los demás -por ejemplo, de renuncia a la amistad-, en favor de la entrega al objeto todavía no poseído con seguridad... Todo ello, claro está, se deja a un lado una vez que la posesión segura del objeto, que confiere la institución del matrimonio, ha sido garantizada. Cada cual emerge entonces distinto, a veces opuesto a como mostraba ser" (530).

Estos aspectos, por extraño que parezca, se pueden disimular con facilidad, porque, durante el noviazgo, el com-

.. (529) Ferrándiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio..., cit., p. 79.

(530) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 85.

ponente erótico absorbe, por su insatisfacción, independien_
temente de la mayor frecuencia de las relaciones sexuales pre_
matrimoniales, a la pareja. De este modo, la desrepresión
que la institucionalización permite deja ver, entonces, otras
facetas de la persona que han estado ocultas -o que han sido
ocultadas- al otro miembro de la pareja: "la represión del
placer erótico invita a una gran idealización sobre las posi_
bilidades de comunicación en la vida conyugal futura, a la
que, abusivamente, se atribuyen mágicos recursos para el en_
tendimiento y la compenetración" (531).

Sólo la mayor experiencia sexual de uno y otro (ahora
más extendida) simplifica el acercamiento y los avances en
la comunicación. Este planteamiento puede explicar el con_
traste entre la conducta de la pareja antes e inmediatamente
después de la consumación del matrimonio y el creciente nú_
mero de fracasos conyugales precoces, no atribuible única ni
fundamentalmente a conflictos de carácter sexual surgidos en
la pareja. De hecho, el diálogo y la comunicación son más in_
tensos en el noviazgo que en el matrimonio, porque las dis_
crepancias y los conflictos serios son susceptibles de arre_
glarse por vía de la separación. En el matrimonio, en cambio,
con el carácter de elección cuasi-definitiva que implica, el
habla se hace cada vez más infrecuente.

- - - - -
(531) Ferrándiz, A. y Verdó, V.: Noviazgo y matrimonio...,
cit., p. 91.

La institucionalización de la pareja en el matrimonio conlleva unos niveles de comunicación peculiares. Es un hecho la incomunicación resultante cuando dos o más sujetos se hallan en distintos "niveles de realidad", que implican una determinada forma de situarse en el mundo y que son resultado de una heterogénea formación cultural y de una actividad profesional distinta (y diferentemente jerarquizada). En este caso, puede existir incomunicación e, incluso, inentendimiento.

De hecho, esta situación está ya presente en el noviazgo, pero no se observa por la subgratificación erótica o por todo tipo de idealizaciones que se hacen acerca del matrimonio. De este modo, "los distintos 'niveles de realidad' y la mayor comunicación entre iguales, se ponen de manifiesto en las reuniones de matrimonios medios, en que los hombres forman corro con los hombres y las mujeres con las mujeres... Las mujeres (o los hombres) se comunican mejor con las mujeres (o los hombres), no sólo como consecuencia de pertenecer a un mismo mundo (el femenino, el masculino), sino por ser trabajadores de la misma clase" (532).

Existe, en la práctica, un entendimiento entre el hombre y la mujer, pero, al margen de que el entendimiento es también comunicación, no satisface la necesidad de comunicación entre dos personas. El entendimiento, en este sentido, sólo

(532) Ibid., pp. 141-142.

exige la comprensión de lo comunicado, que requiere un cierto grado de sobreentendimiento. Y así como dentro de un estrato social es posible sobreentender, según Castilla (533), la problemática de alguien que se encuentra en la misma situación del sujeto, no le es posible sobreentender -aun dentro de un mismo estrato social- a quien se halla en una situación distinta, como es todavía, en la formación social, la de los hombres y los mujeres.

Esta incomunicación, inherente a las condiciones actuales de la relación hombre-mujer, es asumida por la mayor parte de las parejas. La comunicación real no es valorada socialmente, de forma que la pseudocomunicación interpersonal (o con el trabajo) puede vivenciarse sin gran frustración, en la medida en que el grupo no la registra entre sus señales de fracaso: "una persona puede sentir a nivel psicológico las experiencias de una frustración comunicativa y vivenciarlas inicialmente como tales, pero paulatinamente estas crisis son relativizadas y engullidas por el mismo grupo que, al reportarlas naturales, las juzga ya secundarias en la carrera de la vida" (534).

De este modo, "o nos realizamos parcialmente y podemos entonces ser tibia, dulce y domésticamente felices, o preten-

(533) Castilla, C.: La incomunicación, cit., pp. 52-56.

(534) Ferrándiz, A. y Verdú, V.: Noviazgo y matrimonio...., cit., p. 154.

demostrarnos totalmente -ejercitar todas nuestras facultades y posibilidades- y entonces, probablemente, lo pasaremos bastante mal" (535).

También conviene precisar que, en un sistema competitivo, la incomunicación de la pareja con relación a las demás personas es, con frecuencia, mayor que la misma incomunicación entre ellos mismos, de modo que, de una forma compensatoria, los malentendidos o los auténticos bloqueos en la comunicación interior no llevan a la extrema consciencia de una decepción inconsolable.

Por otra parte, la relación entre los miembros de la pareja se caracteriza por una relación de dominador (hombre)-dominado (mujer), lo que no es sino una de las muchas muestras de dependencia en un sistema de clases competitivo. Han surgido conflictos conyugales, de noviazgo incluso, expresados de las más sutiles formas, ante el hecho del trabajo de la mujer (sobre todo si, además, recibe una remuneración mayor que el hombre o si es más destacada intelectualmente que él), especialmente en el marco de las profesiones liberales, en donde la competitividad adquiere un grado extremadamente marcado. Tal como es concebida la relación hombre-mujer en nuestra cultura, la consecución de la misma exige los modos, explícitos o tácitos, de la conquista, que siempre supone una

- - - - -

(535) Rubert de Ventós, X.: Moral y nueva cultura, Madrid: Alianza, 1971, p. 19.

dominación, independientemente del carácter oculto de ciertas formas de dominación. La sumisión, según Castilla (536), puede ser incluso una forma de dominación, a base de inducir compasión en la pareja o de crear tales formas de relación interpersonal, que el abandono provocaría, de inmediato, culpa y desasosiego al cónyuge "liberado".

Si la relación afectiva culturalmente pautada es una relación posesiva de carácter totalizador, reflejada en los usos del lenguaje ("X fue poseída por Y;"mi mujer", como sustituto de "mi señora", en ambientes sociales más sofisticados), un grado mayor o menor de violencia, a veces encubierta en los hábitos civilizados, es el corolario de esta situación, tendente a reprimir la posibilidad de nuevas relaciones afectivo-eróticas al margen de la elección originaria. Estos modos de relación interpersonal absorbentes conectan con pautas de conducta extraeróticas, tales como el aprendizaje precoz de la apropiación de los objetos (carácter privado de la apropiación).

Así, "la relación hombre-mujer es, en nuestra estructura capitalista, la de una dependencia de ésta respecto de aquél. Esta dependencia imprime un específico carácter a toda la vida de la mujer. Las mismas leyes que determinan nuestras relaciones de producción entre nosotros, la existencia, sencillamente, de una clase dirigente y explotadora y de otra

- - - - -

(536) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 22.

dirigida y explotada, se proyecta en la relación hombre-mujer en forma también de explotador-explotado" (537).

Deesta forma, se pretende eliminar a la mujer, limitada a las funciones hogareñas, del juego competitivo a que se encuentran entregados los hombres. Además de quedar excluida del uso de los privilegios masculinos, la mujer es utilizada por el hombre en el ascenso social de éste, en las relaciones públicas... Por este motivo, las depresiones son más frecuentes en la mujer que en el hombre:

"Mientras el niño podía hacerse mediante de una derivación de sus instancias sociales, no sólo en el terreno afectivo, sino en el de su proyección directamente social (profesión, etc.), la niña, en general, va a estar privada de esta última posibilidad y, en consecuencia, su proyecto único es el de la realización en el terreno del amor... El matrimonio es su única posibilidad, entendido aquí, naturalmente, como cualquier tipo de institucionalización de las relaciones con el varón. En consecuencia, el fracaso en el aspecto amoroso es, para la mujer, su fracaso total" (538).

La indisolubilidad del matrimonio atenta contra la comunicación potencial de la pareja. La exigencia de la promesa de una vida en común es factible, pero no, en cambio, la

(537) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 23.

(538) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 414.

exigencia de un perpetuo afecto, de forma que la promesa sobre el mismo es falsa, porque nadie puede garantizar, al compás de los cambios experimentados, el futuro de sus sentimientos sobre otra persona. La reducción al máximo de los aspectos institucionales es necesaria para que la subsistencia de la pareja quede garantizada por razones intrínsecamente derivadas de la relación interpersonal y no de la institucionalización formada. Además, la convivencia forzada, según Castilla (539), que deriva en odio recíproco más o menos soterrado, es un factor que incide en la génesis de tensiones y frustraciones. Aparte de los casos de abierta situación conflictiva, muchas de las depresiones mitigadas, que se traducen en apatía frente a toda actividad, en escepticismo difuso, en descontento, provienen, muchas veces, de una situación de convivencia forzada, que tiene una repercusión negativa en la capacidad creadora de trabajo.

Dado el aprendizaje precoz de esta pauta de conducta, es inevitable, en el aquí y ahora de nuestro contexto sociocultural, un cierto grado de apropiación mutua en la relación hombre-mujer. Los celos -es decir, el temor a la desposesión sobre el otro- no son privativos de la relación amorosa, sino también de la simplemente amistosa e, incluso, de la meramente profesional (el médico con sus pacientes, el profesor con sus alumnos...), lo que esté en función, entre otros

- - - - -
(539) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 137, nota 18.

aspectos, de una estructura socioeconómica imbuida de individualismo y de competitividad.

De hecho, ni siquiera los sectores más progresistas, según Castilla (540), parecen haber superado, al menos, el sentido posesivo recíproco de la pareja. La posesión del objeto amado corresponde a una pauta cultural tan tempranamente asumida, que es difícilmente superable (a nivel no meramente intelectual, sino también emocional).

Que un cierto grado de apropiación mutua sea inevitable en la relación hombre-mujer, no justifica, en ningún caso de relación madura, una apropiación recíproca excesiva o total. Un grado de apropiación absorbente es aniquilador de la relación, capaz de reducirla a una relación forzada, puramente mecánica, enajenante. Carece de sentido, por ejemplo, "la pretensión, por parte de los miembros de la pareja, de constituirse en monopolizadores de todas las formas de comunicación que el ser humano puede verificar. Determinadas formas de comunicación no tienen por qué ser cumplidas por el mismo 'partenaire'. Es una exigencia desmesurada para cualquier ser humano el responder adecuadamente a la totalidad de las exigencias del otro. Ya es suficientemente deseable el que responda a las más... Hay instancias emocionales para las cuales el objeto elegido puede no componer el adecuado estímulo o el más idóneo receptor" (541).

(540) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 109, nota 1.

(541) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 97.

Del mismo modo que el papel de padre no parece compatible con el de pedagogo de sus hijos, tampoco hay que pretender que la mujer o el hombre puedan cumplir, para su pareja, todos los roles -los derivados de la amistad, por ejemplo-, como para satisfacer la totalidad de sus necesidades.

Una comunicación plenamente espontánea entre un hombre y una mujer requiere la autonomía de cada uno de los miembros de la pareja, de forma que los aspectos institucionales tengan el menor peso específico posible. La única posibilidad de equiparación del hombre y la mujer, en el desempeño de un trabajo creador y de su realización como personas, es a costa de que ambos posean identidad en la autonomía biológica, psicológica y socioeconómica, las dos primeras, según Castilla (542), a base del control de natalidad, que posibilita una comunicación erótica desinhibida, y la última a base de un trabajo similar, única forma de establecer una comunicación en el mismo nivel de realidad.

Castilla (543) subraya, a este respecto: "... La verdadera revolución en el proceso de promoción de la mujer no ha de derivarse tanto de la incorporación al trabajo activo cuanto del proceso del acceso a la enseñanza superior... Sin una preparación suficiente, la incorporación de la mujer al trabajo la contraerá a trabajos subsidiarios".

(542) Calamay, N.: "Castilla del Pino...", cit., pp. 19-20.

(543) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 40.

Si la mujer no tiene un cierto grado de autonomía, por una falta de profesión extradoméstica, por ejemplo, tiene que aferrarse a la institución matrimonial por falta de seguridad en sí misma, al margen del elemento fundamentalmente decididor: el grado de satisfacción en ella. Incluso una separación matrimonial en tales condiciones de inferioridad para la mujer, puede reportar graves sentimientos de culpa al hombre, capaces de inhabilitar el bienestar que pretendía obtener en la nueva relación con otra mujer.

Todo lo anteriormente dicho implica que la habitual comunicación que entre dos seres humanos se verifica, en el ámbito de la pareja o al margen de ella, está sometida a múltiples interferencias sociales, de modo que la comunicación se realiza más bien de personaje a personaje, considerado como tal la distorsión de uno mismo que se opera en el ejercicio de la función social. De este modo, "nuestra relación con el otro no es de la totalidad que denominamos persona, sino de esa superestructura que es el 'personaje', que tanto yo como los demás hemos contribuido a crear. De aquí 'el susto' que en una situación indiferente se nos provoca con 'la mirada' que ahora sorprende en otro hacia nosotros; lo que revela es el temor a ser descubierto, no en el acto de cometer una acción que pudo ser 'mala', sino simplemente en nuestra intimidad, es decir, siendo aquel que realmente somos" (544).

- - - - -

Que la comunicación plena y espontánea sea una excepción, lleva a muchos sujetos la conciencia de su imposibilidad. Así, "una forma de expresión, al no usarse, puede ser olvidada de modo tal que el sujeto se encuentre imposibilitado de relacionarse con el otro por una vía de que alguna vez dispuso... Lo mismo que se puede olvidar refer a cargadas, se puede desaprender a hablar. No es que en el sentido estricto esto ocurra, pero sí, dentro de las muchas y variadas formas de habla, algunas pueden ser ya totalmente impracticables" (545).

El hábito de la incomunicación ha hecho posible el gradual empobrecimiento del hombre, limitado a una comunicación epidérmica, que se traduce en un interés por la anécdota y por los objetos, pero sin que se profundice en el porqué de las cosas. A este respecto, "incluso la relación afectivo-erótica está contaminada de la reificación preexistente y ha sido convertida en la mera gratificación deshumanizada a través de la polarización en el mero erotismo" (546).

El deseo de comunicación se impone como una necesidad en las fases evolucionadas del ser humano, que toma conciencia de la insuficiencia de la comunicación posible. De hecho, según Castilla (547), bajo las formas denominadas "cortesés"

(545) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., p. 74.

(546) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 114.

(547) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 103.

-dejar respetuosamente hablar al otro; que el otro deje, respetuosamente también, hablar a uno-, se esconde, la mayoría de las veces, una impermeabilidad absoluta para lo ajeno y un desinterés suficiente como para convertir el diálogo en mero simulacro.

La necesidad de comunicarse es imperiosa, entre otras razones porque estar en el error o en la verdad es algo en sí mismo no comprobable sin el requisito de la comunicación. El hermetismo conduce obligadamente al dogmatismo, única forma de compensar el desequilibrio que la incomunicación provoca. El diálogo es el paradigma de la dialéctica de las relaciones humanas y es, por sí, la única fuente verdaderamente fecunda para el conocimiento del tema objeto del diálogo. En este contexto, "un diálogo es auténtico, real, cuando abre nuevas posibilidades a cada uno de los que participan en él, cuando cada uno de ellos 'es otro', distinto, tras el diálogo que verificaron" (548).

En el diálogo fecundo, se trata de averiguar no quién tiene la razón, sino dónde está la razón misma, cuál es la verdad -por muy relativamente histórica que ésta sea- sobre la cuestión misma, de modo que lo importante no es tener la razón, sino estar en la razón. La fecundidad del diálogo está en función del interés que despierta el mismo en las partes

- - - - -

(548) Castilla, C.: "Estructura social y frustración", en el volumen El humanismo "imposible", cit., p. 53.

coloquiantes, de una cierta distanciaci3n del objeto -compa_
tible con el inter3s personal y que es condici3n de objeti_
vidad- y de una situaci3n de libertad, entre los propios in_
terlocutores y, tambi3n, con relaci3n a una estructura social
que lo posibilite o, cuando menos, lo tolere..

La conciencia de la necesidad de comunicaci3n surge a
trav3s de la conciencia que la (impuesta) incomunicaci3n pro_
voca. Toda alienaci3n, por embrutecedora que sea, posibilita
siempre alguna forma de actuaci3n. La impotencia es, parad3_
jicamente, mucho mayor frente a un sistema que permite las
libertades formales, y que anestesias la conciencia de no-li_
bertad en que se est3, que frente a un sistema burdamente
opresor. El margen de acci3n es siempre posible, porque "ni
todos los hombres est3n en id3ntica alienaci3n, all3 donde
la situaci3n es alienante, ni un mismo hombre permanece el
mismo, aun en su alienaci3n, a lo largo de situaciones exis_
tenciales en s3 mismas todas ellas alienantes" (549).

Los intentos de resolver el problema de la incomunica_
ci3n a nivel personal son soluciones parciales y, todo lo m3s,
de car3cter transitorio, en la medida en que implican alg3n
tipo de aislamiento y una p3rdida de operatividad, por tan_
to, en la realizaci3n del resto de las necesidades, cuya sa_
tisfacci3n requiere la presencia activa del sujeto en el con_
junto del sistema social. La excentricidad y la extravagancia,

(549) Castilla, C.: La incomunicaci3n, cit., p. 121.

por ejemplo, denotan la incapacidad de adaptación a un sistema prepotente e implican, por tanto, la pérdida del sentido de lo real.

A nivel evasivo, el alcohol y la droga representan la búsqueda de una desinhibición que haga posible la comunicación, que, en circunstancias normales, es vivenciada por los protagonistas de esta situación como no-posible. La desinhibición que, por ejemplo, el alcohol provoca, es la necesaria pérdida del sentido de lo real con relación a la necesidad de mantener el control de la incomunicación preexistente. El recurso al alcohol o al resto de las drogas no es indistinto en el ámbito de la comunicación:

"Así como el alcohol viene a compensar deficiencias personales en la incomunicación en el microgrupo, la dependencia de las otras drogas es, por lo general, compensadora de la incomunicación entre el microgrupo y el grupo restante. La dependencia de la droga es así un factor de cohesión de un determinado endogrupo que se sitúa todo él, con parecida actitud pretestativa, frente al exogrupo y es el signo ritual de la pertenencia al grupo" (550).

Junto a la huida hacia el ámbito de la irrealidad, en el alcohólico y en el drogadicto existe, como finalidad de su ingestión, la búsqueda de una desinhibición que haga posible la comunicación, pero obtenida ésta en un estado artificial

(550) Ibid., p. 130, nota 12.

de irresponsabilidad. No es infrecuente que la abstención de alcohol o de droga en sujetos dependientes, con la consiguiente concienciación de su realidad, suscite en ellos una depresión cargada de instancias autodestructivas.

El recurso opcional al alcohol o a la droga, al margen de las posibilidades materiales de adquisición y de contagio emocional, rebasa la dimensión individual y aparece también subordinado a una cultura determinada (concepción del mundo, ideales, aspiraciones reales del Yo, etc.).

Así, "en las estructuras competitivas, en las que los ideales de acción son, como en Estados Unidos, los de primera magnitud, se 'prefiere' el alcohol. En las estructuras no competitivas, en las que los ideales del grupo se precisan sobre la calma, la impasibilidad, el autocontrol, como en algunas sociedades asiáticas, se 'prefiere' a los opiáceos, por ejemplo. Quizá por este camino está la clave que nos explica por qué, en contra de lo que se esperaba, la accesibilidad de los 'tranquilizantes' no ha supuesto en Estados Unidos disminución de la ingestión de alcohol. Los 'tranquilizantes', puede concluirse, no se ofrecen como alternativa para el tipo de conflicto que en Estados Unidos insta a la ingestión de alcohol" (551).

La rebeldía es, también, un intento de rechazo de los convencionalismos sociales y, en definitiva, de un sistema

- - - - -

(551) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 208.

social -encarnado en las primeras etapas de la persona en la familia- que hace imposible una comunicación plenamente espontánea. Con frecuencia, la rebeldía, que muchas veces se enfrenta a aspectos marginales del medio (el peinado, el vestido...), es deglutida por el sistema más tardíamente, según Castilla (552), con la profesionalización o con la aceptación de la institucionalización matrimonial, que son mecanismos de interiorización de las normas del sistema. La inmadurez de la rebeldía, vinculada cronológicamente, con frecuencia, a la adolescencia, se pone de relieve en que no afecta a la estructura del medio y en que no hay una adecuación entre la conciencia de frustración y la verificación de una praxis transformadora.

Dada la edad en que la rebeldía se exterioriza, adopta, con frecuencia, el carácter de conflicto paterno-filial, que no se puede resolver satisfactoriamente para el rebelde, por una dependencia económica que hace imposible la ruptura del ambiente parental y, sobre todo, por los sentimientos de culpa que provoca el conflicto con unas personas -la familia- con quienes, previamente, existe una relación afectiva.

Así, "los valores, la forma de vida que los padres representan son protestados, pero aquí aparece también la ambivalencia del joven, que hace aquello no sin culpa y sin mala conciencia, precisamente porque, a pesar de todo, quiere a aquellos contra los cuales se rebela" (553).

(552) Castilla, C.: La incomunicación, cit., pp. 134-136.

(553) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 200.

El estadio de madurez se caracteriza, precisamente, por el enfrentamiento con el sistema, pero al margen de las personas vinculadas afectivamente con el sujeto en cuestión. Así, "la angustia ante la pérdida y agresión a la persona se anularían en la medida en que la rebelión se proyectara por fuera de esas personas, amadas a pesar de todo, para concretarse en el sistema autoritario mismo, con el cual el distanciamiento es perfectamente hacedero" (554).

Dado que la incomunicación es un problema que afecta a muchos y que tiene un origen social, independientemente del carácter individual con que cada cual lo vivencia, ha habido intentos colectivos de superarla. Los movimientos "beatnik" y "hippie", por ejemplo, representan una alternativa al tipo de comunicación distorsionada que se verifica en el resto del sistema social. De hecho, en estos grupos "... la represión sexual se vive como protesta e incluso aparece, más o menos limpiamente, como superada" (555).

De todos modos, dado que la relación amorosa es una pauta cultural tempranamente adquirida, sólo un Yo suficientemente fuerte puede estar capacitado para la verificación de determinadas conductas que, equivocadamente, se consideran inofensivas de antemano. Así, en estos grupos, según Castilla (556), tras la realización de intercambios recíprocos

- - - - -
(554) Castilla, C.: La incomunicación, cit., p. 136.

(555) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 11.

(556) Ibid., p.109, nota 1.

entre parejas -que juzgaban, erróneamente, haber superado los prejuicios inherentes al carácter posesivo entre ellos preexistente-, tenía lugar la aparición de disturbios más o menos graves en la esfera sexual, que revelaban, en última instancia, el trauma obtenido y su repercusión inequívoca en la esfera de la relación interpersonal extraerótica.

La inviabilidad de estos movimientos radica en que pretenden verificar un sistema normativo a expensas de automarginarse del medio social y de mantener incólumes las relaciones de producción del sistema. Así, "la contradicción es tria en que a una infraestructura conviene una supraestructura y no es posible superponer otra dejando intacta aquélla" (557).

De este modo, por ejemplo, las misiones han sido eficaces cuando se ha efectuado, al mismo tiempo, la colonización, de forma que los grupos indígenas se adaptaban al nuevo poder y a la religiosidad característica del mismo. Los movimientos "beatnik" y "hippie", en cambio, no muestran una conciencia política explícita, sino que adoptan actitudes marginadas y acriticas como la apatía, nuevas formas de moral y religiosidad provenientes de culturas orientales... Al margen de que estos grupos ponen de relieve, con su existencia, los fallos del sistema y de que, a veces, son plataforma para otros movimientos con una concienciación política manifiesta, estos grupos no pueden responder a todas las necesidades de

- - - - -

sus componentes. De hecho, están en el conjunto del sistema, sin poder aislarse suficientemente de él como para poder superar, por ejemplo, las instancias competitivas. Además del componente meramente esteticista en tales movimientos, Marcuse (558) ha señalado que estas pautas de conducta son, en el fondo, conformistas y actúan a favor del sistema, en la medida en que muestran la "tolerancia" del sistema y su aparente democratismo.

Que la comunicación sea posible, requiere la destrucción de un sistema que ha hecho de la comunicación interpersonal una utopía. La eliminación de la competitividad está en la base de una comunicación espontánea, de forma que los criterios éticos y la actuación de cada sujeto estén en función de la entrega a los demás, con arreglo a la capacidad de cada cual. Al margen del carácter utópico que este planteamiento tiene para los partidarios de la "natural" condición "mala" del hombre, ya ha sido conseguido, al menos parcialmente, en determinados ambientes. En algunas comunidades religiosas, según Castilla (559), se han conseguido fuertes sentimientos solidarios, en función de Cristo, Buda, etc., pero a expensas de apartarse esa comunidad del resto de la realidad. El precio pagado por la adquisición de unas relaciones interpersonales comunitarias es la renuncia a cualquier

(558) Marcuse, H.: El final de la utopía, Barcelona: Ariel, 1969, pp. 23 y ss.

(559) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 165, nota 61.

aspiración por fuera de la comunidad misma.

Una sociedad socialista, que elimine una estructura de carácter competitivo en el orden económico, puede crear las condiciones necesarias para una comunicación espontánea. Independientemente de que la emulación económica es la constante de funcionamiento de nuestro medio, es factible una emulación solidaria en forma de donación del trabajo de cada uno al servicio de la colectividad. En la China Popular y en Cuba se tienen, también, ejemplos de logros a través de la conciencia en las masas de que la entrega del individuo a la colectividad supone el máximo valor en orden a la realización personal.

De todos modos, la realidad es aún modesta en este ámbito. Todavía la Unión Soviética, a los 60 años del advenimiento de la revolución de octubre, no puede sino mostrar un esbozo del "hombre nuevo", al que el humanismo socialista aspira con fundamento.

Castilla (560) atribuye este hecho a dos razones:

"a) Hay siempre un desfase entre el cambio del medio y el cambio ulterior que en cada hombre de ese medio se ha de verificar, en la medida en que el cambio del hombre es una 'consecuencia'.

b) La existencia, en una inmediata vecindad, del 'viejo mundo' y del 'hombre viejo' con sus múltiples posi-

.. - - - - -
(560) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., p. 40, nota 3.

bilidades de incitación a la corrupción a un nivel personal, significa una situación de la cual no se puede prescindir. La realidad del 'mundo socialista' no puede prescindir de que en la realidad existe todavía el 'mundo capitalista'; y que la oposición dialéctica de ambas realidades es hoy un hecho que, si bien muestra con rasgos evidentes que la historia camina hacia el primero, aún queda para el segundo suficiente capacidad de maniobra en orden a la obstrucción de sus pretensiones".

Una teoría del lenguaje -y de la comunicación, en sentido más amplio- correctamente planteada debe contar, según Castilla (561), con los siguientes requisitos:

- 1) Hay actos humanos de dos tipos: actos aconductuales (no intencionales, por lo menos en principio, de tipo fisiológico, como el parpadeo o el bostezo) y actos de conducta, caracterizados por un sentido o intención: las palabras, los gestos...
- 2) Los actos de conducta constan de un componente denotable (visible por el observador), como son, por ejemplo, las palabras habladas o escritas, y de un componente connotable (no visible por el observador), como son, por ejemplo, las intenciones de las palabras de un sujeto. El componente connotable de los actos

- - - - -
(561) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 73-78.

de conducta es sólo presumible para el observador, pero no es constatable del modo como lo son las palabras y los gestos. De hecho, muchas veces, como ha puesto de relieve el psicoanálisis, ni siquiera el propio sujeto es consciente de las connotaciones (intenciones) más profundas de sus actos.

- 3) Todo acto aconductual, es decir, inintencional, puede ser transformado en acto de conducta, en función del contexto en que se encuentre. El bostezo, por ejemplo, es un acto meramente fisiológico, indicativo de la existencia de sueño, pero que, en un momento determinado, puede connotar aburrimiento o desinterés por un tema o situación.
- 4) Los actos de conducta son signos codificados, denotables, que conllevan, sin embargo, una connotación, de modo que, en este sentido, pueden ser considerados actos de lenguaje, independientemente de que no exista una relación unívoca, a modo de diccionario, entre el signo denotable y la connotación precisa, relación que está siempre en función del contexto.
- 5) Existe un lenguaje verbal y un lenguaje extraverbal, denominado este último analógico, que no está sujeto a la arbitrariedad del signo. En el lenguaje extraverbal, el convencionalismo es relativo, debido a que existe muchas veces analogía entre el gesto y su

significado: cerrar el puño, por ejemplo, en un momento de enfado, simboliza la actitud de pelea en que se encuentra el sujeto.

- 6) El componente denotable de la conducta tiene una función informativa; el componente connotable, una función comunicativa. El sujeto emisor informa de un determinado mensaje, pero comunica, también, interés, apatía, pasión..., independientemente de que este mensaje sea captado correctamente por el sujeto receptor. El grado y cualidad de la comunicación están, en gran parte, en función de la relación personal preexistente entre el emisor y el receptor.
- 7) Cada tipo de lenguaje tiene una función específica, de forma que el lenguaje verbal está orientado, fundamentalmente, a la información y el lenguaje extraverbal a la comunicación. El componente connotable, comunicativo, del lenguaje verbal deriva de elementos paralingüísticos del mismo -tales como el ritmo, tono de voz, calidez de la misma- y de otros extralingüísticos que lo acompañan -gestos, expresión facial...

En la medida en que no está sujeto a una normativa rígida de acuerdo con el principio de realidad, el lenguaje extraverbal es más espontáneo y exterioriza mejor los deseos del sujeto, no reprimidos por las formas "corteses" del habla.

"

Todo discurso tiene un doble registro, de modo que el receptor se ve obligado a contar con la información y a presumir, a raíz de los elementos connotables conjeturados, la comunicación. El lenguaje verbal está muy en función de la relación socializada del sujeto, sometido a las reglas del juego sociales, de forma que el lenguaje extraverbal pugna por exteriorizarse al mismo tiempo que el verbal. Que muchas de las relaciones verbales, socializadas, se muestren contaminadas de elementos extraverbales -eróticos, por ejemplo-, revela los efectos de la represión sobre la espontaneidad del sujeto, que aflora de alguna forma, incluso en el contexto menos adecuado.

Todo acto de conducta sirve para la información, que puede tener lugar entre dos (o más) sujetos, y, sobre todo, para la comunicación interpersonal, de forma que se puede denominar "mensaje al contenido informativo y metamensaje al contenido comunicativo" (562). Ambos elementos son cualitativamente distintos: la recodificación de una proposición extraverbal en verbal es, con algunas limitaciones, factible, pero no lo es la recodificación de palabras en gestos más que en una mínima parte.

La relación propuesta en el metamensaje de un mensaje verbal, que expresa los componentes afectivos y emocionales del sujeto, tiene lugar, precisamente, a expensas de los

..
- - - - -
(562) Ibid., p. 89.

componentes extraverbales que subyacen en éste, como el tono de voz, la gesticulación... Habida cuenta de la existencia del principio de realidad y de las represiones que conlleva, el metamensaje de un mensaje verbal es siempre una forma de ocultación tras el mensaje. La ocultación que implica el chiste, la ironía o el sarcasmo o la propuesta erótica en el habla sobre asuntos triviales, sobre "si quiere un cigarrillo" o "acepta determinada invitación", sólo son explicables de esta manera: "el chiste hace posible decir, en broma, lo que en serio no es (socialmente) posible decir. En suma, la broma es una de las maneras brechtianas de decir la verdad" (563),

El recurso a los metamensajes elípticos es "tanto menor cuanto más distante de la forma verbal sea el lenguaje utilizado... El lenguaje verbal sirve para la información y también para la relación; el lenguaje extraverbal (analógico) sirve ante todo para la relación de cualquier índole; el lenguaje extraverbal sexual, más concreto aún, propone la relación de índole erótica" (564). Quiere esto decir que la comunicación verbal es la más formalizada y la que más atiende a las reglas del juego social, lo que hace necesaria una a veces compleja hermenéutica de sus metamensajes.

La distinción entre la función informativa y la función

- - - - -
(563) Castilla, C.: "Sobre el humor", en Galán, D.: ¿Refirse en España?. El humor español en el banquillo, Valencia: 1974, p. 221.

(564) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 95.

comunicativa del lenguaje se pone especialmente de relieve, a nivel sociológico, en las comunidades bilingües. Así como la información, según Castilla (565), es fácil lograrla y darla en una forma de lenguaje adquirido, que cumple una función meramente indicativa, la auténtica comunicación humana, que contiene el mensaje expresivo que el hablante por sí mismo es, sólo puede lograrse a través del lenguaje coloquial, del lenguaje de uso, del que se conocen hasta la raíz aun las diferencias melódicas. La necesidad de contar en las regiones bilingües con el carácter coloquial, por tanto expresivo, del lenguaje regional radica en que todas las inflexiones prosódicas del mismo están profundamente conectadas con la expresión directa del lenguaje del inconsciente. De esta forma, mutilar esa forma de lenguaje de uso que es, en algunas comunidades, el lenguaje regional, supone provocar una definitiva limitación instrumental de la persona en el ámbito de la comunicación intersubjetiva.

El lenguaje es, ante todo, expresión, es decir, proyección del sujeto hablante. La diferencia entre un lenguaje puramente expresivo y otro puramente informativo es falsa, porque en la comunicación de un mensaje, el margen de su contenido, se

- - - - -

(565) Castilla, C.: "Sobre el uso de las lenguas vernáculas", en Alonso, X.: Encuesta mundial sobre la lengua y la cultura gallegas y otras áreas conflictivas, Madrid: Akal, 1974, pp. 99-100.

expresa el sujeto; en el caso contrario, en el lenguaje puramente expresivo, como en la exclamación, se informa también algo.

De este modo, "... aun en los lenguajes más formalizados se contiene siempre el componente expresivo, de forma tal que el sujeto hablante está más o menos notoriamente visible...: la ostensibilidad del sujeto hablante está en proporción inversa al grado de formalización de un lenguaje dado. Así, por ejemplo, si una persona emplea a menudo el lenguaje de la física, ello puede ser un indicio de su interés en ciertas cosas antes que en otras... El uso coloquial de términos como alienación, nivel, manipulación, denotan, respecto del hablante, cuando menos, su aspiración a ser adscrito a una determinada forma de pensamiento y, por tanto, a un grupo..." (566).

La atención al acto lingüístico conlleva la existencia de un sujeto emisor y de un sujeto receptor, situados ambos dentro de un contexto determinado. Las palabras tienen un significado semántico y, también, simbólico, en la medida en que son una diferenciación de la expresión válida en un contexto concreto: "las palabras no sólo son interpretadas de acuerdo al significado que como vocablos poseen, sino que tienen un valor de uso mediante el cual simbólicamente expresan el valor social que les ha sido conferido" (567).

(566) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., pp. 29-31.

(567) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 81.

De esta manera, un enunciado mal construido, a base de anacolutos, puede ser inteligido en la medida en que emisor y receptor saben del carácter opcional del lenguaje y del carácter asimismo de referencia a la situación a que pertenecen hablante y oyente. Lo que interesa es la dilucidación de la relación significante-significado en contextos concretos, es decir, significante y significado (como significantes ambos) en un sujeto (el sujeto de la proposición).

El lenguaje designa acerca de la realidad, pero no puede ser imaginado como reflejo de la realidad, debido a que el proceso de lo real es un sistema de signos para el sujeto, que codifica, mediante el lenguaje, en otro sistema de signos no superponible. La carencia de superponibilidad entre el sistema de signos que compone el proceso de lo real y el sistema codificado de signos lingüísticos tiene, según Castilla (568), un triple aspecto:

- a) El sistema semiótico que compone el proceso de lo real es continuo, pero la codificación lingüística es discontinua (se habla sólo de parte de lo real), lo que posibilita el carácter de opción de la percepción que el sujeto verifica sobre la realidad.
- b) La codificación efectuada por el sujeto sobre la realidad percibida es, a su vez, opcional.

- - - - -

.. (568) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., p. 44.

c) Entre la codificación verificada y los procesos de lo real denominados por cada sujeto no hay una relación biunívoca, sino, tan sólo, la traducción de un sector de la realidad a la denotación lingüística.

Ni siquiera las codificaciones de dos lenguajes naturales son superponibles entre sí, por la disparidad de las áreas de significados. La denominación de colores en galés y danés, por ejemplo, es significativa a este respecto: el espectro verde-azul-gris-pardo, en danés, aparece limitado a tres en el galés. Esta inequivalencia de significados aparece también, por ejemplo, entre el sueco y el francés a propósito de los vocablos "morgon" y "matin", respectivamente.

Por otra parte, toda traducción de la realidad que se quiera verificar con el lenguaje está sometida a una doble tarea de subjetivación por parte del sujeto: la selección limitativa del campo perceptivo en que opera y las limitaciones inherentes al propio lenguaje, incapaz de abarcar por completo el mundo vivencial del sujeto.

El lenguaje acepta el uso de determinado objeto de la realidad y contribuye luego, con su concreción semántica, a perpetuar ese uso, al margen de que tal utilización sea correcta o incorrecta. Así, según Castilla (569), cuando el lenguaje consolida una falsedad, hay una alienación en el

- - - - -

(569) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 187, nota 12.

lenguaje, pero también alienación por el lenguaje: el lenguaje es, en definitiva, una prestación social, del sistema. Además, el lenguaje se presta a confusiones. Hasta el siglo XIII, a modo de ejemplo, sustantivos y adjetivos se consideraban partes de la oración indiferenciables, es decir, idénticas, y, de hecho, aparecían bajo la misma categoría de "nombres".

De esta forma, tenía igual categoría para un sujeto decir niño que decir bueno, lo que implicaba la asignación de ambas categorías a propiedades referidas al objeto (a la persona). Todavía la gramática al uso se presta a confusiones de este tipo. En la oración -señala Castilla (570)- "el niño es bueno", es bueno se considera predicado (predicado nominal o atributo) de niño (sujeto de la oración), cuando, en realidad, es atribución del sujeto de la proposición al sujeto de la oración: no es una propiedad del niño, sino una atribución al niño de una propiedad del sujeto que habla (inherente a sus convicciones, jerarquía de valores, etc.). Es fácil alcanzar una convención en los sustantivos, pero no en los adjetivos. Determinar si una persona es un niño o un adulto es algo sencillo de realizar con arreglo a un criterio cronológico previamente convenido, pero no se puede convenir tan inequívocamente en el concepto de, por ejemplo, bueno.

- - - - -

(570) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp.

Es un principio establecido por Saussure (571) la arbitrariedad del signo lingüístico -del significante. En última instancia, el lenguaje es convención, de modo que la relación con el objeto a que se refiere es también convencional. Se suele establecer una diferencia "entre dos tipos de sustantivos, abstractos (bondad...) y concretos (mesas, sillas, niños...). En realidad, todos son abstractos. No existe la mesa, sino aquel objeto-que-hemos-dado-en-llamar-mesa. No obstante, en el caso de los sustantivos abstractos, ni tan siquiera existen objetos a los que pueda llamárseles bondad, maldad, etc." (572).

Hay palabras que designan entidades y palabras que, simplemente, son una descripción, pero que no se refieren a nada. A propósito de este segundo tipo de palabras, Russell (573) denominó "falacia del verbalismo" al hecho de "tomar las propiedades de las palabras por propiedades de las cosas".

Existe un auténtico fetichismo del lenguaje cuando las palabras (símbolos, por tanto convenciones), que forzosamente han de remitir a algo de la realidad, se han elevado a la categoría de símbolos vacuos que no refieren nada: "recuérdese

(571) Cfr. Saussure, F. de: Curso de lingüística general, Buenos Aires: Losada, 1945, passim.

(572) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 226-227, nota 8.

(573) Russell, B.: "Vaguedad", en Bunge, M.: Antología semántica, Buenos Aires: Nueva Visión, 1960, p. 14.

lo ocurrido con vocablos tales como bondad, maldad, alma y tantos y tantos otros: que al utilizarse como sustantivos deparan la ilusión de que son calificaciones de 'sustancias', cuando no son otra cosa sino 'flatus vocis', o sea, 'designata' sin 'designatum'. El riesgo no sería tal si la experiencia no hubiese mostrado que se puede ilusoriamente operar sobre los supuestos valores de las supuestas cosas a las cuales tales palabras se cree que hacen referencia" (574). Esta situación, según Castilla (575), ha sido puesta de relieve, históricamente, por los nominalistas del siglo XIII, más modernamente por positivistas como Locke, Hume y Stuart Mill, incluso por los lógicos y semánticos actuales.

Las paradojas lógicas -tal como la de "Epiménides el cretense"- no parecen haber sido resueltas desde el universo mismo de la lógica formal. Sin embargo, tales paradojas aparecen como contradicciones -y, en consecuencia, resueltas como "sin sentido"- desde otro nivel, por ejemplo el del análisis del lenguaje. El análisis del lenguaje pone de manifiesto que tales paradojas tienen su sitio, por decirlo así, y que son, asimismo, usos defectuosos de la predicación, de los que no está exenta la formalización. Castilla (576) cita

- - - - -

(574) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 135-136.

(575) Castilla, C.: "Fundamentos ideológicos de la teoría psiquiátrica", cit., pp. 4-5.

(576) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 138-140.

un ejemplo:

"Epiménides el cretense afirma que 'los cretenses son mentirosos'".

Si Epiménides dice verdad, por ser él cretense, miente, de forma que lo que dice es falso. Ahora bien, "ser mentiroso" no puede ser predicado de "cretense", debido a que los cretenses sólo pueden predicar de sí que son "nativos de Creta", en cuyo caso se cumple, una vez más, la tautología que caracteriza al enunciado formal bien hecho. "Ser mentiroso" no es, por tanto, un predicado de "los cretenses", sino un atributo -en el sentido de atribuido por- de Epiménides, que es el que dice de alguien (los cretenses) a alguien (implícito) que, a "su" juicio, los tales cretenses son mentirosos.

Las paradojas lógicas se constituyen en tales allí donde de predicado y atributo se identifican en el lenguaje formal. La única forma de resolver este problema es considerar que todo enunciado implica, de alguna manera, la presencia de un sujeto que lo emite y un sujeto para el cual es emitido. De este modo, se pasa del sistema cerrado de la lógica al abierto círculo de hablantes, en donde predicados y atributos son de categorías distintas (577).

(577) Cfr. Gracia Guillén, F.: "La paradoja del mentiroso en los lenguajes naturales", en Varios: Teoría y sociedad, homenaje a J.L. L. Aranguren, Barcelona: Ariel, 1970, pp. 97 y ss.

De acuerdo con estos principios, los enunciados se pueden plantear de la siguiente forma: "A dice 'Juan es...' a B", lo que implica la presencia del emisor y del receptor. Este planteamiento significa la introducción de los sujetos en la lógica y la consiguiente "complicación", pero representa la recuperación de los logros de la abstracción al servicio del entendimiento humano real.

La comunicación real tiene lugar entre dos (o más) personas cuando el significante es aprehendido en su(s) significado(s) verdadero(s). El significante emerge como necesidad (interna o externa) del sujeto emisor, en forma de signos lingüísticos y extralingüísticos, orientados a comunicar al sujeto receptor el sistema de significados que entraña. Porque los significantes -señala Castilla (578)- son, por lo general, polisémicos, y aun antisémicos, debido a que, en raras ocasiones, con un signo se pretende dar cumplido fin a un solo cometido. Los significados de un mismo signo son opuestos (antisémicos) cuando un solo signo expresa, al mismo tiempo, una actitud ambivalente, como ocurre, por ejemplo, en las tendencias suicidas, en donde coexiste, frecuentemente, una instancia a ser protegido con otra, de signo opuesto, autodestructiva.

La comprensión de la antinomia del significante requiere, en el sujeto receptor, el rechazo de la aprehensión rectilínea

y unívoca del significante, Única forma de evitar interfe_
rencias obstructivas en la emisión posterior de significantes.
La comunicación, en este contexto, no es un punto definiti_
vamente alcanzado, sino un proceso que puede frustrarse en
cualquiera de sus momentos discursivos.

Los lingüistas han desatendido el valor del silencio
como significante, cuando "en el lenguaje no hay in-signi_
ficantes, ni tan siquiera los silencios" (579). En los usos
del lenguaje, una pausa, un silencio en determinado momento,
revisten el mismo carácter de significante que un significan_
te verbal.

Las interferencias comunicativas -los malentendidos, por
ejemplo- surgen porque, si bien los signos lingüísticos son
sociales (comunitarios), los signos emitidos no son sólo lin_
güísticos, sino también extralingüísticos, de forma que este
Último componente añade un matiz diferencial al primero y lo
configura como individual y como, hasta cierto punto, irre_
petible.

En este sentido, el signo posee, como significante, una
peculiaridad que sólo resulta válida para el instante de su
emisión, porque, en Última instancia, emerge como respuesta
a una situación que es siempre, en alguna medida, original.
Pero incluso en el mismo ámbito de los signos meramente

- - - - -

(579) Castilla, C.: "Argentina: notas de viaje", en Triunfo,

„

lingüísticos, muchos de ellos tienen un carácter individual, conferido por el hablante en el curso de las incorrecciones que él mismo verifica en el lenguaje coloquial. Castilla (580) señala a este respecto: "Un lenguaje correcto es, a todas luces, menos susceptible de individuación que uno incorrecto, porque este último admite un número de variantes infinitamente mayor".

Los significados inferidos de significantes seriados en un contexto (sintagma o conjunto de sintagmas) están sujetos a pocos errores, no así los referidos a significantes aislados. En el proceso de comunicación humana, la interpretación de cada uno de los significados dados se hace sobre la base de la consideración del conjunto sintagmático ofrecido (e irrefutable). De este modo, mientras el emisor ofrece un ejemplo vivo de generación de formas gramaticales, el receptor, por su parte, es capaz de interpretar lo dado de modo inédito, gracias a la significación que un significante obtiene en el contexto total.

Toda relación humana conlleva un proceso de información y de comunicación. Hay casos en que no se puede obtener una real comunicación por las limitaciones instrumentales del medio utilizado para la relación. En los casos, por ejemplo, de información o comunicación telegráfica, telefónica o epistolar, hay información propiamente dicha, pero hay un intento

..
- - - - -
(580) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 50.

de comunicación que no se logra a consecuencia de la limitación instrumental. Pero incluso estas formas impersonales de transmisión permiten, de alguna manera, captar el mensaje que el propio sujeto supone por sí mismo. Así, ante la exigencia de que se guarde silencio en determinado lugar, se tiene un repertorio de opciones tales como el siguiente, según Castilla (581), que implican un metamensaje comunicativo, además de la mera información:

- (1) silencio;
- (2) se ruega silencio;
- (3) prohibido hablar;
- (4) queda terminantemente prohibido hablar;

Aparte de las limitaciones comunicativas de algunos instrumentos, como los citados anteriormente, la comunicación requerible no es conseguida ni aun con el uso del instrumento considerado como específico para la misma: el lenguaje. Todo mensaje es siempre informativo, porque alude a un objeto externo o interno, y también expresivo, porque pertenece a un hablante que predica de él a través del mensaje. Si este segundo componente no se capta, ha habido información entre el emisor y el receptor, pero no comunicación (582).

(581) Castilla, C.: "La 'insuficiencia' funcional del lenguaje", en Sistema, 2, mayo 1973, p. 6.

(582) Castilla, C.: Introducción a la hermenéutica..., cit., pp. 29-30.

La restricción de la comunicación al mensaje informati_ vo puede surgir por dos situaciones distintas:

- a) Porque el sujeto emisor no es aprehendido por el su_ jeto receptor, que sólo capta el mensaje meramente informativo que se le suministra. Este hecho ocurre cuando alguien dice algo y sólo es entendido en su calidad de informante y no de sujeto que utiliza el mensaje para la expresión de sí mismo. Las formas "so_ ciales" de comunicación son precisamente así, porque la cautela, necesaria en una sociedad competitiva, exige decir sin expresar el que dice.
- b) Porque el sujeto emisor se reserva y se oculta pre_ cisamente tras el mensaje que emite y con el cual in_ forma, como ocurre, por ejemplo, en la literatura ob_ jetivista y en la periodística (583).

Al margen del uso espúreo del habla, como forma, por ejemplo, de ocultar lo que el hablante siente, o como forma de mentir, el habla, tal como está, es el mejor de los ins_ trumentos de comunicación, pero resulta, aun así, insuficien_ te como instrumento para la comunicación (intersubjetiva). El "habla" está subsumida por la "lengua", considerada ésta como sistema social codificado. Independientemente de que existe una posibilidad de individualización en el propio

- - - - -

" (583) Cfr. Castilla, C.: "Modelo judicial de la conducta", Boletín Informativo de la Fundación March, 73, julio- agosto 1978, pp. 3-26.

sistema del habla, el recurso a los valores semánticos de cambio, que constituyen la "lengua", es ineludible. El habla es un instrumento mediatizado por la lengua, que, a su vez, se halla mediatizada por la semántica, fiel reflejo del sistema de valores que caracteriza a un ámbito cultural determinado.

Las áreas de significación están en función de ámbitos culturales y, lo que es muy importante, de círculos subculturales, que no son siempre, entre sí, comunicables. La lengua no se ofrece como un conjunto amplio, pero finito, de enunciados posibles, sino como un conjunto infinito, por la capacidad que presta a los usuarios de una generación y transformación de formas inéditas, que tienen, no obstante, la propiedad de ser inteligibles, porque se mueven dentro de un sistema finito de elementos, comunes en la práctica (la pragmática del lenguaje) a oyente y hablante.

Conviene sustituir el término oración por el de proposición, que tiene en cuenta al sujeto y al receptor del enunciado. Con el trasvase de la oración a la proposición se provoca, asimismo, el paso de la gramática a la semántica. La estructura de la proposición se puede plantear así:

"P dice 'Juan es malo' a Q".

De esta forma, se pueden ejemplificar las diferencias existentes entre información y comunicación. Según Castilla (584), lo referido (x) por P a Q, si se limita a "lo dicho",

- - - - -

(584) Castilla, C.: "La insuficiencia funcional...", cit., p. 9.

reduce la proposición a una oración (enunciado o informante). Si, por el contrario, en lo dicho (x) se puede aprehender la proposición en su totalidad (lo dicho y lo referido), como tal proposición, entonces el informante es elevado a la categoría de comunicante.

Toda proposición exige, pues, la condición de ser un informante, pero no siempre es trascendida a su condición también de comunicante, en la medida en que la operación de traducir "lo dicho" a "lo referido" no siempre es hecha (tanto porque el emisor oculta, porque el receptor no aprehende). Por tanto, un diálogo a expensas de informantes es un tipo de comunicación sincopada, insuficiente para satisfacer las necesidades de comunicación del ser humano. La intervención activa del oyente se pone de relieve en que la categorización de informante o de comunicante se verifica por el sujeto receptor, de modo que el mensaje emitido por el sujeto emisor predica también del sujeto receptor, puesto que éste "se proyecta" en el mensaje del sujeto emisor.(585).

La atención al contexto es imprescindible en el proceso de la comunicación. El contexto es la situación en que se encuentran el sujeto emisor y el sujeto receptor; precisamente, el mensaje se emite -y se emite de una determinada forma- en función del contexto. A este respecto, hay oyentes a quienes

- - - - -

(585) Cfr. Castilla, C.: "Aspectos epistemológicos de la crítica psicoanalítica", en Clancier, A.: Psicoanálisis, literatura, crítica, Madrid: Cátedra, 1976, pp. 283-309.

se puede decir, por ejemplo, ante determinado hecho, que "eso que hace usted es una cerdada" y oyentes a quienes, para el mismo hecho, sólo es posible aseverarles "eso que hace usted no me parece bien del todo".

La conversión de enunciados en proposiciones es una condición necesaria para que la información sea, además, comunicación, pero no es suficiente por sí misma. La comunicación requiere la comunidad en el universo de la lengua entre hablante y oyente, pero también en el universo de valores (ahora en el sentido no lingüístico). La falta de identidad en la concepción de los juicios de valor entre el sujeto emisor y el sujeto receptor constituye una fuente de inentendimiento, independientemente de que el mensaje propiamente dicho, como informante, haya sido entendido.

Según Leo Festinger (586), la información acerca de un valor disonante con el sistema de valores preexistentes en una persona, en este caso el sujeto receptor, implica un desequilibrio, que provoca, de inmediato, un intento homeostático de reequilibrio posterior. Este se obtiene de dos formas: mediante el rechazo del valor contenido en el mensaje (por ejemplo, si alguien dice "el Papa no es infalible", afirmando el otro a continuación que lo que se dice "es mentira"), o, por el contrario, mediante un cambio de opinión, a raíz de la información recientemente adquirida: de este modo, hay

- - - - -

(586) Cit. en Castilla: "La insuficiencia funcional...", cit.,

una trasmutación total del sistema de valores, necesaria para ser coherente con el cambio de opinión inicial (la forma coherente de asumir que "el Papa no es infalible" es a través de "la religión católica no es la verdadera"). La situación descrita en primer lugar, de rechazo del valor, es la más usual, de manera que cada cual se muestra impermeable a cualquier información que atente a su consistencia interna.

-333-

3ª PARTE: SOCIEDAD DE CONSUMO Y DESHUMANIZACIÓN

-334-

Capítulo 1º: La competitividad en la sociedad neocapitalista

En el "mundo" capitalista, la ideología del mercado parte del neoliberalismo keynesiano. La concepción de la vida en Keynes (587) consiste en consumir para crear trabajo. Consumir e invertir son los dos pilares en que se sustenta la teoría de Keynes para vencer el desempleo. Precisamente, la aplicación de este modelo ha precipitado el desarrollo de la publicidad, como el modo técnico más económico de incitar al gasto. Siempre según las tesis de Keynes, la libre competencia en un mercado abundante se encarga de producir bienes baratos para todos, de modo que el "bienestar" resultante es una consecuencia de la humanización y culturización social que produce el consumo.

Sin embargo, según Martín Serrano (588), los hechos desmienten estas previsiones:

- a) El consumo bruto crece, tal como estaba previsto por el modelo de Keynes, pero el desempleo aumenta y probablemente aumente más en el futuro.
- b) El aumento de la productividad, orientada hacia el beneficio, no ha extendido la competencia como factor corrector, sino el monopolio y el colonialismo económico.

(587) Cfr. Keynes, J.M.: Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie, Paris: Payot, 1966.

(588) Martín Serrano, M.: "Publicidad y sociedad de consumo en España", en Cuadernos para el Diálogo (Los suplementos), 15, 1970, p. 9.

- c) El "bienestar" tiene unos costos sociales altísimos: hacinamiento, destrucción irrecuperable del paisaje, contaminación, neurosis, etc.
- d) Se promociona en los objetos el valor de cambio, no el valor de uso. Hay incluso objetos, cuyo valor de uso es cuestionable, que se pueden transformar en objetos con valor de cambio si, a través de la propaganda y de la publicidad, se ofrecen en el vehículo apropiado. Los elementos funcionales y culturales que se les adscriben, únicamente coinciden con los que aportan un nuevo valor, en el caso de que éste sea el más "rentable".

La sociedad de consumo es una estructura social derivada de un tipo de relaciones de producción neocapitalistas, caracterizadas por la creación de un tipo de mercado de predominio en bienes de uso o de consumo y por el acceso, en función de las necesidades de producción, a este tipo de mercado de un conjunto cada vez más amplio de la población.

Por el carácter masivo de la producción de bienes, se precisa crear, previamente a la producción, un mercado que la absorba, de modo que se supedita, así, la demanda a la oferta y se da pie a la creación de pseudonecesidades. Castilla (589) amplía con precisión este extremo:

- - - - -

(589) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 86-87.

"... La elevación del jornal va concorde no con las necesidades del consumidor sino del productor. Es preciso que quienes trabajan ganen más, de forma que puedan adquirir lo que ellos producen por mandato de otro... La más efectiva huelga no sería la de no trabajar, sino la de no consumir. La acumulación de producto, junto a la paga del jornal, por el efectivo trabajo que se realiza, provocaría la depresión más profunda en la economía... Las grandes depresiones económicas sobrevienen cuando se unen superproducción e infraconsumo. De aquí que el remedio keynesiano sea la provocación de una tendencia inflacionista controlable en todo momento, mediante la cual la gran mayoría tendría siempre capacidad de compra, tanto más alentada cuanto que sabe que el producto que ahora adquiere habrá de ser posteriormente más caro... En esta situación inflacionista toda compra se vive ilusoriamente como una buena compra y depara un estado de euforia (no sólo económica)...".

La sociedad de consumo es represiva por crear nuevas necesidades que en sí mismas no puede satisfacer. Mientras la necesidad encuentra su satisfacción en un objeto específico, lo característico de la pseudonecesidad es ser inagotable, porque no responde a reales necesidades, sino a aspiraciones artificialmente suscitadas, pero asociadas a la representatividad de un determinado status por parte del poseedor. Así, se han creado unas nuevas necesidades consumistas (posesión de objetos, múltiples formas de evasión...), que tratan de

a necesidades más imperiosas, de rango vital mayor.

De hecho, no todos los objetos son útiles para la mayor realización personal del ser humano. En este sentido, "hay objetos que son literalmente inútiles, es decir, que se tornan antiútiles, no por su superfluidad, sino porque pueden alcanzar el carácter de objetos contra el hombre... Aquello que no nos es útil nos estorba, cuando menos en orden a impedirnos la atención sobre lo útil, porque dispersa nuestra actividad... Un signo de madurez de la persona es su desprendimiento de la estúpida posesión de objetos -valiosos para aquellos que consideran la propiedad de los mismos como un signo de poder- que no le son útiles" (590). En una palabra, el consumo de objetos, impuesto como necesario, es una aspiración colectiva que distrae especiosamente a los componentes de la sociedad de consumo de los objetivos fundamentales, realmente vitales.

El modo de producción capitalista, que necesita ampliar el mercado a base de abaratar el producto y de hacerlo accesible a la mayor masa posible de consumidores, trae consigo la homogeneización, al margen del bienestar que ello implica cuando los objetos son útiles (la difusión de la música y de la lectura, por ejemplo). La producción en serie de objetos, poseídos por amplias capas de la población, configura un ser

- - - - -

(590) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., pp. 162-163.

humano homogeneizado, necesitado de más y más alienaciones y definido, en términos de Marcuse (591), como un "hombre unidimensional". La intromisión en la intimidad de la persona, para conformarla desde su interioridad a las normas impuestas, es un rasgo que caracteriza a la sociedad actual, que dispone de unos medios de coerción impensables hace años.

La sociedad de consumo refuerza la necesidad de competencia preexistente en una sociedad capitalista: la obtención de objetos es, también, un reflejo del status socioeconómico que cada cual tiene. El consumismo depara un bienestar material, del que deriva una actitud política conservadora y que hace inviable, por la miseria confortable que conlleva, los intentos superadores de la alienación. El consumidor se convierte en cómplice y sostenedor de un contexto socioeconómico que le ha posibilitado una elevación de status, frente a los demás, por medio de la adquisición de objetos.

Las actitudes pequeñoburguesas, en forma de individualismo y de pragmatismo utilitarista, son el corolario de la sociedad de consumo, que conlleva un fenómeno de desclase: de una competitividad intergrupala se evoluciona a una competitividad intragrupal, responsable, en última instancia, de la incomunicación existente, en la medida en que, a un nivel

(591) Cfr. Marcuse, H.: El hombre unidimensional, Barcelona: Barral, 1968.

más o menos profundo, toda persona considera a los demás como presuntos rivales. Es frecuente en este contexto, según Castilla (592), una disociación ética, consistente en formular unos principios normativos deseables, pero transgredidos una y otra vez en el camino a la consecución de los objetivos propuestos.

No se puede hablar, de todos modos, sin más matizaciones, del carácter inhumano de la cultura del maquinismo y de la automatización. La posible alienación del hombre en la máquina no es "menos" humana que la alienación que la esclavitud llevaba a cabo. No se trata de elegir entre dos alienaciones, sino "entre estar alienado o no estarlo" (593).

La alienación que Charles Chaplin ejemplariza en "Tiempos modernos" no es comparable, en ningún caso, a la derivada de estructuras sociales feudales aún persistentes. A propósito de las insuficiencias de la sociedad de consumo, la cuestión no radica en dejar de consumir, cuando el consumir mismo reporta, por otros conceptos, sus propias ventajas: hoy en día, por ejemplo, la música de Beethoven está al alcance de muchos. La crítica marxista contra la enajenación se ha presentado, a veces, como una crítica contra la abundancia, con la natural colaboración de quienes buscan provocar esa confusión. No se trata de dejar de consumir, sino de

(592) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp. 175-185.

(593) Castilla, C.: La culpa, cit., pp. 295-296, nota 20.

atacar el consumir como única aspiración, que distrae a la persona de la consecución de objetivos específicamente humanos.

El argumento que condiciona la liberación a un nivel de vida más alto sirve demasiado fácilmente para justificar la perpetuación de la represión. La definición del nivel de vida en términos de automóviles, televisores, aviones y tractores, es la del principio de realidad. Más allá del dominio de este principio, el nivel de vida es medible con otro criterio: el de la gratificación universal de las necesidades humanas básicas, y la liberación de la culpa y del temor -tanto lo internalizado como lo externo, lo instintivo como lo "racional".

Baudelaire (594) señala a este respecto: "La verdadera civilización no consiste en el gas, el vapor o los andenes de ferrocarril. Consiste en la reducción de los rastros del pecado original".

La anomia es un concepto psicosociológico importante en la comprensión de los fenómenos de inadaptación en el marco de una sociedad competitiva y consumista. Este concepto es acuñado por Durkheim (595) y precisado y desarrollado poste-

(594) Baudelaire, Ch.: "Mon coeur mis à nu", XXXII, en Oeuvres Posthumes, Paris: Conard, 1952, t. 2º, p. 109.

(595) Cfr. Durkheim, E.: El suicidio, Buenos Aires: Schapire, 1965, pp. 246 y ss.

riormente por Merton (596, 597). La anomia es un conflicto de normas, de modo que las personas no pueden orientar con precisión su conducta. Merton (597) subraya el sentido sociológico del concepto de anomia, que no parece haberse diferenciado suficientemente de su vertiente psicológica. La anomia es un estado del sistema sociocultural, y no de la personalidad individual. En este último caso, el término utilizado es anomia (sin acento).

Como consecuencia de la confusión entre tablas de valores opuestos, suele plantearse, en el contexto de la sociedad consumista, un conflicto entre los fines culturales y las normas institucionales. En la estructura social capitalista, los ideales imbuidos al niño en la educación se centran en la adquisición de prestigio mediante el éxito, pero a través de una competitividad, en forma de dinero, de poder, de popularidad, etc. Estas metas, en la medida en que se inculcan en una sociedad que se autocalifica de igualitaria, alcanzan a amplios sectores de la población. Pero hay muchas personas y grupos sociales que no tienen acceso de hecho a estas metas, bien por una insuficiente dotación personal,

- - - - -

(596) Merton, R.K.: "Estructura social y anomia", en Teoría y estructura social, México: F.C.E., 1964, pp. 140 y ss.

(597) Merton, R.K.: "Anomie, Anomia and Social Interaction: Contexts of Deviant Behavior", en: Linard, M.B.: Anomie and Deviant Behavior, New York: Free Press, 1964, pp. 213-242.

bien porque, como ocurre más frecuentemente, su status o su particular posición social hacen muy difícil la elección de medios socialmente válidos.

Cuando una sociedad crea masivamente en los individuos necesidades, pero les discrimina en cuanto a la oportunidad de satisfacerlas, incurre en una contradicción, que es responsable, entre otros efectos, de las fuentes del enorme potencial de agresividad que albergan los seres humanos. Independientemente del carácter anómico de muchos conflictos sociales, es frecuente el aumento de la tasa de comportamientos desviados a medida que progresa la diferenciación funcional de la sociedad.

Incluso muchos comportamientos sexuales se inscriben en este contexto anómico. Según Pinillos (598), "la transgresión de los tabús sociales no constituye sino un momento de una violación generalizada del sistema normativo de nuestra sociedad. Inscrita en semejante marco de transgresión anómica, la caída de los tabús no representaría ya la superación de unas restricciones irracionales de la espontaneidad individual, sino más bien la desfiguración de las pulsiones instintivas por la pérdida de las estructuras sociales capaces de oponerse dialécticamente a ellas para configurarlas a un nivel humano".

- - - - -
(598) Pinillos, J.L.: "La liberación sexual", en Documentos de los Grupos de Trabajo de Psicología Crítica, 10, marzo 1971, Universidad de Madrid, p. 20.

Una sociedad anómica es creadora de conflictos éticos. Así, por ejemplo, a través de su filosofía democrática, la sociedad puede suscitar en ciertos individuos el deseo de participar en la vida política, de alcanzar un rango social, de ocuparse de negocios y, al mismo tiempo, prohibirles arbitrariamente -no jurídicamente, pero sí de hecho- la satisfacción de estos deseos mediante la imposición de discriminaciones sociales fundadas en un origen familiar, estado de fortuna, etc.

Así, "la conducta anómica... conlleva la disociación entre las aspiraciones manifiestas y las aspiraciones latentes. En una estructura anómica las normas del grupo son aceptadas formalmente, pero, en tanto suponen una coartación de las aspiraciones latentes, se está dispuesto a marginarlas solapadamente para así conseguir, al fin, el objetivo reservadamente propuesto" (599).

La estructura anómica aparece estrechamente vinculada a la estructura social competitiva. En la sociedad actual, montada sobre un sentido brutal de la competencia, el niño se adiestra en esta forma de vida desde su infancia. Lo contradictorio, lo anómico, radica en enmascarar esta dinámica interna de la sociedad a base de suministrar unos principios éticos que no son prácticos y, por tanto, en el fondo, no son practicados. El conflicto paterno-filial, que surge en

la adolescencia, en una época en que aún no se ha verificado la integración definitiva del adolescente (es decir, la aceptación de la disociación ética) en la sociedad, tiene mucho que ver, según Castilla (600), con el consciente o inconsciente descubrimiento de la duplicidad de los mayores (ambigüedad y/o antagonismo entre la conducta y los principios).

La situación anómica, resultante del conflicto entre metas culturales y medios institucionales, está vinculada a un sistema competitivo, que impide la cohesión profunda interpersonal y reduce el inconformismo con la propia situación social, no a una acción de clase, sino a una lucha individual por el éxito. Así, la sociedad anómica, junto a un avance técnico y económico incuestionable, es responsable, en la medida en que crea conflictos de normas y aviva la competencia hasta unos límites inimaginables, del fracaso de muchas personas, que se traduce en el incremento de la tasa de suicidios, en la delincuencia (especialmente juvenil, con un comienzo cada vez más temprano de la conducta delictiva), del alcoholismo, de las toxicomanías y del alto grado de neurotización. La drogadicción, el alcoholismo, el vagabundeo, etc., y, en general, las conductas fatalistas, resultan del continuado fracaso en conseguir fines por medios ilegítimos, así como del fracaso -condicionado por las normas internalizadas previamente- en servirse de medios ilegítimos.

- - - - -

(600) Castilla, C.: Dialéctica de la persona..., cit., pp.

El proceso anómico se enmarca dentro del progresivo proceso de urbanización, industrialización y emigración. Todo ello contribuye a la proliferación de subculturas (juveniles, del crimen, etcétera) y, por consiguiente, a la difusión de la droga, alcoholismo y otras conductas, que parecen propagarse mejor en el marco de sociedades cada vez más complejas o diferenciadas funcionalmente. La solución de una buena parcela de la marginación social tiene que comportar un mejor equilibrio campo-ciudad.

Gurvitch (601) señala a este respecto: "La ciudad es ya el hecho de la concentración de población, de los instrumentos de producción, del capital, de los goces, de las necesidades, mientras que el campo muestra justamente el hecho contrario, el aislamiento y la separación".

No basta con encontrarse desviado -por ejemplo, anómicamente- para incurrir en conductas desviadas y/o delectivas. Es preciso, además, tener acceso a la disposición de medios ilegítimos. Precisamente este punto -el de la disponibilidad de medios ilegítimos- ha sido señalado por Cloward (602) para enriquecer la teoría de la anomia expuesta por Durkheim y Merton, que descuidaron precisamente este aspecto del poder fáctico.

- - - - -
(601) Gurvitch, G.: El concepto de las clases sociales, Buenos Aires: Nueva Visión, 1967, p. 32.

(602) Cit. en Garmendia, J.A.: Esquema del delito en España, Barcelona: Plaza Janés (Testigos de España), 1974, p. 34.

Por tanto, no es extraña la bondad estadística de estructuras presuntamente anómicas, como el campo, que no tienen fácil acceso a la estructura de oportunidades delictivas. Así se comprende la ventaja de las zonas urbanas en el capítulo de la desviación manifiesta, ya que son mayores y más frecuentes las ocasiones de las mismas para incurrir en el delito (los atentados contra la propiedad, por ejemplo).

La anomía surge, pues, de un desfase entre los objetivos y los medios lícitos. Una de las consecuencias de la situación anómica es la delincuencia. La delincuencia puede ser explicada, en muchos casos, en términos estratificacionales, como un tipo de conducta que intenta burlar las barreras clasistas que se interponen a la movilización ascendente de muchos individuos. Así, "en los casos en que los individuos aceptan como valederas y operantes las perspectivas que se propone la clase dominante de hecho, pero sin poder usar medios legítimos para realizarlos, la elección de los medios ilegítimos o hasta frecuentemente antisociales se presenta como la única solución, o por lo menos como la más fácil, según la máxima de que el fin justifica los medios" (603).

De este modo, por ejemplo, el hurto de uso de vehículos de motor, muy difundido hoy entre los jóvenes, responde a

- - - - -
(603) Bertolini, P.: "Comportamiento desviado, inadaptación, delincuencia y criminalidad juvenil", en Alberoni, F. et alii: Cuestiones de sociología, Barcelona: Herder, 1970, p. 1.384.

la búsqueda de la meta del éxito social, exteriorizable, entre otras cosas, en la posesión de un coche, símbolo de poder y bienestar, pero por medios ilegítimos, quizá los únicos a su alcance. No es desdeñable la proyección social de estos hurtos, que representan una forma de prestigio de cara a sus propios compañeros, especialmente si hay personas de sexo opuesto entre ellos. La meta (el éxito social) y la proyección social (ante los demás) responden a las pautas culturales del sistema, sólo que con la diferencia de la utilización de métodos no válidos.

El prestigio social constituye un elemento de suma importancia en estos casos. Sobre cada persona se ejercen presiones en la dirección de la conformidad, ligadas esencialmente a su innegable necesidad de ser reconocido y respetado como miembro de un grupo. Sin embargo, algunas personas no logran hallar una solución a dichos problemas según las líneas directrices del grupo de pertenencia, o bien porque la propia dotación personal es deficiente, o en todo caso no adecuada al quehacer que les impone la situación social vivida, o bien porque, dado que tales problemas dependen, sobre todo, de las dificultades intrínsecas de las estructuras sociales y culturales existentes, su particular status o su peculiar situación social hacen objetivamente muy ardua la elección de soluciones normales.

En estos casos, la persona puede desarrollar un cuadro psiconatológico, convirtiéndose así en sujeto portador de una

neurosis o de una psicosis, o bien puede tratar de construirse, a través de una serie de relaciones interpersonales, que se resuelven o no en estructuras sociales organizadas, un nuevo cuadro de referencias comportamentales. En definitiva, se ha creado en este caso una subcultura, con tablas de valores, convicciones, ideales, etc., en contraste con las reconocidas oficialmente válidas por la comunidad social.

El primer caso debe considerarse como una solución patológica de los problemas de adaptación orientada en un sentido privado o personal; el segundo debe considerarse como una análoga solución patológica, pero de grupo o socialmente realizada. Esto no significa, sin embargo, que el comportamiento inadaptado sea siempre diferente del delictivo o criminal. Con mucha frecuencia, el estado de inadaptación personal de los individuos en particular, especialmente en la edad evolutiva, se manifiesta al exterior con comportamientos y con actos claramente desviados en sentido, precisamente, delictivo criminal (hurto, rapiña, agresión, etc.).

Ambos fenómenos tienen su motivación última en análogos problemas sociales, pero son muy diversas las modalidades como se constituyen y se realizan concretamente, por lo que también son muy distintas las posibles soluciones. La inadaptación personal requiere, básicamente, un tratamiento psicopedagógico; la delincuencia, en cambio, requiere también un tratamiento sociológico y sociopedagógico.

La anomia no se reduce sólo a un mero desfase entre fines culturales y medios socialmente aceptados. Según Merton (604), el problema anómico se agrava cuando no se tienen medios concretos para realizar los objetivos culturales en una sociedad democrática que habla, constantemente, de igualdad de oportunidades. En las sociedades poco avanzadas, en cambio, los miembros de los estratos sociales inferiores tienen un techo existencial muy corto, limitado, en realidad, a la adquisición de prestigio dentro del propio subgrupo, pero sin plantearse los marcos de referencia (el mundo de los valores, la concepción de la vida, etc.) de las clases dominantes, por considerarlos inaccesibles ya desde su primera infancia.

En las sociedades desarrolladas, en cambio, en que se predica constantemente la igualdad de oportunidades y en que tienden a generalizarse los valores (el consumismo, por ejemplo) y las formas sociales oficiales, por medio de los medios de comunicación de masas y de las instituciones educativas, a todos los niveles sociales, surge, lógicamente, una frustración en las personas o sectores sociales que no tienen medios a su alcance para realizar las metas sociales interiorizadas precozmente.

En este contexto, vivido como una situación de injusticia, no es extraño que la frustración resultante se manifieste en forma de conducta desviada, que no es sino una forma

..
(604) Merton, R.K.: "Estructura social y anomia", en Teoría y estructura social, cit., pp. 140 y ss.

de alcanzar los mismos objetivos -el éxito social- por otros caminos. Giner (605) precisa a este respecto:

"Por eso seguramente hay mayor correlación entre pobreza y crimen en los Estados Unidos que en países mucho más pobres, en los que los económicamente débiles son más fatalistas acerca de su situación. En estos países, la situación puede llegar a ser más revolucionaria, porque el individuo ya sabe de antemano que la movilidad individual no es posible. Pero esto ocurre si en tales sociedades surge una ideología igualitaria al tiempo que se mantiene la estructura tradicional, por ejemplo, semifeudal, como es el caso de algunos países hispanoamericanos".

Una situación anómica de especial relevancia se da entre los inmigrantes. En un suburbio desorganizado, ocupado por inmigrantes, los recién llegados vienen con esquemas mentales de su sociedad rural, y se encuentran con un mundo diferente, cuyas normas no son evidentes de inmediato. Castilla (606) establece unas aclaraciones precisas sobre el tipo de adaptación que experimentan los inmigrantes.

La incorporación por un sujeto aislado a un medio en donde ya radican otros compatriotas, es más perturbadora que la incorporación de varios, simultáneamente, a un medio en donde,

(605) Giner, S.: Sociología, cit., p. 200.

(606) Castilla, C.: "Aspectos psicopatológicos de la migración", en Revista de Economía de Galicia, 61-63, 1968, p. 79.

sin embargo, no existen otros compatriotas. Esta situación puede ponerse en relación con la seguridad que, fundada o infundadamente, se se vive como problemática en distinta intensidad en ambos casos. Un sujeto aislado que se incorpora a un medio extraño en donde existen ya otros compatriotas, experimenta una crisis de su propio valimiento. Por el contrario, la inseguridad de muchos que se incorporan, simultáneamente, al medio extraño, es un factor de cohesión intragrupal, que se pone en juego precisamente ante la experiencia colectiva de la extrañeza del ambiente. Por decirlo así, la inseguridad de muchos da a cada uno seguridad a través del amparo recíproco que se confieren (607).

Este conflicto anómico adquiere incluso unas matizaciones psicopatológicas: "Los cuadros depresivos puros aparecen más consecutivamente a la soledad extrema, mientras los delirantes estallan a partir de algún conflicto con la comunidad, después del cual se ven obligados a aislarse de esta comunidad que hasta entonces utilizaron como protección" (608).

De hecho, emigrante emigra "no sólo para alcanzar algo, sino para liberarse de algo, sentido más o menos incons-

- - - - -

(607) Cfr. Lasa, J.J. y Martínez Langerita, P.: Síndromes psicopatológicos condicionados por la inmigración y emigración, San Sebastián: Diputación de Guipúzcoa, 1970.

(608) Castilla, C.: "Aspectos psicopatológicos de la migración", cit., p. 81.

cientemente. La emigración comporta, en alguna medida, dosis de inconformismo y de repulsa. Naturalmente esta situación entraña conflicto" (609).

La denominada "delincuencia política" aparece también entroncada con el concepto de anomia: "El desarraigo y la anomia producen en las clases fronterizas -la alta clase baja, la baja clase media- una actitud de coherencia revolucionaria más aguda que la de la de las clases más bajas -cuya explotación económica y subyugación política les deja poco lugar para la organización política; estas clases tienden más bien a la rebelión anarquizante, en los casos en que ella es posible, y si no están integradas en organizaciones políticas de combate en las que participan también los otros grupos" (610).

El alto desarrollo de la sociedad de consumo se ha alcanzado al precio de un grado cada vez más elevado de anomia, que ha traído consigo la desintegración de las relaciones interpersonales. El consumo se realiza a expensas de la competencia, que afecta a los que producen, pero también a los que consumen: el prestigio del yo está, en gran parte, en función de la cantidad y calidad de los objetos que se poseen. Considerar las posesiones externas como características intrínsecas del yo es ilusorio, pero, sin embargo, es defini-

(609) Garmendia, J.A.: Esquema del delito en España, cit., p. 70.

(610) Giner, S.: Sociología, cit., p. 217.

torio de la sociedad de consumo. Esta actitud competitiva penetra en todos los niveles de la organización social y personal, de modo que el resultado de ello es la descohesión profunda entre los grupos sociales y las personas, caracterizada por una falta de solidaridad intergrupale interpersonal. No es posible, en este contexto, una comunicación sincera, de dimensión amplia, cuando la consideración interpersonal está lastrada, a un nivel más o menos profundo, por una competitividad de fondo.

La forma de vivenciar la ambición es una ejemplarización de la competitividad de fondo existente en el sistema socioeconómico neocapitalista: "... La ambición, aun sin ser desproporcionada intrínsecamente, cuando se toma como meta en su sentido de éxito frente a los demás, entraña un gravísimo riesgo y cuenta con las mayores posibilidades para frustrarse. Porque entonces el trabajo no se verifica de acuerdo a sus funciones propias, sino en la medida en que gratifica y en gratifica haciendo que se vale más que los demás. No sólo a la larga, y a la corta, el trabajo hecho así pierde, como no puede ser menos, calidad, sino que, a través de la frustración en él y en la medida en que constituía toda su vida, se frustra asimismo su vida entera" (611).

Dado el carácter radicalmente comunitario del ser humano, el humanismo competitivo retrae al hombre a un egoísmo antina-

..
- - - - -
(611) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 121-122.

tural. La soledad es, en definitiva, el resultado de la competencia. La restricción a un modo de conducta competitivo, rivalizador, impide al ser humano la dedicación plena a cualquier otra posibilidad vocacional. Sólo se estimula aquello que resulta directamente productivo e intercambiable en el mercado del mundo, pero se encuentran, en contrapartida, serias dificultades de realización en ámbitos no directamente productivos desde el punto de vista socioeconómico. No es imaginable, en nuestro contexto -señala Castilla (612)- lo que una sociedad sin competencia puede dar de sí, en donde, simplemente, cada cual se dedique a la forma de realización que considere idónea para él.

La estancia en un sistema competitivo obliga a la rivalidad recíproca de unos miembros con otros, de modo que la competencia, a modo de talante existencial, se proyecta a todas las actividades del ser humano. Toda creación humana que se va a transformar en mercancía está condicionada por el mercado social, incluso previamente a su realización. Al margen de la inespontaneidad que este hecho conlleva, la creatividad humana así conformada tiene como misión la elaboración del propio producto, pero también, por la misma dinámica competitiva, la destrucción del producto de los otros, como se pone de relieve, por ejemplo, en las profesiones

- - - - -

(612) Castilla, C.: El humanismo "imposible", cit., p. 39.

liberales, según subraya Castilla (613).

La dialéctica de la competencia, que es radicalmente destructiva, configura una moral del éxito, definida, fundamentalmente, en ser-más-que-el-otro. Si los demás son personas a competir, las posibilidades de relación interpersonal se centran fundamentalmente, al margen de aspectos superficiales, sobre lo negativo. En la medida en que la moral del éxito es una aspiración de poder y exige una consideración comparativa, conlleva la alienación de la persona en su proyecto.

Pero el éxito adquirido, a modo de enajenación en el bienestar, no es siempre suficiente, lo que se pone de relieve cuando hay una incoherencia entre el repertorio de convicciones y opiniones de una persona, por un lado, y la realidad de su proyecto, por otro. En este caso, sobreviene el fracaso, independientemente del "éxito" que el sujeto asuma en otros valores, que, aunque reconocidos socialmente, no son para él los más importantes.

La educación funciona como una correa de transmisión de esta ideología competitiva, que conlleva, entre otros aspectos, una disociación ética. El niño es educado en el marco de unos principios morales abstractos y rígidos, ejemplari-

(613) Castilla, C.: "La ideología de la locura en la práctica psiquiátrica actual", en Bercovitz, R.: La marginación de los locos y el derecho, Madrid: Taurus, 1976, p. 13, nota 9.

zados en unos cuantos tipos ideales de grandes hombres y santos, pero incumplidos, por regla general, en el medio familiar y social que le rodea. Las implicaciones de esta actuación educativa son varias:

- "a) Sólo con carácter de excepción, y basado en condiciones personales innatas y de carácter extraordinario, se puede ser lo que se debe ser.
- b) La introyección, más tarde, de la duplicidad del ser y del hacer. La des-moralización existente se da como un hecho inevitable en sí, pero oculto bajo una duplicidad manifiesta: hay inevitablemente que actuar así, pero no somos así" (614)

(614) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 364-365.

-358-

Capítulo 2º: Sociedad de consumo y pseudoliberación sexual

En líneas generales, en la sociedad de consumo se empieza a contar con el sexo y con todo lo referente a la vida sexual como "algo natural", hecho que distingue a la época actual de etapas pasadas y que entraña un evidente progreso. De todos modos, no se puede considerar, sin más precisiones, que la sociedad de consumo sea una estructura social liberadora en el ámbito sexual. El número de posibilidades de satisfacción sexual es hoy mayor, pero también lo es el nivel de exigencias que el desarrollo social actual comporta. Además de una estimulación erótica crecientemente, una visión más racional del problema sexual sugiere la adopción de pautas de conducta más abiertas y espontáneas y que no siempre están permitidas. La erotización existente, hábilmente manipulada por la sociedad de consumo, pone de relieve, a nivel sociológico, la insatisfacción de la necesidad sexual.

La sociedad de consumo es una sociedad fuertemente erotizada. Dado que la erotización -la extensionalidad erótica, según señala Castilla (615)- es, entre otras, una consecuencia de la represión sexual, denota que las necesidades sexuales no están satisfechas. La erotización sólo es posible allí donde se da una indiferenciación sexual:

"... En la evolución de la sexualidad se pasa de un erotismo indiferenciado hacia la sexualidad propiamente dicha, que sería la genitalidad. Toda represión, al actuar precisamente en la fase de indiferenciación sexual, deja la sexual-

(615) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 41-42.

lidad sin el paso necesario para un ulterior desarrollo hacia una concreción, como es la fase genital de la misma. Así, la erotización se produce a través del mecanismo de la representación" (616).

Hay una manipulación de este hecho en la sociedad consumista, de forma que el erotismo se ha convertido en un objeto más de consumo, en una mercancía, y se ha distanciado de su función propia: la comunicación interpersonal. El sexo se utiliza, no como una propiedad de la especie con valor de uso para la satisfacción específica de la comunicación que se desea, sino como mero objeto con valor de cambio, de forma que se trafica con el sexo como con cualquier otra mercancía. Dadas las características de la erotización, cualquier objeto, por alejado que esté de un contenido erótico, puede ser erotizado y ser, por tanto, susceptible, con ayuda de la publicidad, de ser consumido con mayor relevancia.

El valor mercantil de lo erótico se muestra, por ejemplo, en el diferente tratamiento que reciben el hombre y la mujer en el ámbito publicitario. La erotización publicitaria está orientada, fundamentalmente, al hombre, por ser él el protagonista de las relaciones de producción y el que detenta el poder económico, a nivel familiar y a nivel social.

La repercusión de esta situación en el ámbito de la in-

.. (616) Porcel, B.: "Castilla del Pino, frente al sistema", cit., p. 17.

timidad es notable. Así, "si la elección afectivo-erótica era, con anterioridad, una cuestión sociobiográfica y, por tanto, relativamente personalizada, la utilización del eros como consumo y para consumo ha desindividualizado el objeto sexual y ha impuesto el 'tipo', con unos medios de coerción impensables hace años" (617). La intromisión en la intimidad de la persona, para su conformación "desde allí" a las normas impuestas, es un rasgo que caracteriza a la sociedad actual.

En el marco de la erotización existente, la necesidad erótica queda insatisfecha con el recurso a los objetos previamente erotizados, de modo que el sujeto aparece inmerso de nuevo en la mistificación que supone el plus de erotización adquirido. La alienación erótica no puede deparar satisfacción al sujeto, porque esos objetos no responden, en realidad, a la necesidad erótica. Esta alienación requiere más y más formas de satisfacción sustitutiva, que perturban la actividad total del sujeto y le retraen hacia funciones más directamente relacionadas con el objeto alienador. Según Castilla (618), la alienación erótica, por su propia autonomía, se convierte, así, en el terreno adecuado para la perpetuación de la manipulación y, en última instancia, del propio sistema que la hace posible.

- - - - -
(617) Castilla, C.: "Erotización y sociedad de consumo", cit., p. 143.

(618) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., pp. 102-103.

No se puede hablar, propiamente, de libertad sexual en la sociedad de consumo. Muchos de los logros obtenidos no se corresponden con libertades otorgadas, sino con libertades tomadas, que se manifiestan, a veces, de forma vacilante y que configuran una situación de pseudolibertad. Hay una imposibilidad fáctica de control sexual hasta el extremo deseable por parte de los estamentos dirigentes de la sociedad: "esta libertad tomada, merced a la imposibilidad de hecho del control de la represión, es lo que hace de la sexualidad vida hoy día una sexualidad relajada" (619).

Que la libertad sexual no está asumida de una forma desculpabilizada, lo pone de relieve el recurso a la segregación de la ideología dominante y la adscripción a grupos que, por su propia dinámica y normativa interna, pueden vivir, hasta cierto punto, una sexualidad más libre. Adoptar, como se hace con frecuencia, normas clandestinas para la transgresión de los tabúes o desinhibirse de temores sociales, previamente internalizados, mediante la droga o el alcohol, es una muestra de la dificultad de obtención del logro erótico en el marco de las instituciones del sistema.

De hecho, el matrimonio impone, especialmente al hombre, unas pautas restrictivas más rígidas que hasta ahora. En etapas anteriores, la institución de la "querida" estaba tolerada, pero hoy, entre los matrimonios jóvenes, es inviable

..
- - - - -
(619) Castilla, C.: "Erotización y sociedad...", cit., p. 137.

económicamente, incompatible profesionalmente y peor tolerada socialmente. La pareja desempeña un papel, incluso profesionalmente, de modo que la esposa "es tomada en cuenta" en el rol profesional del marido, por ejemplo en el ámbito de las "relaciones públicas". La incorporación de la mujer al trabajo ha traído consigo, por el incremento de seguridad en sí misma que le ha deparado, una intolerancia hacia las transgresiones institucionalizadas de su marido.

La ética ha evolucionado, por tanto, de un rígido moralismo a un pragmatismo. Castilla (620) señala al respecto: "La desobediencia al Superyó no representa ya -por lo menos no representa tanto- un pecado, cuanto un error, que se paga al precio excesivo del posible fracaso. El Superyó desobedecido es temido no tanto por la conciencia de culpa que genere, cuanto por el temor a las consecuencias (sociales) que pueda suscitar en orden a la no consecución del éxito (social)".

La disociación que se produce en la sociedad de consumo entre una conducta desinhibida y unos principios normativos más bien estrictos, internalizados precozmente, puede ser causa de desajustes psicológicos. Mitscherlich (621) señala:

"...El comportamiento neurótico representa una protesta contra las imposiciones de adaptarse a ciertas leyes morales

(620) Ibid., p. 136.

(621) Mitscherlich, A.: La inhospitalidad de nuestras ciudades, Madrid: Alianza, 1969, p. 158.

a las que el individuo no se puede oponer abiertamente, pero que tampoco puede aceptar en la profundidad de su naturaleza instintiva. Un ininterrumpido juego de fuerzas se desarrolla entre aquello que queremos, aquello que nos vemos internamente obligados a hacer y aquello que podemos y debemos hacer según las leyes de nuestra sociedad".

La sociedad de consumo ha tergiversado el papel de lo erótico. Al margen de lo que ha representado en la esfera de la liberación y de la espontaneidad en las relaciones interpersonales, una mayor libertad erótica no tiene por qué llevar consigo, ineludiblemente, una espontaneidad mayor ni un encuentro más posibilitador entre persona y persona. La erotización de la sociedad consumista conlleva una relación interpersonal hombre-mujer basada, no en relaciones totalizadas, sino sobre el carácter específicamente sexual de las mismas. En el encuentro meramente erótico, uno y otro se cosifican tras la apariencia de un encuentro real.

La liberación sexual -señala Castilla (622)- no ha traído consigo la deserotización. Cuando se reduce a una persona únicamente a su función sexual, se le asigna un valor de cambio dentro de una relación de tipo fetichista (en el sentido marxista del vocablo, no en el de "perversión"), de modo que, fácilmente, se puede uno hastiar y buscar incentivos que mantengan la novedad de la cosa-sexo a base de impregnar de

..

(622) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 124-125.

este contenido todo acto. La consideración de la persona como mero sexo conlleva una imposible satisfacción, por centrarse en el valor de un fetiche, que, como toda pseudonecesidad, es insaciable.

La erotización característica de la sociedad de consumo polariza a sus componentes en torno al sexo y les distrae de otros objetivos. La libertad sexual puede ser, en este contexto, una especie de opio que ayude a soportar la privación de la libertad política. Aranguren (623) señala al respecto:

"El dilema, por traído por los pelos que parezca a quienes no quieren enterarse, será, al final, éste: o erotización o politización (tomando una y otra palabra en acepción bastante amplia). O la entrega, en la medida de las posibilidades de cada cual, a la 'dolce vita', o la propuesta de una gran empresa común. Y es muy probable que, también aquí, el inmovilismo derechista, cuando se vea perdido en los otros terrenos, vaya a jugar, 'in extremis', la carta del erotismo".

De este modo, la libertad sexual, al margen de su perentoria necesidad, se configura, en este contexto, como una pseudoliberación que hipoteca otro tipo de libertades y como una permisividad sectorial que, según Castilla (624), sujeta a la persona en los demás ámbitos al sistema.

- - - - -

(623) López Aranguren, J.L.: Erotismo y liberación de la mujer, Barcelona: Ariel, 1972, p. 33.

(624) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 147.

La desinhibición de los impulsos sexuales no se puede identificar con una auténtica liberación sexual. Al margen de otras consideraciones, la erotización imperante fuerza a una desinhibición sexual degradante, cuando el sujeto no encuentra una forma adecuada de canalizar sus impulsos sexuales. A este respecto, los "slogans" y los dibujos pornográficos de muchos retretes públicos son lúcidamente denunciadores de la miseria a que en este ámbito se puede llegar y revelan el grado de bestialismo alcanzado cuando las instancias reprimidas se desinhiben -que no liberan-, por algún tipo de impotencia, en la soledad y en el retrete (625).

La psicopatología sexual aparece también conformada por la escala de valores vigente en la sociedad de consumo. El estudio de la homosexualidad es ilustrativo a este respecto. Al margen de la reprobación histórica que, con todo tipo de excepciones, este fenómeno ha producido, según Hesnard (626), la homosexualidad, en el contexto sociocultural de la sociedad de consumo, está vinculada a un sistema de referencias sociales. Según Gagnon y Simon (627), la identificación del

- - - - -

(625) Castilla, C.: "Erotismo y sociedad...", cit., p. 141, nota 4.

(626) Hesnard, A.: Sexología, cit., pp. 339-340.

(627) Gagnon, J.H. y Simon, W.: "Homosexuality: The Formulation of a Sociological Perspective", en Journal of Health and Social Behavior, 8, nº 3, 1967 (septiembre), pp. 177-185.

con la procreación, amparada en la moral cristiana, ha producido en nuestra cultura un rechazo del comportamiento homosexual.

Es muy reducido el número de homosexuales que intenta modificar sus tendencias eróticas con el recurso a un tratamiento psicoterapéutico. La necesidad de ocultación de una diferenciación sexual que socialmente conlleva una minusvaloración, es la motivación fundamental para eludir su tratamiento. Entre los homosexuales que acuden como tales al psicoterapeuta, las posibilidades de éxito son muy reducidas. La dificultad no radica meramente en la índole del disturbio, sino en el sistema de referencias y valores que definen nuestra estructura social y que deciden el acto de la consulta misma. Castilla (628) precisa este tema:

"El homosexual no se cura la mayoría de las veces, ni tan siquiera de entre los que aparentemente por sí acuden a consultar, porque en verdad son 'empujados', sin que exista en ellos -¿por qué habría de existir?- auténtica voluntad de curación, o sea, deseo, desde sí mismo, de transformar la dirección de su impulso erótico. El homosexual viene a nosotros por razones de prestigio, no de culpa... La culpa social es, en última instancia, algo que dejaría de ser tal si se cumpliera la condición de su ocultación total y segura; por tanto, no es culpa, sino temor a la pérdida del prestigio

- - - - -

(628) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 142.

"

que se derivaría de su constatación por los demás".

La anormalidad del homosexual es sólo una interiorización de los valores sociales, definidores de la normalidad estadística en función de una ideología previamente adoptada, pero no es un trastorno que invalida, por sí mismo, al homosexual para el desempeño de sus funciones personales, como pueden serlo, por ejemplo, una fobia o una obsesión. La invalidación puede ser un efecto secundario, derivado de la preocupación por ocultar sus tendencias y no perder el prestigio social.

No distinguir entre la perturbación primaria del funcionalismo que otros disturbios provocan y la perturbación secundaria al rechazo social que la homosexualidad conlleva, es origen de todo tipo de malentendidos y de fracasos psicoterapéuticos. Lo que el homosexual ignora, en su esfuerzo por adaptarse a la norma social, es el carácter extrínseco de su sentimiento de culpa. La supresión de un montante de culpa inobjetiva libera, según Castilla (629), al paciente de un modo, en verdad, muchas veces sorprendente, precisamente por la toma de conciencia de sí que, en un momento determinado (en una psicoterapia, por ejemplo), el homosexual puede verificar. La necesidad de ocultación y de evitar la disvalorización social ha estado tan arraigada en los homosexuales que, muchas veces, "la elección del sacerdocio ha sido una

- - - - -

(629) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., pp. 128-129.

forma existencial cómoda de encubrimiento de instancias homosexuales" (630).

La inhibición de los homosexuales ante la política, que es un fenómeno muy frecuente, responde al escepticismo que albergan ante las posibles soluciones que las distintas alternativas sociopolíticas puedan ofrecer a su problemática. La conciencia social se adquiere a partir de la situación de cada uno dentro del contexto general. Si el progreso logrado tras la transformación deseada se traduce, efectivamente, en un cambio en las relaciones productivas, pero no en una modificación de los prejuicios sociales, se produce, indefectiblemente, el hastío y desengaño subsiguientes. La problemática personal de los homosexuales gravita excesivamente sobre ellos y les inhibe de tomar una conciencia política transpersonal, pero esto es válido hasta cierto punto: "la realidad estriba también en el hecho de que los homosexuales no entrevén, hoy día, un sistema social que, por dispar que sea a aquel en que problemáticamente viven, capacite para una solución efectiva y racional al problema que su situación les provoca" (631).

Todo síntoma tiene que ser referido al contexto ideológico del sistema social. La problemática que presenta, por ejemplo, la impotencia sexual es un ejemplo de esta situación. En una sociedad en donde la "potencia sexual" es un valor de

" (630) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 140, nota 56.

(631) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 105.

primera magnitud (más que en la obtención de placer, en la calificación fetichista de "virilidad"), la voluntad de curación en el impotente, expresada, por ejemplo, como constancia en el tratamiento, es de una fuerza directamente proporcional, cuando se supera la resistencia inicial a comunicar al psicoterapeuta su déficit, a la del valor social conferido a la norma. La sobreestimación del síntoma de impotencia en el sistema de referencias sociales fuerza al impotente a resistirse a confesar su trastorno, pero cuando lo hace, manifiesta una extraordinaria voluntad de curación: así se explica, en función de las expectativas sociales que caracterizan a la potencia sexual, el buen pronóstico que este trastorno tiene, a veces con un tratamiento meramente sugestivo. (632).

La conciencia de una impotencia no responde siempre al sentido funcional de la palabra, sino a veces a un sentido sociológico del término. Una persona puede ser, fisiológicamente, potente, pero, sin embargo, por pene pequeño o por cualquier otra insuficiencia valorada socialmente, puede tener una minusvaloración de los atributos masculinos, de gran trascendencia en una cultura machista y fálica como la nuestra.

Esta no es una situación genérica. Todas las figuras de hombre del arte helénico, por ejemplo, tienen un pene minúsculo.

(632) Castilla, C.: Patografías, cit., pp. 143-144.

culo. El cultivo del falo aparece en nuestra cultura a partir del giro que infunde la influencia semítica con la circuncisión. El resultado es que, a pesar de lo que Master y Johnson (633) denominan "falacia del pene" (que es falso que el pene flácido pequeño sea insuficiente en todos los órdenes, procreador y orgiástico), el número de personas que sufre toda la vida y en todo momento por ella es enorme. Esta situación puede, incluso, inducir al sujeto a la inhibición, en esferas extraeróticas, a la necesidad de ocultación, a la pérdida de espontaneidad, a racionalizaciones puritanas acerca del pudor, etc.

Las implicaciones que la calvicie tiene en nuestra cultura responden, en gran parte, a la valoración social de la potencia sexual. De hecho, muchas personas, aparentemente seguras de sí, adoptan actitudes pueriles ante el intento, no logrado, de ocultar la calvicie. Precisamente, el valor social que el cabello posee, hace posible que su pérdida posea una significación especial para el sujeto afectado.

La cantidad de publicidad acerca de productos capilares y el comportamiento "ingenuo" de personas que, en el resto de las actividades, son conscientes del carácter fraudulento de la publicidad, son hechos significativos, según Castilla (634),

(633) Cit. en Castilla, C.: "Psicopatología de un dictador", cit., p. 18.

(634) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., pp. 77-78.

a este respecto. Conviene ahondar en el significado real que posee la calvicie en nuestra sociedad. La negatividad del cabello adquiere mayor significación que la positividad del mismo mientras se tiene, de modo que la preocupación por la caída del pelo no tiene por qué reflejar una personalidad previamente exhibicionista del peinado. La pérdida del cabello tiene un significado erótico, íntimamente ligado a la implícita involución que puede suponer y que, naturalmente, no es real, pero este carácter erótico es sólo mero reflejo, consecuencia del significado social y no individual que la correlación calvicie-vejez posee.

La impotencia tiene, pues, una irradiación psicológica que trasciende del ámbito meramente funcional y que se relaciona con unas pautas de valoración social. Del mismo modo que la frigidez de la mujer puede ser atribuida (al menos, como un factor más que se sobreañade) al hecho de la pasividad femenina y a su cosificación erótica subsiguiente por parte del hombre, han aparecido impotencias sexuales masculinas en algunas parejas en que la mujer trabaja (sobre todo, si, además, recibe una remuneración mayor que la de su "partenaire"). Se trata de personas inseguras que sólo pueden ser gratificadas con la convivencia al lado de personas aún más débiles e inseguras que ellos. Castilla (635) amplía este concepto:

- - - - -

(635) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 46.

"... El mayor perjuicio para el marido -traducible en el carácter conflictivo que el trabajo de la mujer le crea- se lleva a cabo allí donde ambos, marido y mujer, son de profesiones liberales. La razón que se aduce es que, en estos casos, el éxito tiene carácter individual y, por tanto, se acentúan las desigualdades y aparecen las rivalidades".

A diferencia de lo ocurrido con la impotencia sexual masculina, la frigidez ha sido subestimada como síntoma y se ha puesto de relieve en la consulta psicoterapéutica al margen, en todo caso, del objeto primordial de la consulta. El planteamiento de la frigidez como problema es relativamente reciente. En realidad, el fenómeno de la frigidez es algo que existe desde hace mucho tiempo, pero sólo ahora, en función del mayor protagonismo asumido por la mujer a raíz de su incorporación al trabajo, se comienza a considerarlo como una dimensión psicopatológica. La frigidez ha sido, incluso, calificada positivamente en el marco de la ideología dominante: "en nuestra civilización, la frigidez se presenta condicionada por la estructura social y la organización patriarcal, que temen a la sexualidad femenina y, consecuentemente, multiplican sus esfuerzos a fin de someterla al conveniente grado de represión" (636).

Dada la imposibilidad de manifestación explícita de la

(636) Cela, C.J.: Enciclopedia del erotismo, Barcelona: Sedmay, 1976, artículo "frigidez", t. 3º, p. 657.

frigidez como tal trastorno en el marco de referencias sociales vigente, numerosos desarreglos padecidos por la mujer son, únicamente, una máscara involuntaria (muchas veces, semivoluntaria) de su problema sexual. La insatisfacción de las necesidades amorosas puede traducirse, sutilmente en mascarada, en una enfermedad funcional y hasta en una enfermedad orgánica. Son indicio, en ocasiones, de la existencia de una frigidez larvada ciertos signos de neurosis (nerviosismo, molestias neurovegetativas, tendencias ansiosas...) y ciertos estados mentales o caracterológicos (pesimismo, irritabilidad, odios familiares, sentimientos de inferioridad, tendencia excesiva a dominar o a hacerse interesante...). Dexeus (637) lo expresa así:

"Si después de una estimulación sensorial y una excitación cortical no existe una descarga orgásmica, los remanentes libidinosos se manifiestan en su doble vertiente psicosomática. La mujer queda triste o irritable y con una somatización, más o menos evidente y duradera, de aquel remanente en forma de cefalalgias, dolores abdomino-pelvianos o pruritos".

La frigidez, considerada hoy como problema, no puede ser considerada en su significación profunda al margen de la erotización de la sociedad actual. La enfatización del erotismo está vinculada, de algún modo, a la facilidad con que

- - - - -
(637) Dexeus, J.M.: Frigidez femenina, Madrid: Roche, 1968,

son satisfechas las necesidades instintivas básicas, con lo que se polariza la atención hacia el campo, en parte inexplorado, de la sexualidad. Las ansias eróticas del ser humano actual reflejan, en última instancia, una profunda inseguridad vital y responden a un deseo de comunicación satisfactoria a todos los niveles. En este sentido, la estructura anómica implica un carácter competitivo, lo que contribuye a dar una mayor inseguridad al hombre actual:

"Nadie se liga profundamente a nadie, porque en último término es un potencial competidor... La anomia subyacente conduce a la latente disgregación de los grupos e individuos, que, bajo el respeto de un cierto 'fair play', oscuramente pugnan entre sí a todos los niveles" (638).

En este contexto, es comprensible cómo el placer sexual ha podido transformarse en objeto de ansiosa búsqueda, que trata de compensar, a modo de sucedáneo, la profunda inseguridad que el hombre actual siente en una sociedad anómico-competitiva. En este sentido, son ejemplos ilustrativos las actitudes de las poblaciones inmigrantes, tan frecuentes, por ejemplo, en Estados Unidos. Los sectores inmigrantes de la población, al no tener un profundo dominio del lenguaje, tienden a compensar la inseguridad íntima que ello comporta a base de sobreestimar la apariencia física.

La erotización de la sociedad actual tiende a hacer aún

(638) Castilla, C.: La incomunicación, cit., pp. 26-27.

más radical el problema de una mujer frígida. La preocupación erótica no aumenta el número de seres integrados y satisfechos de su sexualidad. La sexualidad envuelve la totalidad de la vida dentro de nosotros y a nuestro alrededor, pero no es algo limitado a lo estrictamente erótico, sino que lo rebasa constantemente en la amplia y superior esfera del amor. La intensa floración de erotismos patentes y subterráneos en nuestra civilización, desde la publicidad hasta el cine o la novela, responde a un déficit amoroso de nuestra cultura. Fromm (639) es explícito al respecto:

"El estudio de los problemas sexuales más frecuentes -frigidez en las mujeres y las formas más o menos serias de impotencia psíquica en los hombres- demuestra que la causa no radica en una falta de conocimiento de la técnica adecuada, sino en las inhibiciones que impiden amar. El temor o el odio al otro sexo están en la raíz de las dificultades que impiden a una persona entregarse por completo... Si una persona sexualmente inhibida puede dejar de temer u odiar, y tornarse entonces capaz de amar, sus problemas sexuales están resueltos. Si no, ningún conocimiento sobre técnicas sexuales le servirá de ayuda".

La frigidez no puede hacerse depender, en sí misma, de la constitución física de la mujer. Según Castilla (640), la

(639) Fromm, E.: El arte de amar, cit., p. 107.

(640) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 199, nota 64.

frigidez puede darse en el coito, pero no, en ocasiones, en la masturbación, lo que prueba, al margen de otros factores que pueden interferirse (rechazo del hombre, conflictos edipicos no resueltos suscitadores de culpa), el carácter de su misión de la mujer al hombre en la relación erótica típica de una cultura machista.

La escasa apetencia erótica de la mujer es una de las falacias comunes en materia sexual, como señala McCary (641). Cuando se da a nivel de conducta, como es lo habitual, responde a la feroz represión de que ha sido víctima la mujer y que ha interiorizado, en parte, por el temor al embarazo y al desprestigio social. La frigidez de la mujer procede, en última instancia, de un sentimiento de culpa ante el acto sexual consumado. La mujer ha sido (de)formada de tal modo que su Superyó aparece hipertrofiado en el ámbito sexual, no en otras esferas, de forma que la inhibición erótica es la norma precozmente aprendida. La interiorización temprana de esta normativa le confiere un carácter de connatural, de modo que la mujer no conoce la fuente de procedencia de las normas y las vivencia -por ejemplo, el rechazo o la pasividad eróticos- como consustanciales a su sexo.

La represión de las instancias sexuales es especialmente intensa en el caso de la mujer y tiene como objetivo adaptar la sumisamente a la ideología dominante: la represión de la

- - - - -

(641) Cit. en De Miguel, A.: Sexo, mujer y natalidad en España,

Madrid: Edicusa, 2ª edic., 1975, p. 86.

necesidad sexual, de carácter elemental y primitivo, conlleva posteriormente la de las demás instancias, que tienen un carácter menos perentorio. La consecución de la docilidad y sumisión de un sujeto, cualquiera que éste sea, requiere la represión de sus necesidades más elementales, única forma de conseguir una anulación eficaz de su personalidad.

La frigidez de la mujer ha sido considerada por parte del hombre -y todavía lo es en algunos ambientes autoritarios- como "expresión de una castidad sublime" (642). Esta situación es vivenciada por el hombre de una forma cómoda y autoritaria. Dada la represión tan profunda que la frigidez entraña y dado el resultado adquirido (la docilidad a todos los niveles), el hombre puede contar con la seguridad del sometimiento de su mujer, poco estimulada a vivir aventuras extraconyugales, en función de la inhibición erótica adquirida.

La frigidez es el precio tardío que paga la mujer ante una represión irracionalmente constituida con anterioridad. La contradicción de la normativa social radica en la inducción en la mujer, al mismo tiempo, del aprendizaje de unas pautas que tienden a hacer de ella un objeto erótico: "la mayor parte de las mujeres frígidas poseen, simultáneamente, las formas de un objeto erótico aparential y atrayente, que entrañan un señuelo efficacísimo para el varón" (643).

- - - - -

(642) Castilla, C.: Patografías, cit., p. 138.

(643) Calamay, N.: "Castilla del Pino: La mujer...", cit., p. 20.

No se puede prescindir, a la hora de valorar adecuada_mente la frigidez, de un análisis de la función de la mujer en nuestra sociedad. Precisamente, la frigidez es, en oca_siones, a un nivel semiconsciente, una forma de rechazo por parte de la mujer del rol que le asigna la sociedad. A la mujer se la ha recluido en el hogar y se le ha encomendado, casi exclusivamente, el cuidado de los hijos. Dada esta fun_cción estabilizadora del sistema que se le asigna a la mu_jer (644), ésta experimenta toda una serie de factores que le instan a la pasividad.

La mujer, consciente ahora de la importancia que tiene la sexualidad en la realización de su personalidad, no acep_ta el papel de sumisión y de pasividad que se espera de ella. La agresividad que siente hacia el hombre es una instancia subversiva frente a la forzada dependencia, acentuada más tarde por la forma mecanicista con que vive el hombre sus exi_gencias eróticas. La frigidez, en este sentido, es expresión de un rechazo subconsciente, de una negativa a culminar la relación pasivo-dependiente a que se la ha destinado.

Por otro lado, durante siglos, por la influencia social, la sexualidad ha servido para convertir a la mujer en "obje_to" con el que se comercia; todavía, en nuestra civilización, no sólo persiste esto en la prostitución, sino también en las relaciones aparentemente más honorables. Muchos bloqueos

- - - - -

(644) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 55-71.

de la sexualidad (frigideces) están provocados por el sentimiento profundo de ser "compradas" o "vendidas".

Según Pilar de Miguel (645), la frigidez se registra más entre mujeres de clase social elevada y clase media. También se aprecia un nuevo problema en algunas mujeres jóvenes que se sienten obligadas a tener relaciones sexuales prematrimoniales para demostrar su "liberación". No es extraño, en este tipo de relación, encontrar casos de frigidez, dadas las altas expectativas que se ponen en el ámbito sexual. Este tipo de mujer tiene una gran preocupación por "hacerlo bien", ser moderna y mostrar que ya es una mujer libre. Cae en el mismo tipo de relación psicológicamente dañina que, antes, afectaba sólo a los hombres: utilizar a otra persona como objeto sexual. Toda relación sexual que no vaya acompañada de una alta estimación y consideración en el otro, tanto en hombres como en mujeres, puede causar problemas psicológicos. El resultado más frecuente en la mujer puede ser la frigidez, un "castigo inconsciente" para una relación sexual que la mujer, en el fondo, no ha querido.

El masoquismo es otra de las conductas relacionadas con el marco de referencias sociales, especialmente el masoquismo femenino. El masoquismo no es sólo una conducta sexual; es también un tipo de comportamiento que reaparece cuando el sujeto actúa por fuera del ámbito estricto de lo erótico. El

..
(645) De Miguel, P.: "La frigidez", en Ciudadano, extra nº 2, cit., p. 66.

comportamiento masoquista, que coexiste siempre con una sensación más o menos difusa de impotencia, representa un intento de conseguir por la actitud sufriente lo que, de otro modo, no se podría conseguir, situación que se da también en el caso del masoquismo moral: "mediante el sufrimiento que padece por sí o por el otro -o sea, a través de una mayor declaración de su impotencia frente al objeto- se hace merecer del objeto de la forma que sea" (646).

En ocasiones, el comportamiento masoquista supone una exteriorización del sufrimiento propio, en esferas no eróticas, que tiene como finalidad producir la compasión de los demás y eludir la conducta debida. La retracción de todos los intereses al sufrimiento propio supone una forma de egoísmo. Muchos sujetos capaces de los mayores autosacrificios -sin duda, para lavar sus culpas- son incapaces de dar la mínima entrega de amor. En el ámbito de la culpa, "las personas que se autocastigan muestran ser intensamente egoístas, porque aspiran a que se les perdone de la culpa con sólo mostrar -y a veces de manera maestra- lo que padecen, sin que no obstante sean capaces de llevar a cabo una activa reparación" (647).

En estos casos, la necesidad de sufrimiento no es vivida como castigo, sino como una instancia autónoma, que, posteriormente, se racionaliza bajo las formas más diversas de

(646) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 28.

(647) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 268.

sublimación: heroísmo, ascetismo, autodomínio frente al dolor y la privación, etcétera. Según Castilla (648), la exhibición del sufrimiento y de la miseria tiene por objeto hacer sufrir, de forma que el sujeto, mediante este tipo de chantaje, pueda obtener la dependencia de quien le provoca el sufrimiento.

El comportamiento masoquista aparece asociado a la mujer con frecuencia, porque en nuestra cultura constituye la pauta, en forma de pasividad, que caracteriza la conducta erótica y extraerótica de la mujer. Con independencia del rechazo que puedan suscitar las tesis freudianas (649) sobre la raigambre biológica del masoquismo en la mujer, lo cierto es que nuestra cultura posibilita en ella un comportamiento preferentemente masoquista. Dado el aprendizaje precoz de la pasividad en la mujer para preservar los valores del sistema e interiorizarlos posteriormente en sus hijos, la adopción de la conducta masoquista no es sino el aprendizaje de su pasividad para el logro de la relación afectivo-erótica deseada: "la pasividad en estos casos, como en el niño, gratifica la instancia a la protección por aquél que, también de manera institucionalizada, posee el rol activo y posesor, a saber, el hombre. Toda instancia agresiva en la mujer masoquista es inhibida, y transformada, sublimadamente, en tolerancia

- - - - -

(648) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 43.

(649) Freud, S.: El problema económico del masoquismo, 1924, en Obras Completas, cit., t. 1º, pp. 1.023-1.029.

pasiva del ambiente, afirmando su propia personalidad a través de la personalidad de la persona amada" (650).

Se trata ahora de poner en conexión las pautas de comportamiento masoquista y las de una determinada cultura en general. La adopción de una conducta masoquista se ve posibilitada sólo en un contexto en donde las relaciones interpersonales se configuren con arreglo a un criterio de dominación. Carece de sentido recurrir a un comportamiento masoquista como intento de dominación de la otra persona cuando estas pautas de dominación son inexistentes en el marco de referencias del sistema social. La instancia a la posesión y a la dominación está tan presente en el sádico como en el masoquista, sólo que éste adopta la (en apariencia contradictoria) pauta de la sumisión.

La forma de relación interpersonal que tiene lugar entre dos o más personas en la sociedad de consumo, especialmente la relación afectivo-erótica, está basada en pautas de posesión, coherente, por otra parte, con el modo de propiedad privada de otro tipo de objetos que es habitual en este contexto cultural. Este modelo de relación conlleva la entrega absoluta a la otra persona y supone la exclusión de cualquier otra en la posesión de la misma persona, lo que posibilita formas de relación dominador-dominado.

El matrimonio, según Castilla (651), es el paradigma de

(650) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 62.

(651) Castilla, C.: Sexualidad, represión..., cit., p. 104.

este tipo de institucionalizaciones defectuosas, porque se estructura sobre la base de la "fidelidad" de la pareja. La posesión concebida de esta manera exige un grado, mayor o menor, manifiesto u oculto, de violencia, independientemente de la forma que ésta adopte, resultante de la represión de las instancias que no se satisfacen en el marco de la pareja institucionalizada. El comportamiento agresivo no es privativo exclusivamente del sujeto poseedor, sino que también se manifiesta en el sujeto poseído (la mujer, en nuestro contexto cultural). El componente agresivo se pone de relieve, en este último caso, de una forma indirecta, "bien mediante la tolerancia de la agresión del otro y la subsiguiente fijación de la dependencia, bien cuando el objeto poseído se sabe de alguna manera dueño indirecto del poseedor" (652).

El mismo juego del coqueteo, en la mujer, es una táctica de aceptación y rechazo del hombre, capaz de crear en éste una fuerte dependencia. Porque el ejercicio de la coquetería "no implica en absoluto que la mujer coqueta esté dispuesta a entregarse al hombre ante el que desarrolla su estrategia; por el contrario, se ha dicho hasta la saciedad que este tipo de mujer no es nunca de fácil posesión" (653).

La adopción, incluso, de un comportamiento frígido, en forma de pasividad erótica, puede constituirse en una agresión

.. (652) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 64.

(653) Cela, C.J.: Enciclopedia del erotismo, cit., artículo "coquetería", tomo 2º, p. 440.

directa -en ocasiones, la única a su alcance- contra el hombre que en ese momento depende de ella.

En una estructura social dinámicamente competitiva, por tanto de dominación, la relación sadomasoquista es ineludible. Una mujer narcisista, por ejemplo, dominada en el ámbito erótico por el hombre, puede, sin embargo, dominarle, a su vez, a base de exigirle una serie de compensaciones (de dinero, regalos...) como contraprestación a su disponibilidad erótica. Dado el precio, en forma de valor de cambio, que toda persona tiene en una sociedad capitalista, las pautas inauténticas de relación interpersonal son frecuentes: la exhibición del "partenaire" ante los demás rivales como "trofeo" conseguido en pugna con ellos por el alto valor de cambio de que se le dota o la utilización ornamental de la pareja como "status symbol" en la vía del ascenso social, son dos ejemplos de esta situación.

Pero, en este contexto, el sujeto dominado (la mujer) es consciente, salvo en casos extremos de alienación, del valor de cambio que posee y de la dependencia que ha creado en el sujeto dominador, de forma que, según Castilla (654), "la instancia a la dominación está siempre, bien bajo la forma directa, bien bajo la forma inversa, en la que la dominación se consigue por la sumisión... El masoquista asume, bajo la forma de sumisión, los valores del sistema cultural, y viene

- - - - -

(654) Castilla, C.: Introducción al masoquismo, cit., p. 67.

a representar, en consecuencia, aquel cuya sumisión expresa la conformidad con los valores de dominación estatuidos. El masoquista parece sublevarse ante la sumisión a que se le so-mete, pero no ante la existencia de la dominación en sí misma, de manera que la elección de su pauta sumisa debe ser concebida como una transacción a que se obliga ante la incapacidad para adoptar el papel directo de dominador".

-387-

Capítulo 3º: La patología social en una sociedad anómica

La situación anómica, resultante del conflicto entre metas culturales y medios institucionales, está asociada a un sistema competitivo, que impide la cohesión profunda interpersonal y reduce el inconformismo con la propia situación social, no a una acción de clase, sino a una lucha individual por el éxito. Precisamente, el gran mito de la sociedad-organización consiste, según Castilla (655), en hacer que los propios componentes de la organización social (todos los ciudadanos) adquieran la ilusión de protagonismo en la dinámica política misma de su sociedad. Haber hecho asumir a los ciudadanos la ilusoria percepción de protagonismo, es el éxito mayor de un sistema que cuenta, al menos inicialmente, con la autosatisfacción de cada uno de sus miembros; de aquí deriva el profundo conservadurismo de la sociedad neocapitalista.

La sociedad de consumo impone una frustración básica a la mayor parte de sus componentes. La sociedad impone unas metas, constitutivas del éxito social, que no son coherentes con las normas de ética social que cada persona interioriza en las primeras etapas de su existencia, de modo que "hay una disociación entre metas y normas" (656). La sociedad neocapitalista es una sociedad anómica, en donde se persiguen unos

(655) Castilla, C.: "Ivan Illich: la realidad o el deseo", en Triunfo, 752, junio 1977, pp. 36-37.

(656) Martín, A.: "Castilla del Pino: de lo privado a lo político", en Mundo Obrero, 24, 8-14 junio 1978, p. 17.

objetivos y se verifica la transgresión de unas normas, única forma de conseguir el éxito social. La incomunicación y la desconfianza entre unos y otros es el corolario de esta situación competitiva.

La competitividad por la posesión del éxito es fuente de ansiedad e inseguridad, y ante el temor a la frustración posible, origen de la transformación del temor en ataque. Esta mutación cualitativa -de agresión para la defensa en agresión para el ataque- compone uno de los procesos habituales de la psicosociología de nuestra cultura. Porque "a diferencia de lo que ocurre con el hambre, la sed, el sueño y la necesidad sexual, las instancias agresivas no se suscitan por estímulos internos, sino que exigen siempre su provocación desde fuera del sujeto" (657).

A este respecto, es significativo el incremento de la tasa de delincuencia en la sociedad de consumo. Esta configuración social no sólo modifica la tasa de delincuentes, sino que tipifica los actos delictivos, teñidos, en gran parte, de violencia. Precisamente, la desorientación normativa, junto con la imposibilidad real de alcanzar ciertos fines en apariencia al alcance de todo el mundo, genera un potencial de agresividad que, si se orienta al campo de la delincuencia, da lugar al comportamiento violento típico de la delincuencia

(657) Castilla, C.: "Problemática de la agresividad", en Mitscherlich, A.: La idea de la paz y la agresividad humana, Madrid: Taurus, 1971, p. XXVII.

juvenil, que aparece, a veces, en forma de violencia gratuita, de cuyas motivaciones no suele ser consciente ni el protagonista de la misma. El delito cumple, así, el cometido de subvenir a la elevación del status socioeconómico a través de la vía del acto delictivo. El acto delictivo aparece como una consecuencia forzada del desarrollo irracional de una sociedad sustentada sobre la competencia a todos los niveles.

Con otras palabras, la competencia como pauta de conducta se ofrece como necesidad no sólo para la subsistencia, sino, sobre todo, para la elevación de status. Al mismo tiempo, según Castilla (658), "las opciones sobre la ilicitud de los medios se ofrecen sin el freno de la visualidad de los mismos, porque la gran ciudad permite la 'doble vida' hasta extremos impensables en la pequeña ciudad".

La acción delictiva es una conducta de la persona, a la que se ha llegado por medio de circunstancias que están siempre por fuera de la persona misma del delincuente. Caparrós (659) señala la forma genérica en que se verifica este condicionamiento:

"Esto nada tiene que ver con el determinismo, sino con la relación de necesidad que establece el materialismo dia-

- - - - -

(658) Castilla, C.: "Psicopatología y gran ciudad", en Cuadernos para el Diálogo, extra 19, abril 1970, p. 37.

(659) Caparrós, A. y C.: "El proceso de personificación de la ideología", en Cuadernos de Psicología 3, 1, diciembre 1975, p. 19.

lético... La necesidad surge del conocimiento real de la situación, que permite una determinada apropiación-control de la misma. El conocimiento de la situación desvela como cierta una determinada conducta, con carácter de necesidad. El desconocimiento, por el contrario, insuena en el azar..."

Las teorías del criminal nato, diferenciable incluso morfológicamente (pómulos salientes, orejas largas, pelo lacio...), elaboradas por Lombroso (660), son excesivamente groseras y están hoy definitivamente superadas. Pero hay hoy teorías muy sutiles que, a partir de la observación de hechos comprobados, hacen una extrapolación de sus resultados e incurren en un burdo biologismo, en una alienación en lo biológico.

Las tesis de Lorenz (661) pueden calificarse de biológicas: la agresión es el instinto combativo de la bestia del hombre dirigido contra los miembros de la misma especie. De este modo, el instinto agresivo domina el comportamiento, a menos que sea reprimido. Lorenz llega incluso a afirmar que la amistad personal se ha desarrollado a través de la necesidad experimentada por ciertos individuos de interrumpir querellas, a fin de combatir más eficazmente a otros miembros de la especie.

- - - - -
(660) Cit. en Lorenzini, G.: Caracterología y tipología, cit., p. 87.

(661) Lorenz, K.: Sobre la agresión: el pretendido mal, Madrid: Siglo XXI, 1972, passim (espec. los capít. 12 y 13).

Quizá el biologismo más sugerente de los últimos tiempos sea el postulado por algunos genetistas (662), que establecen una correlación entre la trisomía sexual XYY y la delincuencia, como si fuera posible una estricta e inmediata dependencia entre una alteración cromosómica y algo tan relativo como una pauta de conducta social.

En esta misma línea, se halla también la excesivamente frecuente inclusión de los delincuentes y de los agresivos en el cuadro de las psicopatías, que representa una alienación en lo psiquiátrico. Según Gradillas (663), "el psicópata es una persona asocial (incapaz de adaptarse a las normas sociales), que no establece lazos afectivos adecuados y duraderos con otras personas, que no padece angustia ni sentimientos de culpa ante las situaciones que provoca y que provocarían estas reacciones afectivas en la generalidad de las personas, no teniendo, por otra parte, alteraciones mentales (psicosis)".

Este tipo de definición, ambigua y excesivamente estática, explicaría la existencia de los delincuentes, al menos de la gran mayoría que son calificados de psicópatas, por una especie de defecto "congénito" -todavía (?) no descubierto.

(662) Cfr. Rainer, J.D.: "Genética en psiquiatría: síndromes psiquiátricos", en Iribuna Médica-Revisión, Genética III, Madrid, 1971, p. 30.

(663) Gradillas, V.: "Las personalidades psicopáticas", en Vallejo, J.A.: Introducción a la psiquiatría, cit., p. 185.

El concepto en cuestión carece de precisión suficiente, pero, a pesar de ello, se halla lo suficientemente aceptado como para haber sido incorporado, por ejemplo, al derecho internacional ("Mental Health Act", 1959) (664).

Este tipo de planteamientos no explica por qué el número de personalidades psicopáticas se ha multiplicado considerablemente en la actualidad, y precisamente más en unos sistemas sociales que en otros, sin que sea atribuible a cierta cultura algún tipo de lastre genético que explique esta situación.

Estas teorías, si bien atenúan la culpa del delincuente (algo totalmente incuestionable en el desarrollo actual de las ciencias humanas), buscan el origen de la conducta delictiva en vagas y poco precisas condiciones biológicas, que, en modo alguno, ponen en cuestión el sistema vigente. No es defendible que la agresividad sea, esencialmente, conducta instintiva, filogenéticamente adaptada y que las actitudes agresivas sean básicamente respuestas no aprendidas a ciertas excitaciones, condicionadas por un determinismo cuasi-biológico, independientemente del medio social en que se encuentren los protagonistas de tales respuestas.

En el estado actual de las investigaciones, se puede decir que hay un mecanismo fisiológico interno -el circuito córtico-subcortical, de Papez (665)- que sólo necesita ser

(664) Cit. en Storr, A.: La agresividad humana, Madrid: Alianza, 1970, p. 176.

(665) Cit. en Castilla, C.: "Problemática de la agresividad", cit., p. XXV.

estimulado para producir conducta agresiva, pero no existe una necesidad de agredir como algo aparte de lo que ocurre en el mundo externo. La variedad de formas en que, según los individuos, se puede reducir la agresividad, intensificarla, distorsionarla y analizarla en el curso del vivir, sugiere que es un proceso flexible ampliamente abierto al aprendizaje.

La investigación de las correlaciones fisiológico-químicas de la agresividad, así como el estudio comparado de ella en las distintas especies animales, es, en efecto, una tarea importante y que conviene continuar. Pero aun si se llegase a un completo conocimiento de la fisiología cerebral, cosa, por demás, hoy utópica, el tema no se agotaría: "...que la recepción de determinado mensaje provoca mi cólera puede y debe estudiarse desde el punto de vista de la neurofisiología cerebral, al objeto de dilucidar qué circuitos se ponen en juego desde la recepción a la conducta. Pero ello no excluye el que se prescindiera de tales circuitos para estudiar por qué es ese mensaje y no otro el que da lugar a esa precisa emoción" (666).

La motivación de toda conducta está anclada en unas raíces psicosociológicas, irreductibles, en principio, a una consideración estructuralmente biológica. Es una característica del contexto anómico actual la aparición conjunta de la delincuencia y de la violencia. De hecho, se puede decir que no hay

..
- - - - -
(666) Castilla, C.: Psicoanálisis y marxismo, cit., p. 95.

comunidades sin violencia. Según De la Fuente (667), los pequeños conglomerados que los antropólogos exhiben como ejemplos de comunidades sin violencia, los Arapech de Nueva Guinea y los pigmeos Iruri del Congo, son más bien la excepción que confirma la regla.

La agresividad, al margen del juicio de valor que pueda provocar, es un modo de relación interpersonal, por lo que, en la acción agresiva, se da un sujeto que la verifica y otro que la recibe. De este modo, "la agresividad tiene un sentido, un objetivo, una finalidad, además de tener un objeto sobre el cual se proyecta" (668).

La cuestión no queda resuelta con la simple referencia a la existencia de un instinto de agresión. Si éste existe, no por eso queda explicado el hecho de que existan variaciones en la expresión del mismo. Cuando, en determinadas épocas, la agresividad parece ser tan frecuente que constituye un rasgo que la caracteriza, la explicación no está en la existencia de tales instancias, que estuvieron siempre, sino en el hecho de que algo o alguien las suscita y las provoca ahora más que antes.

- - - - -

(667) De la Fuente, R.: "Fuentes y directrices de la agresividad". en Documentos de Psicología Crítica, 4, 1971, p. 33.

(668) Castilla, C.: "La agresividad, ingrediente de la estructura neurótica actual", Revista DR, 26, noviembre 1968, p. 70.

Una sociedad que no da paso a la solución de sus contradicciones internas, que por su inmovilismo perpetúa situaciones históricamente ya inviables, es, forzosamente, una sociedad que se autodestruye. En este contexto, la agresión no es provocada por los agresores, sino, paradójicamente, por los agredidos. Ocurre que, ante las contradicciones del contexto social anómico, ante la adopción por parte del estamento dirigente de la represión violenta como frecuente solución, los discriminados tienden a vincularse fuertemente y a transformar su individual instancia agresiva en una agresión colectiva, mucho más eficaz.

Al comportamiento agresivo no se le puede emitir siempre un juicio de valor negativo. Como señala De la Fuente (669), la violencia ha permitido algunos de los mejores avances de la sociedad y puede ser, en algunos casos, el único recurso de los débiles para romper el orden de los opresores. Se trataría, en este caso, de "una agresividad madura, que sabe de su porqué, de su para qué y de cómo ha de verificarse" (670).

Pero lo que sume en perplejidad a esta sociedad de consumo es la aparición de una agresividad difusa, indisciplinada, arrevolucionaria, en apariencia "gratuita". A este respecto, son de constitución reciente las bandas, que no son

.. (669) De la Fuente, R.: "Fuentes y directrices de la agresividad", cit., p. 33.

(670) Castilla, C.: Naturaleza del saber, cit., p. 167, nota 64.

ya tan sólo de adolescentes, sino también de jóvenes que pasan de la tercera década. La aparición de los grupos, de las bandas, que comienzan a reclutarse, precisamente en las sociedades de nivel de vida más alto, en las personas de clase media-alta y alta, denota la gravedad de la circunstancia que las motiva. Se trate de grupos que, ante la impotencia por canalizar sus aspiraciones en el interior del contexto social, optan por adoptar modos agresivos absolutamente varios, indiscriminados, confundiendo los objetos de la agresión, eligiendo precisamente, más que el objeto mismo, algo que lo simbolice.

Gran parte de las agresiones -subraya Castilla (671)- que se cometen sobre seres indiscutiblemente indefensos, y en absoluto provocadores, representan ese tipo de agresividad indiscriminada, consciente, todo lo más, de su impotencia para dirigirse adecuadamente al objeto, y que descarga su instancia agresiva sobre el nuevo objeto, el objeto-símbolo.

Estos grupos adoptan una agresividad indiscriminada, en apariencia gratuita, pero que, de hecho, posee una finalidad, de la que, muchas veces, no son conscientes los propios autores. Estas bandas rechazan un sistema de vida, al margen de la mayor o menor extensión que se le dé a este término en un momento determinado. En el fondo de estas personas, existe

(671) Castilla, C.: "La agresividad, ingrediente de la estructura neurótica actual", cit., p. 71

un cierto reconocimiento de su propia impotencia frente al sistema que atacan, de forma que optan por agredir a aquellos objetos-símbolo que representan el objeto a agredir, pero que carecen de la capacidad de repeler la agresión.

Es una característica acusada de la sociedad anómica, convulsionada por cambios bruscos y repentinos, el incremento de la delincuencia juvenil, concretamente en el ámbito de la adolescencia y del sexo masculino. Es un fenómeno generalizadamente comprobado que la delincuencia masculina es muy superior a la femenina, en una proporción, aproximadamente, de cuatro a uno. Esta tendencia diferencial, que no es tan acusada en el ámbito de la delincuencia juvenil, comienza a hacerse prácticamente uniforme a partir de los 18 años. Todo parece indicar, según Mostaza (672), que, a partir de la adolescencia, los mecanismos específicos de integración social de la subcultura femenina demuestran una eficacia mucho mayor que los de la subcultura de los hombres.

La razón de este hecho radica en que la integración del modelo femenino es más sencilla y lineal que la del modelo masculino. La conducta pasiva y dependiente, desde la niñez hasta la vida adulta, es mucho más estable en niñas que en niños. Una explicación posible de este dato (aparte del estereotipo social de la competitividad del varón) es que a los

- - - - -

.. (672) Mostaza, J. et alii: Estructura social de España, Madrid: Cajas de Ahorros, 1974, p. 810.

niños se les exige una conducta obediente, a la vez que en el padre del mismo sexo ven llevar una pauta de conducta totalmente distinta, en la sociedad competitiva y de consumo. Esta disociación, en cambio, no se da habitualmente en las niñas, porque los principios educativos responden a la línea de conducta generalizada de la mujer en la familia y en la sociedad.

En cualquier caso, los comportamientos desviados de ambos sexos no pueden comprenderse de la misma manera, precisamente por las diferencias subculturales que todavía subsisten, en nuestra sociedad, entre "modelo femenino" y "modelo masculino" (al margen de su tipo particular de comportamiento, aceptable o no socialmente).

La delincuencia masculina puede explicarse, en términos subculturales, como una especie de protesta masculina, puesta en acto cada vez que las estructuras sociales hacen particularmente difícil al joven la afirmación de la propia virilidad. Así, por lo que al niño respecta, no es desdeñable, a efectos delictivos, lo que Parsons (673) ha calificado como feminización de la familia contemporánea. Ante la ausencia frecuente del hombre del hogar -por una ruptura familiar, por problemas de trabajo o por un abanico mayor de relaciones sociales-, el niño se ve forzado a identificarse con el rol materno, de modo que, cuando el chico deja el ambiente

- - - - -

(673) Cit. en Alheroni, F.: Cuestiones de sociología, cit., p. 1.387.

familiar, experimenta un conflicto entre las expectativas sociales relativas a su rol masculino y los efectos de identificación con su madre. En este contexto, el chico puede llegar a conseguir su identificación viril a base de comportamientos duros, violentos, y a base, incluso, de cometer verdaderos actos delictivos.

Estos aspectos subculturales explican la mayor incidencia del comportamiento delictivo en el sexo masculino, pero también algunos matices diferenciales, en el aspecto cualitativo, en los delitos cometidos por ambos sexos. Así, como señala Cohen (674), el puesto de la mujer en la sociedad -la admiración, el respeto y la propiedad que ella exige- depende, en buena parte, de los tipos de relaciones que establece con los miembros del otro sexo. El hombre, en cambio, calibra su virilidad mediante comparación de sus propias prestaciones con las de los demás hombres, ya se trate de robar o de pelearse, de competiciones atléticas, de trabajo o de actividades intelectuales:

"Esto explicaría la presencia preponderante en sujetos de sexo femenino de formas varias de inadaptación sexual, orientadas sobre todo a la prostitución, o su participación en subculturas de tipo regresivo, cuyos comportamientos son característicamente determinados y condicionados por el uso

.. (674) Cohen, A.K.: Delinquent Boys, Glencoe: Free Press, 1955, pp. 150-151.

de la droga. Esto explicaría, al mismo tiempo, la mayor facilidad del varón -que quiere precisamente afirmar a toda costa la propia virilidad- de caer en comportamientos delictivos de tipo agresivo, desde el momento en que la actitud competitiva propia del rol masculino exige y produce una cierta dosis de agresividad social y de disposición a la violencia, que si bien puede ser controlada e institucionalizada en la lucha deportiva, en el recto esfuerzo por mejorar la propia posición, etc., puede también no recibir tal institucionalización y caer en la delincuencia" (675).

La delincuencia juvenil es especialmente frecuente entre los 14 y los 16 años para las chicas, y entre los 16 y los 18 años para los chicos. La participación de la mujer de crece en el intervalo de 16 a 20 años. Este hecho puede deberse, por lo menos parcialmente, a que la mujer orienta antes que el hombre sus actitudes y conducta hacia la integración en la sociedad global; por ejemplo, a través del matrimonio. Es razonable pensar, por otra parte, que, con el progreso de la diferenciación funcional, la mujer participará más de lleno en la delincuencia juvenil.

Estas diferencias delictivas intersexuales, en cuanto a edad y tipología delictiva, no pueden responder a la estructura psicobiológica peculiar de cada sexo. Más bien, estas

- - - - -

(675) Bertolini, P.: "Comportamiento desviado, inadaptación...", cit., p. 1.387.

diferencias en materia de delito parecen radicar en el diferente status que asignan al hombre y la mujer las subculturas delictivas, como lo prueba el hecho de que estas diferencias tienden a desdibujarse, o por lo menos a ser distintas, en contextos sociales diferentes. De todos modos, por lo que al número de delincuentes femeninos registrados por los Tribunales de Menores se refiere, los datos hay que tomarlos con reservas.

En efecto, el control familiar que pesa sobre la mujer adolescente es mayor, normalmente, que el soportado por el joven, entre otras razones porque la educación de la mujer está orientada, según Castilla (676), a la interiorización del rol materno. En este contexto, la familia afectada por un caso de delincuencia juvenil femenina procura, por lo menos si es posible, prescindir de los servicios oficiales y "salvar el honor".

El suicidio es también una conducta que tiende a hacerse más frecuente en el contexto de la sociedad de consumo, lo que no puede interpretarse, sin más, como un elemento negativo en términos absolutos. De hecho, el hombre de hoy es más maduro que el hombre de ayer. Cabe preguntarse si los índices de suicidas y alcohólicos no son, en definitiva, inferiores al índice de víctimas provocadas por un medio impositivo (a nivel, por ejemplo, de una mayor tasa de morta-

.. - - - - -
(676) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., p. 69.

lidad infantil o de enfermedades epidémicas y endémicas, combatidas eficazmente en los países más desarrollados). No se trata de elegir entre dos situaciones indeseables -miseria o suicidio-, pero es sabido que la miseria y "la guerra protegen del suicidio y que la existencia de impulsos hostiles externalizados preserva, al menos temporalmente, de la internalización de los mismos" (677).

En el marco de la tipología del suicidio que Durkheim (678) elaboró -el suicidio egoísta, el suicidio altruista y el suicidio anómico-, es este último el que se puede calificar de característico de la sociedad de consumo. La tasa de suicidios de este tipo -señala Durkheim (679)- varía inversamente con el grado de integración social y familiar. El grado de control social, la cohesión de los grupos primarios de convivencia -la familia, especialmente-, son los principales elementos que sirven para especificar la fuerza y la coherencia de los vínculos que ligan al individuo con la sociedad.

Precisamente, la integración social se identifica como un conjunto coherente de vínculos, que si se alteran más allá de un cierto límite, pueden poner en peligro la vida de quien los ha asumido previamente. Los vínculos sociales se configuran con un carácter institucional en el sujeto que los encarna-

(677) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 271. „

(678) Durkheim, E.: El suicidio, cit., passim.

(679) Ibid., pp. 278 y ss.

na. De este modo, la desorganización de la vida social del individuo se exterioriza como "conflicto" o contradicción en las relaciones institucionalizadas del individuo con la sociedad: incoherencia o incompatibilidad entre los diferentes roles sociales de un individuo, problemas de "cristalización de status", contradicciones entre los objetivos institucionalizados y los medios institucionalmente disponibles para un individuo en un momento dado, son, todas, situaciones anómicas que pueden generar "conductas desviadas" (el suicidio o el crimen, entre otras).

Las estadísticas sobre el suicidio son menos fiables que, por ejemplo, las referidas a la criminalidad, pues las incidencias de las pautas culturales son muy fuertes. Prejuicios de distinta índole (religiosos, sociales, ante la misma autopsia, obligada en caso de suicidio...) fuerzan a la ocultación del suicidio. Dado que el suicidio está considerado como una vergüenza para la familia del suicida, muchos suicidios y tentativas de suicidio se ocultan y enmascaran como accidentes, con la complicidad de médicos piadosos y funcionarios comprensivos. Pero el suicidio no está enmascarado solamente por los familiares del muerto: a veces, también "el suicida enmascara su muerte, presentándola como si fuera un accidente, por razones que van desde el compartir la 'vergüenza' familiar hasta querer que sus deudos cobren una póliza de seguro de vida" (680).

..
- - - - -
(680) Pizarro, N.: Crimen y suicidio, Barcelona: Bruquera, 1978, pp. 85-86.

Existe una correlación entre edad, sexo y frecuencia de suicidios. Las correlaciones más frecuentes y significativas, según Gibbs (681), entre los índices de suicidio y las características demográficas o sociales son éstas:

- a) Los índices de suicidios entre los hombres son casi invariablemente más elevados que entre las mujeres. La proporción exacta varía de unos países a otros y de unos grupos a otros. En los Estados Unidos se suicidan tres veces y media más hombres que mujeres.
- b) Los índices de suicidio aumentan con la edad. En los Estados Unidos, son inapreciables entre los jóvenes menores de 15 años y se eleva poco a poco, desde un 2,5 por 100.000 habitantes comprendidos entre los 15 y 19 años, hasta un 25 por 100.000 entre personas de más de 60 años.
- c) Los índices de suicidio son más elevados entre los orientales que entre los blancos, y más elevados entre los blancos que entre los negros. En los Estados Unidos, la población originaria de China se suicidó en una proporción dos veces mayor que la blanca, cuyo índice era, a su vez, tres veces superior al de la población negra.

- - - - -

(681) Gibbs, J.P.: "Suicide", en Merton, R.K. y Nisbet, R.A.: Contemporary Social Problems, New York: Harcourt, Brace and World, 2ª edic., 1966, pp. 281-321.

- d) Los católicos y los judíos tienen generalmente índices más bajos que los protestantes, en igualdad de condiciones exteriores en lo referente al lugar y época en que viven.
- e) Excepto en las personas jóvenes, los casados tienen índices de suicidio mucho más bajos que los solteros, pero la protección que da el matrimonio contra el suicidio es relativamente mayor para los maridos que para las esposas. Las personas divorciadas son más propensas al suicidio que las solteras o viudas.
- f) El suicidio se da más entre personas que pertenecen a los estratos sociales más altos, entre las que pertenecen a estratos sociales más bajos y entre quienes usan armas por oficio. Todavía no se ha establecido de un modo completo la relación entre las diferentes ocupaciones y los suicidios, pero parece ser importante.

Una persona recurre al suicidio cuando adquiere conciencia del carácter irreversible de la situación de frustración total de su existencia. Si todo proyecto significa una realización de la persona en la realidad, carecer de proyecto es tener conciencia de que en la realidad no hay nada que hacer. Esta desesperanza surge cuando afecta al proyecto de la existencia en su totalidad. Por eso, "el proyecto de suicidio -en contra de lo que las tesis moralizantes propugnen- es un

acto consciente las más de las veces y, según creo, hiperresponsabilizado" (682).

El suicidio, según Castilla (683), no puede calificarse, indefectiblemente, como conducta psicótica o como conducta neurótica. No debe confundirse, en este contexto, la valoración del suicidio con la del intento de suicidio: la relación entre suicidio logrado e intento de suicidio ("suicidio aparente", en la terminología de Rojas (684)) es, según Stengel (685), de 1:50. Si quien desea realmente suicidarse acaba por hacerlo, dado el carácter múltiple de las ocasiones apropiadas, el intento de suicidio persigue una finalidad distinta a la autodestrucción: así se explica la enorme tasa de los mismos y su frecuente frustración.

Independientemente de que un intento de suicidio puede convertirse fortuitamente, y a pesar del sujeto, en un suicidio logrado, como en el caso de Marilyn Monroe, el objetivo del intento de suicidio, que cuenta con la presencia real o virtual de otra persona, es recabar el afecto del (de los) otro(s), que se considera perdido en la relación habitual, de

(682) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 248.

(683) Castilla, C.: Discurso de Onofre, cit., p. 80.

(684) Rojas, E.: Estudios sobre el suicidio, Barcelona: Salvat, 1978, p. 333.

(685) Cit. en Castilla, C.: "La ideología de la locura en la práctica psiquiátrica actual", cit., p. 20.

forma que se constituye en un tipo de gratificación social sádica.

Las pautas diferenciales con el suicidio se extienden también a otras características: "mientras que el número de hombres es mayor que el de mujeres entre los suicidas, la relación se invierte en el intento. Mientras que la tasa de suicidas es mayor entre los 55 y los 64 años, la tasa máxima de los que lo intentan es de una edad que oscila entre los 24 y 44 años" (686).

El dinamismo mismo del intento de suicidio es distinto al del suicidio. El comportamiento suicida se verifica cuando el sujeto experimenta una anulación del sentido de la vida, cuando tiene conciencia de la pérdida definitiva e irreparable del contacto humano. El intento de suicidio, en cambio, "está dirigido más al otro..., las relaciones objetales no están perdidas, sino tan sólo temen perderse y se vislumbra el riesgo inminente de su pérdida...; (el intento de suicidio) es un casi desesperado y último intento para conseguir de nuevo su logro de amor y de cuidado" (687).

En el suicidio hay siempre una finalidad, pero, a veces, planteada de una forma múltiple. El suicidio cumple, ante todo, un cometido de autocastigo, pero también es una forma de eludir, de una vez para siempre, el fracaso propio. Así,

.. (686) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 253.

(687) Ibid., p. 253.

"el suicidio es una forma de defensa para no ver la realidad (el fracaso) y para hacer visible en otros, mediante mi muerte, la culpa que yo proyecto sobre ellos por mi fracaso y de la que me eximo yo en alguna medida" (688). La lucidez que, de algún modo, este planteamiento requiere, explica, por ejemplo, que el suicidio del paciente depresivo acontezca cuando se inicia la mejoría global del síndrome y, en consecuencia, la inhibición se atenúa. La inhibición protege al paciente de instancias suicidas que, forzosamente, existían en él de antemano (689).

Según los últimos trabajos estadísticos, los intentos de suicidio han aumentado, predominantemente, en el sexo femenino. Esta situación se inscribe en el marco de la sociedad anómica. La mujer ha pasado de ser un sujeto pasivo a ocupar una situación de evidente promoción personal dentro de la sociedad, de forma que le afectan problemas que hasta ahora sólo aquejaban al hombre: el aumento de agresividad y de afán competitivo son el corolario de esta situación. En una situación hasta ahora inédita en nuestro contexto histórico, la sociedad ha concedido a la mujer una teórica igualdad de oportunidades en relación con el hombre, de modo que la niña crece en el marco de un alto nivel de expectativas. La dificultad de acceso, cuando no la imposibilidad, en la práctica, a las metas que obtiene el hombre, genera en la

- - - - -
(688) Ibid., p. 252.

(689) Ibid., p. 153.

mujer una fuente de frustraciones: este desfase anómico entre nivel de expectativas y logros posibles es causante, entre otros efectos, del aumento de suicidios en el sexo femenino.

Existen también equivalentes suicidas, a modo de auténticos suicidios encubiertos. Los accidentes de tráfico, por su frecuencia y significación, destacan en este contexto. En muchos conductores arriesgados, se esconde un impulso autodestructivo ambivalente, que, por una parte, les lleva a colocarse en el riesgo, al propio tiempo que el carácter "accidental" del mismo les libera de la plena conciencia de esa intención. Por otra parte, el riesgo y su permanente burla, les ofrece una forma de compensación de sentimientos de inseguridad y de insatisfacción. Los accidentes de tráfico componen una forma de peligro social innegable, hasta el punto de que "estudios recientes consideran motivados por causas psicológicas nada menos que el 70% de los mismos" (690).

En estos casos, la distinción entre suicidio y accidente es poco clara y está ligada a estimaciones de riesgos. La revista Science (691) ha publicado en 1977 un estudio que demuestra que, en los Estados Unidos, cuando la prensa ha anunciado y comentado ampliamente el suicidio de una personalidad conocida por el público, se observa un aumento estadísticamente significativo de las muertes por accidentes de carretera

.. (690) Castilla, C.: "La ideología de la locura...", cit., p. 19.

(691) Cit. en Pizarro, N.: Crimen y suicidio, cit., p. 87.

en los días sucesivos. El efecto de arrastre producido por el conocimiento del suicidio de una personalidad no se traduce en más suicidios, sino en accidentes, que pueden afectar, de una forma inconsciente o semiconsciente, a aquellos conductores que, predispuestos por una frustración existencial, ponen en riesgo su vida.

La anomía de la sociedad de consumo, vivenciada especialmente en el marco urbano, imprime un carácter específico a los accidentes de circulación. Los fines de semana tienen el carácter de huida ansiosa de la ciudad. Sólo así se explica que, en tales días, el número de accidentes de tráfico se eleve hasta extremos amenazadores. Castilla (692) señala al respecto:

"... Este hecho no puede explicarse simplemente por el incremento del tráfico que, como condición material, en tales días acontece. Sólo la ansiedad en la huida puede 'justificar' el riesgo a que en la misma se somete el sujeto".

La anorexia mental, que "aparece en mujeres jóvenes, solteras, entre los años de la pubertad y la adolescencia" (693), de clara significación autodestructiva, es otra forma de suicidio encubierto. Independientemente de los trastornos consecutivos al rechazo permanente de la alimentación, resulta característico en los anoréxicos "el trasfondo triste,

(692) Castilla, C.: "Psiconatología y gran ciudad", cit.,
p. 37.

(693) Vallejo, J.A.: Introducción a la psiquiatría, cit.,
p. 345.

que no puede ser estimado, simplemente, como consecutivo a su hiponutrición. Hay algo común con el habitual depresivo inhibido: su desgana, su falta de apetito para todo, aunque predomine en la esfera oral" (694).

Que la anorexia sea un trastorno que afecta, preferente_mente, a chicas en la adolescencia, revela el límite adonde se puede llegar por una hipertrofia del ideal del yo femeni_no, que la sociedad competitiva inoculara en la mujer tempramente y que le limita a ser un señuelo seductor para el hombre, de forma que tenga que estar lo más atractiva y en línea posible (695).

El alcoholismo, que trae consigo un proceso de degradación personal -física y psíquica-, funciona también a modo de "e_quivalente suicida". Se trata, en realidad, de una especie de suicidio moral. Así, por ejemplo, "el análisis de muchos alcohólicos revela que en ellos se trata de la búsqueda de una autodepreciación, que lleva consigo el desprestigio mo_ral, y que lo que se pretende, en fin, es la abyección visi_ble y extrenalizable" (696). A modo de confirmación de este planteamiento, la vida del alcohólico se caracteriza por la pérdida del empleo y de las amistades, por crisis familiares,

(694) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit.,
p. 345.

(695) Castilla, C.: Cuatro ensayos..., cit., pp. 28-29.

(696) Castilla, C.: "Problemática de la agresividad", cit.,
p. XIX.

larga hospitalización y otras experiencias traumáticas que se pueden atribuir directamente a la bebida.

El alcoholismo no se puede definir ni por el carácter cuantitativo de la ingestión alcohólica -hay adictos al alcohol que son bebedores moderados- ni por la frecuencia, porque hay bebedores habituales que no son más que "gustadores de bebida". Incluso, en determinadas circunstancias -como en ciertas profesiones, por ejemplo-, es preceptivo el recurso a la frecuente ingestión de alcohol en grandes dosis, sin que de ello se derive que todos sean alcohólicos.

Lo que define al alcohólico es, según Castilla (697), la búsqueda de la provocación de un cambio de su situación a través de la toma de alcohol. Esta definición implica:

- a) Que existe una situación que resulta insoportable (desde no deseada, hasta intolerable) para el sujeto que la vive: "en todo alcohólico, incluso 'minor', hay una conciencia, vivida como real, de un hondo e irreparable fracaso, de una situación irreversible de la que huyen" (698).
- b) Que su situación no puede ser cambiada, desde el sistema de referencias y de posibilidades del sujeto, por una acción ordenada y adecuada sobre la realidad.
- c) Que el modo más "económico" para el psiquismo de esa

(697) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 202.

(698) Castilla, C.: La culpa, cit., p. 250.

persona resulta ser la evasión de esa realidad, que incluye tanto la realidad externa como la realidad del propio yo -la conciencia respecto de su capacidad, por ejemplo-, mediante los efectos euforizantes que el alcohol produce y que potencian, de una manera engañosa, la persona del alcohólico.

No hay situaciones específicas incitadoras a la toma de alcohol. Cualquiera puede serlo, siempre que el sujeto la vivencie como intolerable, e independientemente de que esa misma situación (la recepción de un homenaje, por ejemplo) pueda resultar gratificante a otra persona. Al alcohol se llega por muy diversas vías motivacionales, de modo que la búsqueda del alcohol es un final común de múltiples situaciones de tensión.

El hábito de beber, como señalan Pittman y Snyder (699), varía de un modo notable según los ingresos económicos, la educación, la clase social, la religión, el grupo étnico y algunas otras características sociales, de modo que el alcoholismo también está en función de las normas del grupo. Así, por ejemplo, en determinadas profesiones (personas relacionadas con la fabricación o venta de bebidas alcohólicas, marineros, grupos socialmente aislados -funcionarios destinados en regiones desérticas o heterogéneas racial y cultu-

.. (699) Cfr. Pittman, D.J. y Snyder, Ch.R.: Society, Culture and Drinking Patterns, New York: John Wiley, 1962.

ralmente-, etc.) "es" imprescindible beber, así como en determinados momentos. Desde un ángulo opuesto, las normas del grupo dificultan el acceso de la mujer al alcohol, de modo que el alcoholismo femenino es poco frecuente en nuestra cultura. Dado el rol materno que asume la mujer, de interiorizar en los hijos los valores del sistema por la vía del afecto, la presión a la conformidad social gravita especialmente sobre ella, de modo que tiene menos posibilidades de acceder a conductas "desviadas" (el alcoholismo, por ejemplo).

El carácter normativo de la ingestión de alcohol afecta, también, al tipo de bebida y al modo de tomarla, que varían de un grupo social a otro. Por lo general, como señala Caplow (700), los trabajadores de "cuello azul" consumen más cerveza, pero menos vino, que los que ocupan profesiones de "cuello blanco". El cóctel que toman los amigos en lugares acostumbrados es más propio de las clases altas que de las personas que se reúnen en un bar (701). En una "fiesta de sociedad" no es permisible recurrir al aguardiente, pero se accede fácilmente al whisky, independientemente, hasta cierto punto, de las preferencias alcohólicas del consumidor.

- - - - -

(700) Caplow, Th.: Sociología fundamental, Barcelona: Vicens Vives, 1974, p. 659.

(701) Cfr. Clinard, M.B.: "The Public Drinking House and Society", en Pittman, D.J. y Snyder, Ch.R.: Society, Culture and Drinking Patterns, cit., pp. 270-292.

El alcoholismo representa una huida al ámbito de la irrealidad y, con mucha frecuencia, es la búsqueda de una desinhibición que haga posible la comunicación, difícil de conseguir en un estado lúcido y consciente de la realidad. En este sentido, "el alcohol irresponsabiliza y permite, con su desinhibición, la comunicación a nivel irreal, bien con otro alcohólico, bien con cualesquiera 'otros' que le toleran, o le disculpan, o comprenden su desinhibición de ahora" (702).

El alcohol cumple el cometido fundamental de la elusión de la realidad, al mismo tiempo que puede hacer posibles diversas formas de comunicación, por ejemplo la protestativa. Hay personas que adquieren el valor de decir y de actuar a modo de protesta, actitud que serían incapaces de asumir sin el recurso al alcohol.

El alcoholismo funciona como un intento de suicidio lento y no del todo consciente. En efecto, además de la autodestrucción de la persona como "cuerpo", se produce con anterioridad "la autodestrucción en vida de la persona como 'conciencia de sí': el 'suicidio social' como forma masoquista de aniquilación social y aspectos mucho más sutiles de esta autodestrucción, como la pérdida de prestigio, de estimación, la huida de los demás, el aislamiento" (703).

.. (702) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 212.

(703) Castilla, C.: Un estudio sobre la depresión, cit., p. 268.

El alcoholismo representa una forma de destrucción física y de destrucción psíquica, de forma que "la autodestrucción que con su hábito obtienen es buscada como forma de su propio castigo" (704).

No existe una estructura de personalidad característica del alcohólico. Ocurre, sin embargo, que la dependencia del alcohol, por sus efectos físicos sobre el organismo y por la limitación del horizonte social y psicológico que el hábito conlleva (el aislamiento progresivo a que la sociedad le margina, por ejemplo), estructura la personalidad de los alcohólicos, en las fases avanzadas de su dependencia, de una forma relativamente común.

A modo de corolario de lo dicho anteriormente, la dependencia de la droga no depende, fundamentalmente, de las modificaciones metabólicas que han tenido lugar por la ingestión de alcohol como sustitutivo calórico. La dependencia está, más bien, en función de que, ante el rechazo progresivo de que es objeto a causa de su adicción y ante la degradación psíquica cada vez mayor que experimenta, es el alcohol el único recurso de que dispone el alcohólico para evadirse de una situación progresivamente traumatizante. De esta forma, el conflicto original del que el alcohólico se evade, y que le hace recurrir al alcohol, se complica con el conflicto por el beber, con las consecuencias físicas, psíquicas y sociales

que este hecho comporta. Castilla (705) subraya este hecho:

"A la mayor necesidad de huir de la realidad se une, ahora como antes, la fácil disponibilidad de la droga, y, por otra parte, la fácil disponibilidad para ser alcohólico, a medida que, por la limitación del horizonte sociológico, psicológico, moral, etc., provocado, disminuye la fuerza represora de las normas de cualquier índole".

No toda situación conflictiva es incitadora, por sí misma, a la toma de alcohol. De hecho, hay subculturas en que el sujeto "no" puede beber, porque las normas del grupo se lo impiden (es el caso de la mujer en muchos ámbitos culturales) o porque en el grupo mismo no se recurre al alcohol para ese tipo de tensiones. De este modo, hay pautas de conducta que sustituyen (como alternativa) a la conducta alcohólica ante un mismo tipo de tensiones psicológicas, derivadas de situaciones, si no idénticas, sí equiparables. Estos "equivalentes" de conducta alcohólica que se eligen como alternativa de la ingestión de alcohol, ofrecen la posibilidad de detectar el fenómeno de la dependencia de la droga misma:

"¿Es la dependencia de la droga un fenómeno subsiguiente a la naturaleza de la droga, así como a las específicas alteraciones fisiológicas que su ingestión provoca?. ¿O es la dependencia un fenómeno exclusivamente psicológico y se depende de la droga del mismo modo que se depende de aquella otra

..
- - - - -
(705) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., pp. 216-217.

pauta de conducta que se eligió como alternativa?" (706).

La proporción de bebedores aumenta, generalmente, más entre las personas que pertenecen a las clases bajas, y suele ser mayor también en los centros urbanos que en los rurales. No se trata, tan sólo, de indicar que el alcoholismo aumenta en la ciudad sobre el medio rural, en el medio industrial avanzado sobre el subdesarrollado, etc. El aumento del nivel de competencia en una sociedad anómica obliga a la descohesión interpersonal y, más tarde, a la dispersión del grupo.

Cuando, por unas circunstancias competitivas, se establece una rivalidad entre los diferentes miembros que componen una comunidad, tiende a aparecer una lenta descohesión de los mismos, de forma que el aislamiento y la desconfianza mutuos se constituyen en pauta característica de este modelo defectuoso de sociedad. En este marco anómico-competitivo, el alcohol confiere a muchas personas "una pseudopotenciación, que hace posible su acción sobre la realidad y, por tanto, la modificación de ella (beber 'para estar en forma', para agredir, etc)" (707).

La sociedad capitalista ha propiciado, por intereses económicos, el consumo de alcohol y ha llegado a considerar la bebida, según Vallejo (708), "como una manifestación de viri-

- - - - -
(706) Ibid., p. 207.

(707) Ibid., p. 204.

(708) Vallejo, J.A.: Introducción a la psiquiatría, cit.,
p. 212.

lidad, por lo que el adolescente se siente sumamente impulsado a beber, aunque no tenga especial inclinación básica para ello".

Una sociedad anómica es un caldo de cultivo apropiado en donde puede desarrollarse un tipo de bebidas (las alcohólicas) que produce efectos compensadores: sensación euforizante, disminución de la autocrítica, con momentánea y grata hipervaloración del yo, inhibición de la timidez, supresión de sensaciones subjetivas desagradables, etc.

En una sociedad que se caracteriza por el desfase entre las metas que insufla a sus miembros y los medios institucionalizados que les pone a su alcance, el recurso al alcohol supone, para muchas personas, la huida de una realidad frustrante, el medio de llevar a cabo una comunicación que, de otra forma, no conseguiría y la posibilidad de realizar en la fantasía, desinhibida por el alcohol, los logros que, en su vida diaria, no consiguen. A este respecto de la fantasía, "sin el alcohol la evasión a un mundo de fantasías optativas no permite al no psicótico actuar fuera de la realidad, en su propia fantasía. Todavía tiene suficiente conciencia de la realidad para saber cuándo no vive en ella" (709).

- - - - -

.. (709) Castilla, C.: Vieja y nueva psiquiatría, cit., p. 212.

-421-

CONCLUSIONES

La aplicación del pensamiento dialéctico a cuestiones antropológicas es, desde mi punto de vista, la coordenada que preside toda la obra de Castilla del Pino. Todos sus trabajos representan una inflexión, desde una perspectiva freudomarxista, en los problemas psicopatológicos (la depresión, la culpa, el masoquismo...), psicológicos (la comunicación interpersonal, la relación hombre-mujer, el conflicto paterno-filial...) y aun sociológicos (la anomia, la sociedad de consumo, el "humanismo" competitivo...).

De hecho, lo psicológico, lo social, incluso lo fisiológico, no son concebidos como niveles, sino como ámbitos funcionales que se interfieren y se contraponen de una forma dialéctica constantemente. A este respecto, es característico de Castilla del Pino el carácter totalizador con que aborda los problemas psicológicos y psicopatológicos. Precisamente porque la realidad clínica o psicológica es, simplemente, una parcela de la realidad en general, ningún problema debe ser enfocado al margen del hombre y de su situación. El planteamiento que hace Castilla del Pino de la problemática, por ejemplo, que suscita la comunicación o la culpa, ya suficientemente explicitado en el texto, es una lúcida muestra de este enfoque totalizador.

Toda la obra propiamente freudomarxista de Castilla del Pino, que pertenece a su segunda época y que se caracteriza, como he señalado en la introducción, por la asunción del método dialéctico, aparece concentrada, en sus trabajos funda-

mentales, en muy pocos años, entre 1966 y 1972: Un estudio sobre la depresión (1966), Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación (1968), La culpa (1968), El humanismo "imposible" (1968), "Aspectos psicosociológicos del alcoholismo" (1968), Psicoanálisis y marxismo (1969), La incomunicación (1969), "Lenguaje y depresión" (1970), Sexualidad y represión (1970), Cuatro ensayos sobre la mujer (1971), Patografías (1971), Introducción a la hermenéutica del lenguaje (1972)...

El tipo de expresión utilizado por Castilla del Pino, especialmente en los primeros años de su segunda etapa (aproximadamente, entre 1960 y 1965), es barroco e incluso algo confuso, por lo que se requiere realizar un peculiar esfuerzo hermenéutico. Dados el carácter de denuncia sociopolítica de la obra de Castilla del Pino y el ambiente de intolerancia crítica existente en el país por esas fechas, en que no era posible una formulación directa, algunos de sus ensayos -"Ética equivoca" (1960), "Para una sociogénesis del resentimiento" (1961), "La persona, limitante y determinante de la libertad" (1963), "Función del intelectual" (1963), "La condición del diálogo" (1964), "La situación, fundamento de la Antropología" (1965)...-, recogidos en el volumen Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación, adolecen de una expresión reticente y oscura, comprensible sólo por "iniciados", que ya "saben" de antemano lo que se quiere decir. Los trabajos de fecha más reciente son, por decirlo así, más

directos, en función de que el cambio progresivo en las circunstancias sociopolíticas los hacía posibles de esta forma. La obra de todo autor, en definitiva, es hija de su época, de modo que hay que situarla, forzosamente, en el contexto histórico y social que constituye "su tiempo".

Dada la labor de, por llamarlo de este modo, pedagogía realizada por Castilla del Pino durante el franquismo, denunciadora del tipo de alienación que conlleva, a todos los niveles, un sistema dictatorial capitalista, varios de sus libros (Vieja y nueva psiquiatría, Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación, Sexualidad, represión y lenguaje, El humanismo "imposible"-Naturaleza del saber) son una mera colección, en ocasiones sumamente heterogénea (es el caso de Vieja y nueva psiquiatría y de Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación), de ensayos publicados en otro lugar y el texto de conferencias dictadas con anterioridad, frecuentemente en ambientes universitarios. Este carácter dialéctico de la obra de Castilla del Pino confiere a muchos de los conceptos en ella expuestos un carácter superficial y reiterativo, de forma que no pasan de ser meramente sugerentes: por ejemplo, el concepto de anomia como elemento clave de descohesión social en la sociedad competitiva, la correlación entre clase social y enfermedades mentales, la dinámica del conflicto paterno-filial en función de los marcos de referencia socioeconómicos, el complejo de Edipo diferencial en el hombre y en la mujer, la crítica a la teoría de las

generaciones de Ortega...

El carácter primitivamente oral de los textos citados anteriormente dota a los conceptos expresados de una formulación apodíctica, cuando no dogmática o con matices paternalistas (como en el enfoque de la alienación de la mujer). La crítica lúcida con que analiza Castilla del Pino la sociedad de consumo y el artefacto humano de ella derivado (a propósito, por ejemplo, del carácter radicalmente destructivo de la competencia o de la erotización manipulada y pseudoliberadora de la sociedad neocapitalista), no está al mismo nivel cuando propone fórmulas de recambio: se limita a vagas consideraciones acerca de las posibilidades que ofrece el humanismo socialista.

Como corolario de lo anteriormente dicho, se desprende un cierto carácter asistemático en la obra de Castilla del Pino. Son una excepción a este rasgo los ensayos monográficos del autor -fundamentalmente, Un estudio sobre la depresión, La culpa, La incomunicación e Introducción a la hermenéutica del lenguaje-, en donde Castilla del Pino plantea con carácter totalizador, de una forma lúcida y coherente, la fenomenología, la génesis y -como aportación más original- la teleología de estos rasgos de conducta del ser humano. Independientemente del carácter íntimo -y hasta cierto punto intransferible- con que cada uno vivencia su propia problemática, la depresión, la culpa o la incomunicación son pautas de conducta relevantes sociológicamente y que están en

función, con todo tipo de mediaciones, de los marcos de referencia sociales. La nitidez y profundidad con que Castilla del Pino ejemplariza este enfoque, a propósito de las relaciones interpersonales, en La incomunicación, es especialmente sobresaliente.

El tema nuclear de la obra de Castilla del Pino es la incidencia de lo ideológico en el lenguaje, en la epistemología científica, en el pensamiento psicológico, en la teoría y práctica de la psicoterapia, etc. Lo ideológico está vigente en todo hecho social, independientemente de que adopte el dinamismo de la racionalización cuando afecta a hechos estrictamente individuales. A este respecto, es aportación importante de Castilla del Pino la conexión establecida entre psicoanálisis y marxismo, ignorada por los dogmáticos de uno y otro campo como si constituyeran sistemas cerrados, excluyentes e irreconciliables.

En general, Freud y sus discípulos han ignorado los planteamientos de Marx acerca de la alienación y del carácter patógeno de la sociedad capitalista; los marxistas, por su parte, han prestado poca atención a las hipótesis psicoanalíticas sobre las motivaciones y pulsiones que gobiernan la conducta humana. Castilla del Pino pone de relieve la inexistencia de contradicción entre el psicoanálisis y el marxismo, en la medida en que ambos convienen en ofrecer una "teoría de la motivación": más volcado hacia lo personal el primero; más volcado hacia lo sociohistórico el segundo (en

concreto, la forma en que las relaciones de producción condicionan la conciencia social de los miembros que la componen).

Una aportación importante de la obra de Castilla del Pino es el desvelamiento de los mecanismos que interiorizan la normativa del sistema en el sujeto, a través, en las primeras etapas, del núcleo familiar, y muy en concreto de la madre, por vía del afecto, al menos tal como funciona el rol de madre, reprimida y represora, en nuestra cultura.

Igualmente significativa a este respecto, es la conexión que Castilla del Pino establece entre la represión sexual y la docilidad social del sujeto que la asume. Sexualidad y represión son dos conceptos íntimamente unidos en nuestro contexto: la represión sexual compone el paradigma de las pautas represivas características de nuestro sistema social. Con el aprendizaje de la represión sexual tiene lugar el decisivo aprendizaje de toda represión, o, cuando menos, de la docilidad posible al sistema social. Si un sujeto llega a reprimirse en aquello en que le es más difícil hacerlo, en sus instintos primarios (en sus exigencias sexuales), se ha convertido en un sujeto dócil. Una persona desreprimida sexualmente es una persona mucho más libre, con una mayor capacidad para la crítica y para superar sus propios prejuicios.

En Sexualidad, represión y lenguaje, Castilla del Pino analiza detenidamente el porqué y para qué de la represión sexual, las consecuencias de la represión en la dinámica del

Yo, la erotización de los demás ámbitos de la persona a raíz de la represión instaurada... En otro trabajo ("Erotización y sociedad de consumo"), señala el carácter mistificador que tiene la liberación sexual en la sociedad de consumo: la desrepresión sexual responde al uso mercantil (como en el caso de la pornografía) que el capitalismo hace de las necesidades sexuales, pero no las satisface en sí mismas, como se pone de relieve, por ejemplo, en el hecho de que la aparente liberación sexual no haya llevado consigo la deserotización.

De acuerdo con los descubrimientos inicialmente sistematizados por Freud, en la obra de Castilla del Pino aparecen desdibujadas las categorías abstractas de normalidad y anormalidad. Lo normal y lo anormal no son, esencialmente, distintos, sino más bien formas de experiencia con un común punto de partida, pero con distinto final. Lo característico de las vivencias y conductas anormales es la pérdida del sentido de realidad y de lo que puede realizarse de una forma realista, y la invalidez que esa pérdida del sentido de la realidad conlleva, en la medida en que una persona vive ya, exclusivamente, de la irrealidad y para la irrealidad.

En el ámbito de la culpabilidad, por ejemplo, el límite en que una vivencia de culpa se transforma de normal en anómala, radica en la nitidez con que un sujeto concientiza la situación. Porque la preocupación por la culpa puede llevar, con frecuencia, a la distorsión de la conciencia de la situación en que se cometió el acto culpable, bien por una

sobreconciencia de la responsabilidad, bien por un defecto de la misma. Castilla del Pino califica, a este respecto, de culpa normal aquella que dota al sujeto de una mayor conciencia de la realidad y de una mayor responsabilidad en las decisiones futuras, y que le incita a la búsqueda de la reparación; de anormal, aquella que se limita al mero lamento, sin intentar buscar la acción reparadora, o incurre en un comportamiento abyecto posteriormente, provocado por la oscura intuición del sujeto -sólo parcialmente exacta- del carácter irreversible de lo hecho.

Que la comunicación se verifica, en nuestro contexto social, a un nivel tangencial, muy superficialmente, que el mejor entendimiento entre las personas no satisface las necesidades de comunicación del ser humano y que, dado el rango de hecho social que esta comunicación distorsionada comporta, es un problema que sólo puede enfocarse a partir de una consideración sociológica, es una contribución original de Castilla del Pino a la comprensión de las relaciones interpersonales.

La reducción de la comunicación al mínimo posible, de forma que el hombre se encuentra relativamente aislado y sólo superficialmente comunicable, está en función de la anomía imperante en la sociedad competitiva: impone unas aspiraciones comunes (el éxito social) como ideales del Yo, pero no concede a todos sus componentes las mismas posibilidades para alcanzar la meta a que se aspira. La dinámica de la competencia depara la transgresión de unas normas que se respetan

formalmente y que se desatienden en la intimidad, cuando no explícitamente, y conlleva, también, la génesis de la desconfianza entre los componentes de la sociedad: la incomunicación es una consecuencia de la falta de fiabilidad mutua que la competitividad entraña. Es difícil confiar en alguien cuando el amigo de hoy puede ser el enemigo de mañana o el amigo, pero siempre con reservas. Tener acceso a la intimidad de una persona conlleva el riesgo de, eventualmente, utilizarla contra esa misma persona en un momento determinado.

Castilla del Pino atribuye a la anomia la patología social característica de la sociedad de consumo: las neurosis, las toxicomanías, los suicidios, el comportamiento delictivo... Al respecto del último punto, por ejemplo, el planteamiento de la delincuencia entroncado con una estructura social anómica defectuosa, con ser sumamente sugerente, deja, hoy por hoy, incógnitas sin resolver y a las que Castilla del Pino no alude.

Ante una frustración, el ser humano puede reaccionar con una variedad de respuestas: agresión, dependencia, timidez, rechazo, apatía, autismo, conducta constructiva... De este modo, queda por explicar por qué algunas personas eligen, precisamente, la solución delictiva para sus problemas de adaptación, cuando pueden también elegir otras soluciones positivas o igualmente negativas, y por qué algunos realizan una delincuencia criminal, otros una de tipo agresivo y otros,

..

finalmente, una de tipo regresivo. Cloward y Ohlin (710) ape_ lan a la "estructura diferencial de oportunidades", de modo que el tipo de respuesta delictiva está vinculado a los medios de que dispone el futuro delincuente en el contexto en que se desenvuelve. Esta teoría es correcta, pero demasiado genéri_ ca, y no explica las múltiples variedades, de una forma one_ rativa, del comportamiento inadaptado, que, por lo que a su génesis respecta, están todavía sin aclarar satisfactoriame_ te.

Otro tema nuclear en la obra de Castilla del Pino es la elaboración de una antropología del lenguaje. Ocupado desde 1966 en un trabajo sobre antropología dialéctica, a modo de ampliación de la parte que dedica a este tema en Un estudio sobre la depresión, el capítulo sobre el lenguaje ha adqui_ rido una primacía sobre las demás partes: de hecho, se ha configurado como el eje fundamental de la investigación de Castilla del Pino en el marco de una antropología dialécti_ ca. Desde unas perspectivas en buena parte originales, la hermenéutica del lenguaje que propugna Castilla del Pino re_ presenta una crítica de la concepción del lenguaje como mera gramática, como cosa-ya-dicha, independientemente de quién es el que la dice y quién el que la escucha.

En el orden incluso de la lógica, el problema del len_ guaje se ha planteado, únicamente, sobre el sentido o el

- - - - -
(710) Cloward, R.A. y Ohlin, L.E.: Delinquency and Opportunity, Glencoe: Free Press, 1960, p. 154.

sin-sentido de lo que se dice. Y en el orden epistemológico, en el de verdad o falsedad de lo dicho. Castilla del Pino su-
giere que, desde el punto de vista antropológico, lo intere-
sante no es la verdad o la falsedad de lo que se dice, sino
la significación de lo que se dice, de forma que se interfie-
re en esta estructura al sujeto que habla, y que habla de
una forma determinada para un sujeto que escucha. La intro-
ducción de estos dos factores amplía considerablemente la es-
tructura del lenguaje, que, de esta forma, no se puede limi-
tar sólo al momento sincrónico, del que se han ocupado tan-
to los estructuralistas del lenguaje, sino que ha de atender
también al momento genético de esa misma estructura. Desde
esta perspectiva, el habla no es sino la encarnación de los
valores del sujeto y, en última instancia, los del sistema de
que forma parte.

En los usos del lenguaje, se verifica, simultáneamente,
la comunicación del mensaje lingüístico y la intelección del
hablante por el oyente, de forma que, junto al entendimiento,
existe un plus de sobreentendimiento (el metamensaje), que,
de algún modo, debe estar contenido en el mensaje lingüísti-
co. Sobreentender lo que se dice es algo que excede de la
semántica, en sentido estricto. El lenguaje debe ser, en con-
secuencia, interpretado, y, de hecho, lo es en el uso coti-
diano del mismo, mediante el traspase de los significados in-
mediatos del código lingüístico. El propósito de la hermenéu-
tica del lenguaje, que Castilla del Pino aborda en "Lenguaje

y depresión" (1970), Introducción a la hermenéutica del lenguaje (1972), "La insuficiencia funcional del lenguaje" (1973) y "Modelo judicativo de la conducta" (1978), es la sistematización de los fundamentos mismos de este proceso.

En las Patografías (1972), Castilla del Pino aplica, por primera vez de forma sistemática, el instrumental lingüístico al ámbito de lo psico(pato)lógico, a modo de ejemplarización práctica de la hermenéutica del lenguaje.

El análisis hermenéutico del lenguaje, según la aportación de Castilla del Pino, puede ser una de las bases de la psicología y de la psicopatología futuras, de forma que se haga factible objetivar la motivación, hasta ahora sólo directamente indagable mediante la metodología aportada por el psicoanálisis. El análisis del lenguaje posibilita la contrasustitución de las inferencias obtenidas, de forma que, a modo de dato, reúne los dos requisitos exigibles por la objetividad científico-positiva: su verificabilidad y su comunicabilidad.

El análisis del lenguaje posibilita al paciente y al terapeuta la intelección de lo oculto en la estructura manifiesta de lo hablado. Castilla del Pino, en síntesis, ve en el lenguaje -el habla- la concreción de lo permisible y de lo reprimido. De este modo, el análisis sobre el mismo, y especialmente sobre las motivaciones del habla, compone una vía de acceso a la interioridad del hablante y una contribución a la disolución de las situaciones originarias que lo han provocado.

-434-

BIBLIOGRAFIA

1. TRABAJOS DE C. CASTILLA DEL PINO

A) Libros:

1. Un estudio sobre la depresión (fundamentos de antropología dialéctica), Barcelona: Península, 1966.
2. Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación, Barcelona: Península, 1968.
3. La culpa, Madrid: Selecta de Revista de Occidente, 1968.
4. Psicoanálisis y marxismo, Madrid: Alianza, 1969.
5. La incomunicación, Barcelona: Península, 1970.
6. Vieja y nueva psiquiatría, Madrid: Seminarios y Ediciones, 1971.
7. Cuatro ensayos sobre la mujer, Madrid: Alianza, 1971.
8. Sexualidad y represión, Madrid: Ayuso, 1971.
9. Introducción a la hermenéutica del lenguaje, Barcelona: Península, 1972.
10. Patografías, Madrid: Siglo XXI, 1972.
11. Introducción al masoquismo, Madrid: Alianza, 1973.
12. El humanismo "imposible"-Naturaleza del saber, Madrid: Taurus, 1975.
13. Discurso de Onofre, Barcelona: Península, 1977.
14. Sexualidad, represión y lenguaje, Madrid: Ayuso, 1978.

B) Ensayos y artículos seleccionados:

"

1. "El concepto de gravedad en Kierkegaard", Actas L. E. de Neurol. y Psiquiat., IX, 1, febrero 1950, pp. 33-37.
2. "La obra psiquiátrica de Martín Santos", en Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial, Barcelona: Barral, 1964, pp. III-XV.
3. "Luis Martín Santos", Arch. de Neurobiol., XXVII, 1, enero-febrero-marzo 1964, pp. 58-62.
4. "Para una patografía de Ángel Ganivet", Insula, 228-229, diciembre 1965, p. 5.
5. "Lafora y la nueva generación neuropsiquiátrica", Arch. de Neurobiol., XXVIII, 4, oct.-nov.-dic. 1965, pp. 377-379.
6. "Bases neurofisiológicas de la inteligencia", Rev. Psicol. Gral. y Aplic., XXII, 88-89, 1967, pp. 451-467.
7. "Aspectos psicopatológicos de la migración", Rev. de Ecognomía de Galicia, XI, enero-junio 1968, 61-63, pp. 77-82.
8. "La agresividad, ingrediente de la estructura neurótica actual", Revista DR, 26, diciembre 1968, pp. 69-71.
9. "Asistencia psiquiátrica extrahospitalaria", en P.A.N.A.P.: La asistencia del enfermo mental, Madrid: 1969, pp. 59-76.
10. "Erotización y sociedad de consumo", en Míguez, A. (Ed.): España: ¿una sociedad de consumo?, Madrid: Guadiana, 1969, pp. 121-143.
11. "Problemas psicosociológicos del alcoholismo", Salud Mental, II, 5, diciembre 1969.
12. "Psicopatología y gran ciudad", Cuadernos para el Diálogo, extra 19, abril 1970, pp. 36-37.

13. "Problemática de la agresividad", en Mitscherlich, A.:
La idea de la paz y la agresividad humana, Madrid: Taurus, 1971, pp. IX-XXXV.
14. "Baroja: análisis de una irritación", en Benet, J. (Ed.):
Barojiana, Madrid: Taurus, 1972, pp. 47-65.
15. Recensión del trabajo de Ball, J.R.B.: "Those who wander.
Creative illness, Illness and creativity", Rev. de Neurol.,
Neurocirug. y Psiquiatr., 3, sept. 1972, pp. 42-44.
16. "Homenaje al Dr. Lafora", Revista de Occidente, 108, marzo 1972, pp. 396-398.
17. "Psicoterapia e ideología", Cuadernos para el Diálogo,
enero 1972, pp. 76-79.
18. "Georg Groddeck: el precio de la imaginación", en Groddeck,
G.: El libro del Ello, Madrid: Taurus, 1973, pp. 9-30.
19. "La 'insuficiencia' funcional del lenguaje", Sistema, 2,
mayo 1973, pp. 5-14.
20. "Experiencia y expectativa ante la muerte", en Hinton, J.:
Experiencias sobre el morir, Barcelona: Ariel, 1974, pp.
5-14.
21. "Sobre el uso de las lenguas vernáculas", en Alonso Montero, X.: Encuesta mundial sobre la lengua y la cultura gallegas y otras áreas conflictivas, Madrid: Akal, 1974,
pp. 99-100.
22. "Sobre el humor", en Galón, D. (Ed.): ¿Reirse en España?.
El humor español en el banquillo, Valencia: 1974, pp.
219-221.

23. "Revolución y humanismo", Litoral, 53-58, 1975, pp. 237-239.
24. "Acerca del complejo de castración", El Urogallo, 31-32, enero-abril 1975, pp. 11-14.
25. "Aspectos epistemológicos de la crítica psicoanalítica", en Clancier, A.: Psicoanálisis, literatura, crítica, Madrid: Cátedra, 1976, pp. 284-309.
26. "Interpretación del pensamiento freudiano sobre la mujer", El País, 16 junio 1976, p. 23.
27. "La ideología de la locura en la práctica psiquiátrica actual", en Bercovitz, R.: La marginación de los locos y el derecho, Madrid: Taurus, 1976, pp. 9-22.
28. "La psiquiatría española (1939-1975)", en Castellet, J.M. (Ed.): La cultura bajo el franquismo, Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 1977, pp. 79-102.
29. "Ivan Illich: la realidad o el deseo", Triunfo, XXXII, 752, 25 junio 1977, pp. 36-37.
30. "Cajal: las razones de un mito", en Rodríguez, E.L.: Así era Cajal, Madrid: Espasa-Calpe, 1977, pp. 11-16.
31. "Ivan Petrovich Pavlov", El País Semanal, año II, 2, 2ª época, 24 mayo 1977.
32. "La conciencia moral de la psiquiatría en Rodríguez Lafora", El País, 21 diciembre 1977, p. 20.
33. "Sens de la réalité et psychose", La Folie, Paris, 1977, pp. 287-311.
34. "Modelo judicativo de la conducta", Boletín Informativo de la Fundación March, 73, julio-agosto 1978, pp. 3-26.

II. ENTREVISTAS A C. CASTILLA DEL PINO

1. Chamorro, E.: "Entrevista con Carlos Castilla del Pino",
Cuadernos para el Diálogo, 77, febrero 1970, pp. 27-29.
2. Porcel, B.: "Carlos Castilla del Pino, frente al sistema",
Destino, 165, marzo 1970, pp. 16-17.
3. Calamay, N.: "Castilla del Pino: La mujer española, hoy",
Iriunfo, 421, junio 1970, pp. 16-21.
4. Verdú, V.: "Entrevista a Castilla del Pino: Psicoanálisis
de Franco", Cuadernos para el Diálogo, 186, noviembre 1976,
pp. 32-37.
5. Sin firma: "120 años de Freud: el lenguaje de la sexualidad",
Cuadernos para el Diálogo, 192, enero 1977, pp. 52-54.
6. Gracia, V.: "Carlos Castilla del Pino: La España castrada",
Interviú, 45, marzo 1977, pp. 27-30.
7. Grau, F.: "Entrevista a Carlos Castilla del Pino: Psico_
patología de un dictador", El Viejo Topo, extra nº 1, enero
1978, pp.18-22.
8. Martín, A.: "Castilla del Pino, sin concesiones: De lo
privado a lo político", Mundo Obrero, año XLVIII, 24,
junio 1978, p. 17.

III. OBRAS DE CONSULTA

1. Alberdi, I.: ¿El fin de la familia?, Barcelona: Bruguera, 1977.
2. Bertolini, P. (ed.): Cuestiones de sociología, Barcelona: Herder, 1971.
3. Caparrós, A. y C.: "El proceso de personificación de la ideología", Cuadernos de Psicología 3, 1, diciembre 1975, pp. 17-24.
4. Cela, C.J.: Enciclopedia del erotismo, Barcelona: Sedmay, 1976, 4 volúmenes.
5. Cencillo, L.: Conflictos de la sexualidad infantil, Madrid: Cissa, 1972.
-: Terapia, lenguaje y sueño, Madrid: Marova, 1973.
-: Transferencia y sistema de psicoterapia, Madrid: Pirámide, 1976.
-: El hombre, noción científica, Madrid: Pirámide, 1977.
6. Clinard, M.B.: Anomia y conducta desviada, Buenos Aires: Paidós, 1967.
7. Cruz Hernández, M.: "El hombre y sus máscaras", Rev. Psicol. Gral. y Aplic., 11, 1949, pp. 513-554.
8. De la Fuente, R.: "Fuentes y directrices de la agresividad", Documentos de Psicología Crítica, 4, febrero 1971, pp. 19-41.
9. Durkheim, E.: El suicidio, Buenos Aires: Schapire, 1965.
10. Engels, F.: El origen de la familia, de la propiedad privada y el estado, Madrid: Fundamentos, 1970.

11. Ferrándiz, A. y Verdó, V.: Noviazgo y matrimonio en la burguesía española, Madrid: Edicusa, 1974.
12. Freud, S.: Obras completas, Madrid: Biblioteca Nueva, 1967, 3 tomos.
13. Fromm, E.: El miedo a la libertad, Buenos Aires: Paidós, 1957.
-: El arte de amar, Buenos Aires: Paidós, 1966.
14. Geymonat, L.: Filosofía y filosofía de la ciencia, Barcelona: Labor, 1966.
15. Gómez Rosque, P.: "Condicionamientos socio-culturales, psíquicos y biológicos de la violencia", Rev. Psicol. Gral. y Aplic., 141-142, 1976, pp. 749-795.
16. Gurvitch, G.: El concepto de las clases sociales, Buenos Aires: Nueva Visión, 1967.
17. Hesnard, A.: Sexología, Barcelona: Luis de Caralt, 1970.
18. Huber, D., Piron, H. y Vergote, P.: El conocimiento del hombre por el psicoanálisis, Madrid: Guadarrama, 1967.
19. Kardiner, A.: El individuo y su sociedad, Méjico: F.C.E., 1945.
20. Kernig, C.B. (ed.): Marxismo y democracia, Madrid: Riodue_ ro, 1975, 7 series de volúmenes.
21. Lagache, D.: Les modèles de la personnalité en psychologie, París: P.U.F., 1967.
-: El psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1968.
22. Laín Entralgo, P.: Teoría y realidad del otro, Madrid: Revista de Occidente, 1961, 2 tomos.

23. Laplanche, J. y Pontalis, J.B.: Diccionario de psicoanálisis, Barcelona: Labor, 1ª reimpresión, 1977.
24. López Aranguren, J.L.: Erotismo y liberación de la mujer, Barcelona: Ariel, 1972.
- : Moralidades de hoy y de mañana, Madrid: Taurus, 1973.
25. Lorenz, K.: Sobre la agresión: el pretendido mal, Madrid: Siglo XXI, 1972.
26. Marcuse, H.: El hombre unidimensional, Barcelona: Barral, 1968.
- : El final de la utopía, Barcelona: Ariel, 1969.
- : Eros y civilización, Barcelona: Barral, 1971.
27. Martín Santos, L.: Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial, Barcelona: Barral, 1975.
28. Marx, K.: La sagrada familia, México: Grijalbo, 1959.
- : El capital, México: F.C.E., 3ª edic., 1964, 3 tomos.
- : Manuscritos Económico-filosóficos, Madrid: Alianza, 1968.
29. Mead, G.H.: Espíritu, persona y sociedad, Buenos Aires: Paidós, 1953.
30. Mead, M.: El hombre y la mujer, Buenos Aires: Cía. Gral. Fabril Editora, 1961.
31. Merton, R.K.: Teoría y estructura social, México: F.C.E., 1964.
- : La familia, Barcelona: Península, 1970.
32. Mitscherlich, A.: La inhospitalidad de nuestras ciudades, Madrid: Alianza, 1969.
33. Monedero, C.: Psicología evolutiva, Madrid: Universidad de Madrid (mimeo), 1972.

34. Ortega y Gasset, J.: Obras completas, Madrid: Revista de Occidente, 6ª edic., 1966, 11 tomos.
35. Packard, V.: La jungla del sexo, Buenos Aires: Sudamericana, 1969.
36. Pinillos, J.L.: Más allá de Freud, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1976.
-: Principios de psicología, Madrid: Alianza Universidad, 4ª edic., 1977.
37. Parsons, T.: El sistema social, Madrid: Revista de Occidente, 1966.
38. Popper, R.K.: La lógica de la investigación científica, Madrid: Tecnos, 1967.
39. Pizarro, N.: Crimen y suicidio, Barcelona: Bruguera, 1978.
40. Reich, W.: Análisis del carácter, Buenos Aires: Paidós, 1957.
-: La función del orgasmo, Buenos Aires: Paidós, 2ª edic., 1962.
-: La revolución sexual, París: Ruedo Ibérico, 1970.
-: Psicología de masas del fascismo, México: Roca, 1973.
41. Roazen, P.: Freud: su pensamiento político y social, Barcelona: Martínez Roca, 1970.
42. Rof Carballo, J.: Cerebro interno y sociedad, Madrid: Ateneo, 2ª edic., 1956.
43. Rojas, E.: Estudios sobre el suicidio, Barcelona: Salvat, 1978.
44. Rubert de Ventós, X.: Moral y nueva cultura, Madrid: Alianza, 1971.

45. Russell, B.: Religión y ciencia, Méjico: F.C.E., 2ª edic., 1956.
-: Ensayos filosóficos, Madrid: Alianza, 1968.
46. Saussure, F. de: Curso de lingüística general, Buenos Aires: Losada, 1945.
47. Tedeschi, J.T., Smith III, R.B. y Brown Jr., R.C.: "Una interpretación psicosociológica de la agresión", Cuadernos de Psicología 3, 4, abril 1976, pp. 8-25.
48. Weber, M.: La ética protestante y el espíritu del capitalismo, Barcelona: Península, 3ª edic., 1975.

